PARA ATRAPAR A UN ASESINO, PUEDE QUE TENGAS QUE CONVERTIRTE EN UNO...

SUS TUMBAS FAVORITAS



Utiliza las palabras como armas letales
- NEW YORK TIMES

Paul Cleave es una lectura obligada para mí
- LEE CHILD

PAUL CLEAVE

JENTAS

Sus Tumbas Favoritas

Sus Tumbas Favoritas
Título original: His Favourite Graves
© 2023 Paul Cleave. Reservados todos los derechos.

© 2025 Jentas A/S. Reservados todos los derechos.
Traducción, Jorge de Buen Unna
ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1372-0

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

TAMBIÉN POR PAUL CLEAVE

Limpieza mortal

La víctima

El lago del cementerio

El coleccionista de muerte

La casa de la risa

Hombres de sangre

Cueste lo que cueste

No te fíes de nadie

PRIMER DÍA

Capítulo 1

En la parte baja del lado anterior, el ataúd cuenta con un juego de rejillas de ventilación que apuntan hacia abajo. Gracias a ellas, Lucas tiene una visión estrecha del suelo. Cuando sus manos presionan las paredes metálicas, estas se flexionan un poco hacia fuera antes de rebotar, quizá más cerca de él después de cada intento, como si encogieran. Luego intenta rotar el cuerpo, pero sus codos y rodillas chocan con las paredes. Entonces trata de enderezar la espalda para quitarse los calambres, mas su cabeza golpea el techo. Es un adolescente de dieciséis años. Mide un metro setenta y tres, y es delgado y flexible. Sin embargo, dentro de un ataúd vertical de un metro ochenta que tiene una repisa inmóvil a tres cuartos de la altura, no le queda más remedio que permanecer encorvado. Si no estuviera tan delgado, los demás quizá ni siquiera habrían podido meterlo aquí, pero lo consiguieron y, mientras lo hacían, se reían, y otros estudiantes pasaban de largo sin hacer caso a sus súplicas. ¿Por qué habría de importarles? Ni que fuera el primero en la historia de los chicos y los institutos al que encierran en una taquilla. Se meará encima, se desmayará y morirá. Mañana por la mañana encontrarán su cuerpo meado hasta los tobillos. Se concentra en los conductos de ventilación. Es como el huevo y la gallina. ¿Habrán visto los matones las rejillas de ventilación?, ¿habrán pensado que podían meter a los chicos en las taquillas sin que se quedaran sin aire?, ¿o quizá fueron los fabricantes quienes pensaron que los chicos se meterían dentro y decidieron ponerlas para que no se asfixiaran?

Tal y como Lucas lo ve, está solo. Su móvil está en su mochila, que podría estar encima de las taquillas, en un contenedor detrás del instituto o metida en un retrete. Hace media hora que no oye a nadie y pronto va a ocurrir una de dos cosas: su padre se dará cuenta de que no ha llegado y hará algo al respecto, o bien no se dará cuenta y no hará nada. Eso dependerá de si el hombre ha empezado a beber hoy antes de las tres o después. Es algo que se le ha dado muy bien desde que la madre de Lucas anunció que los dejaba, hace dos años.

A lo lejos suena un ligero zumbido, que en los minutos siguientes, conforme se acerca, va sonando más fuerte. Todos los profesores se han ido. Los lunes son así: los profesores anhelan poner el día en el retrovisor para salir corriendo a casa y descorchar el vino. A quien oye es al conserje, que empuja una pulidora de suelos. Eso tiene que ser. Lucas no golpea la puerta, porque no hay forma de que el tipo lo oiga por encima del ruido. De momento, al menos. Así que aguarda, y procura no mojarse los pantalones, y el aire se vuelve más denso y la idea de que podría estar aquí hasta mañana cada vez es más sólida. ¿Sobrevivirá? Se imagina su lápida:

«Lucas Connor, dieciséis años. Se fue demasiado pronto, ¿y qué más da?».

Desde luego, no le importa a su madre, que se ha ido, ni a su padre, que se emborracha hasta quedar en un estado en el que pierde la capacidad de reconocer que ahora vive solo.

Se concentra en el zumbido. Se imagina al conserje que empuja la pulidora de suelos y, cuando cree que no puede estar más cerca, golpea la puerta.

La pulidora de suelos no reduce la velocidad. Por supuesto que no. El conserje llevará protectores auditivos, y podría haber cien chicos golpeando desde cien taquillas que el tipo no tendría ni la menor idea.

Lucas sigue aporreando la puerta. La pulidora de suelos se aleja en la otra dirección. Él da todo lo que le queda, porque, si no lo hace, morirá aquí dentro; y, si no muere, se volverá loco, o algo así. Y tal vez, solo tal vez, el conserje, que no puede oírlo, verá al menos el traqueteo de la puerta.

Y eso es quizá lo que ha ocurrido, porque la pulidora de suelos deja de moverse, el motor desacelera y se apaga. Entonces se oyen pasos. A través de la rejilla de ventilación, Lucas alcanza a ver unos pesados zapatos marrones que se detienen delante.

Da un último golpe a la puerta y dice:

—Por favor. Por favor, ayúdeme.

Los pies se acercan y el conserje pregunta:

—¿Qué es esto? ¿Una broma? —Habla en voz baja, lenta y confusa.

Lucas nunca ha cruzado una palabra con él, pero ha oído que otros

estudiantes lo llaman Simon el Tonto.

—No, no es broma. Me han encerrado aquí. Por favor, tiene que ayudarme.

—Malditos chicos —dice el conserje, y da unos golpecitos en la puerta—. ¿Es esta?

—Sí.

—¿Cuál es la combinación?

—No lo sé.

—¿Cómo es que no lo sabes?

—No es mi taquilla.

—¿Qué clase de chico se deja meter en la taquilla de otro?

«Uno que no puede valerse por sí mismo», piensa Lucas. Uno que es más pequeño que los que lo han puesto aquí. Uno que no tiene amigos que lo ayuden. Uno que es tímido y trata de ser discreto. Uno a cuyos padres ni siquiera les gusta pasar tiempo con él. Pero no dice nada de eso, sino:

—¿Puede ir a buscar ayuda?

—No hay nadie —dice el conserje. Golpea la puerta con los nudillos y Lucas se lo imagina contemplándola, como si fuera una especie de rompecabezas—. Déjame buscar algo con lo que hacer palanca. Espera aquí.

Lucas no puede saber si eso último ha sido una broma. Se imagina que no ha sido así, ya que el tipo parece disgustado por todo. Los pasos se alejan. Él los cuenta hasta que desaparecen. Luego cuenta dos largos minutos y termina convenciéndose de que el conserje no va a volver, pero sí que lo hace. Lucas vuelve a contar los pasos a medida que se hacen más fuertes.

—Vale. Puede que esto haga mucho ruido —dice el conserje.

Antes de que Lucas pueda meterse los dedos en los oídos, la palanca golpea con fuerza la taquilla. El metal chirría contra el metal. La puerta se retuerce y aparecen líneas de luz por los bordes. Las líneas se convierten en grietas. La punta de una palanca entra y sale. Cuando vuelve, es capaz de pegar un mordisco más grande. Y hay más chirridos. Entonces la puerta se retuerce, se dobla por la cerradura y se abre de golpe. Es tal la urgencia de Lucas por salir que, al verse incapaz, entra en pánico. Y no puede salir porque lleva

tanto tiempo en esa posición que tiene la espalda y las piernas paralizadas. Mira al conserje.

—Ayúdeme.

El conserje tiene unos treinta años. Mide algo más de metro ochenta, es tan flaco como Lucas y luce una barba corta que enmarca sus mejillas hundidas. Unas uñas sucias rematan sus largos dedos. La etiqueta cosida en su mono dice que se llama Simon, así que los chicos que lo llaman Simon el Tonto tienen razón a medias. Se queda mirando a Lucas durante unos instantes, sin pestañear, y luego le ofrece una mano a la que le faltan dos dedos, el tres y el cuatro. Se rumorea por ahí que se los arrancó de un mordisco cuando crecía en un manicomio. Por supuesto, eso no es cierto. Al menos, Lucas espera que no lo sea, puesto que ha alargado la mano para coger la de Simon.

Saca una pierna. Luego no puede controlarse y se desploma, aunque demasiado rápido para que Simon pueda ayudarlo a mantenerse erguido. Lo mejor que puede hacer, antes de caer al suelo, es protegerse la cara con las manos para no romperse la nariz. Intenta levantarse, pero no puede, porque sus piernas están agarrotadas. Su vejiga está tensa y llena. Lucas es consciente de que ahora sí puede ir al cuarto de baño. Alcanza a ver su mochila en la estantería. Ahí está su teléfono. Si no estuviera ahí, estaría en un contenedor, en un retrete o en el campo, hecho pedazos. Tiene que llamar a su padre y explicarle lo que está pasando.

Levanta la vista hacia el conserje, quien lo estudia con la mirada fija. Es como si, de todas las personas que ha sacado hoy de las taquillas, Lucas fuera el más intrigante.

—Lo siento —dice Simon, y Lucas no sabe de qué se disculpa el hombre. Y tampoco tiene la oportunidad de averiguarlo, porque un trapo le presiona con fuerza la nariz y la boca. Lucas lucha contra el conserje, pero los vapores son muy fuertes, y ya los está respirando, los está inhalando de ese trapo sucio. Los humos van oscureciendo el mundo a su alrededor.

Siente que la parte delantera de sus pantalones se calienta.

Después, ya no siente nada.

Capítulo 2

La oficina es discreta y está algo envejecida. Encaja bien con mi abogado, Devon Murdoch, que está a punto de jubilarse. El hombre parece haber dormido con la ropa puesta y haber utilizado su corbata como servilleta en el desayuno. No es el abogado más barato de la ciudad, pero es lo que sigue y, sin duda, no me puedo permitir nada mejor. A sus espaldas cuelgan diplomas enmarcados. Puedo ver mi reflejo en uno de ellos: veo a un tipo de aspecto cansado que necesita un corte de pelo, un afeitado… y dormir bien. Hace un año tenía casi todo el pelo negro, pero ahora lo tengo casi todo gris. Debo ser el cuarentón más viejo de la ciudad.

Murdoch rebusca entre el montón de papeles que tiene sobre su escritorio.

—Está por aquí —dice. Su mano se posa por fin en lo que buscaba. Parece satisfecho de sí mismo cuando dice—: Aquí vamos.

Me entrega la factura y está a solo un paso de convertirse en un abogado barato fuera de mi alcance.

—Dios.

—Lo siento, sheriff, esto nunca podría ser barato.

—Lo sé, pero…

—Y habrá más.

—También lo sé.

—Estoy haciendo lo posible por mantener los lobos a raya, pero no es fácil.

—Quieren sangre.

—Por supuesto que sí.

Vuelvo a mirar la factura. Son algo más de ocho mil dólares. Como la del mes pasado. Hace dos meses fueron diez mil.

—Mira, James, sé que las cosas están difíciles, por eso te doy un mes más, pero…, bueno, las cosas están difíciles para todos.

—Todos tenemos facturas que pagar, lo entiendo.

—¿Cómo te ha ido con el banco?

—No muy bien —le digo—. Hace tres meses que no pago la hipoteca.

La semana pasada me enviaron una carta en la que me decían que, si me saltaba otro pago, hasta ahí íbamos a llegar. ¿Sabes qué es lo irónico de todo esto?

—Dímelo.

—Que si me negara a irme, como sheriff que soy, tendría que forzar mi propio desahucio. Diablos, tal vez debería hacer eso ni más ni menos: meterme de culo en la cárcel solo para tener donde quedarme.

—Lo siento, James. Es una situación de mierda, y una de las peores que he visto. ¿Y si vendieras?

—Tengo un agente inmobiliario. Vendrá esta semana. Es una opción, pero no una buena. Lo que pueda sacar de la casa se irá en más pagos, además de que aún tendría que pagar un alquiler en algún sitio. Y eso, en caso de que pudiera venderla a tiempo. Además, mi padre sigue necesitando cuidados, y no son baratos. A ver qué me dicen.

—Suena agotador.

—No tienes ni idea —le digo, y la verdad es que apenas he dormido unas cuantas horas cada noche desde que todo esto empezó.

—¿Y Cassandra?

—Supongo que ayudaría, pero no podemos mudarnos con ella. Ha tenido sus motivos para irse.

Murdoch me mira. Parece buscar algo que decir, algo que me pudiera facilitar las cosas. Estoy perdiendo a mi familia y mi casa. Estamos poniendo tiritas en heridas abiertas y no sé qué hacer. De verdad que no lo sé. Es posible que dentro de un mes ya no tenga casa.

—Todavía no sé cómo he llegado a este punto —digo—. No ha sido culpa suya.

—Estoy de acuerdo contigo, como casi todo el mundo, pero alguien ha muerto, James.

—Sé que alguien ha muerto.

—Ha sido una pérdida trágica. Pero fue tu padre quien encendió el fuego y quemó toda la residencia, y fue un milagro que no hubiera más víctimas. Esa familia está sufriendo. Las emociones que esto les provoca son muy fuertes, y solo buscan justicia.

Le digo lo que ya le he dicho cien veces:

—La residencia tendría que haberlo vigilado mejor.

—Lo sé, y sabes que estoy de acuerdo contigo, y esa es la razón por la que la residencia ha llegado a un acuerdo, pero…

—Pero la familia está dolida, y quieren que nosotros también lo estemos.

—A fin de cuentas, de eso se trata. Volveré a reunirme con su abogado la semana que viene, pero, a menos que haya un repentino cambio de opinión, tendrás que prepararte para la tormenta que se avecina.

Doblo la factura y me la meto en el bolsillo. Sé que todo esto que acaba de decirme formará parte de la próxima cuenta. Necesito salir de aquí antes de que me cobre otra media hora.

—Gracias —le digo, y me pongo de pie.

Él también se levanta.

—Te mantendré informado.

Salgo a la calle. Mi coche patrulla está aparcado fuera de un bar. Es un todoterreno blanco con una franja de luces en el techo y una barra parachoques en la parte delantera. En los lados, a lo largo, pone en letras azules el nombre del Departamento del Sheriff de Acacia. Cuando estoy abriendo el coche, miro hacia el bar. Podría entrar a buscar un rincón oscuro donde ahogar mis penas. El problema es que es muy probable que me quede dormido. Esa es la cuestión con los insomnes extremos: si bien nos es difícil dormir por las noches, nos es fácil echar una cabezada cuando no debemos. Mi abogado ha resumido bien las cosas: es una situación de mierda. Mi padre pasó toda su vida laboral como chef. A los cuarenta llegó a tener su propio restaurante. Sus preocupaciones comenzaron hace unos cuantos años, cuando empezó a olvidar las cosas más sencillas y a recordar algunas que nunca sucedieron. Hubo paranoia y cambios de humor. Luego empezó a decirle cosas muy crueles a mi madre, cosas que la habrían ofendido si no hubiera muerto hace diez años. Entonces llegó el diagnóstico: mi padre tenía la enfermedad de Alzheimer. Todo se fue complicando muy rápido y el año pasado lo metimos en una residencia. Pero su memoria muscular tenía solo cincuenta años, y sentía el impulso de cocinar. Eso es, ni más ni menos, lo que quiso

hacer a las tres de una madrugada de principios de este año. Acabó quemando toda la residencia. Ahora vive conmigo y, cada dos semanas, con mi hijo Nathan. Cassandra se mudó dos meses después de que mi padre viniera a casa. Para ella era difícil seguir ahí, con mi padre insultándola todos los días.

No caigo en la tentación del bar, pero me tomo un par de pastillas para animarme. Hace unos meses, mi médico me recetó Adderall. Al principio no quise depender del medicamento, pero he pasado a necesitarlo todos los días y a tener que subir la dosis. No me siento orgulloso, pero esa cosa ayuda.

Mientras conduzco a casa, voy imaginándome las cervezas frías en la nevera. Luego llego a la entrada, se abre la puerta principal y Deborah, la enfermera y cuidadora de mi padre, sale corriendo. Tiene unos sesenta años y es cariñosa y compasiva. Pasó con sus padres por lo mismo que yo estoy pasando con el mío.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Todo va bien; es solo que llego tarde —dice—. Tengo una cita —añade con una sonrisa.

—¿Quién es el afortunado?

—Alguien a quien he conocido por internet. Todavía no puedo creer que esto se haga así hoy en día. Si esto hubiera existido hace cuarenta años, ¿te imaginas cuánta acción habría tenido yo entonces?

—Preferiría no imaginarlo.

Se ríe.

—Tu padre ha tenido un buen día —dice.

—Gracias, Deborah. Diviértete.

—Esa es la idea.

Se marcha y yo entro en casa. Mi padre está frente al televisor. En la pantalla, un tipo al que se le marcan las venas en los brazos manipula un aparato de gimnasia que hará que tus venas también se marquen, siempre y cuando estés dispuesto a dedicarle tres minutos al día.

—Hola, papá, ¿qué tal el día?

Papá no contesta.

—¿Te traigo algo? ¿Algo de beber, tal vez?

Aún no hay respuesta. Lo llevo al sofá y lo siento. No sé si se ha

enterado de que estoy aquí. Del dormitorio llegan ruidos de disparos y explosiones mientras Nathan juega en su ordenador. Llamo a su puerta y la abro. Se oye un molesto «¿Qué?», y entonces intervengo.

—Solo quería que supieras que estoy en casa.

—Vale.

Nathan es un chico grande con rasgos angulosos que deberían hacerlo atractivo, pero que se ven opacados por una amargura que surgió cuando su madre se mudó. El pelo oscuro, peinado de lado, le tapa el ojo derecho. Mientras sus manos vuelan por el teclado, tiene el otro ojo fijo en la pantalla de un ordenador.

—¿Quieres algo para cenar?

—Lo que quiero es que me dejes en paz.

No tengo fuerzas para contestarle, así que me dirijo a la cocina y cojo una cerveza. Estoy a punto de abrirla cuando suena mi teléfono. La comisaría.

Le doy al botón verde.

—¿Qué pasa, Sharon? —pregunto, aunque sueno más gruñón de lo que hubiera querido.

Antes de que pueda disculparme, ella me dice:

—Sheriff, Peter Connor te llama por teléfono. Dice que es urgente.

Conozco a Peter desde que era niño. Iba un año por delante de mí en la escuela y siempre iba de guay, porque era el guitarrista de una banda de *rock* del instituto. Abandonó la música y se convirtió en un novelista de cierto éxito. Pero los últimos años no lo han tratado bien. No ha podido recuperarse después de que, tras su último libro, los críticos se volvieran contra él. Uno de ellos llegó a decir que su libro estaba dirigido a quienes les gustaba arrancar páginas y prenderles fuego, solo para calificarlo después como «basura de muy baja calidad». Al poco tiempo, su mujer lo abandonó. Al igual que Deborah, había descubierto las citas por internet. Desde que está soltero, la única nueva relación de Peter ha sido con la botella.

—Pásamelo —digo. Me pregunto si se habrá puesto al volante de su coche y habrá acabado en alguna zanja.

Se pone en línea. Habla a toda velocidad. No sé dónde acaba una palabra y empieza la otra.

—Espera, espera, más despacio, Peter. Vuelve a decirlo, solo que

más despacio.

Otro torrente de sílabas.

—Respira hondo —le digo.

Peter respira hondo. Oigo lo que sucede, como si alguien hubiera encendido una aspiradora por un breve instante. Me lo imagino paseándose por la habitación, sujetando el teléfono con fuerza, con los nudillos blancos.

—Mi chico —dice, ahora más despacio; no mucho, pero lo suficiente para que lo entienda—. Mi hijo no ha vuelto del instituto.

Me imagino a su hijo Lucas y siento un retortijón en el estómago.

Peter lanza frases cortas.

—Siempre vuelve a casa. Del instituto. Tiene toque de queda. A las cinco. Sabe que, si no llega para entonces, se mete en problemas. Así que, a esas horas, siempre está en casa. Siempre. Por lo general, a las cuatro. Siempre alrededor de las cuatro. Nunca falla. Excepto hoy. Necesito que lo encuentres. Es… Tú… Tienes que encontrarlo.

Ya pasan de las cinco. El verano está cerca y los días se alargan. Quedan otras tres horas de luz, y el mes que viene no anochecerá hasta pasadas las nueve. Nos acercamos a toda velocidad a ese momento del año que nos pasamos esperando el resto del año. También es la época en que los chicos se retrasan más de la cuenta. Están fuera, nadando en las canteras, fumando en el bosque o bateando pelotas de béisbol. Se pasan por el forro los toques de queda y les importa un bledo.

—Los chicos siempre aparecen —le digo, y me arrepiento de inmediato. Después de todo, estoy hablando por teléfono con un escritor de novelas policíacas. Solo hay una cosa que un escritor de novela negra diría ante una declaración como esa.

Peter se adelanta y alega:

—Y a veces aparecen muertos. Aparecen en fosas poco profundas, apuñalados o estrangulados, o arrojados a contenedores. Y, como bien sabes, sheriff, el mundo está lleno de chicos que se esfuman y no aparecen nunca.

Tiene razón. Pero aun así…

—Tendrá una rueda pinchada. O quizá se ha ido a casa de un amigo. ¿Has llamado a sus amigos?

—No tiene.

—¿Has llamado al instituto?

—No me cogen el teléfono. Por eso he venido.

—¿Estás en el instituto?

—Y no tiene una rueda pinchada, porque su bicicleta está aquí, y está en perfecto estado. Por alguna razón, no ha podido volver a casa en bici ni me ha llamado.

El retortijón en mi estómago se repite.

Esto no puede ser como la última vez, ¿verdad?

Capítulo 3

Todo está sucediendo rápido, demasiado rápido. Por supuesto..., nunca hubo ningún plan. ¿Ha cometido errores? Qué pregunta tan estúpida, claro que sí. Pero, en aquel momento, eso no importaba. Ha sido como si un impulso biológico se hubiera apoderado de él, como si hubiera dejado de ser Simon Grove para convertirse en otra cosa, en algo diferente, un algo que ya ha sido otras veces a lo largo de su vida. Ese algo no le gusta, pero no puede controlarlo. Nadie puede controlar la biología. Hay pastillas, medicamentos y terapias para que trates de pensar de cierta manera, cuando todo lo que puedes hacer es pensar de otra... Pero nada de eso puede reprimir para siempre una necesidad fundamental. Y, ahora mismo, la necesidad lo tiene alejándose de la ciudad a toda velocidad y con un chico en el maletero, y, joder, no es como si ya hubiera experimentado algo así.

Están en la autopista. No hay mucho tráfico y no hay nada que haga destacar su coche. Es solo uno entre muchos, pero se pregunta si los demás conductores son capaces de darse cuenta de lo nervioso que está. Sin duda, hoy no se levantó de la cama sabiendo que acabaría quemando las naves. Sin embargo, ahora mismo es una posibilidad muy real. Pero no puede dar marcha atrás; en parte, porque no tiene ninguna explicación genuina de por qué ha metido al chico en el maletero y, en parte, porque no le da la gana. Tampoco puede seguir conduciendo, porque se siente rebosante de la misma necesidad que lo ha metido en este lío. Sin embargo, en algún momento, y pronto, alguien se dará cuenta de que el chico no está donde debería estar. Puede que eso ya haya ocurrido. También puede ser que el chico tenga unos padres de mierda que ni siquiera se hayan dado cuenta, aunque Simon tiene serias dudas de que esos padres puedan ser como los que él tuvo cuando era pequeño. Se imagina las llamadas telefónicas a los amigos antes de contactar con la policía; luego, a la policía acudiendo al instituto y encontrando la taquilla rota con la palanca delante.

Dios. Ni siquiera se tomó la molestia de limpiar sus huellas. No podía, porque la necesidad era fulminante y fuerte, y ya había pasado tiempo, y cuando te dejas llevar por la biología..., bueno, piensas en las consecuencias solo cuando ya ha ocurrido todo. Esta necesidad se ha ido acumulando durante un tiempo, como siempre, y lo irónico es que, de todas formas, él había pedido vacaciones para la semana siguiente. Tenía intenciones de marcharse y desquitarse con un chico cualquiera en una ciudad cualquiera, en un lugar del que pudiera poner distancia sin consecuencia alguna y, después, alimentarse de ese recuerdo hasta que la necesidad volviera a ser demasiado fuerte como para menospreciarla. ¿Por qué demonios no ha esperado hasta entonces?

La biología. Eso es: la maldita biología.

Sin embargo, hay una forma de tener el pastel y comérselo también, algo que solía decir su última madre —por cierto, una razón más para haberla matado—. Hace poco se compró una cámara para grabar estas ocasiones, pero, quizá, la cámara puede tener un segundo propósito.

Más adelante está el desvío hacia el antiguo aserradero. Conoció la historia de este lugar cuando se mudó aquí, hace un tiempo. La ciudad de Acacia Pines nació ciento cincuenta años atrás. Su corazón era el aserradero y su alma, las iglesias construidas a su alrededor. Las tiendas y las casas se expandieron pronto, engullendo tierra a un ritmo lento pero constante. Hace sesenta años, ya habían devorado lo suficiente como para que los habitantes a quienes no les gustaba que los camiones pasaran a toda velocidad por delante de sus casas, sacudiendo la vajilla en sus armarios, fueran más numerosos que aquellos a los que sí les gustaba. Derribaron el aserradero y lo reconstruyeron fuera de la ciudad, en un lugar más grande y con más posibilidades de expansión, pero, como suele ocurrir en las ciudades, las previsiones a largo plazo sobre las dimensiones de los espacios y el tráfico de las carreteras tienden a no mirar tan lejos en el futuro como debieran. Al fin y al cabo, el problema, dentro de medio siglo, ya será de otro.

Hace diez años, Acacia empezó a aparecer en los programas de viajes. Sus bosques se estaban convirtiendo en lugares populares

para los excursionistas. Hubo que construir moteles. Más restaurantes. Más industria. La ciudad no ha dejado de crecer en la última década, ya que quienes han venido a visitarla no quieren marcharse. Hace unos años hubo un repunte en el sector servicios. A finales de cierto verano, algunos excursionistas dijeron haber visto a Bigfoot en las montañas —con una fotografía desenfocada incluida—, aunque hay sospechas de que el rumor lo inició el propietario de uno de los nuevos moteles. Los moteles se llenaron a rebosar, porque de todo el país vino gente en busca de pruebas. El aserradero también necesitaba crecer. Sin embargo, en lugar de ampliarlo, construyeron uno nuevo unos kilómetros más cerca de la ciudad. El antiguo quedó abandonado a merced de la naturaleza.

Simon coge el desvío.

La carretera que lleva a la fábrica es sinuosa y está llena de baches y desniveles. La grava de que está hecha ha sido tan compactada por los miles de camiones que no hace mucho ruido cuando el coche pasa por encima. Pronto queda a la vista el viejo edificio: altas paredes de bloques de hormigón manchadas de gases de los tubos de escape, ventanas en lo alto —algunas rotas—, un tejado plano, oxidado en parte, y grandes puertas enrollables a lo largo de la fachada, algunas abolladas. Todo está rodeado por un mar de hormigón que, a su vez, está rodeado por un océano de árboles. Se detiene ante la puerta principal. Deja el motor en marcha y se baja. Desbloquea una pequeña puerta lateral y entra. Luego, tira de las cadenas para enrollar las puertas. El traqueteo de las cadenas le recuerda a cierta novela de Charles Dickens en la que los fantasmas de la Navidad sermonean a un hombre destinado a morir solo. No es que haya leído el libro, pero ha visto varias versiones de la película.

Abre la puerta por completo y vuelve al coche. Un minuto después, ha aparcado dentro. Las cadenas vuelven a traquetear cuando la puerta se cierra. Están solos. Solos en medio de la nada, donde nadie puede oír nada.

Los nervios de Simon se convierten en entusiasmo.

Capítulo 4

Vuelvo a la habitación de Nathan.

—Tengo que salir un rato. Necesito que cuides de tu abuelo.

—Estoy ocupado.

—Con suerte, no será por mucho tiempo.

Él no dice nada. En vez de contestar, sigue jugando.

—¿Nathan?

—¿Qué?

—He dicho que…

—Joder —exclama. Se levanta y apaga el ordenador.

—Maldita sea, Nathan, solo te estoy pidiendo…

—He dicho que lo haré, ¿vale? ¿No acabas de decir que tienes que estar en algún sitio?

Me quedo mirándolo unos instantes sin saber cuál es la mejor respuesta. Este es el Nathan de estos días. He intentado lidiar con él de muchas maneras, todas equivocadas. Podría castigarlo o quitarle el ordenador, solo que, en el pasado, esas cosas no han hecho sino empeorarlo. Ahora mismo no tengo tiempo para ocuparme del asunto.

—Te llamaré pronto para ver si todo está bien —le digo.

De camino al instituto, llamo por radio a Sharon. La pongo al día, le pido que haga que la agente Hutchison se reúna conmigo en el instituto y que me ponga al director Chambers al teléfono. Dice que lo hará. Conduzco por la ciudad. Las tiendas cierran y los restaurantes abren mientras la gente pasa de comprar libros, ropa y material de acampada a pensar en la comida, el vino y los postres. Sharon me llama al móvil. Me dice que tiene a Chambers al teléfono. Transfiere la llamada. Le digo a Chambers lo que está ocurriendo. Parece preocupado. Claro que sí. Hace dos meses pasamos por algo parecido. Me dice que estará en la escuela en diez minutos.

En los cruces, hago sonar las sirenas. Los coches se apartan. La gente se gira para mirar desde las aceras. Es un espectáculo poco frecuente. Paso junto a escaparates que reflejan el sol y ciegan a los

conductores. Paso por delante de una piscina, un cine, una bolera, un centro comercial, más tiendas y oficinas y moteles. Luego está el instituto. Desde la carretera hasta una zona en pendiente se extiende un largo camino bordeado de árboles, pero también se bifurca en un aparcamiento. Delante hay un muro bajo y manchado de grafitis que pone «Instituto Acacia». Más allá, el edificio principal se compone de tres alas, que forman una C de ángulos rectos. Cada brazo es largo y liso, y los tres son idénticos entre sí, como si hubieran sido fabricados en serie y enviados aquí listos para ensamblar. Hay banderas que cuelgan cada treinta metros para dar color. Peter Connor se pasea por los terrenos. Solo se detiene cuando salgo del coche y me planto delante de él.

Es unos centímetros más alto que yo. Llega al metro ochenta y tres. Siempre ha sido fornido, pero ya no tiene tan buen aspecto como en el instituto, cuando, con ropa ajustada, música y músculos, se subía al escenario para impresionar a las chicas. Ahora, toda esa masa se ha redistribuido, sobre todo por la mitad, donde estira una descolorida camiseta que dice «Cats Against Being Eaten», que era el nombre de su banda por aquel entonces. Tiene los ojos hundidos y el pelo canoso y revuelto, como un hombre que, sin mucha oposición, se ha rendido a la madurez. No nos damos la mano. Está asustado y muy nervioso.

—Enséñame la bici —le digo.

Caminamos hasta los soportes para bicicletas. Están en el mismo lugar donde solían estar, en el lugar donde permanecerán mucho después de que los casquetes polares se hayan derretido. Venir a mi antiguo instituto me hace preguntarme cómo han podido pasar veinte años así de rápido. También me trae una triste certeza de que los próximos veinte pasarán igual. El instituto se ha ampliado durante este tiempo. Se han construido más edificios, que se suman a las tres alas principales, así como un nuevo gimnasio y un salón de actos más grande. Esto es Acacia Pines: un pueblo que se expande, desde las tiendas de comestibles hasta las escuelas, pasando por los moteles, las granjas y los cementerios. Hace diez años teníamos veinte mil personas; ahora tenemos treinta mil.

Los soportes para bicicletas están a la intemperie. Hay suficientes

anclajes para quinientas bicicletas, pero ahora mismo solo queda una, una solitaria bici de montaña azul que no tiene más de un par de años. Está sujeta con un candado.

—¿Esta es la bici de Lucas?

—Sí.

—¿Y el candado?

Él me mira, confuso.

—¿Qué?

—¿Este candado es suyo?

—¿Por qué no iba a serlo?

—Porque alguien, por gastarle una broma pesada, pudo haber bloqueado la bici con un candado que no es el de Lucas.

Todavía parece confundido.

—En ese caso, él habría ido a buscar a un profesor o me habría llamado a mí.

Eso me imaginaba yo, pero, aun así, tenía que preguntar. Se acerca un coche idéntico al mío. Es la agente Hutchison. Detrás de ella aparece un sedán blanco: el del director Chambers.

—Tal vez —digo—. Pero ¿este es el candado de Lucas o no?

—No lo sé. Es probable.

Caminamos hasta la entrada principal. Chambers y Hutch dejan de hablar entre sí en cuanto llegamos a ellos. La ayudante del sheriff Lisa Hutchison tiene treinta años, es alta, guapa y seria. Creció con ganas de ser policía, porque su padre lo era. Lleva el pelo oscuro recogido en una coleta y los pulgares, metidos en la parte superior de la pistolera. Chambers es alto y calvo. Tiene peinados hacia los lados sus mechones de pelo gris. Sus gafas son demasiado grandes y su boca, demasiado pequeña. Tiene las orejas anchas y la nariz larga, como si hubiera sido montado por el mismísimo Mr. Potato en la fábrica de Mr. Potato. Era uno de mis profesores cuando llegué aquí. El tipo enseñaba historia; ahora se ha convertido en ella.

No nos damos la mano, ninguno.

—Quiero ver la taquilla de Lucas —le digo.

Si la bicicleta del chico está aquí, hay razones para pensar que él también. Cuando llegué a este lugar, a los chicos los metían en las

taquillas. Dudo que esa práctica haya terminado, junto con los robos del dinero del almuerzo y el calzón chino en los pasillos.

—Sígueme —dice Chambers, y encabeza la marcha.

Capítulo 5

El ataúd es metálico y estrecho. Después de treinta minutos en la carretera, por fin se han detenido. Lucas podrá ser pésimo juzgando a conserjes, pero es excelente calculando el tiempo. No se puede conducir dentro de Acacia Pines durante treinta minutos, a menos que uno lo haga en círculos. Eso significa que han salido de los confines de la ciudad y que se dirigen hacia el sur, porque el sur es la única dirección que se puede seguir. Desde su salida de la ciudad, se ha estado preguntando por qué venían hacia aquí. No hay más que explotaciones agrícolas y forestales. Lucas cree que hay docenas de formas en las que se puede desaparecer en cualquiera de ellas.

En cuanto al ataúd, está encorvado y aprisionado en él. Algo duro se clava en su espalda. Todo son ángulos, todo es sólido, cosas de las que no puede zafarse. Ha hecho a oscuras la mayor parte del viaje, aunque, a veces, el maletero se ilumina en rojo por las luces de freno; pero vuelve la oscuridad, y el único sonido que oye es el repiqueteo metálico del motor. Hace un momento, todo eran cadenas traqueteantes y puertas pesadas. Los vaqueros mojados le aprietan más. Están fríos, huelen mal y le rozan los muslos. Tiene el pecho apretado. La cinta adhesiva en la boca le impide respirar hondo. Las manos atadas por detrás hacen que sienta presión en los hombros. Las únicas partes de su cuerpo que no amenazan con acalambrarse le provocan punzadas. Nunca en su vida había estado tan asustado. Y, para empeorar las cosas, lo que sea que haya usado el conserje para noquearlo le ha causado dolor de cabeza. Se siente mal. No solo está aterrorizado, sino que siente náuseas. Intenta girar, desplazar el peso del hombro derecho al izquierdo, pero no lo consigue. Aparte de la orina, puede oler el gas y los líquidos de limpieza. Aún siente el olor del producto químico que el conserje utilizó para noquearlo. El aire sabe a combustible. Pero, pase lo que pase, ha decidido que no llorará. Tampoco pedirá clemencia; por una parte, porque no cree que un tipo que mete chicos en los maleteros de los coches pueda ser

clemente; por otra, porque piensa que no haría otra cosa más que excitar a Simon el Tonto.

¿Cómo escribiría su padre una escapatoria de esta situación? Es una pregunta que se ha hecho una y otra vez durante el trayecto, pero su mente solo ha sido capaz de encontrar ejemplos en los que los personajes fracasan. Seguro que algunos logran sobrevivir, solo que, cuando intenta pensar en ellos, se queda en blanco. En algún momento pasará de rezar para sobrevivir a rezar para que el final llegue pronto. No ve muchas películas, pero sí las suficientes como para saber que, una vez que asoma la cinta adhesiva, no falta mucho para que aparezca una tumba poco profunda, profanada a zarpazos por animales salvajes. Pronto, la pregunta no será si lo encontrarán, sino en cuántos pedazos.

Lo sacan de sus cavilaciones unas pisadas que se acercan. La puerta del coche se abre, suena un clic y el maletero salta unos centímetros. Un momento después, se abre del todo. Lucas parpadea un poco. El edificio está apenas iluminado, aunque hay mucha más luz que en el interior del maletero. El conserje mete la mano y tira de Lucas. Lo arrastra por el borde del maletero y, enseguida, deja que el impulso y la gravedad arrojen al chico al suelo. El impacto es lo bastante fuerte como para hacerle castañetear los dientes y probar su sangre. Lucas lucha por contener las lágrimas.

El conserje lo mira. Ahora es diferente. Lleva el mismo mono, el mismo pelo, la misma barba, pero todo es oscuro y podrido. Los rumores son ciertos: este tipo se arrancó dos dedos de un mordisco, y es probable que también haya estado en el manicomio por morderles los dedos a otras personas. La oscuridad del conserje es una especie de entidad física, un parásito que se ha apoderado de él y que ahora lo controla como una marioneta. Es una tenia que serpentea dentro del conserje, que se desliza en su interior y tira de todas las palancas.

Simon el Tonto corta la cinta de los tobillos y pone a Lucas de pie. Están en una fábrica vacía. Hay unas cuantas estanterías con cajas de cartón abandonadas, trozos de alambre, recortes de acero y serrín tirados por el suelo, revueltos con cristales de ventanas rotas a pedradas. Puede oler la madera. Y el pegamento. Y la grasa. Hay una vieja bicicleta de montaña apoyada en la pared y, tumbado, un bidón

vacío, muy abollado. Mira el bidón y se pregunta si, en el pasado, el conserje habrá metido en él a alguna otra alma desafortunada. Hay paredes de bloques de hormigón, vigas de acero y techos altos. La puerta metálica es lo bastante grande para dejar pasar los camiones. Hay un conjunto de oficinas y salas al fondo a nivel del suelo, y otras cuantas arriba.

Es el viejo aserradero. Nunca ha estado aquí, pero no puede ser otra cosa.

Simon el Tonto lo empuja hacia las oficinas del fondo. Los pinchazos en las piernas hacen tropezar a Lucas, pero el conserje lo agarra para que no pierda el equilibrio. El cuerpo del chico ha sido forzado a adoptar posiciones incómodas en las últimas horas. Ahora es su mente la que se acelera con imágenes de las posiciones que vendrán. Llegan al despacho más cercano a las escaleras, uno cuya ventana da al bosque. A la derecha hay un escritorio de madera y, a la izquierda, un viejo archivador con una cámara encima; en un rincón, una maceta rota con una planta muerta. A un lado de esta se levanta una pila de listines telefónicos casi tan alta como él. En el suelo hay un viejo y sucio colchón. Lo empuja ahí, sobre ese colchón. Cae. Se levantan polvo y suficientes bacterias como para provocar una pandemia. Aun así, el chico se esfuerza por no llorar. Sabe para qué sirve ese colchón, y sabe también por qué la cámara sobre el archivador apunta hacia él y tiene una luz roja encendida.

No llega ninguna ayuda.

No hay esperanza.

Lucas se echa a llorar.

Capítulo 6

La entrada principal del instituto es un gran conjunto de puertas dobles con paneles de cristal reforzado con alambre. De niño, solía imaginar que una persona podría terminar convertida en cubos si la empujaban a través de esos cristales. Chambers se saca del bolsillo un juego de llaves del tamaño de un puño. Ese bolsillo ha de estar reforzado para evitar que el llavero se caiga. Debe haber unas treinta llaves, pero el director supera airoso la prueba de memoria, porque acierta a la primera. Me siento alerta. No sé si por el Adderall o por toda esta situación. Me imagino que es una combinación de ambas cosas.

Entramos en un pasillo de ochenta metros de largo. Está hecho de bloques de hormigón pintados de gris, con el cuarto superior azul claro, taquillas azul rey y un suelo de baldosas gris oscuro. Nuestras pisadas resuenan. Algunas cosas han cambiado con los años; muchas otras, no. Hay ordenadores nuevos, pero las mismas aulas; hay pizarras nuevas, pero las mismas taquillas; hay carteles nuevos, pero la misma pintura, el mismo olor, la misma sensación. A través de las ventanas alcanzo a ver el campo de fútbol y el gimnasio, atisbos del mundo de los estudiantes de instituto, atisbos de mi pasado. He estado aquí muchas veces a lo largo de los años, desde que terminaron mis tiempos de estudiante. He venido a reuniones de padre y profesor. He venido como agente de policía, he hablado a los chavales sobre los peligros de las drogas y de conducir borrachos. He venido también a detener a algún chico por vandalismo, y una vez tuve que venir a decirle a Chambers que, esa misma mañana, uno de sus alumnos había muerto en un accidente de coche. Y también estuve aquí hace dos meses, el último día del curso, cuando Taylor Reed subió al tejado y, a la vista de todos, saltó para matarse. A veces, cuando estoy tratando de dormir, lo veo en la acera, roto y ensangrentado. Aún tengo en la cabeza la imagen de sus padres mientras caían en la cuenta de lo que les estaba diciendo.

La última vez que estuve aquí fue el primer día de este curso. Vine a

averiguar todo lo posible acerca de Freddy Holt, un chaval de dieciséis años que, durante las vacaciones, escapó por la ventana de su habitación y fue a esconderse en alguna madriguera. Dos chicos: uno muerto, uno desaparecido.

Y, ahora, Lucas Connor.

Al pasar, voy golpeando las taquillas con los nudillos. Hacen eco.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Peter.

—Está comprobando si Lucas está metido en una de ellas —dice Hutch.

—Espera..., no pensarás... Mierda —dice Peter, que acaba de percatarse de lo posible que es eso—. Mierda —vuelve a decir, y se pone a golpear las taquillas del otro lado del pasillo. Va diciendo el nombre de su hijo, aunque todas sus llamadas se quedan sin respuesta.

La administración ocupa los últimos veinte metros del pasillo y continúa a la vuelta. Se compone de oficinas anticuadas, llenas de equipos obsoletos. Entramos en el despacho de Chambers. El director se sienta ante un ordenador que tiene una vieja y voluminosa pantalla, teclea su usuario y su contraseña. Aparece el expediente de Lucas.

—Taquilla dos-cero-seis —dice—. Está a la vuelta de la esquina.

Doblamos el pasillo. La zona de administración vuelve a convertirse en aulas. Este pasillo es un buen tercio más largo que el anterior, pero tiene el mismo aspecto: taquillas, carteles, aulas, solo que en mayor cantidad. En medio hay una pulidora de suelos y un charco.

—Qué raro —dice Chambers—, el conserje siempre lo recoge todo.

La pulidora de suelos está delante de un grupo de taquillas, pero, para mayor precisión, está delante de una cuya puerta delantera ha sido torcida. La han forzado. La barra que usaron como palanca está en el suelo. No es la taquilla de Lucas, sino la de al lado. Me pongo unos guantes de látex y cojo la mochila que está en el estante superior.

—Es la de Lucas —dice Peter.

La dejo en el suelo y la abro. Dentro hay libros, ropa de gimnasia, un móvil. Toco el botón de inicio del teléfono. La pantalla se ilumina.

Hay una foto de un perro, un pastor alemán, y un buzón de mensajes que dice que hay nueve llamadas perdidas de «Papá».

—Te dije que algo iba mal —dice Peter.

Reflexiono en lo que ha podido ocurrir. Unos chicos metieron a Lucas en la taquilla. Pensaban que él se las arreglaría solo o que alguien lo dejaría salir, pero eso no ocurre. Lucas pasa allí dentro más tiempo del previsto. Nadie lo encuentra. La escuela se vacía y entonces aparece el conserje. Lucas golpea la puerta. Lleva ahí un par de horas. El conserje abre la puerta forzándola.

¿Y después?

¿Por qué Lucas no cogió su teléfono? ¿Por qué no volvió a casa en la bici?

Hutch reproduce el mismo escenario y se plantea las mismas preguntas.

—Llamaré al hospital y a las consultas médicas para saber si Lucas está por ahí —dice—. Quizá se desmayó cuando acababan de liberarlo.

—Solo que…

—Solo que habrían llamado a la policía —dice ella—. Pero, por supuesto, a lo mejor nos cruzamos con ellos. Pudieron haber salido de aquí un minuto antes de que llegáramos. Si es así, aún no han tenido tiempo de llamar.

Se aleja unos metros y saca su teléfono. Hace unos meses interrogué al conserje. No recuerdo su nombre, pero sí algo de su aspecto y que era un tipo muy reservado. Lo más memorable es que le faltan dos dedos. Hablé con él de la misma forma que interrogamos a todos en relación con el asunto de Taylor Reed, y luego por lo de Freddy Holt. Sabíamos que Taylor Reed había saltado. También, que lo habían acosado sin piedad por internet durante los últimos meses. En sus redes sociales encontramos mensajes de alguien que había creado una cuenta bajo el nombre de Todo el Instituto. Todo el Instituto estuvo enviando mensajes directos a Taylor a través de diferentes plataformas. Lo insultaba, le decía que todo el mundo lo odiaba y que debería suicidarse. El emisor había creado la cuenta con un teléfono de prepago. Nunca pudimos encontrar el teléfono ni al autor, quienquiera que fuese. El conserje no levantó ninguna sospecha.

Pero entonces Freddy Holt desapareció, y la sincronía nos hizo preguntarnos si los sucesos estarían relacionados. Quizá Holt fue el culpable, y se largó. Hablamos con un montón de estudiantes. Nos dijeron que Freddy los empujaba contra las puertas, que los llamaba fracasados y que a algunos los extorsionaba por el dinero del almuerzo. Sin duda, intimidar a Taylor Reed habría estado entre sus especialidades.

Me vuelvo hacia Chambers.

—El conserje —le digo—, ¿cómo se llama?

—¿Crees que el conserje se ha llevado a Lucas? —pregunta Peter.

Cómo me gustaría que se metiera en su coche a esperarnos, aunque sea solo para que yo pueda pensar.

—Simon Grove —dice Chambers.

Simon Grove. Ahora me acuerdo.

—¿A qué hora termina Grove su turno?

—Alrededor de las siete. Es el único que se queda después de que los profesores se hayan ido. Cierra cuando se va.

Consulto mi reloj. Ya son casi las seis.

—Y los profesores, ¿no habrían pasado por delante de esta taquilla?

—No necesariamente —dice Chambers—. Hay otras salidas.

—¿Simon Grove deja su coche en el aparcamiento de los profesores?

—Deberíamos ir a su casa —dice Peter.

Le pongo la mano en un hombro. No se encoge. Tiene la cara tensa por el pánico. Está sudando.

—Necesito que mantengas la calma y que nos dejes hacer nuestro trabajo —le digo.

—Deberíamos…

—Iremos a su casa, pero primero quiero ver si su coche está aquí.

Peter parece estar a punto de discutir, pero asiente.

—Buena idea —dice.

Me vuelvo hacia Chambers. Él me dice que Grove deja su coche en el aparcamiento de profesores.

—Vamos.

Hutch se queda junto a las taquillas, hablando por teléfono, mientras Peter Connor, Chambers y yo nos dirigimos al

aparcamiento por otra salida. Está vacío. Chambers señala la plaza donde habría aparcado Grove.

—Consígueme su número —le digo—. Y su dirección.

Chambers desaparece de nuevo en el interior del edificio. Me dirijo al aparcamiento. Peter me sigue.

—¿De verdad crees que ese tipo se lo ha llevado al hospital? —pregunta.

—En un día como hoy, habrá hecho calor dentro de esa taquilla. Tu hijo podría estar sufriendo un golpe de calor. Tal vez se desmayó en el momento en que Grove lo sacó de ahí. Eso explicaría por qué no ha podido llamarte. Es posible que el conserje ni siquiera sepa quién es Lucas. Lo mismo podría decirse del hospital. Puede que lo tengan ahí y no sepan quién es.

—¿No habría llamado a una ambulancia?

—Eso es lo que tú harías, eso es lo que yo haría, pero no significa que otro lo hiciera. Las personas somos diferentes. Respondemos de diferente manera. El conserje pudo haber sopesado todo y, al final, decidir que era mejor llevar a Lucas corriendo al hospital.

En el bordillo donde aparca Grove hay un paño blanco hecho bola. Es del tamaño de un pañuelo y está sucio. Lo engancho con mi bolígrafo y lo huelo con cuidado. El olor es penetrante. Pero el tipo es, después de todo, un conserje, y los conserjes tratan con productos químicos fuertes. Aun así, no me puedo imaginar a Grove entrando en pánico por haber encontrado a Lucas en la taquilla, sino frotándose las manos con regocijo.

Saco de mi bolsillo una bolsa de pruebas y guardo el paño.

—Te lo dije —dice Peter—. Te lo dije, joder.

Vuelvo por donde hemos venido. Él me sigue. No deja de hacerme preguntas que no puedo responder. Al llegar a las taquillas, nos encontramos con Hutch.

—He llamado al hospital y ya tengo a Sharon llamando a las consultas médicas —dice—. Nada hasta ahora. Tal vez ese tío llevó a Lucas a casa.

Me deja la mirada fija. Intenta decirme algo. Sé lo que es ese algo, porque es lo mismo que yo quiero: que Peter se marche. Asiento con la cabeza. Ella se vuelve hacia Peter y habla con él:

—Deberías volver a casa. Es el primer lugar al que Lucas volvería. Incluso puede que te llame allí.

Antes de que él pueda argumentar nada, hablo.

—Tenemos cubierta la situación en el instituto. Ya no hay ninguna razón para que estés aquí. Nos ayudaría mucho que fueras a casa y nos mantuvieras informados.

—Eso no explica lo del paño —dice Peter.

—¿Qué paño? —pregunta Hutch.

—Un paño empapado con cloroformo —dice Peter.

—Eso no lo sabemos —alego.

—Si se hubieran llevado a Lucas al hospital o a casa, ya me habría llamado.

—Por favor, Peter —dice Hutch—. Ayudarás más a Lucas si vas a casa y haces algunas llamadas.

—Déjanos hacer nuestro trabajo, Peter —le digo.

No contesta. Solo se da la vuelta y se marcha. Antes de doblar la esquina, golpea la última taquilla. Me agacho más cerca del charco.

—No es agua —dice Hutch.

—No, no lo es —digo. A ras de suelo, el olor a orina es más fuerte. Lo que sea que haya ocurrido aquí, asustó tanto a Lucas Connor que se meó encima.

Capítulo 7

—No te resistas. Solo empeorarás las cosas.

El chaval está hecho un desastre. Tiene la cara llena de lágrimas y mocos y los pantalones mojados. Parece a punto de sufrir un infarto. Y no es que el conserje no simpatice con el chico: sabe lo que se siente al estar en el otro extremo de una situación así.

—¿Me oyes?

El chico asiente. Y se sorbe la nariz. Y se seca las lágrimas en las rodillas.

—Te voy a quitar la cinta, pero tendrás que prometerme que no vas a gritar. Nadie te oiría, de todos modos. Es solo que detesto el sonido. ¿De acuerdo?

Más asentimientos.

Simon le quita la cinta adhesiva de la boca. Lucas respira hondo y, aunque parece tener un millón de preguntas, no dice nada. Simon cree que intentará desafiarlo, y qué bien por el chico si así fuera. Y bien por Simon también, porque un poco de lucha podría divertirlo.

—¿Cómo te llamas?

—Lu… —dice, y luego tose. Entonces recupera el aliento y vuelve a intentarlo—. Lucas.

—Vale, Lucas. No te avergüences de haberte meado. Mi padre… Bueno, mi padre se habría reído de ti, pero yo no. Esa es una de las razones por las que lo odiaba tanto.

Simon quiere ponerle cinta adhesiva en los tobillos, pero Lucas sacude el cuerpo.

—¿Qué te acabo de decir?

El chico deja de moverse. Simon le pone la cinta. Luego alinea unas tijeras con la parte inferior de sus vaqueros. Lucas aparta los pies. Maldita sea, ¿este chico no se da cuenta de que le están hablando en serio?

El conserje pone la punta de las tijeras bajo la barbilla de Lucas.

—¿Qué coño te acabo de decir?

—Lo… Lo siento.

—Entiendo que esto no sea fácil para ti, pero, si desobedeces, irá mucho peor. ¿Has oído?

—Lo siento.

—Bien —dice, y se pone a cortar la parte inferior de los vaqueros antes de llevar las tijeras hacia arriba—. Creo que mi padre, mientras ardía, se dio cuenta de lo mucho que yo lo odiaba.

—¿Qué?

—Mi padre. El día que lo maté.

Lleva las tijeras hasta la cintura. Luego gira a Lucas y lo pone bocabajo. Con fuerza, le clava la rodilla en el centro de la espalda y vuelve a manipular las tijeras.

—Mire, Simon —dice Lucas, y Simon se pregunta con qué intención estará usando este chico su nombre de pila. Quizá es algo que te enseñan en el instituto; que, si usas el nombre de pila de tu secuestrador, es posible que te humanices ante sus ojos. Siente curiosidad por saber a dónde lo llevará esto, pero, sobre todo, es más combustible para el fuego que arde en su interior. Sabe que esto no está bien. Sabe que está trastornado. Pero oye, no es culpa suya, es una necesidad. Es la biología.

—Muchas gracias por haberme sacado de la taquilla —dice Lucas—. Ya me salvó. Es hora de que me deje ir a casa. Déjeme ir a casa y no le diré nada a nadie. Se lo prometo.

Por Dios, ¿también le habrán enseñado eso en el instituto?

—De acuerdo.

—¿De acuerdo?

—Sí, vale, pero primero tienes que ayudarme, igual que yo te he ayudado a ti. —Vuelve a centrar su atención en los vaqueros de Lucas y sigue cortando. Casi ha terminado. El fuego ya no puede aumentar mucho más.

—¿Ayudarlo cómo?

—Comparto esto contigo y se suaviza un poco, y lo vuelvo a compartir y se suaviza un poco más. Ya ves, las piezas son cada vez más pequeñas.

—No lo entiendo.

No, nadie lo entiende nunca.

—Ya lo entenderás, te lo prometo. Cuando todo esto termine, te lo

enseñaré.

—¿Eso significa que me dejará ir cuando… cuando esto termine?

—Por supuesto. Por eso he puesto ahí la cámara.

Termina el corte y, antes de bajarse de encima del chico, le quita los vaqueros. Deja a Lucas en camiseta y calzoncillos. Lucas se tumba bocarriba y se arrastra hasta el borde más alejado del colchón, donde este se pega a la pared. Es como si intentara fundirse con ella.

—Esta vez, la cámara lo cambia todo —dice Simon, y arroja los vaqueros a un lado. Luego, porque puede, añade—: Con tu amigo, no tenía cámara. ¿Cómo se llamaba?

El hecho de que esas palabras asusten aún más a Lucas le dice a Simon que el chico sabe muy bien de quién está hablando. El conserje sonríe, se agacha y se pone a trabajar en la camiseta. Sin duda, será más fácil de cortar que los vaqueros. Como Lucas no contesta, añade:

—¿No era Freddy? —Ahora, el chico no podría contestar ni aunque quisiera—. Con él fue diferente —prosigue Simon—, pero tengo una cámara para ti. Así es como podemos confiar el uno en el otro —dice, y la cámara significa que, con suerte, no todas las naves están quemadas, después de todo—. Mira, nunca le dirás a nadie nada de lo que ocurra aquí, porque, si lo haces, subiré todo lo que grabe a internet. Tú no quieres eso, ¿verdad? Con tu amigo, en cambio… Yo no tenía cámara por aquel entonces, así que no pude darle la opción. Qué pena, de verdad, pero no podía dejarlo ir.

Capítulo 8

Mientras Chambers busca la dirección de Simon Grove, llamo a Cassandra. No hemos hablado en unos días. Cuando Cass se mudó, lo hizo de forma amistosa. Aún nos queríamos, pero no nos gustaba lo que estábamos viviendo. Ella necesitaba un espacio seguro, y también Nathan. Mi padre había pasado de ser el tío más majo del mundo al más malvado. Antes de que mi padre padeciera alzhéimer, yo nunca había conocido a nadie con ese mal, pero, para mí, se ha convertido en la enfermedad más aterradora del mundo, y la más cruel. Te despoja de lo que solías ser, y tu reemplazo es una completa lotería. En los últimos meses, sin embargo, se ha producido un distanciamiento cada vez mayor entre Cass y yo, y eso no ayuda cuando no alcanzas a vislumbrar soluciones en el horizonte. Por lo que sabemos, mi padre podría vivir otros treinta años. Por lo que sabemos, pronto estaré viviendo en la calle con él, o bien, durmiendo en el coche.

—¿Cómo estás? —me pregunta—. ¿Has podido dormir?

—Estoy bien.

—¿Cómo te ha ido con el abogado?

—No lo sé. Hace lo que puede.

—¿Qué significa eso?

—Que seguirá quedándose con mi dinero mientras lo tenga. Escucha, esto saldrá pronto en las noticias: un chico del instituto ha desaparecido y todo apunta a que ha sido un secuestro.

—Madre mía.

Chambers arranca un trozo de papel de su agenda y anota el número y la dirección de Simon Grove. Cuando intenta entregármelo, la combinación de manos temblorosas y sudor hace que el papel termine en el suelo. Lo siguiente es que, al intentar recogerlo, el tío se da un cabezazo en el escritorio.

—Escucha, he tenido que dejar a Nathan cuidando a papá. Dadas las circunstancias, yo…

—Por supuesto, iré ahora mismo.

—Podría ser una noche larga.

—Entiendo. Me quedaré con ellos todo el tiempo que haga falta.

—Gracias, Cass.

Colgamos. Chambers me entrega la hoja y se frota la frente. Yo me pongo a marcar el número. Salta el contestador. No dejo ningún mensaje.

—Lucas está bien, ¿verdad? —pregunta Chambers con voz de preocupación.

Si esto ha sido un delito, se trata de un delito de oportunidad. Eso es obvio, por la forma en que se ha dejado todo; porque Simon Grove no podía esperar encontrarse con un chico atrapado en una taquilla. Podría ser el tipo de persona que fantasea con cosas así, pero no podría haberlo previsto.

—¿Sheriff?

Ese es el primer punto. El segundo es que no puedo imaginarme un escenario en el que un tipo cualquiera ayude a un chico a salir de una taquilla solo para secuestrarlo. Lo que significa que Simon Grove no es un tipo como cualquier otro. Tiene una historia. Ya hemos buscado su nombre en la base y, de momento, no hay nada. Pero en el pasado de este tipo debe haber cosas enterradas: a lo largo de la vida, trastornos mentales que lo han traído hasta lo que es hoy.

Parece que Chambers va a sufrir un ataque cardíaco.

—No puedo darte la respuesta que quieres —le digo.

—Me siento mal.

—¿De quién es la taquilla en la que metieron a Lucas?

—Era la de Taylor Reed.

El chico que saltó del tejado. Intento no tomármelo como un mal presagio.

Vuelvo a la taquilla. Mis pisadas resuenan en el pasillo. Entrego a Hutch la bolsa de pruebas con el paño dentro y le pido que lo lleve a analizar. Luego le entrego una carpeta que Chambers me ha dado en su despacho. Ella abre la cubierta y mira los detalles de la primera página. Es la vida laboral de Grove. Ha trabajado enmarcando cuadros y como peón agrícola, ha servido platos, pintado casas y cortado césped. Antes de trasladarse a Acacia Pines, hace diez años, trabajaba en un barco pesquero. Sospecho que ahí es donde se

conectarán sus trastornos: en algún lugar antes de que se mudara aquí. Ha sido conserje en este instituto durante los últimos seis años.

—Además, busca huellas en esto —le pido. Recojo la palanca y la dejo caer en una bolsa de pruebas. Lo hago con cuidado, para no agujerar el fondo—. Podríamos encontrar algo.

De camino a la salida, me pregunta:

—¿Dónde vas a estar?

—En la casa de Grove. Mantenme informado.

Subimos a nuestros respectivos coches.

Con las luces azules encendidas y el tráfico apartándose de mi camino, tardo siete minutos en llegar a la casa de Grove. Su calle está bordeada de olmos que habría que podar. La casa es pequeña y se ve cuidada. Las molduras de madera están recién pintadas, y el tejado, limpio de musgo. La puerta principal es de color rojo brillante. El césped está recién cortado; el patio, bien cuidado. Hay pajareras colgadas de los árboles. Quizá me he equivocado de casa. Esperaba ver tablones de madera deformados y bultos cubriendo cosas enterradas en el patio delantero. No hay coche en la entrada, pero podría haber uno en el garaje. Cuando salgo del coche, mi teléfono vibra. Es Peter Connor. Llama para decirme que no hay señales de Lucas en casa.

—¿Qué vamos a hacer? —me pregunta mientras abro el buzón. Aquí hay correo dirigido a Simon Grove, así que es la casa correcta.

—Luego te llamo, ¿vale? —En ese momento, el móvil emite un pitido con una segunda llamada. Es Hutch. Vuelvo a dejar el correo en su sitio. Ahora mantengo los ojos fijos en la casa, en busca de algún movimiento; tal vez, de una cortina que se esté descorriendo. Nada.

Hutch me cuenta que Rick, el técnico forense que dirige el pequeño laboratorio de la comisaría, ha dicho que el trapo que encontré estaba empapado en cloroformo. Apoyo la mano en la pistola. Hace apenas un año me ascendieron a sheriff, pero antes fui ayudante del sheriff durante quince. En ese tiempo, nunca tuve que sacar la pistola de la funda en un acto de servicio. Hoy podría ser el día.

Hutch continúa.

—Rick dice que no es como se ve en las películas, que habría que

presionar el paño contra la cara de Lucas durante, al menos, un par de minutos. Me imagino que no habrá sido difícil, dado que el chico estaba agotado y dolorido por haber pasado tanto tiempo en la taquilla. Rick también ha dicho que Lucas se habría debilitado con el cloroformo; se habría mareado y desmayado, pero el efecto no habría durado mucho. Unos minutos, quizá.

—Lo suficiente para inmovilizarlo y meterlo en su coche.

—Con mucha facilidad. Por lo que sabemos, Grove ha pasado años yendo de un lado al otro con cloroformo en el bolsillo, a la espera de una oportunidad como esta.

—Tal vez lo tenía en el almacén de materiales. Lo habrá cogido cuando fue a por la palanca. Hagamos circular la foto de Grove. Ve a la emisora de noticias y que muestren su imagen. Que enseñen también la de Lucas. Queremos todos los ojos en esto. Chambers ha dicho que Grove conduce un Toyota azul oscuro, un modelo de hace unos veinte años. El Departamento de Vehículos a Motor tendrá el resto de los detalles. Estoy en casa de Grove y voy a echar un vistazo. Dejaré abierta la línea. Si escuchas algo sospechoso, envíame a todo el mundo aquí.

—¿No quieres esperar a los refuerzos?

—No tenemos tiempo.

Me meto el teléfono en el bolsillo. Saco la pistola de la funda y apunto con ella hacia abajo mientras me acerco a la fachada de la casa. Permanezco alejado de las ventanas y, cuando estoy cerca, echo un vistazo a través de ellas. No hay señales de vida. La puerta roja brillante está cerrada.

Pateo la puerta tan fuerte como puedo. Mi bota da abajo del picaporte, donde la madera ha sido ahuecada para alojar el mecanismo de la cerradura. El golpe es tan fuerte que le deja una marca, pero no rompe la hoja. Doy una segunda patada. Esta vez, la madera se astilla. La tercera es la definitiva. Entro, giro de inmediato a la izquierda y doy con en el salón. Hay pocas cosas: muebles baratos, un sofá viejo y un televisor aún más viejo, pero todo bien cuidado. En una estantería restaurada con cariño, los libros lucen bien ordenados. Me muevo de una habitación a otra. Veo camas viejas, cajones viejos, mobiliario anticuado, todo ordenado; también,

un despacho con un ordenador viejo. Compruebo el garaje. No hay coche ni espacio para uno, porque está lleno de viejos muebles de oficina en proceso de restauración.

Enfundo la pistola, informo a Hutch y cuelgo.

Vuelvo a la habitación donde está el ordenador. Cuando lo enciendo, zumba con fuerza. Después de arrancar, me pide una contraseña. No intento nada. Echo un vistazo a la cocina. Reviso los armarios. Hay conservas bien apiladas, con las etiquetas hacia fuera. El frigorífico está lleno de comidas preparadas y cerveza. Las comidas tienen rótulos con el día de la semana. Las latas de cerveza están bien alineadas, con la marca por delante. Llamo a Hutch.

—Aquí hay un ordenador, pero está protegido con contraseña. Llama a tu hermano y que venga.

—Vale —me dice. Su hermano, Mike, fue quien instaló todos los ordenadores de la comisaría. También tiene una tienda de ordenadores en la ciudad. Sabe más de ellos que cualquiera de nosotros, Rick incluido. Le será más rápido venir aquí que a mí llevar el ordenador a la comisaría.

—Y hazte con los registros telefónicos de la casa de Grove. Quizá su proveedor de internet pueda darnos algo. Este tipo podría tener correos electrónicos en algún servidor de algún lugar al que podamos entrar.

—Me pongo con ello.

—Y nuestro hombre es un planificador. Muy meticuloso.

—No lo suficiente. Ha dejado una escena del crimen con huellas por todas partes.

—Ha sido un crimen de oportunidad, aunque también creo que se había estado preparando para algo como esto. Solo que no esperaba que fuera hoy. Eso podría significar que ya tenía un lugar en mente. Aunque es cuidadoso, ha sucumbido a sus emociones.

—¿Nos habremos equivocado con los otros chicos? —pregunta ella.

Tendría que estar preparado para darle una respuesta, porque me he estado haciendo la misma pregunta. Los otros chicos: Taylor Reed y Freddy Holt.

—No lo sé. No podemos partir del supuesto de que Grove ha tenido algo que ver con lo que les ocurrió, pero es posible. Habla con los

jefes anteriores de Grove en la ciudad. Tal vez puedan arrojar algo de luz sobre nuestro hombre. Es posible que uno de esos lugares donde solía trabajar esté hoy abandonado. Comprueba las casas vacías, los lugares en venta; también, cualquier sitio desocupado por vacaciones. Podría ser una casa vacía, una cabaña en el bosque o, simplemente, un claro. Tal vez ni siquiera sea un claro. Hay mil kilómetros de naturaleza silvestre en los alrededores de Acacia Pines, cien mil escondites. Podría ser un apartamento vacío. Lo que quiera que esté haciendo podría estar haciéndolo en su coche, aparcado a un lado de la carretera, en alguna parte. Llama a los bomberos y pídeles voluntarios para revisar las casas vacías, pero diles que tengan cuidado. Que nadie entre solo.

—Entendido.

—Una cosa más. En su casa no hay fotografías, nada que sugiera que Simon Grove tiene familia, pasado o ego de algún tipo, pero también sugiere que no hay conexiones: no hay señales de una mujer o una novia ni de que tuvo padres.

—¿Crees que se ha distanciado de todo eso?

—Ahí podría haber una historia, sí. Quizá ha venido a Acacia huyendo de algo.

—Por lo que tiene que ver con los antecedentes penales, todavía no hay nada.

—Podría estar del otro lado.

—¿Como víctima?

—Es posible.

—Lo investigaré.

Mi teléfono suena con otra llamada. Le digo a Hutch que me llame en cuanto sepa algo. Enseguida atiendo la nueva llamada. Es Chambers.

—Simon Grove solicitó un permiso de una semana a partir del próximo lunes. Le fue concedido —afirma.

Añado eso a la mezcla, solo que no le encuentro sentido. Todavía no.

—¿Sabes a dónde iba?

—No.

—¿Grove tiene un segundo empleo? ¿Limpia en algún otro sitio?

—Por lo que sé, solo en el instituto —dice Chambers.

—¿Alguna vez mencionó algún lugar al que le gustara ir? ¿Un lugar favorito para acampar? ¿Algún sitio al que vaya en busca de paz y tranquilidad?

—Nuestras conversaciones se han limitado a saludos y despedidas.

—¿Lo sabrá alguno de los profesores?

—Puedo llamar y preguntar.

—Hazlo. Y averigua a dónde iba la semana que viene.

—Lo siento —dice Chambers—. Yo… nunca debí contratar a ese tipo.

—Llámame cuando tengas algo.

Consulto mi reloj. Faltan dos horas para que anochezca. Es como si fuera una hora límite, un indicio de que, si no encontramos a Lucas antes, llegaremos demasiado tarde. Pesimista, sin duda, pero también optimista. Optimista, porque tengo esperanzas de que lo que quiera que Grove planee hacer con Lucas Connor no lo haya hecho ya.

Tengo que creer que Lucas todavía tiene alguna oportunidad de sobrevivir a esto.

Capítulo 9

Las palabras del conserje flotan en el aire: «Con tu amigo, en cambio... Yo no tenía cámara por aquel entonces, así que no pude darle la opción. Qué pena, de verdad, pero no podía dejarlo ir». Lucas siente que todo lo que ha comido en el último día chapotea en su estómago y se prepara para salir disparado hacia arriba. Echa de menos a su madre. Desearía que no hubiera desaparecido. Echa de menos a su padre, y desearía que él tampoco se hubiera marchado, porque eso es, en esencia, lo que ha hecho. Qué diferentes serían las cosas si aún fueran una familia. Quizá uno de ellos habría ido a recogerlo hoy. Sus padres lo habrían encontrado antes, y no este loco.

—¿Usted mató a Freddy Holt? —pregunta, aunque sus palabras son poco más que un susurro.

—¿Qué?

—¿Usted...? ¿Usted mató a Freddy?

—No tuve elección.

Lucas no sabe qué decir. Hace años, él y Freddy eran amigos. Se tumbaban en sacos de dormir en el patio trasero, a mirar las estrellas mientras se contaban historias de fantasmas o hablaban de las chicas del colegio a las que querían besar. Pasaron un verano construyendo una casa en un árbol. Así fue, al menos, hasta que Freddy se cayó y se rompió un brazo, con lo que toda la experiencia se echó a perder. De algún modo, el accidente también echó a perder su amistad. Se distanciaron.

—Tú, en cambio, sí que la tienes —dice Simon el Tonto—. Sígueme la corriente. Nos facilitará las cosas a los dos, y nadie tendrá que ver nunca lo que vamos a hacer aquí.

Lucas puede imaginarse la grabación subida a internet o enviada por correo electrónico: primero al instituto, luego a la ciudad, después al país y, por último, al mundo entero. No hay quien sobreviva a eso. No sabe cómo acabaría con todo, pero lo haría. Tal vez haría lo mismo que Taylor Reed.

O bien, obedecer a Simon; seguirle la corriente con la esperanza de que cumpla su palabra.

—¿Entonces? ¿Qué vas a hacer?

—¿Me prometes que no enseñarás el vídeo?

—Eso depende de ti.

—Yo... No me resistiré.

—¿Y?

—Y no se lo diré a nadie.

Lo único que le queda a Lucas es la ropa interior, y por pocos segundos, porque el conserje también se la quita. El chico pliega las rodillas contra el pecho, lo que ejerce más presión sobre sus hombros, debido a que tiene las manos atadas a la espalda. Sigue tirando de la cinta adhesiva que le rodea las muñecas. Mientras tanto, el conserje se desabrocha el mono y saca los brazos, con lo que la mitad superior de la prenda cuelga sobre la inferior. Tiene quemaduras de cigarrillo en los brazos. Las hay gordas y finas, algunas con aspecto de cráteres, como si al tipo le hubieran quemado el mismo punto de la piel una y otra vez. Lucas no ha dejado de preguntarse cómo escribiría su padre la huida de un personaje en esta situación. Se le ha ocurrido algo que no cree que su padre habría utilizado, pero espera que funcione. Su estómago borbotea. Tiene un sabor ácido en la boca. Siente las mejillas como si estuvieran siendo succionadas hacia dentro. No tiene intención de no luchar. Tampoco tiene intención de no decirle nada a nadie.

El conserje se quita la camiseta. Las quemaduras de cigarrillo no se limitan a los brazos, sino que también le cubren el pecho y el vientre. Es una constelación de cicatrices.

—Por favor, no tiene que hacer esto —dice Lucas.

—Ahí es donde te equivocas. Esto suavizará el dolor.

—Sigo sin entenderlo.

—Ya lo entenderás. Más tarde. —El conserje se quita un zapato de una patada, pero tiene que manipular los cordones para aflojar el otro. Se baja el mono y deja al descubierto unos calzoncillos blancos cubiertos de manchas amarillas.

Era justo lo que Lucas necesitaba.

El estómago se le revuelve, cae y sube en un instante. Viene

entonces la bilis, el vómito y la comida digerida y a medio digerir, todo se abalanza hacia arriba. Al salir, le quema la garganta. Lucas dirige el vómito a su pecho y a su vientre, a su regazo y muslos. Es caliente y apesta, pero nunca había vomitado con tanto gusto.

Ha logrado el efecto que quería, porque el conserje da un salto atrás.

—No puedo… —dice, y pone cara de asco—. Espera —ordena. Se sube el mono, se pone de nuevo los zapatos, coge las tijeras y sale del despacho. Lucas se queda ahí, cubierto de vómito.

Pero lo más importante es que se ha quedado solo.

Capítulo 10

A mi llegada, la sirena y el chirrido de los neumáticos han puesto al vecindario alerta, lo que significa que no hay retrasos cuando llamo a las puertas. En un pueblo pequeño como este, a la gente le gusta hablar. El único problema es que no tienen mucho que decir; nada útil, al menos, y eso queda de manifiesto cuando la vecina de Grove me dice que el tío es muy reservado, para después sugerirme que hable con alguien del instituto, porque está segura de que les corta el césped. No oigo otra cosa durante todo el trayecto, y luego, a la vuelta, la gente está haciendo cola para cooperar. Estoy en plenas pesquisas cuando aparece Mike junto con el agente Charlie Wade. Antes de ir a su encuentro, concluyo el interrogatorio de la vecina. Ya están dentro de la casa de Grove. Veo a Mike encorvado sobre el ordenador y a Wade medio pendiente de él mientras vigila la puerta. Wade es un tipo corpulento, de más de metro ochenta y más de cien kilogramos, a los que hay que añadir una espesa cabellera. Lleva más de una década en el cuerpo. Es un hombre tranquilo y experimentado, pero incluso él parece aterrado por todo esto. Mike es alto y delgado, como un saltador de pértiga; o, más bien, como la pértiga de un saltador de pértiga. Tiene la perilla de un ventrílocuo y el peinado de quien cree en milagros. Mientras teclea, habla con el ordenador, como tratando de convencerlo de que revele sus secretos.

—¿Cómo va eso?

—He podido entrar en modo de recuperación y restablecer la contraseña —me dice—. Lo primero que he hecho, después de arrancarlo, ha sido comprobar la agenda. Está vacía. He examinado sus correos electrónicos, pero no hay más que de un sitio web de subastas donde ha estado vendiendo muebles de oficina y herramientas viejas.

Se debe referir a los muebles usados que he visto en el garaje de Grove.

—¿Y el historial del navegador?

—No hay. O el tipo no se ha conectado nunca, o lo borra.

—Así que tal vez guarda sus cosas en alguna carpeta oculta.

—Eso he estado buscando.

—Hace diez minutos la foto de Grove salió en los medios —dice Wade—, junto con una descripción de su coche. Hasta ahora, no ha habido llamadas. Si hubiéramos ofrecido una recompensa, los teléfonos estarían iluminados como árboles de Navidad.

Es cierto. Tanto las grandes ciudades como los pueblos pequeños tienen eso en común: las personas se preocupan más si ven ventajas.

Mike aparta la silla del ordenador. Está pálido. Le tiemblan las manos.

—¿Has encontrado la carpeta oculta?

—Sí —dice, y respira hondo. Entonces debe pensar que no quiere que el aire de una casa como esta se le quede alojado en los pulmones, porque se dirige a la puerta.

—Ve con él —le digo a Wade.

Me siento delante del ordenador. Espero ver una carpeta llena de fotografías de niños, pero en su lugar hay vídeos, suficientes miniaturas para llenar la pantalla, y, si me desplazo hacia abajo, hay más. En la parte inferior, una barra informativa me dice que son cuarenta. Cada miniatura tiene un fotograma de la secuencia, así que, incluso antes de abrirlas, sé lo que estoy viendo. Voy de imagen en imagen echando un vistazo. Algunas son oscuras, porque el vídeo no ha captado mucho o porque son borrosas, pero en la mayoría hay un adolescente, siempre desnudo. En otras hay un hombre con él, también desnudo. Quiero salir y unirme a Mike. Uso un control deslizante en la parte inferior de la pantalla para agrandar las miniaturas. En cada uno de los vídeos está el mismo chico, uno al que le faltan los dedos tercero y cuarto de la mano izquierda.

¿Por qué Simon Grove conserva vídeos de los abusos que sufrió?

Capítulo 11

Lucas se ha vaciado después de vomitar, como si lo hubieran deshuesado y eviscerado hasta convertirlo en uno de esos pulpos que son capaces de colarse por un agujero del tamaño de una moneda de un euro. Piensa en su padre y en cómo se tomará la noticia. Piensa en los chicos que lo metieron en la taquilla. ¿Se sentirán conmocionados? ¿Se reirán y hablarán mal de él?

¿Los castigarán?

No lo sabe. Piensa en Freddy Holt. Freddy, muerto, enterrado con tierra en la boca, los ojos abiertos y una expresión que dice «¿Cómo ha sucedido todo esto?».

Se imagina a sí mismo en idéntica situación… Vuelve a sentir los brazos y las piernas.

Se imagina el vídeo de él con el conserje, lo ve extenderse como la pólvora por internet. La sensibilidad vuelve a su pecho, a su estómago, a su corazón.

Tiene que darse prisa.

Se acuesta de lado. Intenta pasar las manos hacia delante metiéndolas bajo los pies, pero no alcanza a estirar tanto los brazos. Podría ponerse en pie, pero ¿hasta dónde podría llegar dando saltos, antes de caer y que lo atrapara? Ojalá el conserje no se hubiera llevado las tijeras.

La oficina no tiene mucho que ofrecer, más allá del escritorio y el archivador, pero está la ventana. Si la rompiera, podría hacerse con un trozo de cristal y usarlo para cortar la cinta. El único problema es que el conserje oiría el ruido y volvería corriendo. Aquí es donde el factor suerte entra en su plan.

Rueda bajo el escritorio, y el suelo de cemento castiga su cuerpo desnudo. Los cajones de los escritorios suelen contener montones de cosas que cortan. Es algo usual. Y este escritorio tiene tres cajones. Y cada uno tiene, a modo de tirador, un pomo de metal. Coge el primero con la boca, tira hacia atrás y el cajón se abre con facilidad. Está vacío. Primer *strike*. Lo cierra y coge con la boca el segundo

tirador. Mientras el cajón se abre, el asidero se zarandea en su boca. Vacío también. Segundo *strike*.

El tercer cajón está cerrado con llave. No se abre.

Tercer *strike*.

Si tuviera un clip, tal vez podría…

¿Podría qué? ¿Forzar la cerradura? Imposible, ni aunque pudiera usar las manos.

Vuelve a centrar su atención en el segundo cajón. Lo abre de nuevo, se pone de espaldas y mete los dedos en el asidero suelto. Tira de él mientras lo hace girar. Poco después, la pieza cae en su mano. La punta del tornillo sobresale por el agujero. La empuja y saca el tornillo por el otro lado. Mide dos centímetros y medio de largo. Es de rosca ancha y termina en una punta afilada. Guarda el tirador en una mano mientras, con la otra, clava la punta del tornillo en la cinta para cortarla.

Se acercan pasos.

Rueda hasta quedar otra vez sobre el colchón. Sigue rascando la cinta con el tornillo. Tendrá que entretener al conserje. ¿Y cuando haya cortado la cinta? ¿Entonces qué?

El «entonces qué» tendrá que esperar. Ahora mismo, lo que necesita es poner toda su atención en soltarse las manos.

El conserje entra en la habitación con un par de cubos de plástico. Deja uno en el suelo. Acerca el otro a Lucas y se lo vacía encima. El agua está helada. Le golpea la cara con fuerza y le lava la mayor parte del vómito, pero también provoca que suelte el tornillo y el tirador.

Tiene que hacer hablar al conserje.

—Mi padre se habrá dado cuenta de que no he vuelto a casa y habrá llamado a la policía —dice. Se echa hacia atrás y palmea el colchón. ¿Dónde diablos está el tornillo?—. Habrán ido a buscarme al instituto. Van a encontrar la taquilla que usted abrió. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que descubran que estuve allí y que usted fue quien me encontró?

Lucas puede ver que el conserje se lo está pensando, aunque no diga nada. Mientras tanto, no deja de toquetear el colchón… ¿Cómo demonios ha desaparecido ese tornillo?

¡Sí! Acaba de encontrar el tirador. Sigue buscando.

—¿Limpió el lugar después de secuestrarme? ¿Puso una puerta nueva en la taquilla? ¿Hizo que pareciera que yo mismo había encontrado la manera de salir? ¿Ocultó el hecho de que la taquilla fue forzada desde el exterior?

—Lo único que importa es lo que yo te diga que les digas. ¿O te has olvidado de la cámara?

No, no se ha olvidado de la cámara.

—¿Qué importa? —pregunta Lucas—. Tengo toque de queda, y…

El conserje coge el segundo cubo y lo vierte sobre Lucas. El agua lava los restos de vómito, que se encharcan en los pliegues del colchón. Lo bueno es que también empuja el tornillo hasta su nalga. El chico se desplaza hacia delante y lo sujeta entre los dedos.

—No quiero oír nada más —dice el conserje, y se quita los zapatos. Saca las tijeras del bolsillo y las deja sobre el escritorio.

—Cuénteme más sobre Freddy —dice Lucas, desesperado ahora por conseguir unos segundos más mientras sigue cortando la cinta. El conserje se baja el mono—. ¿Qué pasó con…?

Simon se agacha y, de una bofetada, interrumpe la pregunta de Lucas. El golpe resuena por todo el edificio. El chico está a punto de perder el tornillo, pero aguanta. Siente que se le van a entumecer los dedos.

El conserje saca un pie del mono, luego el otro. Se queda en calzoncillos, en esa prenda manchada de la que por poco no se le salen las partes.

—He dicho que no quiero oír nada más. Cállate y hazlo fácil, o habla y hazlo difícil. Tú decides.

A Lucas le escuece la cara. Puede sentir cómo se pone rojo. Puede sentir las lágrimas. Puede sentir que el agujero en la cinta sigue creciendo.

—Arrodíllate delante de mí y agáchate —dice el conserje.

Como Lucas no se mueve, el conserje lo agarra por el hombro e intenta derribarlo, pero las manos se le resbalan de la piel mojada. Lucas sigue serrando. Está cerca.

—Entonces, pongámoslo difícil —dice el conserje. Se baja los calzoncillos y los deja en el suelo—. Esto es culpa tuya —añade, y coge las tijeras.

Capítulo 12

No fue hasta después del último chico cuando se dio cuenta de que necesitaba empezar a grabar las cosas, del mismo modo que su último padre solía grabarlo a él. A veces, siente que aquellos días con su padre ocurrieron hace cien años; hay ocasiones, sin embargo, en las que aún se despierta gritando, en las que aún es capaz de oler el sudor de ese hombre. Encontró todo aquel material antes de irse de casa. Se lo llevó para usarlo como prueba, pero ¿con qué fin? Lo hecho, hecho está. Sus padres habrían pasado cinco años, diez o quizá veinte en la cárcel, pero incluso eso era demasiado bueno para ellos.

Si bien este chico huele a vómito, la cosa podría ser peor. Simon se arrodilla sobre el colchón y ve que Lucas se echa más hacia atrás. No quiere tener que usar las tijeras. Eso ensuciaría las cosas y, de verdad, significaría quemar esa nave. Pero podría ocurrir. La biología toma el control. En un momento está mirando a un chico, y al siguiente, ambos están bañados en sangre. A veces, apenas es capaz de recordar las partes intermedias. Echa un vistazo a la cámara para asegurarse de que está grabando —lo está— y de que registrará todo esto para él.

Se vuelve hacia Lucas.

—Venga… —le dice, justo cuando recibe un puñetazo—. ¡Joder…!

Grita y cae de espaldas. Ay, mierda, su ojo, su maldito ojo, le ha apuñalado en el puto ojo, ¡y es como si una bomba hubiera estallado en su cabeza! Se lleva la mano a la cara y casi se mete las tijeras en el otro ojo, pero lo que le ha clavado sigue ahí. No lo duda, agarra la cosa y, sin más, tira de ella. Tal vez sea lo peor, pero lo hace de todos modos; lo hace porque no quiere pensarlo. Gracias a Dios, la cosa no le ha arrancado todo el maldito ojo, y sea lo que sea, cae al suelo con un pequeño ruido metálico. Simon baja la mirada para descubrir un tirador de cajón con un tornillo atascado en la parte posterior. Lo que le ha clavado en el ojo ha sido la parte plana.

Da patadas en el suelo y se empuja con la mano libre. Se pone en

pie, se tambalea, se golpea contra el archivador y la cámara va a dar al suelo. Recupera el equilibrio y va a un rincón de la habitación. Lleva la mano apretada sobre el ojo herido. Se encorva, desnudo, con las tijeras por delante y la sangre corriendo por toda su cara. Si el chico se le acerca o intenta salir por la puerta, le clavará las tijeras en la garganta. En el pecho. En el vientre. ¡Las usará para sacarle los putos ojos!

El chico coge la cámara y la arroja contra la ventana. ¿Qué coño? El aparato rebota y no deja más que una pequeña telaraña de grietas en medio del cristal. ¡El cabroncete quiere romperlo! Lucas lanza la cámara otra vez y la telaraña duplica su tamaño; luego lo triplica. Las grietas se extienden hasta los bordes. De la parte superior se desprende un triángulo de vidrio y aterriza fuera. Luego sigue otro, y otro; luego, la mayoría. Si intentara escapar por ahí, se haría pedazos.

Simon se quita la mano de la herida. Quiere ver la sangre en su palma, pero la falta de presión contra el corte lo hace gritar. Hará que el chico pague por esto. Quisiera arrastrarlo de lado a lado por la ventana rota, por encima de los trozos de cristal. Uno de esos trozos ha caído dentro. El chico lo coge, pero se corta la palma y lo suelta de inmediato. Recupera su ropa interior y envuelve con ella el vidrio, a modo de asa. Un momento más tarde, está cortando la cinta que le sujeta los pies.

Se pone en pie y mira hacia la ventana. No hay forma de atravesarla sin salir cortado en tiras. Tendrá que irse por la puerta. Y, para eso, salta hacia ella. Simon le lanza una puñalada con las tijeras, pero, o bien el chico es demasiado rápido, o bien el ojo tapado altera su perspectiva, porque falla por completo. Ahora sabe que Lucas corre libre por el aserradero.

Lo sigue corriendo, aunque no corre de verdad. Más bien, se lanza en esa dirección, cojeando, encorvado. El dolor en el ojo ya es terrible, pero empeorará cuando haya matado al chico y se le haya pasado la adrenalina. Puede oír sus propios pies descalzos, y también los del chico, que suenan por el suelo de la fábrica. Le agrada el agudo chillido de ese adolescente, hasta que se da cuenta de que es él mismo quien lo emite.

Lucas va hacia la puerta por la que entraron, solo que su agresor la cerró con llave. De eso se entera de inmediato: le basta con tratar de empujarla. Se dirige entonces hacia las cadenas; sin embargo, no va a conseguir abrir la puerta antes de que Simon lo alcance. La distancia se acorta. Mira alrededor, ve el coche y va a por él. Es un bote salvavidas en un mar de hormigón, y Simon ha dejado las malditas llaves en el contacto. No hay razón para no hacerlo. ¿Podrá estrellar esa maldita cosa y atravesar la puerta enrollable? Simon supone que ambos se enterarán pronto, porque Lucas ha entrado en el coche y está bloqueando las puertas.

El conserje golpea las ventanas.

—¡Hijo de puta! —grita.

El chico tantea con las llaves y consigue girar el contacto.

Solo que se queda quieto.

¡Ja! El cabroncete no sabe conducir.

Pero consigue arrancar el motor a la segunda y el vehículo avanza unos metros antes de volver a detenerse.

Es entonces cuando Simon se da cuenta de que el maletero sigue abierto.

Y va hacia él mientras el motor gira. La palanca de los neumáticos atravesará sin problemas el parabrisas. La coge, pero entonces, dentro del maletero, otra cosa llama su atención.

Suelta la palanca.

Eso es mejor.

Capítulo 13

Cuando salgo, Mike está sentado en la entrada y Wade habla con uno de los vecinos. Todo lo que está aconteciendo, todo lo que acabo de ver, ha tenido el efecto de adormecer el tirón del Adderall. Me siento junto a Mike y puedo sentir cada una de mis últimas noches de insomnio.

—Qué pena que hayas tenido que ver eso —le digo.

—Sí, yo también lo lamento.

—¿Podrías decir cuándo fue la última vez que Grove reprodujo esos vídeos?

—No quiero.

—Por favor, Mike. No te lo preguntaría si no fuera importante.

—No puedo.

—Sabes a lo que nos estamos enfrentando.

—Que te jodan, James —me dice; sin embargo, se levanta y vuelve a entrar.

Lo sigo. Hace clic en los vídeos y empieza a abrir ventanas y teclear comandos. Yo, mientras tanto, me tomo otra pastilla y me la trago en seco. Como todo lo que está ocurriendo con mi vida, nada parece mejorar a corto plazo. O a ningún plazo.

Mike comprueba los vídeos uno a uno. Uno ha sido visionado durante el fin de semana, y otro, y otro, y lo mismo resulta con todos. La duración de los vídeos va de los cinco a los veinte minutos.

—Todos tienen la misma fecha de creación —dice Mike.

—¿Qué significa eso?

—Significa que es probable que todos hayan sido convertidos de otro formato, o bien, editados, o todo al mismo tiempo. Ese momento fue hace doce años.

—¿Puedes decir cuándo los vio antes de este fin de semana?

—Si hubiera una forma, la desconozco —dice Mike—. Necesito un trago.

—Ve a conseguir algo. Algo fuerte.

Vuelve a salir. Imagino a Grove viendo los vídeos. ¿Los visionará

todos los fines de semana o solo los vio este fin de semana para prepararse mentalmente para hacerle daño a un chico? Al fin y al cabo, había pedido permiso para ausentarse del trabajo. Ya estaba en pleno calentamiento, contando los días, listo para empezar. Entonces encuentra a Lucas en la taquilla, y el frenesí en el que ha ido entrando hace que aproveche la oportunidad, sin importar las consecuencias.

Vuelvo a salir. Mike no ha llegado lejos. Está apoyado en mi coche. Me pongo a su lado y miramos en silencio la casa de Grove. Imagino las ventanas como ojos, la puerta como una boca, todo contemplándome. Imagino que le crecen piernas y me persigue: esta casa convertida en monstruo, y el hombre que vive aquí también es un monstruo. Hay algo que he pasado por alto, o tal vez sea una ilusión. Pero no lo creo. Algo que ha dicho Mike da vueltas por mi cabeza. Cierro los ojos y vuelvo a recorrer la casa: el salón, los libros, la cocina, la nevera, todo ordenado y rotulado; el garaje con los muebles baratos en proceso de restauración, los dormitorios, el ordenador, el…

Me vuelvo hacia Mike.

—Las subastas. ¿Ha estado comprando o vendiendo?

—¿Eh?

Cuando vuelvo a preguntarle, me siento casi frenético.

—Las subastas, ¿estaba comprando o vendiendo?

—Lo mejor que puedo decir es que solo estaba vendiendo, pero necesitaría…

No oigo el resto, porque ya estoy corriendo de vuelta a la casa y al garaje. Si Grove no compraba, ¿de dónde venían los muebles del garaje? ¿De un negocio en proceso de cierre?, ¿de cosas que ni siquiera merecía la pena tirar? Manoseo todo, con la camisa mojada en sudor. El polvo se desprende y hace que me pique la nariz. Abro los cajones del escritorio y los archivadores, a la espera de encontrar carpetas o documentos, pero todos están vacíos. Los cajones del archivador están llenos de cables y enchufes, pero nada más. Los cierro de golpe. Hay un viejo ordenador sin monitor, un viejo televisor, algunas bandejas de entrada y salida, trozos de estanterías. Voy echando todo a un lado en busca de cualquier cosa que pueda

ayudarme, y entonces me encuentro con un viejo contestador automático que tiene los cables enrollados alrededor.

Bingo.

Desenrollo los cables, enchufo la máquina a la pared y pulso el botón de reproducir.

«Bienvenido al Aserradero Acacia. Está llamando fuera del horario de oficina, pero si quiere dejar un…».

Salgo corriendo. Es el viejo aserradero, cerrado desde que se construyó uno más grande; abandonado, vacío, aislado.

Tenía que haberlo pensado antes.

Capítulo 14

El coche vuelve a avanzar a tirones. ¿Por qué no será automático? Lucas sabe lo básico, cosas de manual, aunque nunca ha conducido uno: embrague, freno, acelerador..., pero hay una técnica para ello.

Simon el Tonto se acerca por el otro lado. Trae consigo el recipiente de gasolina que llevaba en el maletero. Desenrosca la tapa y vierte el contenido sobre el techo. En oleadas, la gasolina chorrea por el parabrisas y el capó. Si Lucas se queda en el coche, morirá quemado. Si sale, lo apuñalará.

Gira la llave y el coche vuelve a sacudirse. En ese momento recuerda que la palanca de cambio tiene que estar en punto muerto. Así la pone. Prueba entonces y, cuando el motor arranca, el coche no salta. Pisa el embrague, mete primera y oye el ruido de las marchas.

Mira a Simon el Tonto, que sostiene una bengala de señalización.

—Mierda.

El conserje enciende la bengala y la lanza sobre el coche.

El efecto es inmediato. Con un estruendoso *zoooooom,* las llamas convierten el coche en un ataúd de metal y cristal. Lucas está a punto de ser incinerado. Las llamas devorarán el parabrisas y dentro del coche lloverán cristales derretidos. El metal se retorcerá. El plástico se desprenderá. La carne se cocinará. ¿Morirá intoxicado por el humo o arderá primero?

Con la primera marcha encajada, pisa un poco el acelerador. Las gomas de los limpiaparabrisas se desprenden hacia arriba. La temperatura sube muy rápido. Ya no alcanza a ver al conserje. No se ve más que fuego y humo. El coche rueda hacia delante. Pisa más el acelerador. Se seca las lágrimas de los ojos, pero aparecen otras. No puede aguantar más la respiración. El humo se expande en su nariz, boca y garganta. Le llena los pulmones. Lucas tose para expulsarlo. El coche gana velocidad. ¿Estará el conserje trotando a un lado, se habrá quedado quieto en el sitio o...?

El coche choca con el muro. Lucas sale lanzado contra el volante. Dado que Simon el Tonto ha concentrado la gasolina en el lado del

conductor, tiene que desplazarse por el asiento y abrir la puerta del pasajero. Se baja del coche y el humo va detrás. Aunque su visión es borrosa, puede distinguir el despacho en el que estuvo antes. Corre hacia allí. Tose un sucio tapón de flemas y escupe en el suelo por el camino. Siente que el pecho lo oprime, no recuerda haber sentido tanto dolor. El conserje se dirige hacia él a grandes zancadas. La mano que le cubre el ojo le da un aspecto desgarbado. Todavía lleva consigo las tijeras.

Lucas no duda. Coge el colchón, lo sostiene por delante y, montándolo como si fuera una tabla de surf, se lanza contra la ventana rota. El colchón queda enganchado en los triángulos de vidrio que han permanecido en su lugar. Se desliza un poco, se engancha otra vez y se detiene en un instante. El chico sigue empujando hasta caer en el suelo, en el terreno exterior.

Se pone en pie. No parece que haya pisado ningún cristal de la ventana rota. Tiene los árboles a la izquierda, el edificio a la derecha. Lo que está delante debe ser el límite del aparcamiento y, con suerte, no mucho más lejos, estará la autopista. Si pudiera llegar hasta allí y hacerle señas a alguien…

Corre, pero su velocidad no es la de antes. Siente una fuerte opresión en el pecho, se marea al toser y le duelen los pies descalzos. Llega a la esquina del edificio. En efecto, es el aparcamiento. Al otro lado está la carretera que lleva a la autopista. Había olvidado que el camino era de grava. Y no solo eso, ni siquiera sabe lo largo que es. No podría correr sin zapatos, es imposible. Tendrá que atravesar el bosque. Con suerte, podrá encontrar una roca o una rama con que defenderse, o tal vez pueda dar la vuelta al…

El coche se le echa encima. Al menos, eso es lo primero que piensa cuando siente que un enorme peso lo derriba y hace que sus codos y rodillas golpeen el suelo con fuerza. Entonces, cuando ha rodado sobre la espalda, ve que se trata del conserje. Este agarra a Lucas del pelo y tira de su cabeza. Luego le hunde la cara con fuerza en el suelo. En ese instante se produce un silbido agudo y se nublan los bordes de la visión del chico.

—Esto es culpa tuya —grita el conserje, y se sienta a horcajadas sobre él, su cuerpo desnudo encima del de Lucas, su piel casi tan

caliente como lo estaba el coche en el momento de la huida. Lucas clava su mirada en el ojo herido, hinchado, cerrado y resplandeciente de sangre.

Recibe una fuerte bofetada. Levanta la mano en un intento de bloquear el siguiente golpe. Se estremece cuando la sangre que brota de la cara del conserje cae sobre su palma cortada. De todos modos, de nada sirve, porque Simon el Tonto aparta la mano y vuelve a golpearlo. Esta vez no es una bofetada, sino un puñetazo. El mundo se vuelve aún más oscuro, pero, aun así, el chico distingue con claridad las tijeras cuando el conserje las levanta.

—No tenía por qué ser así —dice Simon.

Ya no puede hacer nada. No puede moverse. No puede luchar. No puede hacer nada más que quedarse aquí tumbado, desnudo bajo un hombre desnudo.

Piensa en su madre.

Piensa en su padre.

Lo mejor que puede esperar es que morir no sea tan doloroso como vivir.

Capítulo 15

Los vehículos se apartan mientras paso a toda velocidad por el único puente de entrada y salida de la ciudad. Por delante, la autopista es, en su mayor parte, una recta con curvas suaves. Hay fincas a ambos lados durante la primera mitad del trayecto, bosque en la segunda mitad.

Llamo por radio a la central.

—Me dirijo al viejo aserradero —le digo a Sharon—. Existe la posibilidad de que sea ahí a donde Grove ha llevado a Lucas.

—Te mandaré refuerzos.

—Envía un par de coches, y que los demás sigan con lo que estén haciendo, por si me equivoco.

—Te mandaré a Hutch y a Wade.

—Gracias.

—Escucha, sheriff, hay…

Deja de hablar y no da señales de querer seguir.

—¿Sharon?

—No, no es nada.

—¿Qué pasa?

—Bueno, este no es el mejor momento para decírtelo, pero déjame empezar asegurándote que todos están bien y que nadie ha resultado herido.

—Joder, Sharon, ¿qué pasa?

—Los bomberos están en tu casa.

Por más que me haya dicho que todos están bien, se me congela el corazón al imaginar mi casa como la residencia de ancianos, solo que esta vez nadie ha conseguido salir.

—Cuando Cassandra llegó, había fuego en la cocina. Pudo apagarlo. Los bomberos solo se han presentado por precaución, pero, por si acaso llegas a oír algo, quería que supieras que todo está bajo control.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —dice ella, pero yo sí. Lo que ha pasado es mi padre. Se ha puesto a cocinar algo y Nathan no lo estaba vigilando—. Nadie ha

resultado herido, y eso es lo que importa. Pero sé que hay bastantes daños. Un ingeniero va de camino para asegurarse de que no haya peligro de derrumbe del tejado.

—Dios mío.

—Para eso tenemos los seguros.

Tiene razón. O la tendría, si yo tuviera seguro. Dejé de pagar esas facturas hace un par de meses. Quizá el banco, cuando me quite la casa, me cobre las reparaciones. Hago una nota mental: tendré que cancelar la visita del agente inmobiliario que iba a venir esta semana. Nadie va a querer echar un vistazo a mi casa hasta que arregle los desperfectos, algo de lo que tendré que encargarme yo mismo después de buscar en Google cómo hacerlo. ¿Y cómo demonios voy a pagar al ingeniero? ¿Y podré dormir allí esta noche?

—Vale, Sharon, te lo agradezco.

Terminamos la llamada. Intento no pensar en lo que habría sucedido si no hubiera llamado a Cassandra. Es fácil no pensar en ello, porque, en su lugar, tengo que pensar en Lucas y Grove. Sharon me llama por radio para decir que Hutch está cinco minutos detrás de mí.

Tardo quince minutos en llegar al desvío del aserradero. Reduzco la velocidad y avanzo en silencio. Luego me detengo antes de que el edificio aparezca a la vista. Supongo que es mejor ir a pie que correr el riesgo de que me oigan. Es un corto trote por la arboleda hasta ahí. Cuando llego, el humo es tan llamativo que tardo unos instantes en darme cuenta de que estoy pasando por alto lo que ocurre en el aparcamiento: un Simon Grove desnudo está golpeando a un Lucas Connor desnudo. Al menos, creo que eso es lo que estoy viendo: ambos están cubiertos de suciedad y embadurnados de sangre.

Saco la pistola y corro hacia ellos. Apunto a Grove y le grito que se detenga. Empuña unas tijeras. Las hojas apuntan a Lucas. Desde esta distancia, sería fácil darle si quisiera —y quiero—, solo que el tipo ya se está poniendo en pie. Además, si fallara, podría darle a Lucas. Simon suelta las tijeras, se da la vuelta y echa a correr a grandes zancadas. Su andar es tan torpe que parece estar a punto de caerse. Treinta metros se convierten en cuarenta. Es un disparo más difícil, pero todavía factible. Si apretara el gatillo.

Cosa que no hago.

Porque no se puede disparar por la espalda a un hombre desarmado que huye, ni siquiera a un tipo que lastima chicos, y dudo que matar a alguien me quite el insomnio. Ahora mismo, mi prioridad es proteger a Lucas. Grove podrá desaparecer en el bosque, pero lo encontraremos. Llego a Lucas y enfundo mi arma. Está tratando de apoyarse en un codo.

—¿Estás bien?

No contesta. No sé si sabe que estoy aquí. Sus ojos no enfocan. Le pongo la mano en el hombro. El chico se aparta de un salto.

—Lucas, soy el sheriff Cohen. Ya estás bien. Estás conmigo.

Intenta levantarse, pero le da un ataque de tos. Puedo sentir que Grove se aleja. Es una sensación física, una banda elástica que se va tensando entre nosotros. Sale sangre de la mano y la cabeza de Lucas, pero, por suerte, de ningún otro sitio. Deja de toser. Me mira y por fin me ve. Parpadea unas cuantas veces con fuerza, se aclara la vista y dice:

—Necesito agua.

Y yo necesito a Hutch aquí. Necesito que cuide de Lucas para ir en busca de Grove antes de que oscurezca. Lo encontraremos, claro, pero, cuanto antes, mejor. El humo es cada vez más denso. Cubro a Lucas con mi camisa. Me quedo en camiseta.

—¿Puedes caminar?

—Sí.

Pero en realidad no puede y, cuando lo ayudo a ponerse en pie, tropieza. Habría caído si no fuera porque no he dejado de sujetarlo. Acabo cargando la mayor parte de su peso mientras, a trompicones, volvemos a mi coche. Lo subo al asiento del copiloto, llamo por radio a Sharon, la pongo al corriente y le pido que llame a los bomberos. Me dice que una ambulancia ya está en camino. Llamo a Hutch. Está a dos minutos. Abro el portón trasero y busco un par de botellas de agua y una manta. Lucas se cubre con la manta, como si fuera una capa, y yo me vuelvo a poner la camisa. Le entrego las botellas. Se traga la mitad de una y luego, con un gesto de dolor, vierte el resto sobre el gran corte que tiene en la mano. Es difícil saber si sus muecas son por el dolor o por la dificultad para ver. Entonces saca la

cabeza del coche e intenta vomitar, pero sale muy poco. Se enjuaga la boca y escupe. Luego se reclina.

—Quiero irme a casa —dice.

—Lo harás, y pronto —le digo, aunque puede que no sea hoy, porque su próxima parada será en el hospital.

Conduzco hasta el aparcamiento, desde donde puedo vigilar el edificio y la arboleda por si Grove volviera a aparecer. Lucho contra el impulso de llamar a Cassandra para ver cómo está todo, y sé que ella, para no distraerme, estará conteniendo el mismo impulso de avisarme. Quizá Sharon debería habérselo callado. Lucas abre la segunda botella y se la bebe con más calma.

—Te vas a poner bien —le digo, aunque no sé si es verdad.

No sé qué le ha pasado. Sé que ha luchado con ferocidad. Tal vez salga bien parado de esta. Quizá le hayan ocurrido cosas que no quiera contarnos.

—Mierda —digo.

—¿Qué?

De verdad debo estar alucinando, porque Grove no vino a pie, de ningún modo. Llegó aquí conduciendo.

—¿Dónde está su coche?

Lucas señala el edificio.

—Iba a matarme. El conserje. Él… condujo hasta aquí. Su coche… está ahí dentro. Ese humo… es el coche. Está ardiendo.

—¿Su coche está ardiendo?

—Sí.

—¿Era el único coche aquí? ¿El conserje va a pie ahora?

Lucas asiente. Mi error no ha costado nada.

—¿Por qué está ardiendo su coche?

Lucas se toca la frente. Luego, se examina la punta de los dedos. Están limpios. Hace lo mismo con la nuca. Cuando quita los dedos de ahí, tienen sangre. Y suciedad y grasa y serrín.

—Porque le clavé un tornillo en el ojo y me encerré en su coche —dice Lucas. Bebe otro sorbo de agua.

La banda elástica se estira más a medida que Grove sigue corriendo. Pronto se romperá. Cuando eso ocurra, el tipo habrá desaparecido. ¿Dónde está Hutch? ¿Habrá salido Grove a la carretera y le estará

haciendo señas a un transeúnte? Yo debería haber conducido hasta allí para vigilar la autopista, no el aserradero.

Lucas continúa:

—Le prendió fuego para hacerme salir.

—¿Que él hizo qué?

—Me encerré en el coche. Él le echó gasolina por encima y lo encendió con una bengala de señalización.

—Joder.

—Pero me las arreglé para salir.

Estoy impaciente por saber más, pero, de repente, me doy cuenta de que hay una pregunta apremiante que no le he formulado. ¿Qué demonios me pasa?

—¿Está armado?

—No, que yo haya visto.

—¿Estás seguro?

—Si tuviera un arma, me habría disparado.

Llega Hutch. Viene con todas las luces encendidas, las sirenas a todo volumen. Sus neumáticos patinan cuando se detiene junto a nosotros. Salta del coche y deja la puerta abierta. Entonces mira a Lucas, envuelto en la manta, luego a mí y después la fábrica. Mira sin emoción alguna y con la mano apoyada en la pistola. Salgo del coche y me pongo a su lado.

—¿Está bien? —pregunta.

—Está vivo. En cuanto a si está bien… —No termino la frase.

—¿Y Grove?

—Ha huido. —Saco mi pistola de la funda—. Voy tras él. Quédate con Lucas hasta que la ambulancia se lo haya llevado de aquí. Si ves a Grove en cualquier posición que no sea rindiéndose y con las manos en alto, dispárale.

Doy un paso hacia el bosque. Años de buscar excursionistas perdidos me han dado suficientes habilidades para rastrear a alguien que esté corriendo por ahí.

Ella alarga la mano y me la pone en el brazo.

—Espera —dice—. Han llegado los resultados de las huellas. Se busca a Grove en relación con dos casos más: el asesinato de un chico y la desaparición de otro.

—Joder.

—Ambos ocurrieron fuera del estado: uno, hace diez años; el otro, hace cuatro. Y, por lo que sabemos, ha habido más. Ofrecen una recompensa por su captura: sesenta mil dólares. Grove es una manzana podrida, sheriff. No creo que debas ir a buscarlo tú solo.

Me tomo un momento para asimilar la información. Dos chicos: uno, muerto; el otro, probablemente muerto también. Y otros que han quedado atrás en la estela de Grove. Sin importar el número, el tipo está en plena racha. Si llegara a la autopista, el número podría aumentar y, si el numero aumentara, la culpa sería mía por no haber apretado el gatillo cuando tuve la oportunidad.

—¿Sheriff?

—¿A qué distancia están los refuerzos?

—Diez minutos.

Hago cuentas: la velocidad a pie, la velocidad en el coche y los ángulos y las distancias. Lo sopeso todo. Calculo qué se puede hacer y qué no.

—Si Grove llega a la carretera y le hace señas a alguien, podríamos acabar con múltiples víctimas. Voy tras él. Llévate a Lucas e intercepta la ambulancia en el camino. Luego, inspecciona la autopista. Que Wade ponga barricadas.

—No puedo dejarte ir solo.

—Puedes, y eso es lo que harás. Cuando haya suficientes refuerzos en la autopista buscando a Grove, vuelve aquí con los de búsqueda y rescate. Los bomberos también están de camino. Quiero que alguien haga guardia con ellos. Pero, hasta entonces, protege esa autopista.

—¿Estás seguro?

—No, pero hazlo de todos modos.

Capítulo 16

Le duele el ojo. Nunca ha sentido un dolor así. Es como si tuviera cien quemaduras de cigarrillo en una sola, algo que perfora el núcleo mismo de su sistema nervioso. Va a perderlo, de eso está seguro, pero ¿qué ocurrirá antes? Sabe que podría volver al aparcamiento y rendirse. Llamarían a una ambulancia, lo llevarían al hospital, lo operarían y luego lo meterían en la cárcel. Prefiere morir.

Sus mejores probabilidades consisten en volver a la carretera y hacerle señas a un coche. Pero ¿quién demonios va a detenerse por un hombre desnudo cubierto de sangre? Podría ir hacia los árboles y correr en dirección contraria; sin embargo, le bastarán unos cuantos pasos para ni siquiera saber de dónde ha venido. Los bosques se tragan a la gente. La idea de caminar de A a B no funciona, porque, de pronto, estás en C sin haberte enterado, y entonces estarás caminando en círculos.

No, la apuesta más segura consiste en ponerle las manos encima al sheriff antes de que lleguen los refuerzos, coger su coche y alejarse de este basurero tan rápido como le sea posible. Resistir el dolor, largarse a otro estado y buscar atención médica. Ya se inventará algo, una historia sobre un atraco.

Maldita sea. La biología lo tiene jodido. El hecho de no haber limpiado las cosas en el instituto ha llevado a la policía hasta él. Ahora bien, ¿cómo se les ha ocurrido venir aquí? Es un misterio.

El fuego ya domina el edificio, aunque ahí no hay mucho que quemar. Diablos, podría extinguirse solo si lo dejaran el tiempo suficiente; suponiendo, eso sí, que las llamas no llegaran al bosque de ninguna manera. Porque entonces el infierno sería tan grande que podría verse desde el espacio y, ahí sí, despídete de Acacia Pines. Lo cual no sería tan malo, a decir verdad.

Desde los árboles, observa cómo la mujer policía ayuda al chico a subir al coche. Luego la ve alejarse mientras el sheriff Cohen camina hacia el edificio. Ha hablado con Cohen un par de veces. La primera, después de que aquel estudiante se lanzara desde el tejado; la

segunda, tras la desaparición de Freddy Holt. Mantuvo la calma durante esas entrevistas, no dio ningún motivo para que Cohen sospechara nada. El tipo no le cae ni bien ni mal, pero quizá termine matándolo. Tendrá que correr el riesgo. Si matas a un chico o a dos, puedes enfrentarte a cadena perpetua; pero, si matas a un policía, los otros te coserán a balazos antes de detenerte. Sujeta con firmeza el trozo de barra de refuerzo que ha encontrado antes, al pasar por delante del edificio: es una buena pieza de acero de poco más de medio metro de largo. Si golpeas bien, no hay retorno. Tal vez solo debería darle una paliza a Cohen, dejarlo en paz y largarse de aquí.

El sheriff llega a la esquina del aserradero. Empuña el arma con ambas manos, apuntando hacia delante. Simon, sin moverse de la arboleda, contiene la respiración. Cohen dobla la esquina y se acerca a la ventana rota por la que saltó el chico. Lo que ahora sale es humo. El edificio se extiende a lo largo de sesenta o setenta metros. Hay muchas puertas, pero todas están cerradas. Todas menos una. Antes, en vez de lanzarse por la ventana rota y pasar por encima de todos esos fragmentos de cristal, Simon fue a la siguiente puerta, que era una salida de incendios, y la desbloqueó desde dentro.

Cohen duda al acercarse al humo. Se detiene ante el colchón, como si tratara de encontrarle sentido. Luego sigue avanzando, atraviesa el humo y sale por el otro lado.

Divisa la puerta abierta. Se acerca indeciso.

—Venga, sí puedes, venga —dice Simon en voz baja.

Cohen entra.

Simon sale de entre los árboles y lo sigue.

Capítulo 17

Lucas tiene los pies como si le hubieran arrancado las plantas, con los nervios, músculos y tendones al descubierto. Aún le arden los pulmones. Le duele la cabeza, pero lo peor es el picor en la mano herida. Baja la ventanilla, saca la mano y se la enjuaga con agua. Quiere irse a casa. Quiere cerrar las cortinas, meterse en la cama y despertar al día siguiente en un mundo donde nada de esto haya sucedido. Y, como eso no es posible, se conformará con que el sheriff Cohen se comunique por la radio y diga que ha detenido al conserje.

«¿De verdad es eso lo que quieres?».

Sí. De verdad.

«¿De verdad?».

No. Claro que no. Lo que quiere es que el sheriff Cohen llame por radio y diga que ha eliminado al conserje, que el tipo está tirado en el suelo, con todos sus tenebrosos pensamientos saliendo a gotas a través del agujero de bala que le ha hecho en la parte delantera del cráneo. Puede visualizarlo. Puede oír los disparos, ver al sheriff Cohen doblar la esquina del edificio, enfundar el arma al estilo pistolero y limpiarse las manos con la sonrisa de quien ha hecho un buen trabajo. Y, si eso ocurriera, ¿no sería este un mundo mejor? Él cree que sí.

La agente lo saca de sus cavilaciones:

—¿Cómo te encuentras? —pregunta.

Tiene una placa con su nombre, pero está demasiado borrosa para leerla.

—Yo... La verdad es que no lo sé.

—Estás en *shock* —le dice—. ¿Quieres contarme lo que ha pasado?

Él quiere, solo que, cuando está a punto de hacerlo, se da cuenta de que no puede. Ahora que ya no lo están persiguiendo, se ha apagado un interruptor en su cuerpo. No le queda nada. Es un coche que se ha quedado sin gasolina. Un teléfono sin batería. Cierra los ojos con fuerza y, cuando los abre, no logra enfocar nada.

—No me encuentro bien.

—Pronto estarás en el hospital. ¿Había alguien más dentro del aserradero?

Él levanta la vista. Mira la autopista. No ve ningún edificio. Puede ver la luz del sol pasar entre los árboles, mareándolo. Conducen despacio.

—¿Lucas?

—¿Eh?

—El aserradero. ¿Había alguien más ahí?

—¿Alguien como quién?

—Cualquiera. Quizá otros chicos.

Él sacude la cabeza y se arrepiente de inmediato. Aprieta los ojos y concentra toda su energía en no vomitar. Esta vez, los deja cerrados.

—¿Lucas?

—Nadie.

—¿Estás seguro? ¿Estás completamente seguro?

—Sí —dice, pero luego se lo piensa. El conserje pudo haber llevado a otros también. Podría haber otros enterrados bajo las tablas del suelo, pero entonces recuerda que el suelo era de hormigón, no de madera, así que los otros podrían estar enterrados en el bosque. También es posible que las oficinas estuvieran convertidas en jaulas llenas de gente que no puede escapar. Recuerda entonces lo que el conserje le dijo acerca de Freddy.

—Freddy podría estar allí.

—¿Perdona?

—Freddy Holt. Dijo que lo había matado, así que él también podría estar por ahí.

—¿Él dijo eso?

—Sí.

—¿Estás seguro?

De repente, no lo está. ¿Simon el Tonto dijo eso? Sí. O no. Estaba seguro hasta que la agente le ha preguntado si estaba seguro.

—Yo… Ya no lo sé.

Ella no dice nada por un momento. Luego, cuando le pregunta algo más, él no alcanza a oírla. Se está mirando el corte de la mano. Es más profundo de lo que pensaba, y más largo. Se pregunta cuántos puntos necesitará y si le dolerán. Nunca lo han cosido.

—Yo los maté —dice.

—¿Perdona?

—Si había otros enjaulados, ahora arden por mi culpa. —Se vuelve a mirar a la mujer—. No sabía lo que iba a ocurrir. Lo siento.

—No creo que haya otros —dice Hutch, solo que ahora quien no parece tan segura es ella—. Y, de todos modos, pase lo que pase, nada de esto es culpa tuya.

Él no está tan seguro de que eso sea verdad.

Capítulo 18

El aserradero es un mundo de posibilidades y, mientras me interno en él, se me ocurren muchas. Grove podría haber vuelto para coger su ropa antes de desaparecer en el bosque. Resistir allí desnudo, ya no digamos descalzo, sería imposible. Tal vez ha atravesado el edificio y salido por el otro lado, de vuelta al aparcamiento, con la intención de llegar a la carretera. Acacia Pines es uno de esos lugares donde alguien podría parar y ofrecer ayuda. El problema es que Simon Grove es el tipo de persona que te mataría por hacerlo. Por supuesto, también podría estar escondido por aquí, observándome en este preciso instante, o quizá ha encontrado un espacio donde ocultarse hasta que los bomberos se marchen. También puede haber tomado la decisión de huir a través del bosque. En este último caso, es muy probable que ya esté perdido. Tal vez, dentro de cinco años, un excursionista encuentre sus restos y reclame los sesenta mil dólares.

La planta de la fábrica es tan grande como un campo de fútbol, con vigas que llegan hasta el techo y paredes con estanterías vacías. Atascado entre una escalera metálica y una pared, el coche de Grove es una bola de fuego. Las llamas se han extendido ahora a las oficinas contiguas, de la ventana de uno de cuyos despachos cuelga el colchón. Sospecho que esa ha sido la vía de escape de Lucas. Ahora mismo estoy ansioso por saber cómo se ha desarrollado todo.

El fuego ruge como un huracán. El humo se está acumulando bajo el techo, pero, al nivel de mis ojos, todavía hay bastante claridad. Las vigas metálicas y el tejado pitan cuando el calor los dilata. Hay rincones, sombras y cientos de lugares donde esconderse. Me abro paso hacia el interior. Si esto fuera un aserradero en activo, ya se habría quemado todo y se habría llevado por delante la mitad del bosque. A una prudente distancia, me encamino hacia el centro del edificio. No parece, al menos de momento, haber peligro de que se derrumben las paredes. Pego un respingo y casi se me dispara el arma cuando el calor rompe una de las ventanas en uno de los

despachos. Unos instantes después, se rompe otro. Este lugar es demasiado grande para buscar yo solo. Y, además, está el bosque, que es mucho más grande.

Me quedo observando las llamas unos instantes más, consciente de que hace muy poco mi casa ha estado a punto de tener el mismo aspecto. Me sacudo la imagen y vuelvo hacia la puerta.

Acabo de poner un pie fuera cuando aparece Grove. Uno de sus ojos está hinchado, parece en carne viva. El tipo tiene la cara roja y los dientes apretados. Lleva un trozo de barra de refuerzo y la agita hacia mí. Me da en el pecho. Me doblo y caigo al suelo, el arma se me cae de las manos.

—Esto es culpa tuya —me dice.

—Espera —le digo. Intento levantar el brazo para esquivar el siguiente golpe.

No espera.

Capítulo 19

Lucas está ido, como si el tiempo transcurriera a intervalos. Prueba de ello es que se da cuenta de que lo están ayudando a entrar en la parte trasera de una ambulancia, una con la que el coche patrulla se ha encontrado en el camino de vuelta a la ciudad, pero no recuerda que se hayan detenido. En un momento está subiendo a la ambulancia; al siguiente, está sentado en el borde de una camilla mientras un sanitario, agachado frente a él, le habla y mira sus heridas. Su visión ha mejorado, pero sigue sin ser muy buena; eso sí, es lo bastante aguda para notar la mirada seria del sanitario. Le recuerda a su profesora de gimnasia, la señora Randolph, de piernas peludas, brazos grandes y ceño siempre fruncido. Más allá del sanitario hay una larga carretera con árboles a uno y otro lado. El coche patrulla en el que viajaban está aparcado a unos metros y la mujer que lo conducía, apoyada en él.

—¿Dónde estamos?

—Todavía estamos cerca del aserradero —dice el sanitario. Luego le lanza una serie de preguntas de conocimientos generales que deberían ser fáciles de responder, pero no lo son. ¿Qué día es hoy?, ¿cuánto es cinco por seis?, ¿cuál es tu segundo nombre?, ¿por qué la gente lo sigue abandonando? No cree que esta última pregunta sea real, pero debería serlo. En cuanto a las demás, las respuestas están por ahí, solo que él no logra encontrarlas. Ahora, las puertas de la ambulancia se han cerrado, y él no ha visto cuándo ha ocurrido. Se están moviendo, y esa es otra novedad. ¿Y cuándo se ha tumbado? Tiene la mano vendada y ya no le duele tanto. Piensa que no le ha ocurrido nada grave; de lo contrario, la ambulancia iría a toda leche y, si así fuera, oiría las sirenas. Pero no oye sirenas.

—Tienes una conmoción cerebral —le dice el sanitario—. Vamos a llevarte al hospital para examinarte mejor.

—Quiero irme a casa.

—Y lo harás, pero aún no. Tu padre se reunirá contigo en el hospital.

Solo espera que su padre esté sobrio. Es vergonzosa la forma en que

la gente lo mira a veces cuando se esfuerza por mantener una conversación, cuando tropieza en un supermercado o la forma en que a menudo huele, como si se hubiera dado un baño con el último trago. Cuando se trata de su padre, nunca sabe lo que va a pasar. A veces, Lucas llega a casa del instituto y lo encuentra trabajando frente al teclado, escribiendo porque ha tenido una nueva idea; otras veces, lo encuentra desmayado en el sofá.

Se percata de que el sanitario le sigue preguntando cosas. Quiere que no deje de hablar. Así que contesta lo que puede, y sigue contestando de camino hasta el hospital, todo el tiempo, lo que lo cansa aún más. Cuando se abren las puertas, su padre está allí, esperando, con el semblante más sobrio que le ha visto en semanas. Quizá Lucas debería hacerse secuestrar todos los días.

—Lucas —dice su padre. Se sube en la ambulancia y lo rodea con los brazos, y no huele a cerveza—. Pensé que te había perdido.

—Estoy aquí —dice el chico, aunque no tiene fuerzas para devolverle el abrazo. Su padre está llorando. No lo había visto llorar desde el día en que su madre hizo las maletas—. Quiero irme a casa —le pide.

—Primero te harán unas pruebas —dice su padre.

El sanitario trae una silla de ruedas y, un momento después, se lleva al chico al hospital.

—¿Lo ha encontrado? —quiere saber Lucas.

—¿De qué hablas? —pregunta su padre.

—El sheriff Cowhand. ¿Ha encontrado al conserje? —pregunta. Algo de lo que dice no tiene sentido. No puede creer lo cansado que está. ¿Sheriff Cowhand? ¿Será verdad? ¿O es Calhone? Decide probar—. ¿Encontró el sheriff Calhone al malo? No, eso tampoco está bien.

—Todavía lo están buscando.

—¿Y si se lo *vievan* y *llene* al hospital?

—Si viniera aquí, lo mataría yo mismo —dice su padre. Es lo típico de un padre, y Lucas sonríe, o al menos eso cree, porque no siente nada.

Capítulo 20

—No quiero oírlo.

Hutch ha vuelto. Otros patrullan la carretera. También han llegado los bomberos. La esquina noroeste del edificio ya es pasto de las llamas. Los bomberos han arrancado la puerta lateral y luchan contra el fuego mientras Wade tiene la mano puesta en la pistola, por si Grove saliera de la arboleda. No temo tanto a Grove como a que Wade le pegue un tiro a alguien por accidente.

—En serio —le digo a Hutch—. No quiero oír «te lo dije».

Ella oscila entre la preocupación y la decepción, aunque al final se decide por el enfado. Pero no me suelta el «te lo dije». Tiene la mano en el arma mientras, al igual que Wade, examina el entorno. Yo no tengo la mano en la pistola, porque mi pistola la tiene Grove. En vez de eso, tengo la mano en mi camisa, con la que he hecho una bola para presionarme un costado de la cabeza. En la camisa hay una buena dosis de sangre, lo mismo que en un lado de mi cara. La herida sigue goteando, pero, en general, está bien. A mí también me da vergüenza. Me avergüenza haber dejado que Grove me engañara con tanta facilidad. Me duelen las costillas por el golpe que me ha dado. No me sorprendería que una, al menos, estuviera rota. Y me zumban los oídos. Sentado en el capó de mi coche, tengo la impresión de estar encima de un tarro de gelatina, pues siento de forma exagerada cada pequeño movimiento que hago.

El sol está al final de su arco hacia los árboles, lo que significa que en veinte minutos empezará a oscurecer. Echo otro vistazo a mi camisa. Encuentro una parte limpia y me presiono la cabeza. El golpe de Grove con la barra de refuerzo me ha desgarrado la piel, me ha dejado un chichón tremendo y me ha aturdido, pero, en conjunto, el resultado no es malo. Aparecen coches patrulla. Otros agentes armados se unen a Wade. Algunos más patrullan el perímetro. Los de búsqueda y rescate, junto con sus perros, están a quince minutos de aquí. Y quizá también los medios de comunicación. En la carretera ya hay controles bien establecidos.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Hutch.

Le cuento lo que ha ocurrido. Había una puerta desbloqueada. He entrado. He vuelto a salir, para dar justo con Grove, que me estaba esperando. Mis palabras son pesadas y lentas. Tengo ganas de acurrucarme en algún sitio y quedarme dormido. Un poco más de Adderall podría ayudarme, pero, delante de Hutch, no me metería ni uno.

—Tienes suerte de que no te haya matado.

—Lo intentó.

—Me refiero después de darte el golpe. Tienes suerte de que no te haya matado con tu pistola o de que no te haya matado a golpes con la barra.

Sus palabras abren una caja de Pandora que, desde el ataque, yo había conseguido mantener cerrada. Ahora, todo lo que puedo ver es a mí mismo tendido en el suelo, con los brazos fracturados por haberlos usado para protegerme de los golpes y el cráneo roto después de que los brazos hubieran cedido. ¿Cuántos golpes habría recibido en el cráneo? ¿Los suficientes como para caber por la ranura de un buzón? Cassandra habría escuchado en su puerta la llamada que siempre ha temido. Se habría desplomado como un fardo vacío incluso antes de que Hutch le dijera una sola palabra. La veo en mi funeral, acompañada de Nathan. Están cogidos de la mano. Ella llora, y quizá Nathan también. Ahora que estoy muerto, tal vez él me odia un poco menos, o quizá tan solo sea un motivo más para estar enfadado. Lo único positivo es que mi seguro de vida estará sacando a mi familia de un agujero mientras a mí me están metiendo en otro.

Hutch me pone una mano en el brazo.

—Parece que estás a punto de vomitar.

Así es como me siento. Contengo la respiración, cierro los ojos y me controlo. Tomo un trago e intento purgar esos pensamientos. Podría haber muerto. Ahora mismo, Hutch podría estar contemplando mi cadáver. En otra realidad, ella estaría haciendo justo eso.

—Me pondré bien.

—¿Tienes alguna idea de hacia dónde ha huido?

—Lo más probable es que se esté desplazando paralelo a la autopista hasta encontrar transporte, si no lo ha hecho ya. Tenemos que

advertir a la gente. Él también está herido. Lucas le clavó algo en el ojo. Su cara está manchada de sangre. Pero eso podría favorecerlo, porque la gente que quiera ayudarlo no lo reconocerá —digo—. Lo único que sabemos con total certeza es que Grove está armado y herido. Además, es probable que piense ya no tiene nada que perder.

Llegan los de búsqueda y rescate. La gente sale al aparcamiento en fila. Uno de los chicos del equipo extiende un mapa sobre el capó de un coche patrulla y se pone a trazar líneas mientras los demás observan. Los perros están a cinco minutos.

—Hay algo más —dice Hutch, y, por la forma en que lo dice, sé que es algo malo—. Cuando Lucas estaba conmigo en el coche, dijo que Grove había matado a Freddy Holt.

No sé qué estaba esperando, pero eso no. Joder.

—¿Está seguro?

—Tiene una conmoción cerebral que lo ha estado confundiendo. Eso dijo, pero después ya no parecía tan seguro. Ahora bien, si el chico tuviera razón, eso podría significar que Grove también era quien intimidaba a Taylor Reed.

Desde que la barra de refuerzo me dio en el cráneo, tengo un dolor de cabeza punzante, pero ahora siento como si un toro estuviera ahí metido, pisoteando en busca de una salida.

—Dios mío.

—Sé lo que estás pensando —dice Hutch.

—¿De verdad?

—Ninguno de nosotros vio nada —dice—. No eres el único que habló con Grove hace dos meses. Lo investigamos, como a todo el mundo, pero no había motivos para sospechar de él. Sabes tan bien como yo lo que la cronología de los sucesos nos sugirió: que Freddy huyó tras el suicidio de Taylor Reed porque tenía algo que ver.

Sus palabras no me hacen sentir mejor. Identificar a un asesino en serie debería ser uno de los principios fundamentales del trabajo. ¿Cómo puedo seguir siendo policía si no soy capaz de reconocer a un asesino despiadado cuando lo tengo delante?

—He defraudado a esos chicos —le digo.

—Esto no es culpa tuya, sheriff.

—¿No?

—Tienes que ir al hospital a que te miren eso.

Tiene razón, y hace un momento he estado a punto de sugerírselo. Me deslizo para bajarme del capó y quedo de pie. El aparcamiento se balancea, igual que el coche, los árboles y el cielo. Como un barco en alta mar, camino hacia la puerta del conductor.

—Aprovecharé la oportunidad para hablar con Lucas, a ver si recuerda algo más.

—No pensarás en serio que vas a conducir hasta allí.

—Estoy bien —le digo, y abro la puerta del coche—. Parece peor de lo que es.

—Porque estás en *shock*. Creo que, si Grove saliera de entre los árboles ahora mismo, abrirías fuego contra él.

Hutch tiene razón. Eso haría. Si tuviera mi pistola.

—No podemos permitirnos el lujo de perder efectivos —digo.

—Sheriff…

—Gracias por preocuparte. —Me meto en el coche patrulla—. De verdad, gracias, pero estoy bien y te necesito aquí, dirigiendo las cosas. Necesitamos a todo el mundo aquí. —Arranco el coche. Bajo la ventanilla y cierro la puerta. Hutch, con las manos en las caderas, no deja de mirarme.

—Haré que me un médico me vea y volveré tan pronto como me sea posible.

Capítulo 21

Los pasillos del hospital huelen a clase de química y parecen una clase de biología. Los carteles le dicen a la gente lo que debe tener en cuenta: los dolores de cabeza o de espalda como señales de advertencia, o bien, lo que se siente al tener un infarto. Otro cartel muestra el cuerpo humano como si un chef experto hubiera fileteado las capas externas. En el suelo hay marcas negras. Son de las sillas de ruedas que, por girar demasiado deprisa, han quemado goma. Hay pacientes dando vueltas. Algunos caminan con sus portasueros con ruedas; otros ocupan las sillas del pasillo, muchos con cara de aburrimiento. Entran en una sala privada y una doctora ayuda a Lucas a sentarse en la cama. La doctora está pálida, como si algo acabara de asustarla y, del mismo susto, el pelo se le hubiera teñido de gris. Le pregunta cómo se siente. Está cansado. Distraído. Quiere irse a casa. ¿Podría el fuego llegar al hospital? ¿Podría llegar aquí el conserje? La gente dice que las cosas malas vienen de tres en tres. A Lucas lo metieron en una taquilla. Luego lo secuestró Simon el Tonto. ¿Qué será lo siguiente? ¿La doctora tendrá que amputarle la mano?

Ella le hace preguntas semejantes a las que le han hecho durante el trayecto, solo que ahora él puede responderlas mejor. Recuerda su nombre, su dirección, qué día es hoy y quiénes son sus profesores. La doctora le pregunta si puede explicarle cómo se ha producido la conmoción cerebral. Él se lo explica; al menos, lo que puede recordar. Lo abofetearon, le dieron puñetazos y le golpearon la cabeza contra el pavimento. La doctora está satisfecha con las respuestas, aunque no de que Lucas haya recibido bofetadas, puñetazos y otros golpes. De eso tampoco se alegra su padre, que se pasea por la sala escuchando las respuestas, agarrándose la nuca una y otra vez y negando con la cabeza. La mujer le pregunta a Lucas si está mareado —no— y examina sus ojos con una pequeña linterna. Le dice que ha sido una suerte que no tenga quemaduras y que pronto vendrá una enfermera a examinarle la mano y el golpe en la cabeza.

—Para que podamos vigilarte, tendrás que pasar la noche aquí —añade.

Él no quiere estar aquí en este momento, y menos, pasar la noche. ¿Cómo pasan el tiempo los enfermos en los hospitales, aparte de tumbarse en la cama con su enfermedad?

—¿Es necesario?

—Debemos asegurarnos de que estás bien.

—Será lo mejor —añade su padre, como si en estos días el hombre no hiciera otra cosa que pensar en el bienestar de Lucas.

Y el chico sabe que tienen razón, pero eso no le facilita las cosas. A la doctora la sustituye una enfermera alta y bronceada, de antebrazos musculosos, que Lucas observa mientras ella le mueve la mano. La mujer la mira más de cerca.

—Vas a necesitar puntos —dice—. ¿Alguna vez te han dado puntos?

—No.

—Sí —dice su padre, lo que sorprende a Lucas. Mientras el chico se queda mirándolo, continúa—: Lo mordió un perro cuando era más pequeño.

No, no es cierto.

La enfermera parece preocupada.

—¿No te acuerdas? —pregunta.

Lucas no se acuerda, pero se mira el brazo y ve que tiene cicatrices, así que quizá…

—Wolfy —dice. El recuerdo del perro acaba de volver. Wolfy lo mordió, puede recordarlo, pero, cuando intenta visualizar al perro, no puede. La doctora tenía razón al decir que necesita pasar la noche en el hospital.

—No me acordaba —dice—, pero ahora sí.

Bueno, casi.

Está seguro de que la enfermera le contará esto a la doctora, quien tal vez insista en que Lucas se quede unas cuantas noches. Espera que no. La mujer le limpia la herida y se la cubre con yodo. Carga una aguja con un líquido transparente y advierte al chico de que puede escocerle un poco. Y es así, pero enseguida a Lucas se le adormece toda la mano. Verla trabajar es como ver un documental médico. De repente, recuerda algo: tenía ocho años y, junto con otros niños del

cole, estaba viendo un documental en el que un cirujano extirpaba, a través de la boca de un hombre, una solitaria de dos metros de largo que le había crecido en el intestino. El narrador decía que esos gusanos pueden crecer en tu interior y alimentarse de ti durante años sin que te enteres, que pueden cambiar tu personalidad del mismo modo que un tumor cerebral o un ictus. Pueden provocarte epilepsia, dejarte ciego o volverte loco. Puedes consumirte mientras esos gusanos forman quistes en tu cerebro. Pueden hacer que la gente buena se vuelva mala. Después de aquello, no fue capaz de dormir durante mucho tiempo. ¿Cómo podía alguien conciliar el sueño sabiendo que en su interior podían estar creciendo monstruos? Tampoco podía comer. ¿Y si la comida estaba contaminada o la persona que la había preparado no se había lavado bien las manos? Esos gusanos salían de huevos tan pequeñitos que apenas se veían. ¿Quién podría decir que no estaban en tu hamburguesa, en tu bebida o en tu almohada?

Le recetaron pastillas para dormir, pero el sueño solo le traía pesadillas de gusanos que le crecían dentro, tantos que su cuerpo terminaba reventando. Entonces le dieron unas pastillas para la ansiedad y otras para matar cualquier gusano que estuviera creciendo dentro de él, aunque Lucas se preguntaba si no serían un placebo. Al final, le diagnosticaron el síndrome de Ekbom, un trastorno psiquiátrico en el que los pacientes creen tener parásitos viviendo dentro. La creencia es tan potente que, si te presionan la piel, puedes sentir el crujido de los gusanos que se retuercen bajo la superficie. Entonces le recetaron otra medicación. Pronto, los sueños se desvanecieron. Lucas se permitió creer —y con razón— que las pastillas desparasitadoras eran, en efecto, pastillas desparasitadoras y que matarían cualquier cosa que creciera en su interior.

—¿Te encuentras bien? —pregunta la enfermera.

—Solo pensaba.

—¿Tienes mareos?

—No.

—Vale. Si esto empieza a doler, me avisas.

El padre se acerca a la ventana, donde la noche oprime el cristal y desde donde no alcanza a ver cómo cosen la mano de Lucas.

—Tendrás que mantenerla seca —dice la enfermera después de haber dado el último punto—. Y todos los días, durante la próxima semana, tendrás que ir a que te la revisen y te cambien el vendaje.

Le limpia el bulto de la cabeza, le pone una pomada y le dice que también lo mantenga seco. Lo último que hace es vacunar a Lucas contra el tétanos.

—Vas a estar bien —le promete, y se va.

—Gracias —dice él.

Luego se mira la mano. El corte ya pica bajo el vendaje. Eso lo hace pensar que es solo cuestión de tiempo que se abran tanto el corte como los puntos.

Capítulo 22

Mientras conduzco, vierto agua en la camisa y la uso para limpiarme la sangre de la cara. Me es difícil concentrarme en la carretera mientras el dolor de cabeza arrecia. Creo que Hutch no se equivocó cuando me dijo que no debería conducir. La barricada cubre ambos carriles. Una docena de coches esperan ser registrados. Me salto la cola y voy saludando a los agentes. En este preciso momento llegan los perros. La noche cae muy rápido. Sin alumbrado público, la autopista pronto estará sumida en la oscuridad. Abro la guantera y busco una caja de analgésicos. Caducaron hace años, pero ¿qué es lo peor que puede pasar? Quizá me doten de superpoderes. Me trago un par con la esperanza de que no pase mucho tiempo antes de que el dolor de cabeza pierda su intensidad. Miro la herida por el retrovisor. Es un bulto tremendo, pero no necesitará puntos. En unos días la hinchazón habrá bajado. En una semana estará como si nunca hubiera existido.

Dejo atrás el desvío al nuevo aserradero. Como está cerca del antiguo, este también será registrado. Paso el desvío a las rutas de senderismo y el aparcamiento. Este no se ve desde la autopista, pero, en esta época del año, ha de albergar un puñado de coches, así como gente que, dispersa por los caminos, hace senderismo, acampa y pesca, y que ahora estarán recibiendo el aviso sobre Grove de los de búsqueda y rescate. Todos los años se pierden algunas de esas personas. Se desvían de los senderos y no encuentran el camino de vuelta. A la mayoría los encontramos, pero a veces no, porque alguno ha caído en un río, un lago, un barranco o un acantilado. El bosque puede absorber a los excursionistas del mismo modo que un agujero negro absorbe la luz.

Llego a la gasolinera cerrada. Las ventanas están tapiadas y se han llevado los surtidores. El abandono es evidente en todas las superficies. Delante hay un viejo teléfono público agrietado y descolorido por el sol, así como latas de cerveza que han dejado por la acera los adolescentes a quienes les gusta venir aquí a beber.

Continúo. Son kilómetros de autopista, bordeada ahora por granjas y campos que se adentran en el horizonte. Todo se vuelve borroso. El agotamiento empieza a afectarme. De repente, me siento tan cansado que la idea de estrellarme contra una zanja o un árbol me parece bastante buena, siempre y cuando venga acompañada de un tiempo en coma. Para no correr el riesgo de quedarme aparcado en el arcén de una autopista a oscuras, me detengo en la antigua granja Kelly, en el camino de entrada. Este lugar lleva en venta casi quince años, desde la muerte de los propietarios anteriores. No sé quién es su dueño hoy en día, ni tampoco quién la querría. Aquí, lo único que crece es el polvo. La granja está detrás de un anillo de pinos. Las raíces de esos árboles son tan grandes que han absorbido la humedad del suelo circundante.

Cojo el Adderall y fijo la mirada en el envase. Sé que tomarme uno sería un error, pero no me veo capaz de volver a la ciudad si no lo hago. Así que me trago dos. Echo la cabeza atrás, cierro los ojos y me dejo llevar por el dolor. Espero que los analgésicos y el Adderall hagan efecto pronto. Unos minutos después, mientras sigo luchando contra el dolor, suena mi teléfono. Es Cassandra.

—He visto en las noticias que habéis encontrado al chico —dice.

—Así es —respondo. Inclino la cabeza hacia atrás y vuelvo a cerrar los ojos.

—¿Se va a poner bien?

—En lo físico, creo que sí. En cuanto al resto, no lo sé.

—Qué pesadilla para él y su familia. No me lo puedo imaginar. ¿Y tú? Pareces cansado.

—Estoy bien —le digo, y el dolor sigue pulsando.

—¿Seguro?

—Grove ha escapado.

—Lo atraparás.

—Lo sé.

—Me tienes preocupada, James.

—También lo sé.

Me enderezo y miro hacia la granja. Algunos creen que este lugar está encantado. Si eso es verdad, los fantasmas tienen mal gusto. La granja se quemó el verano pasado. Las paredes que no llegaron a

derrumbarse tienen un color negro tostado. Aún hay muebles a la vista, algunos en buen estado, otros muy carbonizados, otros convertidos en cenizas. Ahora mismo, mi casa podría tener el mismo aspecto.

—Me he enterado del incendio en la cocina.

—Le he pedido a Sharon que no te lo dijera.

—¿Estáis todos bien?

—Sí, todos estamos bien. Tu padre intentaba hacerse un filete, pero lo puso directamente en el fuego, sin sartén. —Sacudo la cabeza ante esa imagen, que aumenta el dolor—. Luego le añadió un poco de vino para aromatizarlo.

—Dios. Si no te hubiera llamado…

—Pero lo hiciste, y llegué a tiempo.

—¿Cómo está ahora?

—Está bien. Está en el salón, viendo la tele. He comprado comida rápida y parece feliz. Ni siquiera estoy segura de que sepa lo que ha pasado.

—¿Y Nathan?

—Él sí sabe lo que ha sucedido, pero no parece importarle mucho.

Miro a través del parabrisas mientras la última luz se desvanece en el cielo. La granja es un buen lugar para esconderse.

—Su obligación era vigilarlo.

—Lo sé —dice Cassandra—. La próxima vez… Si volviera a ocurrir algo así, llámame antes, ¿vale?

—Vale. ¿Y la cocina?

—No ha quedado fantástica, pero, desde el punto de vista estructural, el lugar es seguro. Habrá que cambiar el techo, la encimera, un tabique de pladur y la placa de cocina. No será barato.

Por supuesto que no.

—Iré a casa dentro de un rato a cambiarme y refrescarme, pero tendré que volver a salir. ¿Podrías seguir vigilándolos?

—Claro. Estoy aquí para lo que necesites, James.

Me froto el lado de la cabeza donde Grove me dio con la barra.

—Gracias.

Colgamos.

Llamo por radio a Sharon.

—¿Alguien ha revisado la vieja granja Kelly?

—Todavía no.

—Vale. Ya estoy aquí. ¿A qué distancia están los refuerzos más cercanos?

—Todo el mundo sigue en el aserradero o en las cercanías. Puedo hacer que alguien se reúna contigo allí.

—Está bien. Voy a echar un vistazo.

—¿Tú solo?

—Si en cinco minutos no has sabido nada de mí, avisa a Hutch.

Con el dolor de cabeza todavía a flor de piel, pero con el Adderall haciendo efecto, cojo una linterna y salgo del coche. La granja Kelly tendría que haber sido demolida tras el incendio. Sin embargo, nadie sabe a quién le corresponde esa tarea, del mismo modo que nadie sabe a quién podría importarle. Cada lugar que ilumino con la linterna revela tierra quemada. En su momento, nadie informó del incendio que arrasó este lugar. Se extinguió solo. Doy una vuelta completa a la casa, alumbrando con la linterna lo que queda en pie. Dirijo la luz hacia los árboles y los campos. Aquí no hay nadie. Recuerdo que, cuando vine aquí después del incendio, bajé a un sótano. Los escalones de madera habían sobrevivido a las llamas. Recorrerlos era como descender a una mina de carbón. Ahora me abro camino entre los daños y encuentro de nuevo esos escalones. Cuando pongo el pie encima, esa sensación no cambia. Ilumino el sótano. Son cuatro paredes de bloques de hormigón y un techo de madera, en parte dañado y en parte en buen estado, así como estanterías con todo tipo de trastos. De una caja cubierta de polvo y ceniza salen unas luces de Navidad con las bombillas fundidas por el calor. Contra la pared hay un arcón congelador y, en el suelo, un viejo televisor roto.

Aquí no hay nadie.

Vuelvo a salir.

Capítulo 23

En la habitación del hospital, el televisor emite un reportaje en directo desde el aserradero. Tanto Lucas como su padre lo están viendo, pero, al chico, los acontecimientos de la tarde le están pasando factura. La pesadez de su cuerpo es tan fuerte que intenta arrastrarlo a través de la cama y hasta el suelo. Siente como si estuviera viendo la televisión desde el fondo de un pozo. Podría dormir una semana, y eso haría, si no fuera por la mano. ¿El picor era así de malo cuando le dieron aquellos puntos? No se acuerda. Cuanto más intenta desentenderse del dolor, peor se pone. Tiene serias dudas de poder pasar la noche sin rasgarse el vendaje ni rascarse los puntos.

No reconoce al reportero de la televisión, porque no suele ver las noticias, así que no sabe si es local o de fuera de la ciudad. La historia se habrá difundido a nivel nacional, puesto que el reportero habla de otros chicos de otras partes del país a los que el conserje ha matado. Son dos, por lo que parece, aunque no se mencionan los nombres ni las edades. El aserradero parece un hangar. Toda la escena está iluminada con focos que blanquean los colores y destruyen las sombras. Hay bomberos con sus camiones, policías con sus coches patrulla, gente de búsqueda y rescate y perros y personas con chalecos naranja brillante, y todos se mueven de un lado a otro. ¿Cómo es posible que el conserje siga suelto cuando medio pueblo lo está buscando?

Lucas se vuelve hacia la ventana y, por un instante, imagina la cara del conserje apretada contra el cristal; sin embargo, dado que están en el segundo piso de un edificio de tres plantas, eso no va a ocurrir, a menos que Grove sea capaz de volar. Con las manos temblorosas, su padre mira atento la televisión. Las manos le tiemblan así los días en que hace todo lo posible por mantenerse sobrio. Algo no muy frecuente. La mayor parte del tiempo, su padre se sienta frente al ordenador, aterrorizado porque no ha publicado ninguna novela en los últimos años y quejándose de que le han quitado todas las

grandes ideas. A Lucas no le cabe duda de que lo primero que hará su padre al llegar a casa esta noche será tomarse una copa y lo segundo, repetir lo primero. De hecho, es un milagro que siga aquí.

La fotografía de Freddy Holt aparece en la televisión. Lucas se estremece. Al mirar esa foto ve lo que podría haber sido su futuro. En vez de estar en el hospital ahora, podría estar en…

—¿Estás bien? —pregunta su padre.

¿Cómo empezar siquiera a responder a esa pregunta?

—Yo habría sido el siguiente chico desaparecido.

—Pero no lo eres. Eso es lo que tienes que pensar.

Solo que Lucas está pensando en lo que sufrió Freddy. Cómo tuvo que ser. El miedo, la confusión, el dolor, la sangre. En el caso de Freddy, no hubo nadie que apareciera en el último momento para salvarlo.

Vuelve a la pregunta original de su padre, una pregunta que le harán muchas veces según pasen los días. ¿Está bien? Bueno, ha sobrevivido, y ha sobrevivido bien. Comparado con otras cien alternativas, sí, está bien, y seguirá estándolo.

Aparecen dos fotografías más. Ahora están nombrando a las anteriores víctimas de Grove. Harry Waltz, desaparecido, y Eric Delany, cuyo cuerpo fue encontrado. Dos personas que no tuvieron la misma suerte que Lucas. Por cada caso hay treinta mil dólares de recompensa para quien dé información que conduzca a una captura. Luego vuelven al aserradero y a las imágenes aéreas grabadas desde un dron. Se cree que Grove ha huido a pie hacia el bosque y que Freddy Holt está por ahí, bajo tierra, en algún lugar. Aparece una fotografía de Taylor Reed tomada mucho antes de que lo consumieran los pensamientos de saltar al vacío. ¿Están conectando al conserje con eso también? La mayoría de la gente, Lucas incluido, pensaba que Freddy Holt había sido el responsable de ese suicidio, pero quizá esa mayoría estaba equivocada.

—No tiene dónde esconderse —dice su padre.

—Excepto kilómetros y kilómetros de bosque —dice Lucas.

—Meterse ahí es una cosa —dice el sheriff Cohen, que acaba de entrar en la habitación. Sujeta contra su cabeza una camisa ensangrentada, y también hay sangre en su camiseta. Con

movimientos pausados, se apoya en la puerta y hace una mueca—. Salir es otra. Podría perderse allí y morir de sed.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Lucas, sorprendido de verlo en ese estado. En las noticias no han dicho nada al respecto.

—Grove me ha dado una buena paliza —dice el sheriff Cohen—. El hijo de puta me golpeó con una barra antes de salir corriendo.

—Has tenido suerte —dice el padre.

El sheriff Cohen se aparta la camisa de la cabeza para examinar las manchas. Lucas alcanza a ver el lado de la cabeza donde le han dado el golpe. Nota que la piel está muy desgarrada y que hay un bulto grande y oscuro. El sheriff Cohen vuelve a ponerse la camisa en la cabeza y dice:

—Podría haber sido peor, en eso tienes razón. Entonces, Lucas, ¿cómo te sientes?

—Afortunado también. Si no hubieras aparecido en ese momento…

—Parecía que te las estabas arreglando bastante bien —dice el sheriff Cohen—. Quien ha tenido suerte de que yo apareciera ha sido Grove.

Lucas sabe que eso no es cierto, pero lo hace sentirse como un héroe.

—¿De verdad crees que Grove podría morir de sed por ahí? —pregunta su padre.

—Lo dudo, pero el bosque puede ser bastante implacable, así que quién sabe. Supongo que lo encontraremos pronto.

—No has dicho cómo me encontraste —dice Lucas—. Papá me ha contado cómo encontrasteis la taquilla, pero ¿después?

Cohen rellena los huecos. La casa de Grove, los muebles, la web de subastas. Lucas tiene la sensación de que hay cosas que no le está contando, pero está demasiado cansado para preocuparse. A continuación, Cohen le hace un breve esbozo de su huida: el tornillo en el tirador de un cajón, cómo apuñaló al conserje en el ojo y rompió la ventana, el coche en llamas y el salto con el colchón. Lucas cree que una parte de eso se la contó al sheriff en el aserradero, o tal vez se la dijo a la ayudante en el coche, o tal vez no mencionó nada en absoluto. Puede recordar cada pequeño detalle hasta que le golpearon la cabeza en el aparcamiento.

—Volveré al aserradero en cuanto me hayan curado esto —dice Cohen, y se señala la herida—, pero te veré mañana por la mañana para repasar todo lo que te ha sucedido. Si te parece bien.

—¿En el instituto?

—En tu casa. La doctora me ha dicho que tendrás que estar unos días sin ir a clase, pero estoy seguro de que nadie se opondrá a que te tomes la semana entera.

Lucas no había pensado en eso. Podría dormir durante toda una semana.

—Eso hace que casi todo lo que he pasado haya valido la pena.

El sheriff Cohen se ríe. Luego hace una mueca, algo ha de dolerle, y asiente con movimientos lentos. Entonces dice:

—Escucha, Lucas, tengo que preguntarte algo más. La ayudante Hutchison me dijo que tú le contaste que Grove mató a Freddy Holt.

No recuerda haberle dicho eso a la ayudante, pero sí la confesión de Grove.

—Sí, él lo mató.

—¿Dijo dónde?

—No me habló mucho de eso, pero me dijo que yo acabaría como él si..., ya sabes..., si me resistía.

—Vale. También hablaremos de eso mañana. Por ahora, te dejaré en paz. —Se da la vuelta para irse, pero se queda quieto un instante y se gira—. En realidad, hay algo más. ¿Quién te metió en la taquilla?

Lucas se mira la mano y juguetea con el borde de la venda. Su padre también se lo ha preguntado, y él le ha dicho que no se acuerda, que el golpe en la cabeza ha difuminado los detalles. Y la verdad es que algunos de esos detalles son confusos. Pero sí sabe quién lo metió en la taquilla.

—No estoy seguro.

—¿No estás seguro? ¿O no estás seguro de querer decírmelo?

—Está todo borroso. Perdona.

—Trata de recordar —le dice su padre.

—Aunque pudiera recordar —dice Lucas—, ¿cambiaría algo en la búsqueda del conserje?

—No cambiará nada —dice el Sheriff Cohen—, pero esto es serio,

Lucas. El estudiante o los estudiantes que te hicieron eso merecen una reprimenda.

Reprimenda. ¿Qué significa eso? Ha visto a otros alumnos quejarse de que les acosaban ante los profesores, ha visto a los verdugos ser apartados y advertidos, solo para volver a las andadas al día siguiente. Los profesores deberían ser gente honrada. En el instituto deberían colgar carteles con advertencias para que cierres la boca, porque las cosas solo pueden empeorar.

—¿Lucas?

—¿Irán a la cárcel?

—¿Así que eran más de uno?

—No lo sé. Es posible. ¿Los expulsarían?

El sheriff Cohen suelta un pesado suspiro.

—Si te preocupa que te hagan más daño, puedo prometerte que no lo harán.

Si el sheriff Cohen cree eso de verdad, entonces todo lo demás que dice y cree no es de fiar. Y, en ese caso, la situación es aún peor, porque el chico que lo metió en esa taquilla no es otro que Nathan Cohen, el hijo del sheriff. Nathan, que con anterioridad ya le ha volcado cubos de basura encima, que le ha sujetado la cabeza en la taza de un váter, que lo ha derribado de la bicicleta o le ha pinchado las ruedas. Nathan, que se ha reído de él, lo ha empujado, le ha puesto zancadillas, lo ha abofeteado, lo ha amenazado…

—¿Lucas?

Se ha burlado de él, le ha escupido, se ha meado en su mochila. Nathan le ha dicho que es un fracasado, un cara de polla, una mancha de mierda, un pedófilo, un maricón… La colección es interminable. A veces es lo mismo, a veces es algo nuevo, pero siempre hay algo. ¿En qué escenario podría decirle al sheriff Cohen algo de todo esto? ¿Que detenga a su propio hijo? Eso nunca sucederá. No hay un «mejor escenario posible». Puede que no haya más taquillas en el futuro de Lucas, pero Nathan se asegurará de hacer miserable su día a día.

—Te lo diré cuando me acuerde.

—Es lo mejor que puedo pedirte. Ah, casi me olvido de algo —dice el sheriff Cohen. Se mete la mano en el bolsillo y saca un teléfono. El

móvil de Lucas. Se lo entrega. Lucas toca la pantalla y esta se ilumina con las llamadas perdidas y los mensajes—. Descansa un poco. Vendré a verte por la mañana.

Capítulo 24

Una enfermera me conduce a una habitación y me sienta en el borde de la cama. Le pregunto cómo estaba Lucas cuando llegó. Me dice que ha tenido una conmoción cerebral, que le cosieron la mano y le curaron la herida de la nuca. Me confirma que lo mantendrán ingresado toda la noche, pero que, en general, está en buen estado. Luego me lava la cara y me limpia la herida con bastoncillos y desinfectante. El chichón que tengo en un lado de la frente empieza a arder cuando me lo frota.

—Debería haber visto al otro tipo —le digo.

—No condujo hasta aquí usted solo, ¿verdad?

—¿Va a dejar de curarme si le digo que sí?

Frunce el ceño y me dice que ha sido una estupidez. Yo le digo que estoy impaciente por seguir mi camino. Y es verdad. No le cuento nada de mis costillas porque no tengo tiempo. Quiero volver al aserradero. Miro el reloj. Vuelvo a consultarlo un minuto después. Me siento tentado de pedirle a la enfermera que me ponga una tirita en la cabeza y me deje marchar, y eso es, más o menos, lo que hace. Excepto por lo de dejarme ir. Me dice que no necesito puntos, pero que tendré que quedarme aquí unas horas más para que puedan descartar una conmoción cerebral.

—Necesito volver ahí.

—Lo que necesita es descansar.

—Lo que necesito es encontrar a ese tipo antes de que haga daño a alguien más.

—Sé que quiere salir, pero…

Cede cuando Peter Connor entra en la habitación.

—Perdona, pero ¿tienes unos minutos? —pregunta.

—Les dejo solos —dice la enfermera—, pero volveré. Nuestra conversación no ha terminado.

Se marcha y me deja a solas con Peter. Aquí es donde me dará las gracias por haber encontrado a su hijo. Enseguida me reñirá por no haberlo tomado con suficiente seriedad y rapidez.

—Escucha, Peter, si has venido a…

—Lucas ha recordado algo que podría ser útil.

—Vamos.

Sigo a Peter de regreso a la habitación de Lucas. El corredor parece haberse estabilizado desde la última vez que lo he recorrido. Mi organismo está flotando en suficiente Adderall para pasar el resto de la noche.

Lucas parece nervioso.

—¿La gente sabe que estaba desnudo cuando me encontró? —pregunta.

No estoy seguro de a dónde quiere llegar con esto.

—Solo la ayudante del sheriff Hutchison —digo, y luego me lo pienso un momento—. Los sanitarios también, y los médicos que te han atendido, pero eso es todo. No se hará público.

—¿Así que nadie se enterará?

—No hay razón para que se enteren.

Lucas lo medita unos instantes. Estoy ansioso, quiero incitarlo a hablar para poder salir de aquí, pero aguardo. Por el aspecto del chico, tengo la sensación de que esto será importante.

—Si saliera en las noticias, la gente… Bueno, ya sabe cómo es la gente —dice Lucas.

—Lo sé. ¿Por eso querías volver a verme?

—No. Bueno, sí y no. O sea, si la gente del instituto llegara a enterarse de lo que pasó, nunca podré volver allí de nuevo. Pero… había una cámara.

—¿Qué?

—El conserje nos estaba grabando.

Lucas no puede mirarnos. Mientras habla, prefiere centrarse en las vendas de su mano. También se está poniendo rojo. Esta es una gran carga para cualquiera, y mucho más para un adolescente.

—Iba a hacerlo, ¿sabes? O sea…, ya sabes lo que ese tipo iba a hacer, e iba a grabarlo.

Pienso en los vídeos que había en el ordenador de Grove. Me siento mal. A los otros chicos que mató, ¿los grabó también? ¿El asesinato de Freddy Holt estará grabado?

Lucas continúa.

—Me dijo que me dejaría ir, pero que, si alguna vez le contaba a alguien lo que había ocurrido, subiría el vídeo a internet.

Peter se pasea por la habitación. Por lo que veo, necesita un trago.

—Dios mío.

—Dijo que con Freddy había sido diferente, porque entonces no tenía cámara.

Y eso significa que acaba de comprarla.

—¿Dónde la puso?

—En el despacho, donde estaba el colchón. La cámara fue lo que arrojé para romper la ventana.

—¿Pasó al otro lado o rebotó hacia dentro?

—Rebotó. Si no se ha quemado, todo lo que él dijo sobre Freddy debe estar ahí.

De solo pensar en ello, me entra un escalofrío.

—Si no se ha quemado, la encontraré.

—Quizá ya la hayan encontrado —dice Peter.

—Nadie entrará en el aserradero hasta que los bomberos hayan dado la autorización, y eso ocurrirá esta noche, pero yo la encontraré. Siento que hayas tenido que pasar por eso, Lucas, de verdad. Lo atraparemos, lo prometo, pero, por ahora, necesito que no le cuentes a nadie lo que dijo sobre Freddy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Lo digo en serio, Lucas. Y eso también va por ti, Peter. Ni una palabra.

Ambos me prometen que no dirán nada.

Capítulo 25

Vuelvo al aparcamiento, donde las ardillas juegan entre los arbustos y la luz de los pálidos faroles de la calle rebota en los coches. Tengo que apoyarme en un par de coches para volver al mío. Mi cabeza ya no palpita por el dolor, pero da vueltas. Cuando he llegado al hospital, la enfermera me ha puesto una inyección para el dolor, antes de surtirme de analgésicos no caducados para una semana. Por fortuna, ninguno de los médicos ni enfermeras me persigue por haberme ido antes de tiempo. Me siento en mi coche patrulla y llamo a Hutch.

—¿Qué ha dicho el médico? —pregunta.

—Que evite que vuelvan a golpearme la cabeza, pero me ha dado el alta y estoy de camino. ¿Cómo vamos con lo de Grove?

—Los de búsqueda y rescate están recorriendo el bosque. Los perros aún no han encontrado nada, así que no dejan de dar vueltas alrededor del aparcamiento. Igual que si se estuvieran persiguiendo el rabo.

—¿Podría estar despistándolos el humo del incendio?

—Los adiestradores no lo creen. Piensan que, si hay algo que encontrar, los perros darán con ello. Esto no tiene sentido. Es como si Grove se hubiera esfumado en el aire. ¿Lo habrá atrapado Bigfoot?

—Si Bigfoot lo ha atrapado, le debemos una cerveza. ¿Y el fuego?

—Está controlado desde hace una hora. Los bomberos quieren asegurarse de que el tejado no se nos caerá encima. Ahora mismo lo está inspeccionando un ingeniero.

Me pregunto si será el mismo que ha inspeccionado mi casa.

—Vale. No entres hasta que yo haya llegado, ¿de acuerdo?

—Entendido.

Cuando llego a casa, las luces están encendidas. Aparco el coche y entro. Las puertas y las ventanas están abiertas, pero aún huele a humo. Cassandra sale de la habitación de papá y se queda helada cuando me ve.

—¿Qué te ha pasado?

—No ha sido nada.

Se acerca a mirarme.

—No parece un «nada» —dice.

—En el hospital dicen que estoy bien, y me encuentro bien.

—¿Qué ha pasado?

—Primero, ¿cómo está papá?

—Acabo de acostarlo. Ya se ha olvidado del fuego. Está cada vez peor, James.

—Lo sé.

—Tenemos que encontrarle un lugar.

—Estoy en ello.

—¿De veras?

Me dirijo a la cocina, donde el olor a humo es más fuerte. Justo encima de los fogones, el techo está casi intacto, pero es como si le hubieran rociado carbón. Y el muro está igual. La placa de cocina también está negra. La chapa de la encimera se ha retorcido. Los armarios superiores, a ambos lados de los fogones, también han sufrido daños. Sí, estoy agradecido de que mi familia esté bien, y sí, esto podría haber sido mucho peor, pero, joder, ¿cuándo van a mejorar las cosas?

Señalo con la cabeza el extintor —vacío— que está sobre la mesa.

—¿Tú o papá? —pregunto. Cuando trajeron a papá, hice instalar un par.

—Yo —dice ella—. Cuando esto ocurrió, tu padre estaba viendo la tele. Ni siquiera notó el humo que entraba en el salón. El detector de humo también estaba sonando. Nathan estaba jugando y no lo oyó.

Miro los daños. No puedo hacer un cálculo. No sé cómo hacer que esto encaje con el resto de los problemas, así que tomo la segunda mejor decisión: doy la espalda a todo esto y me dirijo al dormitorio. Cass me sigue.

—Lucas ha dicho que Grove admitió haber matado a Freddy Holt —le cuento.

Ella se lleva las manos a la boca.

—Dios mío. ¿Está seguro?

—Parecía estarlo. También ha dicho que Grove lo estaba grabando todo y que su confesión estaría en la cámara.

—Pobres chicos —dice—. Y Freddy... Ni siquiera me puedo imaginar por lo que debe estar pasando su familia. ¿Has hablado con ellos?

—Todavía no. —Saco del armario una camiseta limpia—. Aparte de Lucas y Peter, y ahora tú, nadie lo sabe.

—No diré nada. ¿Quieres que Nathan se quede conmigo esta semana? Supongo que nadie va a querer descansar hasta que detengáis a ese monstruo.

—¿No te importa?

—Claro que no.

Me quito la camiseta ensangrentada. Una línea roja de unos cuantos centímetros de grosor atraviesa la parte baja de mi pecho. Va de un lado al otro, tan recta y horizontal que podría usarse para nivelar una mesa de billar. La zona está sensible e inflamada, y supongo que mañana por la mañana seguirá sensible e inflamada y más, aparte de que el rojo se habrá convertido en morado.

—Ay, Dios —dice Cass.

—No pasa nada —le digo, y me pongo la camiseta limpia—. Llamaré a Deborah, a ver si puede venir esta noche. Así podrás llevarte a Nathan a casa de inmediato.

—No me importa quedarme esta noche. Podemos irnos por la mañana.

—Lo sé, pero es mucho pedir, y, para ser sincero, estoy cabreado con Nathan por no haber vigilado a papá como le pedí.

—Esto no ha sido culpa de Nathan, James.

—Yo no he dicho que lo sea.

—Y el seguro cubrirá los daños.

—No, no lo hará.

—¿Qué?

—Cuando la aseguradora se enteró de que papá se mudaba, el seguro se volvió inasequible.

—¿Es broma?

—Ojalá lo fuera.

—¿Por qué no me lo dijiste? —pregunta ella, y suena enfadada—. Podría haberte ayudado.

—Podrías haber ayudado quedándote —digo, y de inmediato me

arrepiento de mis palabras, sobre todo porque no las he dicho de corazón—. Joder, Cass, lo siento.

—No pasa nada —dice ella, pero está claro que no está bien.

—No quería decir eso.

—No pasa nada.

—Cass…

—He dicho que no pasa nada. Solo ten cuidado cuando vuelvas allí, ¿vale? No tienes buen aspecto.

Levanto la mano y me toco el lado de la cabeza donde he recibido el golpe.

—No me refiero solo a eso, James. Pareces desorientado.

—Estoy cansado, eso es todo. Necesito hablar con Nathan.

—No ha sido culpa suya, James.

—Lo sé, pero quiero ver cómo está. ¿Sabe algo de lo que ha pasado esta tarde?

—Sabe que estás buscando a alguien, pero no sabe a quién ni por qué.

Me dirijo a la habitación de Nathan y llamo a la puerta. No espero su respuesta, porque sé que no la habrá, así que abro sin más.

—Menudo día —le digo—. ¿Estás bien?

—¿Sin contar con que el abuelo ha tratado de matarnos? Bien, claro. —Levanta la vista del ordenador—. ¿Qué te ha pasado?

—Cosas del trabajo. —Entro en su habitación—. Déjame preguntarte algo. ¿Conoces a Lucas Connor? Es un estudiante del instituto.

Se queda inmóvil un momento y vuelve a mirar el ordenador. Mientras hablamos, no deja de mirarlo, como si nada en la vida importara más allá de la pantalla, y, para Nathan, quizá así sea.

—¿Nathan?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—O sea, claro que sé quién es, pero, en realidad, no lo conozco.

—¿Alguna vez has hablado con él?

Toquetea el teclado y el ratón disparando a los malos que se están apoderando del mundo. O tal vez les está disparando a los buenos. No sé con qué disfrutaría más.

—¿Nathan?

—¿Qué?

—¿Alguna vez has hablado con Lucas Connor?

Se oyen disparos, gritos y sirenas de fondo, y Nathan no deja de tocar las teclas. Tengo ganas de tirar del cable de alimentación. Quizá eso es lo que haría un mejor padre.

—¿Nathan?

—No, no hablo con él. ¿Por qué iba a hacerlo? Es raro.

—¿En qué sentido?

—No lo sé —dice Nathan. Suelta un pesado suspiro y aparta el teclado—. ¿Ya estás contento? Has hecho que me maten.

—Dime qué quieres decir con eso de que Lucas es raro.

Pone los ojos en blanco y vuelve a suspirar con fuerza, por si no me hubiera dado cuenta la primera vez.

—Es raro, ya sabes, como algunas personas. Todos piensan lo mismo. Por eso no tiene amigos. ¿De verdad esto es tan importante?

—Hoy casi matan a Lucas. —Fija la mirada en mí. Por fin tengo su atención. Y sigo adelante antes de perderla—. Alguien lo metió en una taquilla del instituto y lo dejó allí encerrado. Quien lo encontró fue el conserje, pero ahora sabemos que el conserje de tu instituto es un depredador sexual y que tal vez ha matado a otros chicos.

Se le va el color. Sus ojos se agrandan y se queda con la boca abierta. La muerte y la violencia de las que le gusta rodearse en sus videojuegos acaban de dar un paso hacia el mundo real.

—El conserje drogó a Lucas y se lo llevó al viejo aserradero. —Por lo que veo, Nathan no podría hablar ni aunque quisiera. Es como un niño a quien han pillado con una caja de cerillas delante de un edificio en llamas—. ¿No tienes ni idea de quién lo metió en esa taquilla?

Sacude la cabeza con lentitud. Está a punto de decir algo, pero no puede, traga saliva y vuelve a intentarlo.

—¿Está… está bien?

—Apenas.

—Eh… ¿Lo violaron o algo así? —pregunta, y hay algo en su voz, algo que suena a miedo.

—No. Logró salvarse porque luchó por su vida. Si yo hubiera llegado treinta segundos más tarde, estaría muerto. —Nathan me mira sin

comprender—. Lo que empezó como una broma de mierda ha estado a punto de provocar su muerte; y, si eso hubiera ocurrido, estaríamos considerando acusar a quien lo metió en esa taquilla. De hecho, vamos a sopesar la posibilidad de hacerlo.

Él asimila la información mientras yo lo observo muy atento. No digo nada. Sé que, con todo lo que acaba de oír, él querrá llenar los huecos.

Sin duda.

—¿Eso significa que no sabes quién fue?

—Lo estamos investigando.

Estudio el lenguaje corporal de mi hijo. Sus manos temblorosas. La forma en que no puede mirarme. Todos esos pequeños tics y movimientos de un adolescente que está enloqueciendo por dentro. Son los tics y los movimientos de un adolescente que miente. Me parece que ahora mismo carga con una pesada bola de culpa en el estómago, sufre su propio cortocircuito cerebral. Puedo entender por qué. Si Nathan fue el responsable, Lucas no habría querido decírmelo. Supuso que yo no haría nada al respecto o que una acusación solo empeoraría las cosas. Pero yo he notado cambios en mi hijo, la maldad que se ha apoderado de él. Y eso ha empeorado desde que mi padre se mudó. Ha sido un tema constante tanto para Cass como para mí. Hemos hablado de buscarle ayuda psicológica, pero él se opone con rotundidad. Si pudiéramos pagar las sesiones, insistiríamos y lo obligaríamos a ir. He visto cómo los demás chicos se apartan de él, cómo lo miran. Aquella vez, cuando interrogamos a los estudiantes acerca de Freddy Holt, nos enteramos de que Freddy no era el único chico famoso por empujar a los demás. Nathan también se había forjado su propia reputación. Pero sigo creyendo que aún no ha llegado al punto de inflexión, que todavía puede ser un buen chico.

—¿Por qué me miras así? —pregunta.

—¿Cómo?

—Como si yo tuviera algo que ver. Yo no lo metí en esa taquilla.

—No estoy diciendo que lo hicieras. Pero ¿sabes quién pudo hacerlo?

Sacude la cabeza.

—La cuestión es que quien puso a Lucas allí debería saber que había posibilidades de que nadie lo encontrara. ¿Es eso lo que quería? ¿Hacer que Lucas Connor pasara toda la noche ahí solo para reírse de él? ¿Quién haría eso en el instituto?

—Yo no he sido, papá.

—No digo que hayas sido tú, pero mi consejo a quien lo haya metido en esa taquilla es que más le vale no acercarse a ese chico a partir de ahora.

Nathan levanta los brazos.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no he sido yo?

—Si supieras quién lo hizo, ¿me lo dirías?

—Quizá no —dice, y creo que esto es lo único sincero que le he oído en toda la conversación.

—Me voy. Estamos en plena búsqueda. Haz la maleta, porque te vas a casa de tu madre los próximos días.

—Bien. Como quieras. De todas formas, no tengo ganas de estar aquí.

—Llámame si necesitas algo —añado, y Nathan responde con un gruñido. Sus ojos ya están de nuevo en el ordenador. Quiero desenchufar ese aparato y arrojarlo por la ventana. Pero, en vez de eso, cierro la puerta y lo dejo en paz.

Capítulo 26

Lucas ya se está quedando dormido —hace diez minutos que su padre se ha ido— cuando suena su teléfono. Vuelve al mundo de las manos que pican y los asesinos en serie. No reconoce el número. Podría ser un periodista. Su padre le ha dicho que no se sorprenda si se ponen en contacto con él, aunque no sabe cómo podrían conseguir su número. Se siente tentado de no contestar, pero ¿y si fuera el sheriff Cohen?, ¿y si lo estuviera llamando para decirle que han cogido al conserje? O, lo que es más importante, ¿y si lo estuvieran llamando para advertirlo de que han visto al conserje en el vestíbulo del hospital?

—¿Hola? —En su boca, esa palabra se siente espesa. Tarda en salir más de lo que debería.

Nadie responde, pero puede sentir que hay alguien allí. Podría ser un número equivocado o una llamada de broma. Quizá es el mismísimo conserje, que lo llama para decirle «Voy a por ti», aunque Lucas no sabe qué sentido tendría eso.

Hace otro intento.

—¿Hola?

—¿Le has dicho a mi padre que fui yo?

Nunca ha hablado por teléfono con él, pero reconoce la voz de Nathan.

—No le he dicho nada —dice Lucas. Quiere colgar, quiere que esto acabe, desearía que el conserje se hubiera llevado a Nathan esta tarde en vez de a él, pero el mundo no funciona así, ¿verdad?

—Más te vale —dice Nathan, que habla con una voz baja y amenazadora—. A menos que quieras que te meta un bate de béisbol roto por el culo. Es lo que voy a hacer si no mantienes la boca cerrada, te lo juro.

Lucas no dice nada. Esto es justo lo que necesitaba: que Nathan lo llamara para amenazarlo al final del peor día de su vida.

—¿Me has oído?

Tal vez tendría que habérsela jugado y haberle contado todo al

sheriff Cohen. Aún podría. O… O podría reconocer que el Lucas de esta mañana ha evolucionado. El Lucas de esta mañana habría aguantado los insultos, las burlas, los empujones, las bofetadas y los puñetazos, pero no el de esta tarde. El Lucas de esta tarde se ha enfrentado a un asesino y ha salido vivo, y eso significa que también podrá sobrevivir a Nathan. Se levanta de la cama y se acerca a la ventana. Al principio, no ve más que su reflejo, un Lucas cansado y con los ojos medio cerrados. Puede ver las luces de la habitación del hospital brillando a su alrededor, pero, a medida que se acerca a la ventana, el ángulo cambia y distingue el aparcamiento. Su padre está abajo, en el coche, bebiéndose una cerveza. Ir directo a casa era demasiado. Lucas se siente decepcionado. No con su padre, sino consigo mismo por haber pensado que las cosas serían diferentes.

—¿Estás ahí? —pregunta Nathan.

—Sí.

—¿Crees que he sido duro contigo? Pues no tienes ni idea. Di una sola palabra e iré a cagarme en tu garganta. Y lo digo en serio. Voy a acabar contigo.

—¿Eso es todo? —quiere saber Lucas.

Se hace un silencio de unos segundos mientras la rabia de Nathan aumenta.

—¿Qué me acabas de decir?

—Ya has dicho lo que querías y yo te he dicho que no voy a decir nada, y no lo haré. Pero estoy cansado, y esta conversación se ha terminado.

Por lo visto, Nathan se ha quedado sin palabras. Ha conseguido todo lo que quería, así que ¿qué más?, ¿aparte de seguir insultando a Lucas?

—Eres un fracasado. Lo sabes, ¿verdad?

Quizá lo fue durante años. Ya no.

—Adiós, Nathan.

—Tú… —dice Nathan, pero Lucas se pierde el resto, porque cuelga.

Se queda en la ventana. Nathan no va a cumplir sus amenazas. Son solo palabras.

Su padre aplasta la lata vacía e intenta arrojarla a un contenedor de basura que está a diez metros de distancia. Falla por cinco. Se aleja

del aparcamiento. Al salir, roza el bordillo del jardín. Llegará bien a casa. Siempre lo consigue.

Lucas apaga el teléfono y vuelve a la cama.

Capítulo 27

Las luces de Acacia se desvanecen a mis espaldas mientras delante, a través de la oscuridad, los faros de mi coche cortan arcos de la autopista y crean un túnel de luz que toca los límites del bosque. Cerca del aserradero, llego a la barricada y me detengo. Me iluminan y me saludan. Llego al aserradero. Es un hervidero de actividad. Se ha instalado un puesto de mando. Los mapas ya no están repartidos por los capós de los coches, sino encima de mesas con estructura de metal bajo una gran tienda abierta. Los ordenadores portátiles muestran vistas aéreas de los alrededores. Hay puntos que se mueven con lentitud y que representan a los buscadores, cada uno con su propia unidad GPS y todos trabajando en equipo. Aparcados a lo largo de un lado de la tienda, hay drones teledirigidos. Ahora está demasiado oscuro para utilizarlos, pero han estado en funcionamiento antes. Los dos camiones de bomberos siguen aquí, aunque ya no están arrojando chorros de agua al edificio. La mayoría de los bomberos recorren el lugar para cerciorarse de que no haya ningún otro foco en ninguna parte. Aunque no alcanzo a ver nada, puedo oler el humo. Las linternas parpadean entre los árboles mientras los agentes buscan en todas direcciones para tratar de averiguar por dónde ha huido Grove. El aire está lleno de conversaciones, ya no tan urgentes como antes de que yo me fuera. Hutch parece cansada. Todos parecen cansados. A primera hora de la tarde, todos estaban entusiasmados; los niveles de adrenalina estaban al rojo vivo. Ahora, son muertos vivientes.

—Te ves fatal —me dice Hutch cuando salgo del coche.

—Gracias. ¿Cómo vamos?

—El historial laboral del instituto muestra que Grove se tomó una semana libre en los días en que Eric Delany fue asesinado.

—Joder.

—Y tuvo más vacaciones, así que tenemos que buscar a otros chicos desaparecidos o asesinados por todo el país.

—¿Cuántos?

—Todos los años, desde que empezó a trabajar en el instituto. Además, tendremos que mirar sus otros trabajos, antes de que empezara en este, y todas las veces que tuvo vacaciones.

—Dios. Casi no sé qué decir a todo esto.

—Harry Waltz, el chico que se perdió hace diez años, desapareció días antes de que Grove se mudara, o huyera, a Acacia Pines. Dado que Grove tenía planeadas unas vacaciones la próxima semana…

—Entiendo.

—Sé que lo entiendes, pero todo lo que ha pasado hoy ha salvado a quien iba a ser ese próximo. Qué ironía.

—¿Qué?

—Mira, si te digo esto, es porque parto de la base de que Lucas se va a poner bien, y, por supuesto, nadie debería pasar nunca por lo que él ha pasado, pero quien lo metió en esa taquilla ha salvado al chico del futuro.

Hutch tiene razón. Nathan, en su mezquindad, le ha hecho un favor al mundo.

—No lo había pensado de esa manera.

—En cuanto a tener alguna idea de por dónde se ha ido Grove —dice —, no hay rastro de él. Los perros están por ahí, dando vueltas sin rumbo. Lo más probable es que haya ido a la autopista después de haberte noqueado y que yo no lo haya visto. Es una posibilidad remota, pero factible. Podría haber estado haciendo autostop en una dirección mientras yo conducía en la otra.

—Tiene sentido.

Mira mi coche.

—Lo has cambiado —me dice.

—Supuse que Grove intentaría robarle el coche a alguien y que no se atrevería con uno de la policía.

—Bien pensado. Pero, sin un arma, arriesgado.

Me palpo la cadera, donde debería haber una funda y una pistola.

—Joder, ni siquiera lo había pensado.

—Deberías estar en el hospital —dice ella.

—Si Grove se las ha arreglado para…

—En serio, sheriff, hablando como amiga, no deberías estar aquí, de verdad. Haber vuelto así, usándote como cebo y sin un arma, ha

sido..., bueno, no hay una forma fácil de decirlo, pero ha sido una estupidez. Lo último que necesitamos es que tomes malas decisiones.

Me pellizco el puente de la nariz y cierro los ojos unos segundos. Las pulsaciones del dolor de cabeza no han vuelto, pero siento cómo está resurgiendo.

—Tienes razón, pero me quedo. Como decía, si Grove ha conseguido que lo lleven, tenemos que averiguar con quién se ha ido y por dónde. Por lo que sabemos, podría haber ido a la ciudad, y no estar lejos de ella.

Hutch frunce el ceño. Se muerde el labio inferior.

—Desde que llegué, no he visto a nadie dirigirse al centro.

—Tal vez pasó a pie el control de carretera.

—Vamos, seguro que está tratando de alejarse todo lo posible de nosotros.

—Pero estás hablando de un tipo que no ve el mundo igual que nosotros. Por lo que sabemos, podría haber vuelto a la ciudad para esconderse en algún sitio, recuperarse y planear su venganza. Quizá ha encontrado una casa vacía o, peor aún, podría tener el control de una casa con gente dentro. Podría estar esperando a que las cosas se calmen para salir de aquí en una semana o dos.

Incluso bajo la luz intensa, puedo ver a Hutch palidecer ante la idea.

—Mierda —dice—. Tienes razón. Supongo que es bueno que estés aquí.

Y sigo:

—Si alguna persona no acude al trabajo, a la escuela, a las comidas o a las salidas, que alguien nos avise. Los ciudadanos tendrán que estar atentos a cualquier actividad sospechosa. Que denuncien cualquier casa en la que las cortinas estén cerradas durante el día o en caso de que en algún buzón se amontonen las cartas. Ese tipo de cosas. Que quede claro que no queremos que la gente se acerque a esas casas, solo que nos avisen. Queremos que los vecinos llamen a sus vecinos para ver cómo están.

—A quien coja el teléfono, Grove lo obligará a decir que todo va bien —dice.

—Sí, y, sin embargo, tenemos que hacerlo.

—¿De verdad crees que ha vuelto a la ciudad? —El rostro de Hutch

se tensa, como si la mera pregunta le causara dolor.

Miro al cielo, a ver si me ayuda a intuir alguna respuesta. Las ciudades pequeñas tienen cielos grandes y las grandes, cielos pequeños. La contaminación lumínica es lo que oculta esta belleza, pero, aquí fuera, el cielo es todo diamantes y oscuridad. Recuerdo mis primeras citas con Cassandra, cuando nos íbamos al campo al atardecer y nos tumbábamos sobre mantas a contemplar el cielo nocturno y a contarnos nuestros sueños. La vida era estupenda entonces, y, a pesar de todo lo que ha pasado, sigo aferrado a la esperanza de que podamos volver a esa vida.

—No podemos darnos el lujo de pensar que no ha vuelto a la ciudad.

Un bombero se acerca. Es un tipo delgado. Se partiría por la mitad si le diera el chorro de la manguera. Nos dice que el ingeniero está convencido de que el edificio no va a derrumbarse sobre nosotros; que, si queremos echar un vistazo, podemos hacerlo.

Han puesto luces en el interior. En el aire se arremolinan el polvo y la ceniza. Llevamos mascarillas para no inhalarlos. El coche calcinado parece salido de un pozo de alquitrán y sacudido hasta secarse. No hay forma de saber de qué color era. La pintura ennegrecida cuelga de él como escamas. Los neumáticos se han derretido, así que ha quedado apoyado en las llantas. Las ventanas están rotas y el interior, quemado hasta dejar a la vista las tuercas y los muelles. Revisamos el despacho donde retuvo a Lucas. El colchón que se había enganchado en el alféizar está ahora en el suelo. Todas las cosas —es decir, el colchón, los muebles que quedaban en el despacho, las paredes, el coche y el suelo— están empapadas de agua. El mono y los zapatos de Grove están en el suelo, calcinados junto con el resto de lo que llevaba puesto.

Al igual que yo, Hutch se fija en eso.

—Al parecer, sigue desnudo —dice.

Observo el suelo y veo la cámara. Ella la descubre al mismo tiempo. Ha quedado ennegrecida, retorcida y algo derretida, pero aún es reconocible. Hutch se pone un par de guantes de látex, coge la cámara y no intenta encenderla, porque el botón se ha fundido.

—Es de Grove —le digo.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Lucas me lo ha dicho. Me ha contado que Grove lo estaba grabando; y tenías razón, también me ha dicho que Grove le confesó haber matado a Freddy Holt. —Asiento con la cabeza hacia la cámara —. Todo estará ahí.

—¿Y me lo dices ahora?

—Lo siento.

Me mira como si estuviera a punto de repetir lo que ya me ha dicho: que yo no debería estar aquí. El dolor sigue incrementándose y, para empeorar las cosas, el Adderall parece estar dejando de hacer efecto. Me he prometido no tomar más hoy, y pienso cumplirlo.

—Mira, era lo siguiente en mi lista de cosas que decir.

—Ajá. ¿Estás seguro de que estás en condiciones de hacerlo?

—De verdad. Llevaré esta cámara a la comisaría y haré que Rick le eche un vistazo. Quizá pueda sacar algo de aquí.

Hutch le da la vuelta y abre la tapa. En el interior, la tarjeta de memoria parece recién salida del paquete. La deja caer en una pequeña bolsa de plástico.

—No hay razón para que no podamos verla ahora. Es la misma tarjeta que usan nuestras cámaras —dice Hutch.

—Sería mejor llevársela a Rick. No quiero arriesgarme a arruinar la información.

—Pero, si estaba grabando, pudo haber captado algo que nos ayude a averiguar a dónde ha ido Grove. Creo que merece la pena correr el riesgo.

—No podemos arriesgarnos a perder ningún dato.

—La tarjeta no está dañada, y ese tipo anda por ahí, sheriff. Tenemos que ver la grabación. El tiempo no está de nuestro lado.

Nos dirigimos a su coche. Lleva una cámara en la guantera. Todos llevamos una, por si hay que tomar fotos de un accidente o un suceso. Las cámaras no son mucho más grandes que un mazo de cartas, pero hacen fotos de mucha más calidad que nuestros teléfonos móviles. Hutch reemplaza la tarjeta de memoria por la que acabamos de encontrar.

El dolor se incrementa y empiezan las pulsaciones; de momento son suaves, pero habrá cambios.

—No tienes buen aspecto —me dice.

—Sí, ya me lo has dicho, pero no es eso. Si Grove estaba usando la cámara para mantener a Lucas callado, quizá hizo lo mismo con los otros. Sus vacaciones anteriores podrían estar aquí.

Ella asiente, pero no dice nada.

—Estas cosas no se pueden no ver, Hutch.

—Lo sé.

Me pongo unos guantes.

—Dámela —digo, y tiendo la mano hacia la cámara.

—Yo puedo…

—No. Déjame verlo primero.

Hutch no me lo discute. Me entrega la cámara. Me meto en el coche y cierro la puerta. Ella camina por los terrenos, unos metros delante de mí. Entro en los ajustes de reproducción y veo que solo hay un archivo. Es un alivio. Pulso el botón de reproducir. Aparece el despacho. La ventana aún no está rota y el colchón está en el suelo.

Se oyen pasos arrastrados y luego veo que empujan a Lucas sobre el colchón. Grove hace rodar al chico, le clava la rodilla en la espalda y le corta los vaqueros.

—No te avergüences de haberte meado. Mi padre… Bueno, mi padre se habría reído de ti, pero yo no. Esa es una de las razones por las que lo odiaba tanto.

Grove continúa, le cuenta que mató a su propio padre. Lucas le dice a Grove que está agradecido de que lo sacara de la taquilla y que no le contará a nadie lo que ha pasado desde entonces. Grove acepta, pero no hasta que Lucas lo haya ayudado.

—¿Ayudarlo cómo?

—Comparto esto contigo y se suaviza un poco, y lo vuelvo a compartir y se suaviza un poco más. Ya ves, las piezas son cada vez más pequeñas.

—No lo entiendo.

—Esta vez, la cámara lo cambia todo. Con tu amigo, no tenía cámara. ¿Cómo se llamaba? ¿No era Freddy? Con él fue diferente, pero tengo una cámara para ti. Así es como podemos confiar el uno en el otro. Mira, nunca le dirás a nadie nada de lo que ocurra aquí, porque, si lo haces, subiré todo lo que grabe a internet. Tú no quieres eso, ¿verdad? Con tu amigo, en cambio… Yo no tenía

cámara por aquel entonces, así que no pude darle la opción. Qué pena, de verdad, pero no podía dejarlo ir.

Joder, fue él quien lo hizo.

—Por favor, no necesitas hacer esto.

—Ahí es donde te equivocas. Esto suavizará el dolor.

—Sigo sin entenderlo.

—Ya lo entenderás. Más tarde.

Lucas vomita sobre sí mismo y el conserje sale de la habitación.

El chico rueda bajo el escritorio. Permanece fuera de la vista durante un minuto antes de volver a rodar. Aquí es donde consigue el tornillo y el mango que utiliza como arma. Cuando Grove regresa a echarle agua encima, Lucas arremete y apuñala a Grove en el ojo. El conserje se tambalea y la cámara cae al suelo. No hay nada que ver durante un rato. Luego, las imágenes dan vueltas cuando Lucas lanza la cámara hacia la ventana. Pasan otros minutos sin nada, aunque oigo que el coche arranca, el motor se detiene, luego el coche se mueve, choca con el muro y se detiene de nuevo. Lucas vuelve corriendo a la habitación y emprende la huida, pero Grove no lo sigue. En vez de eso, encuentra otra salida del edificio. Debe ser la puerta que encontré abierta.

Las imágenes se van esfumando a medida que el humo llena la habitación. Pronto, lo único que puede verse es una espesa bruma negra, hasta que la cámara se apaga. Salgo del coche.

Le entrego la cámara a Hutch.

—Es el único archivo que hay —le digo—. Y es seguro.

Ella ve la grabación y yo vuelvo a visionarla con ella.

Cuando el vídeo ha terminado, me pregunta:

—¿Qué crees que ha querido decir con eso de «suavizar el dolor»?

—No tengo ni idea. Podría haber otros vídeos ocultos en su ordenador —le digo— u otras tarjetas de memoria escondidas en algún lugar de su casa.

—Si es cierto eso de que la cámara era nueva, podría ser la primera vez que la utilizaba. —Duda unos instantes y añade—: Alguien tendrá que revisar los vídeos que encontraste en su ordenador.

—Lo sé —digo, y también sé que acabaré siendo yo. ¿Cómo puedo

pedirle a Hutch o a cualquier otra persona del departamento que haga algo así?—. Lo haré mañana.

—¿Y ahora qué?

—Ahora, seguimos buscando. Démosle hasta la medianoche. Con suerte, a esas alturas habremos encontrado a Grove. Esperemos que pueda decirnos todo lo que necesitamos saber, y así nadie tendrá que volver a ver esos vídeos.

Capítulo 28

No esperamos hasta la medianoche, como yo había sugerido. En vez de eso, nos retiramos a las once en punto. Para entonces, los equipos ya están volviendo del bosque, abatidos, pensando que, si hubiera algo que encontrar, los perros ya lo habrían hecho. Todos estamos de acuerdo en que Grove descubrió una forma de salir de este lugar y que no lo hizo a pie, pero eso no significa que no vengamos mañana a buscar aquí otra vez. Recogen todo. Los bomberos se quedan para asegurarse de que no hay ningún otro foco. Dicen que, si Grove volviera, sería tonto si se metiera con ellos. No lo pongo en duda, pero, de todos modos, les dejo un par de agentes; en parte, para protegerlos y, en parte, para vigilar la tienda donde se guarda todo el equipo de búsqueda. Incluso las ciudades pequeñas tienen grandes problemas con los robos.

Los adiestradores de perros son los primeros en marcharse. Los siguen los de búsqueda y rescate. Los medios de comunicación, cuya presencia ha ido en aumento, se marchan justo después. Les ha quedado claro que no habrá más historia aquí esta noche. Conduzco de vuelta a la ciudad, con Hutch detrás, en el coche patrulla. A veces, los faros captan conejos, ciervos o zarigüeyas que nos devuelven la mirada desde su escondite entre los árboles, pero, la mayor parte del tiempo, los faros son absorbidos por el bosque. Eso hace que parezca que nos hemos alejado del mundo. Las granjas se hacen más pequeñas y las casas de labranza están cada vez más cerca de la carretera a medida que nos acercamos a la ciudad.

Llegamos al puente de celosía de las afueras: largas vigas metálicas con enormes remaches, todo recién pintado de rojo. El puente cubre un corto tramo en coche sobre un largo río que sale de entre los árboles, barre la parte delantera de Acacia Pines y vuelve a internarse en el bosque. Al otro lado del puente, los seres vivos se han recogido para pasar la noche. Hay tiendas con luces tenues en los escaparates, fríos neones fuera de los bares, farolas con polillas pululando. No hay

nadie que pasee por las calles, sino algún que otro coche que lleva a alguien a casa.

Nos dirigimos a casa de los señores Holt, los padres de Freddy. Es una calle tranquila, con ventanas oscuras por todas partes, excepto en la casa de los Holt, que la tienen iluminada como si un avión fuera a aterrizar. Es una construcción tipo rancho con un gran garaje doble que sobresale por un lateral. He estado aquí varias veces en los últimos dos meses, dado que el lugar ha sido objeto de vandalismo: en las paredes han escrito «asesino» con pintura en aerosol. También han envenenado el césped y los jardines, y destrozado las ventanas. Si ha sido un solo vecino o todos, nunca hemos podido enterarnos.

Apenas hemos puesto un pie en la propiedad cuando la puerta principal se abre de golpe. Allan Holt sale al porche. Es un tipo corpulento. Lleva una camisa con las mangas remangadas y la corbata torcida, como si hubiera vuelto corriendo del trabajo. Julie, su mujer, le pisa los talones. Alrededor de los ojos tiene restos de rímel por las lágrimas. Durante dos meses se han estado preguntando a dónde habría ido su hijo. Las noticias de hoy podrían haberles dado una idea y, sin duda, nuestra presencia aquí se lo confirma. Allan, desprendiendo ira, avanza furioso hacia mí por el camino. Sé lo que está a punto de hacer, y decido dejarlo. Creo que eso nos ayudará a ir más rápido y, por supuesto, una parte de mí piensa que me lo merezco. Lanza el puño y yo me acerco otro paso para impedir que alcance toda su velocidad. También giro la cabeza para que no me dé en el mismo lugar que la barra, sino en un lado de la mandíbula. El efecto es inmediato. Las molestias se convierten palpitaciones, que enseguida dan paso al dolor. Retrocedo a trompicones y tengo que echar mano de todas mis fuerzas para no caer. Hutch le pone las manos en el pecho y lo hace retroceder.

Mientras se deja empujar hacia atrás por Hutch, Allan me señala y grita:

—Dejaste que todo el mundo pensara que nuestro hijo hizo *bullying* a ese chico hasta provocar su muerte. Dejaste que todo el mundo lo pensara, y todo este tiempo, todo este tiempo, él estaba por ahí, y tú ni siquiera lo estabas buscando.

—No fue así en absoluto —dice Hutch.

—A eso has venido, ¿no? El conserje del instituto le hizo algo, ¿verdad?

—Eso creemos —dice Hutch.

Yo ni siquiera puedo hablar. Además, apenas alcanzo a oírlos, debido a que me zumban los oídos. Si sé que Allan está gritando, es porque da esa impresión. Las venas de su cuello están tensas y, en la frente, una de ellas palpita. Venir aquí era lo último que quería hacer, pero no había forma de posponerlo.

Allan parece dispuesto a lanzarse contra Hutch; sin embargo, cuando Julie le pone una mano en el hombro, la rabia se le disipa enseguida. Debe ser lo único que lo mantiene en pie, porque se agarra a su mujer y acaba tirando de ella hacia abajo. Abrazados, descienden hasta quedar sentados en el camino de entrada.

—¿Nuestro hijo está muerto? —pregunta Julie.

—Creemos que sí —responde Hutch. Luego les cuenta que Simon Grove se lo dijo a Lucas y que una grabación confirma lo declarado por el chico.

Julie entierra la cara en el pecho de Allan y solloza. Allan la sostiene. Intenta parecer fuerte. Evito la tentación de llevarme las manos a la cabeza para comprobar si se me está hinchando con toda esta presión, porque es lo que parece.

—Todo este tiempo ha estado muerto, y tú has dejado que el mundo entero pensara que nuestro hijo había provocado el suicidio de Taylor Reed —dice Julie. Sus palabras son más fáciles de oír cuando los zumbidos empiezan a desaparecer.

—No podemos evitar que la gente piense lo que piensa —dice Hutch, y me gustaría que no intentara defendernos.

—No, pero estoy muy seguro de que vosotros no los habéis desmentido —dice Allan—. Si lo hubierais hecho, la gente no habría venido a rompernos las ventanas a pedradas. Crees que Freddy está por ahí, ¿no?, ¿enterrado entre los árboles?

—Mañana enviaremos equipos a buscar.

Me preguntan quién podría haber hecho algo así. Se preguntan qué clase de hombre podría quitarle la vida a un chico. Qué clase de monstruo se graba a sí mismo matando jóvenes. Preguntan en qué

clase de mundo vivimos, y Hutch no tiene respuestas. Solo les asegura que vamos a encontrar a Simon Grove y que vamos a averiguar qué hizo con Freddy.

Allan me mira.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Tienes algo que decir, aparte de que lo lamentas y que atraparás al tipo?

—Sé que nada de lo que pueda decir hará que las cosas mejoren —les digo.

—Bueno, al menos, eso lo entiendes jodidamente bien —dice Allan —. Te diré algo: ya que todo lo has hecho tan mal, hay una cosa que podrías hacer bien. Cuando atrapen al tipo que ha hecho esto, necesito que me des un tiempo a solas con él.

—No puedo.

—Cinco minutos. Es todo lo que te pido.

—Sabes que no puedo permitírtelo.

—Nos lo debes. Nos lo debes, maldita sea.

Se apoyan entre sí para volver a la casa. Ya ninguno de los dos parece humano, sino algo que la vida ha masticado y escupido. No les queda más que dolor, pena e ira, y en el futuro no vislumbran nada que pueda cambiar las cosas.

Al llegar a la puerta, Allan se vuelve para mirarnos.

—La culpa es de vosotros dos —dice—. De todo vuestro departamento. Tendréis noticias de nuestros abogados.

***

Cuando llegamos a la comisaría, ya ha pasado la medianoche. La construcción no tiene una forma muy definida. Los padres la reconocerían si su niño pequeño la dibujara con un lápiz de color; es ese tipo de edificio. Es rectangular, tiene el tejado plano, paredes de piedra rojiza, ventanas que van del suelo al techo por toda la fachada y grandes letras doradas en las que se lee «Oficina del Sheriff de Acacia Pines». Las ventanas se limpian una vez por semana, porque se empañan con la vida pueblerina, los gases de los tubos de escape y una mezcla del serrín y el polvo de cantera que llegan del sur. En

estos momentos, la comisaría está casi desierta. Hay un solo coche patrulla aparcado delante.

Entramos. Sharon sigue en su escritorio. Debería haberse ido a casa hace horas. No parece cansada ni conmocionada. Está tan curtida en mil batallas que la comisaría podría hundirse en un socavón y ella no pestañearía siquiera. Sus gafas de montura roja cuelgan de su cuello en una cadena. Lleva el pelo canoso recogido detrás de las orejas. Cuando frunce el ceño, las arrugas de su frente se hacen tan profundas que en ellas podrías esconder una moneda de veinte céntimos.

El enfrentamiento con los Holt me ha agotado, pero resisto la tentación de entrar en mi despacho y dejarme caer un rato detrás del escritorio. Estoy abriendo la caja fuerte de las armas cuando le digo a Sharon:

—Deberías irte a casa.

—Me estoy preparando. El agente Wagner está en el baño. Lleva ahí una hora. Le ha sentado mal algo que ha comido. Cuando salga, me hará el relevo. ¿Cómo está la mandíbula?

—Ha estado peor.

Me hago con una nueva pistola. Voy a mi despacho, me siento al escritorio y la cargo. Hutch me sigue.

—No sé si ha sido valiente o estúpido por tu parte dejar que Holt te golpeara así.

—Yo tampoco lo sé.

—Siento que sería incorrecto volver a casa ahora mismo.

—Vete a casa —le digo—. Necesitas dormir. Ambos necesitamos dormir. Demos una rueda de prensa por la mañana. La gente tiene muchas preguntas. No podemos seguir dándole largas a todo el mundo. ¿Quieres encargarte tú?

—¿Tú no quieres hacerlo?

Me señalo la frente.

—No con este aspecto. Además, quiero ir a ver a Lucas por la mañana.

—Nunca lo he hecho —me dice ella.

—Lo harás muy bien. —Me mira de arriba abajo y se fija en la pistola que acabo de enfundar. Frunce el ceño—. Parece que volverás

a salir. No irás a rastrear la autopista con la esperanza de que te haga señas, ¿verdad?

—Grove no anda por ahí. Está escondido en alguna parte. Conducir por las calles no hará que lo encontremos. Lo cogeremos mañana.

—¿Tú crees?

—Sí. Creo que sí.

La veo salir por la puerta. Me asomo por la ventana mientras se aleja.

Compruebo que mi arma está cargada y vuelvo a salir.

Capítulo 29

Simon ha estado pensando en sus padres y en que la culpa de todo la tienen ellos, desde los maltratos recibidos hasta los maltratos infligidos, pasando por el ojo apuñalado y el tener que permanecer escondido en un congelador donde apenas cabe. Su madre biológica estaba bien, pero su padre era un monstruo. Algunos días llegaba a casa del trabajo y le daba a Simon un juguete, pero había días que llegaba a casa y le daba una bofetada. Puede identificar muchos momentos clave en su vida que contribuyeron a sus años de desgracia y miseria, pero aquel fue el primero y, por tanto, el fundamental.

Por aquel entonces tenía un hermano pequeño, Jack, al que quería con toda su alma. Jack tartamudeaba un poco, dormía con un conejo de peluche llamado Charlie y era propenso a resfriarse. Su nariz era una fábrica de mocos. Y el brazo del niño formaba parte de la cadena de producción, pues transfería esos mocos a la manga, a menos que estuviera en huelga, que a veces lo estaba. En esos días, la cara de Jack se llenaba de costras. A veces, los dos se reían de eso; su padre, nunca. Recuerda una vez en que su padre abofeteó tan fuerte a Jack que el perro aulló y salió corriendo. Huyó a tal velocidad que chocó de cabeza contra la mesa de centro, volcó un jarrón y lo rompió. Eso enfadó tanto al hombre que se deshizo del perro. Tanto Simon como Jack vivían atemorizados por los estados de ánimo de su padre, y él está seguro de que su madre vivía igual, aunque de niño no era capaz de notarlo. Si hubiera sido más fuerte, tal vez las cosas habrían sucedido de otra manera, no es que la culpa fuera suya.

El día en que ese hombre y el resto de su familia murieron empezó con unos gofres en un restaurante de carretera. Eran los favoritos de Jack, y también los de Simon, y quizá no fue casualidad que su padre los llevase a comer a ese lugar. Él no se acuerda de cómo empezó la discusión, ni siquiera de qué se trataba, pero sí que lo arrastraron hasta el coche, lo sentaron junto a Jack en el asiento trasero y le pusieron el cinturón de seguridad. Recuerda que su padre,

conduciendo de forma errática, a la salida del aparcamiento le dio un golpe a un coche aparcado. También recuerda los gritos de su madre cuando se desviaron de la autopista hacia la orilla y al agua. El chapoteo fue fuerte y el agua estaba fría. Los gritos dejaron de oírse cuando a todos se les inundaron los pulmones. A él lo salvó un desconocido. Un hombre se zambulló, rompió con una piedra la ventanilla trasera y los sacó a Jack y a él, según le contaron. Simon no recuerda nada. Sus padres murieron en el fondo del lago. A Jack no pudieron salvarlo, pero a él sí. Tuvieron que reanimarlo. Nunca se supo por qué el hombre prefirió reanimarlo a él en vez de a Jack. Simon estuvo una semana en coma. Cuando salió, los médicos confesaron que estaban preocupados por los posibles daños cerebrales. Las probabilidades eran grandes. Solo quedaba ver lo graves que eran esos daños, y para eso lo someterían a pruebas. Lo malo es que esas pruebas nunca llegaron; no en un sistema en el que las facturas hospitalarias eran caras y no había quien las pagara, un sistema en el que, por rutina, los niños sin padres terminaban en centros de acogida. Un día, Simon tenía familia, y al día siguiente, no.

Tenía ocho años cuando conoció a sus segundos padres, Harold e Irene Lassiter. Era una agradable pareja que llevaba acogiendo niños treinta años. Los Lassiter vivían en una pequeña granja con dos perros, un puñado de ovejas y un número un poco mayor de vacas. Cuatro años después, Harold sufrió un ataque al corazón y cayó muerto en el suelo de la cocina. Irene, ahora sola, ya no podía criar a Simon. Así que el niño se fue a vivir con una nueva familia, Ron y Gloria Gardner, una pareja que lo devolvió de la misma forma en que se devuelve un televisor o un lavavajillas que no ha cumplido las expectativas. Simon era difícil, adujeron, y, diablos, ¿quién no lo sería después de haber pasado por tanta mierda? A los doce años fue acogido por Patrick y Fleur Conningway. Al principio, los abusos fueron sutiles. Los profesores pensaban que Simon se quedaba en casa porque estaba enfermo, o bien, porque tenía problemas derivados de los daños cerebrales que le había dejado el accidente de coche, pero no era nada de eso. Patrick y Fleur le daban palizas de forma rutinaria. Alguien descubrió eso después de que Patrick

golpeara a Simon en la mano izquierda con una plancha, de tal forma que le destrozó dos dedos. Tuvieron que amputárselos. Por supuesto, los médicos también descubrieron que tenía quemaduras de cigarrillo en los brazos y el pecho.

Era lógico que el mundo siguiera machacándolo. Así es como Simon encuentra el equilibrio. La gente cree que las cosas buenas y malas para una persona se equilibran con el karma, pero es mentira. El equilibrio del mundo se consigue haciendo que a unos solo les ocurran cosas buenas y a otros, solo cosas malas. Por cada estrella del *rock*, hay un niño violado en un sótano. Y él, a los trece años, lo sabía con absoluta certeza, porque no era la estrella del *rock*. Sus últimos padres, Stan y Leigh Clayton, se aseguraron de que así fuera.

Y aquí está el universo, una vez más, brindándole otro gran «que te den». Está a oscuras, sin noción del tiempo, sin noción del lugar, tiene en el ojo un dolor de mil demonios y, cuando los cirujanos se lo quiten, el karma se encargará de que el procedimiento no salga según lo previsto. O bien, de que en la tienda se hayan acabado los ojos de cristal, y entonces se quedará con un enorme agujero que le impedirá acercarse a otro chico a menos de treinta metros.

Sus pensamientos quedan en suspenso cuando oye pasos que se dirigen hacia él. Contiene la respiración e intenta concentrarse. Solo alcanza a oír los latidos de su propio corazón. Quizá se ha equivocado y no ha oído pasos. Tal vez…

No, ahí están otra vez. Las pisadas suenan cada vez más cerca, más fuertes. La tapa del congelador está abierta unos centímetros para que Simon no se asfixie. Él desplaza su peso y alinea el ojo bueno con en el fino hueco, pero no alcanza a ver nada.

Pasado un momento, le quitan de encima algo ruidoso, y, un instante después, la tapa se abre por completo de un tirón. Como ha pasado horas en la oscuridad, con las manos atadas a la espalda y los tobillos sujetos a las muñecas, la luz de la linterna lo ciega de inmediato. Levanta la mirada y, una vez que le han quitado la cinta adhesiva de la boca, hace la gran pregunta al sheriff Cohen…

—¿Por qué?

SEGUNDO DÍA

Capítulo 30

A las siete de la mañana, voy con mi padre a Saint John's, una iglesia que solía estar en el centro hasta que la ciudad, conforme crecía, empezó a expandirse en diferentes direcciones. En la iglesia caben cientos de personas, pero no me puedo imaginar todos estos bancos llenos, a menos que el mismísimo Jesús se pusiera a dirigir la rifa parroquial. Los tablones de madera están recién pintados y los jardines, recién regados. Yo venía aquí de niño, arrastrado por unos padres que intentaban inculcarme el sentido de la religión, solo que no lo consiguieron. Siguieron viniendo, y la fe de mi padre nunca flaqueó, ni siquiera cuando mamá murió de un aneurisma cerebral a los cincuenta y seis años. Tampoco vaciló cuando los médicos nos dijeron que nos preparáramos, porque las cosas se iban a poner difíciles.

Dejamos el coche en el aparcamiento de enfrente y caminamos hacia la parte de atrás, con papá arrastrando un poco los pies. Anoche, a la vuelta de la granja de los Kelly, conseguí dormir un par de horas, aunque de manera irregular. Ahora mismo, los analgésicos y el Adderall me están ayudando a poner un pie delante del otro.

Entramos en el pequeño espacio comunitario donde se suelen organizar los belenes y tienen lugar las reuniones de Alcohólicos Anónimos. Las persianas de malla están bajadas para atenuar la luz del sol. Además, hay una ventana abierta, pero esta noche la estancia estará demasiado caliente para ser cómoda. No me sorprendería que los asistentes a la reunión de esta noche acabaran bebiendo unas cuantas cervezas para mantener la calma. El padre Barrett está poniendo las sillas, más de las necesarias. No sé si está siendo optimista o pesimista. Barrett es grande y calvo, tiene barba de leñador y la amable sonrisa de un sepulturero. Fue destinado a Acacia Pines a principios del año pasado, después de que Dios se abstuviera de curar el cáncer del sacerdote anterior. Papá se acerca a la pared y mira los folletos. Los hay de ventas de pasteles y de

partidos benéficos de bolos sobre césped. Los lee en voz alta para sí mismo.

—Le estoy muy agradecido —le digo a Barrett, lo mismo que le dije antes por teléfono, cuando lo llamé para pedirle ayuda—. Como le he dicho, no le habría pedido nada, pero…

Pero tengo a un tipo encerrado en mi sótano y, mientras lo interrogo, no quisiera tener a papá deambulando.

—Puedo entender que estés muy ocupado en este momento, así que, por supuesto, estoy encantado de ayudarte. Tu padre siempre es bienvenido.

Claro, hasta que queme este lugar.

Mi padre ha venido a Saint John's casi toda su vida. Incluso era muy amigo del padre Frank Davidson, el sacerdote anterior. Cuando Barrett llegó, parecía ansioso por entablar las mismas amistades que había tenido el padre Davidson. Y, después de que papá quemara la residencia, nos ha tendido la mano y nos ha ofrecido la ayuda y el apoyo de la iglesia cada vez que lo necesitemos. No creí que llegara ese momento, pero, con el paso de los meses y a medida que el dinero se reduce y nuestras opciones disminuyen, hemos aceptado su oferta. Cuando Deborah está ocupada u otros familiares no pueden ayudarnos, él llena los huecos. Intento no verlo como un canguro de última hora, pero, si hubiera que ponerle una etiqueta…

El padre se acerca y le pasa a papá un brazo por los hombros.

—¿Qué tal si te traemos algo para desayunar? —le dice—. ¿Y después damos una vuelta por los jardines?

—A la mierda los jardines —dice mi padre. Se encoge de hombros y vuelve a la lectura de los folletos en voz alta.

Imperturbable, el padre Barrett continúa.

—¿Me vas a decir lo mismo del desayuno?

—¿Qué desayuno?

—El padre Barrett se está ofreciendo a prepararte el desayuno, papá.

—El padre Barrett está muerto.

—Te aseguro que estoy muy vivo.

—Mentira. Usted no es el padre Barrett.

Con una sonrisa, el sacerdote me hace un gesto de «va a ser uno de

esos días». Sigue con:

—Si quieres volver a eso, no hay problema.

—Puedo intentar encontrar otro sitio si…

—No seas tonto. Estaremos bien aquí, ¿verdad, Randolph?

Papá no contesta, pero deja de leer los folletos.

—Volveré en cuanto pueda —le digo.

—No hay prisa y, si lo prefieres, estaré encantado de llevarte a tu padre.

Regreso a casa. Lo que me espera allí no me apetece mucho. Anoche, antes de sacar a Grove del congelador de la granja Kelly, donde lo había metido, me preguntó: «¿Por qué?». Ayer era una pregunta muy fácil de responder.

¿Por qué? Porque mi padre quemó una residencia de ancianos. Porque una familia legítimamente enfadada me persigue sin razón alguna para sacarme cada céntimo. Porque mi mujer se ha ido y el banco me va a quitar la casa, me va a dejar sin hogar, y porque mi hijo necesita ayuda psicológica.

Y porque Simon Grove es el único salvavidas que me queda.

Claro que me arrepiento de todo lo que ha ocurrido desde que me lanzó esa barra. Intentaba matarme, pero metió la pata. Quizá porque pegarle a un niño no es lo mismo que pegarle a un adulto, sobre todo si es un agente de la ley, y el tipo no estaba acostumbrado a que nadie se defendiera. Le quité la barra y la usé para darle un golpe en la cabeza. Me preocupaba haberle partido el cráneo, pero, si estaba muerto, que así fuera: era él o yo. Si a uno de los dos lo iban meter en una bolsa negra para llevarlo a la morgue, ¿no debería ser él?

Pero no estaba muerto, solo inconsciente, y mientras lo miraba, me di cuenta de que este tipo era más útil huyendo que esposado. Incluso ahora parece que fue otro James Cohen quien lo arrastró para meterlo en el maletero de su coche, otro James Cohen quien lo metió en el congelador y puso la manguera que mantendría la tapa abierta y, encima de esta, algunos muebles viejos para que nadie comprobara nada. Fue otro James Cohen el que volvió anoche a por Grove y el que lo subió por las escaleras del sótano. Fue un James Cohen diferente, uno que temía caerse y que daba cada paso como si

hubiera minas terrestres; uno que sabía que, con una que estallara, lo encontrarían allí abajo con la columna vertebral partida y Grove muerto o desaparecido hace tiempo. No fui yo quien llevó a Grove a cuestas hasta su todoterreno, caminando entre escombros, es decir, entre más minas terrestres. Si anoche salí en mi propio todoterreno, en vez de en mi coche patrulla, fue porque no podía volver al aserradero y arriesgarme a que los perros descubrieran que Grove había estado ahí. Incluso entonces, cuando encontramos la cámara, pensé que estaba acabado, pero, gracias a Dios, la habitación ya se había llenado de humo antes de que yo pasara por ahí con Grove a cuestas.

Pero para el yo de ayer, nada de eso era problema. Ese hijo de puta tomó una mala decisión en caliente, sin tener en cuenta cómo íbamos a afrontar todo eso hoy. Pero debemos afrontarlo. Después de una decisión terrible, debemos tomar otras aún peores: puedo entregarme, que es una de las malas, o puedo mantener el rumbo. ¿Qué es peor? Ambas lo son.

Para cuando llego a casa, no estoy más cerca de saber qué debo hacer. La cocina no tiene mejor aspecto a la luz del día. El humo ni siquiera se ha disipado del todo, a pesar de los esfuerzos de Cassandra por limpiarla anoche, antes de llevarse a Nathan a su casa. Cierro las cortinas y pongo música: el disco de un concierto en directo, y subo el volumen lo suficiente como para llenar la casa de voces, guitarras y un público entusiasmado, pero no lo bastante como para que los vecinos se quejen. Estoy pensando, sobre todo, en la señora Larson, que vive calle abajo y de cuyo nombre de pila nunca me acuerdo, a pesar de que viene a mi puerta cada dos por tres a quejarse de algo. Me pongo la ropa de jardinería y me examino. La línea entre el pecho y el vientre está sensible e hinchada. El hematoma se ha extendido y oscurecido. También se me ha hinchado el golpe que Grove me dio en la cabeza. Y la mandíbula, donde Allan Holt me dio un puñetazo, se ha hinchado y muestra los primeros signos de un hematoma. Me dirijo al sótano. Puedo oír la música que suena arriba. Las paredes vibran con el ritmo. O, tal vez, esa impresión me la da el dolor de cabeza, que está volviendo.

Con Grove, no solo he cambiado un sótano por otro, sino que

también he cambiado de arcón congelador. Abro el mío. Él está de espaldas, doblado; sedado también, gracias a la inyección que le he puesto esta mañana, pues anoche me llevé del hospital unas cuantas agujas y viales. No sé cuál es una buena o mala cantidad para administrársela, así que he estado adivinando. Era eso o seguir aporreándole la cabeza. Le tomo el pulso. Es lento, pero constante.

Mientras lo saco del congelador, empieza a volver en sí. Gruñe y refunfuña, solo que no parece inmutarse cuando lo suelto en el suelo como un fardo. Compruebo las bridas que atan sus muñecas y tobillos. La sangre que brotaba del costado de su cabeza se ha secado, pero la herida parece en carne viva.

Lo pongo en una silla, erguido, y lo ato. Le quito la cinta adhesiva de la boca, abro un frasco de sales aromáticas y se lo pongo bajo la nariz para que despierte. Se sacude. Tiene un ojo abierto de par en par y el otro, hinchado. El ojo hinchado está hecho una mierda. Lucas Connor de verdad se la jugó a este tipo.

Intenta hablar, pero no puede, tiene la boca demasiado seca.

Le acerco una botella de agua a la boca y la inclino.

—Bebe esto —le digo. Lo ingiere con avidez, aunque pierde una buena cantidad por la barbilla. Al terminar, tose un poco, pero luego se controla—. De acuerdo. Empecemos.

Capítulo 31

Por primera vez en años, las pesadillas vuelven. Durante la noche, se han metido en los oídos de Lucas bichos diminutos que crecen con el calor y la humedad de sus entrañas. Miden un palmo, luego dos, luego diez; se enganchan a las paredes de sus órganos con patas de púas, se alimentan con bocas afiladas y engordan, crecen y se multiplican. Sueña que tiene la boca abierta y que unas largas pinzas metálicas se hunden en su garganta hasta aferrarse a los gusanos que hay ahí dentro. Y los bichos, al sentirse arrancados, gritan y se retuercen. Sueña estas cosas, y cada dos horas lo despierta una enfermera para examinarlo, y entonces vuelve a quedarse dormido y los sueños comienzan de nuevo.

Cuando despierta de una vez por todas, son poco más de las siete. Está cansado, pero los dolores de cabeza han desaparecido. Sin nada que hacer hasta que su padre llegue a recogerlo, pasa el tiempo con su teléfono, leyendo artículos sobre Simon Grove y sobre el ataque de ayer. Sabe que no debería, pero no puede evitar leer los comentarios. Como temía, son malos, tan malos que lo distraen del picor de la mano y de los pensamientos sobre los gusanos que acampan en su interior. Los comentarios van desde que es un héroe a que se lo merece y lo ha disfrutado. Algunos dicen que se ha inventado todo para llamar la atención. Alguien sugiere que Lucas es tan feo que debe haber pagado al conserje para que lo violara. Eso lleva a otras personas a estar de acuerdo, antes de que alguien sugiera que fue Lucas quien mató a Freddy Holt y secuestró al conserje para hacerle lo mismo. Deja de leer los comentarios antes de que alguien lo acuse de haber falsificado la llegada del hombre a la Luna.

Una enfermera ha venido a traerle el desayuno.

—No deberías leer nada de eso —le dice—. Solo hará que te sientas peor al salir de aquí que al entrar.

De desayuno le han traído huevos con *bacon*, lo que lo hace pensar que esta gente intenta obstruirle las arterias para que tenga que volver. Ha estado recordando cosas, no solo del ataque, sino de

mucho antes. Recuerda cómo se hizo las cicatrices en el brazo, las que tuvieron que coserle: fue cuando Wolfy, su querido perro, lo mordió. Entonces se hizo evidente que Wolfy estaba enfermo y que había que sacrificarlo. El dolor del recuerdo le quita el apetito. Para la hora en que llega su padre, la mitad del desayuno sigue sin tocar.

—Buenos días, campeón —le dice su padre, lo cual es raro, porque él nunca lo ha llamado «campeón». Le gusta cómo suena. Después de todo, es un campeón, ¿no? El marcador entre él y la gente que intentaba matarlo va 1-0 a su favor. Su padre aún lleva la ropa de ayer y tiene el pelo levantado por donde ha quedado aplastado contra un cojín del sofá.

—Buenos días —dice Lucas.

—¿Cómo te encuentras?

—Como nuevo. De hecho, hoy voy a ir al instituto.

Su padre parece confundido.

—¿He oído bien?

—Sí —dice, y también ha estado pensando mucho en eso.

Ahora mismo tiene puntos a favor. Es un chico que, después de haber sido secuestrado por un asesino en serie, ha vivido para contarlo. Sin duda, los que solían molestarlo ya no pueden hacerlo ahora. No después de esto. De hecho, sus compañeros se acercarán a él como atraídos por la gravedad. Querrán escuchar su historia. Escucharán asombrados, harán preguntas y les contarán a sus propios amigos que lo conocen. Por primera vez, será aceptado. Las cosas no serán como esos comentarios de internet. No pueden ser así. Siempre ha pensado que la gente que dice esas cosas en ese mundo no dice lo mismo en este. Cuanto antes llegue al instituto, antes podrá ser el nuevo Lucas, a quien ya no atormentarán, quien ya no será objeto de burlas ni torturas.

—Iré después del almuerzo. Podré pasar medio día, al menos.

—¿No quieres descansar?

—Lo que quiero es que las cosas vuelvan a la normalidad.

—Nadie te va a culpar por tomarte libre el resto de la semana.

—Estaré bien.

Entra la misma doctora que lo examinó ayer y le pregunta cómo se encuentra. Él le dice que muy bien, pero, aun así, ella lo ausculta, le

ilumina los ojos con una pequeña linterna y le hace una serie de preguntas, a las que él responde de inmediato. Parece satisfecha con los resultados. Lucas está contento. Su padre, que huele como si de camino aquí se hubiera bebido un litro de ambientador, también está contento.

Y se alegran aún más cuando, un momento después, la doctora les dice que Lucas puede irse a casa.

Capítulo 32

—¿Dónde está Freddy Holt?

—No sé de qué me estás hablando —dice Grove.

—¿Dónde está?

—Yo... No sé quién es.

Muevo la cabeza de arriba abajo, poco a poco. Ya me esperaba esto. Alcanzo a oír un solo de guitarra que viene del salón. Me pregunto si alguna vez podré volver a escuchar este álbum sin pensar en este momento. Estudio a Grove. Miro su ojo herido, su piel llena de manchas, su barba desaliñada. Lo odio. Lo odio por lo que es, por lo que hace. Lo odio porque es la única oportunidad que me queda de encauzar mi vida.

Pero nada de eso se acerca a lo mucho que yo me estoy odiando ahora mismo.

—Lo que creas que le hice, yo no se lo hice.

—Déjame decirte lo que sabemos. —Camino de un lado a otro, como un abogado de los de antes, de los de las películas antiguas: «Bueno, damas y caballeros, he aquí los hechos, y que el jurado vea que no tuve otra opción que encerrar a este hombre en mi sótano hasta que me dijera lo que yo necesitaba saber»—. Tus huellas se relacionan con las muertes de Eric Delany y Harry Waltz —le digo. Y, aunque a Harry nunca lo encontramos, todos sabemos que está muerto—. Encontramos la cámara que usaste para grabarte con Lucas Connor. A lo mejor pensaste que se había quemado en el incendio, pero no fue así. Lo hemos visto todo, Simon.

—Es mentira. Yo no le he hecho daño a nadie.

—Admitiste haber matado a Freddy Holt.

Sacude la cabeza.

—Ya te he dicho que no sé quién es.

—Es el chico que mataste hace dos meses.

Deja de mover la cabeza y mira al techo, como si estuviera repasando su agenda.

—No le hice daño a nadie hace dos meses. Tienes que creerme, de

verdad. Nunca he hecho daño a nadie. Nunca. Por favor, no me hagas esto. Necesito ir a un hospital. Por favor, el dolor es terrible, terrible…

Clavo los ojos en él y me devuelve la mirada de su único ojo abierto. Está asustado. Tiene que estarlo. Tiene esperanzas de que las cosas mejoren. No mejorarán. Por experiencia, sabe lo mal que puede marchar todo cuando uno está atado. Sabe cuánto dolor puede infligirse a alguien. Miro su mano, a la que le faltan dedos. Pienso en los vídeos que encontramos. Este tipo sabe mejor que nadie lo que es el dolor.

—¿Fuiste tú quien hizo *bullying* en internet a Taylor Reed?

Ha fingido sorpresa ante todos los nombres que le he ido lanzando, pero esta vez su asombro parece genuino cuando dice:

—¿El chico que saltó? No tuve nada que ver con eso, lo juro.

—¿Y Lucas? ¿El chico que te llevaste ayer?

Vuelve de inmediato a las negativas.

—¿Qué chico? —pregunta.

—Como te he dicho, sacamos la tarjeta de memoria de tu cámara. Hemos visto el vídeo y lo sabemos todo. Te oímos confesar que habías matado a Freddy.

—Ha sido un malentendido, nada más —dice, y baja la mirada—. Una broma. Eso es todo. Vale, admito que llevé a Lucas al aserradero, pero estaba haciendo el tonto, ya sabes, intentaba pegarle un susto. —Vuelve a mirarme—. Eso fue todo, lo juro. En realidad, no le iba a hacer ningún daño. Y lo de ese chico, Freddy Holt, me lo inventé. Sí, yo sabía quién era, como todo el mundo. Su nombre salió mucho en las noticias, y sé que había ido a nuestro instituto, así que lo mencioné para asustar más a Lucas. Por favor, te lo ruego, tienes que llevarme a un hospital.

—Escúchame con mucha atención, Simon. Estás aquí sentado pensando que soy un policía tonto y que terminaré harto de hacerte las mismas preguntas una y otra vez, y estás dispuesto a decir que no cuantas veces sea necesario con la única esperanza de hacerme dudar. Pero te equivocas. De hecho, deberías centrarte en lo que estoy dispuesto a hacerte para que me digas dónde está Freddy.

—¿Y qué me vas a hacer?

Antes de que pueda darle una respuesta, Hutch grita mi nombre desde arriba.

Capítulo 33

Hay papeleo que firmar y recetas que rellenar, y aunque Lucas puede andar sin ningún problema, el protocolo indica que lo saquen del hospital en silla de ruedas. Ese protocolo termina cuando se abre la puerta del coche de su padre, y entonces los dos se quedan solos.

—Lo entiendo —dice su padre cuando salen del aparcamiento.

—¿Qué entiendes?

—Que quieras ir al instituto esta tarde. Seguro que hoy vas a ser popular. Y quieres disfrutarlo.

—Pues no había pensado en ello, la verdad.

—En una mañana como esta, todo el mundo querrá hablar contigo.

Un coche patrulla los sigue a casa y se queda aparcado fuera, señal de que Simon el Tonto no ha sido capturado. Entra en casa con dolores de piernas por los golpes y las carreras de ayer. También le duelen los pies. Va a su habitación, se tumba en la cama y se queda mirando el techo. Sus pensamientos pasan a toda velocidad de Simon el Tonto al corte en la mano. Se da la vuelta, abre el cajón de la mesilla de noche y busca las pastillas para la ansiedad. La última vez que las tomó medía un palmo menos. Hay dos envases sin abrir dentro de una caja aplanada. Saca dos pastillas y se las traga. No ve la necesidad de tomar ninguno de los analgésicos que le han recetado; al menos, no hasta que se toca el bulto de la cabeza. Lo que era un dos sobre diez se convierte de inmediato en un nueve. Ese dolor le dura unos instantes antes de volver a bajar a un cuatro. Entonces se traga dos y, a raíz de los sueños, añade una pastilla antiparasitaria. Se tomó una el fin de semana, puesto que se toma una al mes, pero más vale prevenir que curar.

Va al baño. Se ducha con la mano vendada envuelta en una bolsa de plástico y luego se viste. Al salir, encuentra a su padre viendo las noticias en el salón. En la mesita hay cuatro botellas de cerveza vacías. Lucas supone que son de anoche y no de esta mañana. La habitación huele a cerveza.

—¿Alguna novedad?

—Solo que la policía de esta ciudad no sirve para nada —dice su padre.

Taylor Reed y Freddy Holt, muertos; Simon Grove, a la fuga. Lucas le debe la vida al sheriff Cohen, pero su padre podría tener razón. En la televisión están entrevistando a la agente Hutchison delante de la comisaría. Lucas no sabe si es en directo o no. Ella es a quien el sheriff Cohen mencionó anoche. Sin la menor duda, también es quien lo alejó de la escena. Por lo visto, no ha dormido. Dice que hay muchas posibilidades de que Simon Grove esté escondido en la ciudad. «No se acerquen a él en ninguna circunstancia», dice. Después añade que los vecinos deben vigilar a sus vecinos, que todo el mundo debe estar alerta. Explica que hay una recompensa, sesenta mil dólares en total, por Simon Grove. La oferta la han hecho los padres de los otros chicos a quienes ha matado. Pide a la gente que no deje que eso nuble su juicio. No se menciona que Lucas fue encontrado desnudo. Tampoco se habla de la cámara. Se siente aliviado.

—¿Crees que sigue en el bosque? —le pregunta a su padre, aunque sabe que él no puede saberlo ni de un modo ni de otro. Pero su padre es, después de todo, un escritor de novelas policíacas, por lo que tiene tanto derecho como cualquiera a opinar sobre esa posibilidad.

—Hace tiempo que se largó —dice—. Es probable que hiciera autostop para salir de allí pocos minutos después de huir de Cohen.

Siguen atentos. Lucas espera un titular donde se diga que al conserje se lo ha comido un oso. Se pregunta si ese oso recibiría los sesenta mil dólares y en qué los gastaría. Se pregunta si las familias de esos dos chicos vendrían aquí a estrechar en persona la mano de ese oso o si estarían demasiado destrozadas para salir de casa.

Capítulo 34

Oigo de nuevo la voz de Hutch. Grove abre la boca para gritar, pero, antes de que pueda decir nada, se la tapo con una mano y le descargo en el brazo el contenido de otra jeringuilla. Un momento después, sus ojos se cierran. Casi he llegado al final de las escaleras cuando Hutch abre la puerta.

—Aquí estás —dice.

Doy un paso hacia ella, con lo que la obligo a retroceder. Cierro la puerta.

—Hola —le digo—. ¿Todo bien?

—He llamado. Como no contestaste, pensé que debía entrar a ver cómo estabas. —Hutch tiene llave de mi casa, igual que yo tengo llave de la suya. Debería haberlo pensado—. Quería asegurarme de que Grove no hubiera aparecido. También pensé que podrías estar inconsciente por el golpe de ayer en la cabeza.

—Estoy bien —le digo, y la llevo a la cocina—. ¿Quieres un café?

—¿Te estás preparando para hacer algo de jardinería?

Miro mi ropa.

—He tenido que sacar de aquí a mi padre y me he puesto lo primero que he encontrado.

—¿Cómo está?

—Como siempre.

Me clava la mirada unos instantes. Después habla:

—Me he enterado del incendio que provocó ayer. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Entonces, ¿café?

—Por favor.

Vamos a la cocina.

—Madre mía —dice mientras observa los daños—. Esto tiene mala pinta.

—Podría haber sido peor. —¿Y cuántas veces repetiré esa frase?

—¿Podéis quedaros aquí?

—Podemos. Cocinar, no, pero eso es todo.

No parece saber qué más decir, así que, mientras preparo café para

los dos, me pone al día de la información que ha llegado durante la noche. Ahora sabemos que Grove tenía un padre maltratador que mató al resto de su familia, que otra familia con la que pasó un tiempo lo utilizó como cenicero y que terminó con la familia que lo grababa en el sótano. Grove recibió el peor de los tratos. Mientras Hutch habla, no dejo de pensar en él ahí abajo, en mi sótano, volviendo en sí, meciendo la silla hasta caer y a Hutch oyéndolo. ¿Y entonces?

—¿Recuerdas que en el vídeo dijo que su padre se había quemado? Resulta que sus padres adoptivos murieron en un incendio —dice. Yo miro las paredes carbonizadas de mi cocina y pienso en el incendio del aserradero—. Por aquel entonces, Simon trabajaba en barcos pesqueros. Estaba fuera cuando aquello ocurrió. Nunca se supo qué provocó el incendio, pero, dado lo que ahora sabemos, esto me hace pensar que le pagó a alguien para que lo hiciera o que se cobró un favor, como en aquella película de Hitchcock en la que un par de tipos se conocen en un tren y se ponen de acuerdo para matarse a las esposas mutuamente. Tenemos que ver los vídeos encontrados en el ordenador de Grove por si ha habido más víctimas.

Vuelvo a recordar que tengo que hacer algo que no quiero hacer. Intento convencerme a mí mismo de que, si el pobre chico de los vídeos tuvo que sobrellevar lo que le ocurrió, lo menos que puedo hacer es soportarlos.

—¿Has visto las noticias? —me pregunta.

—No, ¿por qué?

—Antes estuve en la comisaría y un reportero me abordó. No dije mucho, salvo que Grove es peligroso y que, si alguien lo viera, no debe acercarse a él, pero quieren más.

—Siempre quieren más.

Hutch apura su café y yo el mío. La acompaño hasta la puerta. Acordamos vernos en casa de Grove en cuanto yo haya hablado con Lucas, cosa que le prometo hacer cuando salga de aquí. La veo alejarse.

En realidad, me alivia que la charla con Grove tenga que esperar.

Capítulo 35

La casa Connor es un rancho de cincuenta años reformado para parecer de diez. Recuerdo haberla visto de niño, toda golpeada, como si un tornado hubiera venido a visitarla cada Navidad. Desde entonces, ha tenido unos cuantos dueños, gente que pensó que podía hacer algo con ella, pero la casa los ha dejado secos. Los Connor la compraron cuando los libros de Peter vendían suficientes ejemplares como para duplicar el tamaño de la casa y aún sobrarles bastante, y, por el camino, reemplazar todos los burletes, tejas y ventanas. Creo que lo único original que queda es la tierra sobre la que se asienta. Solo la he visto por dentro una vez, cuando un electricista que trabajaba en las reformas se electrocutó y hubo que reanimarlo.

En este momento hay un coche patrulla aparcado enfrente. El agente Schmitt está dentro. Schmitt es treinta centímetros más bajo que yo y tiene unos brazos de Popeye que le abultan las camisas. Los cristales de sus gafas de Clark Kent siempre están emborronados. Suele dar la impresión de que podría partir a la gente por la mitad, pero ahora mismo parece estar soñando con ello. Oigo sus suaves ronquidos a través de la ventana abierta. Se sobresalta cuando golpeo el techo, me mira y se pone rojo. Empieza a frotarse el cuello.

—Lo siento, jefe —dice—, debo haberme quedado dormido. No volverá a ocurrir.

No tiene sentido regañarlo. Sabe que ha metido la pata. Además, si ha tenido una larga noche, ha sido por mi culpa. Por otra parte, estar sentado en un coche durante diez horas, primero en el hospital y ahora aquí, haría dormir a cualquiera. Hago una nota mental para que Sharon organice turnos más cortos.

—Que no vuelva a ocurrir —le digo, solo porque tengo que decir algo.

—No volverá a ocurrir. Se lo prometo.

Camino hacia la entrada. La puerta principal se abre antes de que yo llegue, como si Peter llevara toda la mañana esperándome. Me recuerda a los Holt de anoche, solo que, en lugar de derrumbarse,

este me va a dar una palmadita en la espalda, me va a estrechar la mano y me va a ofrecer las llaves del reino.

—James, me alegro de verte —dice. Es un tipo diferente al de ayer. Todo sonrisas y felicidad. Si vomitara, le saldrían arcoíris. Extiende el brazo y me estrecha la mano con vigor, pero no recibo la palmada en la espalda ni las llaves—. Lo has salvado.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer, Peter.

—Sí, lo sé, lo sé. —Habla asintiendo—. Pero ha sido más que eso. Lo salvaste, y si no lo hubieras hecho, hoy estaríamos organizando su funeral.

Es una evaluación sombría, pero acertada. Luego dice lo que pensé que iba a decir anoche en el hospital.

—Cuando te llamé por primera vez, no me tomaste en serio. ¿También estabas haciendo tu trabajo?

Tiene razón, no le tomé en serio. Los chicos se meten donde no deben, llegan tarde, viven en sus propios mundos, y esta generación de adolescentes no se parece a ninguna otra. Puede que se parezcan a nosotros, pero son extraños en una tierra extraña, llena de redes sociales, *selfies* y horas delante de pantallas. No los entiendo, no entiendo a mi propio hijo, y no sé si alguna vez podré hacerlo. Luego está Peter… Peter y su relación con la botella, lo que hace que la gente no haga mucho caso a lo que tiene que decir. Aun así, si no hubiéramos recuperado a Lucas sano y salvo, nunca habría podido perdonarme el tiempo perdido cuando llamó por primera vez.

—Lo siento —digo, porque es todo lo que puedo decir.

—Sí, lo sé. Sé que lo lamentas, James, y no pasa nada, porque todo ha salido bien, pero, si no hubiera sido así… Te habría odiado, odiado y culpado, y no sé a dónde me habría llevado ese odio.

Siento que vuelve el dolor de cabeza. Me palpita una vena en la frente.

—Bueno, eso es algo por lo que no tendrás que pasar. En lo que tenemos que centrarnos ahora es en encontrar a Grove.

Dentro, el café recién hecho no basta para disimular el olor a cerveza que se fermenta en el tejido de la moqueta. El salón no está desordenado, pero tiene el aspecto de las habitaciones cuando la policía las ha registrado: todo está movido hacia un lado y hacia

atrás. Sin embargo, la última vez que estuve aquí, los cables colgaban de las paredes y no había moqueta. Lucas sale de su habitación. Camina un poco rígido. Tiene un hematoma en un lado de la cabeza, uno que no requiere vendaje, y un vendaje en la mano por el corte que se hizo con el cristal. Las heridas del exterior se curarán, pero, en cuanto al resto, lo sabremos con el tiempo.

Nos sentamos en el salón. Peter me sirve un café mientras comparo heridas de guerra con Lucas. Él me explica que lo que más le duele es la mano cosida, yo le digo que lo peor que tengo es el dolor de cabeza.

—La verdad es que esto parece irreal —dice—. Como si fuera una especie de sueño. O una película. En cierto modo, no sé cómo debería sentirme. Sé que las cosas iban mal mientras estaban sucediendo, pero, pensándolo bien, nunca creí que fuera a morir. Es decir, sabía que era una posibilidad, pero..., pero es difícil de explicar. —Se toma un momento para poner en orden sus ideas—. Saber que no iba a morir me tranquilizó, al menos un poco, y creo que por eso me siento bien ahora.

—Es la inmortalidad de la juventud. Los chicos de tu edad creen que van a vivir para siempre. Creen que no hay nada que pueda hacerles daño.

Lucas asiente con movimientos lentos.

—¿Es una de esas cosas que no sabes hasta que te haces viejo?

Me río.

—Una de tantas. ¿Estás listo para decirme quién te metió en esa taquilla?

Lucas se mira la mano vendada. Tira de la cinta adhesiva que sujeta la venda y hunde la uña del pulgar bajo el doblez.

—¿Lucas?

—No es que no quiera decírtelo, es que no me acuerdo. Llevo toda la noche pensando en ello, pero no consigo acordarme.

Está mintiendo, pero, si no quiere decírmelo, no lo voy a presionar. Si ha sido Nathan, entonces tiene vía libre. Tal vez mi hijo pueda usar esto para hacerse mejor persona. O quizá haya que ver las cosas como ha dicho Hutch: quien metió a Lucas en la taquilla ha salvado a un futuro chico de un destino peor.

—¿Cómo va la investigación? —pregunta Peter.

Los pongo al día. La caza del hombre. Los perros. Los equipos de búsqueda y rescate. La realidad de que Grove podría estar en la ciudad, a miles de kilómetros o perdido en el bosque. Lucas no es el único que sabe mentir.

—Un coche de policía permanecerá fuera de tu casa hasta que hayamos atrapado a Grove, o bien hasta que tengamos pruebas de que ha huido. Si vas a algún sitio, el coche te seguirá.

—¿Encontraste la cámara de vídeo? —pregunta Peter.

—Sí, la encontramos.

—¿Y?

—Es como dijo Lucas: confiesa haber matado a Freddy Holt.

Ambos se toman un momento para digerir eso.

Entonces Peter pregunta lo que, supongo, preguntaría cualquier escritor de novela negra:

—¿Ha grabado más vídeos?

—Estamos revisando su ordenador en busca de pruebas. También estamos hablando con sus vecinos y compañeros de trabajo, así como con cualquiera que lo conozca. Estamos comprobando extractos de tarjetas de crédito, recibos…, cualquier cosa que nos diga quién es este tipo en realidad y a dónde puede haber ido. Estamos poniendo su vida patas arriba y levantándolo todo.

—Así que podría haber más —dice Peter—. Aparte de Freddy y los otros dos chicos que fueron mencionados en las noticias.

—Es posible.

—Los dos de los que sabes —dice Lucas—, ¿puedes decirme algo de ellos?

—¿Sobre lo que les pasó?

Lucas niega con la cabeza.

—No. Quiero decir, sí, pero más que eso. ¿Quiénes eran?

Tomo un sorbo de café. Sabe mejor que el que hago en casa. Dejo la taza sobre la mesita, saco el cuaderno y apoyo la espalda. Lo abro por la página en la que tomé notas ayer. Les cuento lo que hemos averiguado, y tanto Peter como Lucas se quedan quietos, sin interrumpirme, asimilándolo todo. La áspera gravedad de las cosas les pesa más a medida que hablo, sobre todo a Lucas. Se está dando

cuenta de que los adolescentes no son inmortales, después de todo. Puede verse reflejado en el destino de los demás. Les hablo de Harry Waltz, de quien no se sabe nada desde hace una década. Waltz desapareció cuando volvía del instituto. Tenía quince años. Nunca lo encontraron, pero hallaron su mochila con sangre y huellas dactilares que entonces no fue posible identificar. Les hablo de Eric Delany, que desapareció de camino al instituto hace cuatro años. Tenía catorce. Salió de casa y nunca volvió. Al menos, a este pobre chico sí lo encontraron. En la furgoneta robada donde abandonaron su cuerpo aparecieron huellas dactilares que coinciden con las de la mochila de Harry Waltz, unas huellas que ayer volvieron a coincidir. Peter tenía razón al preguntar si había habido otros. No les cuento que Grove planeaba irse de vacaciones la semana que viene y que, con toda seguridad, se estaba preparando para otro ataque. Cuando he terminado de contarles lo que puedo decirles, la línea del sol en la pared ha bajado en la medida en que el sol ha ascendido. Los cafés se han enfriado.

—¿Crees que encontrareis a Freddy? —quiere saber Lucas.

—Supongo que está enterrado en algún lugar entre los pinos. Cuando encontremos a Grove, él podrá llevarnos al sitio.

—Pareces muy seguro de que lo atraparás —dice Peter.

—Lo atraparemos. Si no hoy, mañana.

—¿Y si no fuera mañana? —pregunta Peter.

—Entonces, ofrecemos una recompensa. Eso siempre da que hablar.

—Ya hay una recompensa —dice Lucas—. No ha ayudado mucho hasta ahora.

Se equivoca en eso de que la recompensa no ayuda. Me centro en el chico.

—Ahora que ya te he dicho lo que puedo contarte, necesito que me expliques lo de ayer. Quiero saber todo lo que dijo, todo lo que hizo. Cualquier detalle, por pequeño que sea, incluso si hubiera algo que, en tu opinión, yo no necesito saber. Todo podría ayudar, cualquier cosa. No solo nos daría una idea de lo que Grove hará a continuación, sino que podría servirnos para averiguar qué le pasó a Freddy.

También podría ayudarme a hacer hablar a Grove.

—Vale —dice Lucas.

—Bien. Empecemos por lo que pasó cuando estabas dentro de la taquilla —digo, y eso es lo que hace Lucas: empieza con Grove encontrándolo y abriéndole la puerta.

Capítulo 36

Por la ventana, Lucas mira cómo se aleja el sheriff Cohen. El coche patrulla que está delante de la casa ya no es el mismo de antes. Ahora hay un agente distinto. El padre de Lucas va a la cocina y rebusca en la nevera. No encuentra lo que quiere, o bien cambia de idea en el camino, porque vuelve con las manos vacías.

—¿Todavía estás seguro de que quieres ir al instituto?

—Sí, quiero ir, de verdad.

Antes de que el sheriff Cohen se marchase, su padre fue a su coche a sacar de ahí la mochila de Lucas. El chico la coge ahora y se dirigen juntos al garaje. En el recorrido se va acordando de ayer, de cómo el tiempo se detenía o avanzaba a saltos. Ahora se arrastra. Se quedan atrapados en cada semáforo en rojo y en cada intersección que hay entre la casa y el instituto.

Su padre lo deja en el camino de entrada. Detrás aparca el coche patrulla que los venía siguiendo. En ese momento, la hora de comer está a punto de terminar. Su padre le desea un buen día. Lucas está seguro de que va a tenerlo; después de todo, se siente muy bien. No, no se siente genial, sino increíble. Mejor que nunca. Claro que le palpita la mano y el dolor de cabeza sigue en un dos, pero no es nada de lo que tenga que preocuparse. Se dirige a clase mientras los demás estudiantes lo miran sin disimulo. Saben algo de lo que pasó, pero no conocen los detalles más oscuros; y tampoco hace falta que los conozcan.

No hace contacto visual con nadie, solo sigue caminando, haciéndose el guay, tratando de actuar como si escapar de asesinos en serie fuera cosa de todos los días. Se le acerca un chico de su clase, Grant. Juega al fútbol y al tenis y, cuando se cruza con chicas, las hace girar la cabeza. Nunca han hablado, aunque han compartido muchas clases. Grant aminora la marcha y Lucas también, sabiendo lo que se avecina. Le va a doler la garganta de contar su historia tantas veces. Tal vez sería mejor que la contara en la asamblea, delante de los estudiantes, para superar todo esto de una vez.

—Coni —le dice Grant, y sigue caminando.

Lucas no puede haberlo oído bien. No conoce a nadie que se llame Coni. Cuando se vuelve, Grant sigue caminando por el pasillo y no se está dirigiendo a nadie que pueda llamarse así. ¿Qué ha dicho, entonces?

Sigue avanzando. Damien, otro chico de su clase, alguien con quien tampoco ha hablado nunca, se aparta de las taquillas y choca con él.

—Mira por dónde caminas, Coni —le dice, y esta vez Lucas sabe que ha oído bien, solo que no sabe qué hacer con ese apelativo. Suena la campana que marca el final del almuerzo. Su dolor de cabeza ahora es un tres. Todavía se siente muy bien. No fantástico, como hace unos minutos, pero, aun así, estupendo.

Después de comer, la primera clase es la de inglés. Los estudiantes entran en el aula. Por detrás se oyen risas que parecen referirse a él, pero no puede ser, porque no ha hecho nada que las justifique. Se dirige a su sitio, y Victoria Tennent, una chica a la que conoce de casi toda la vida, porque vivían en la misma calle, le sonríe. Él le devuelve la sonrisa, y eso, otra vez, lo hace sentir increíble. Ha estado enamorado de Victoria todos estos años, pero no ha hablado con ella desde que tenía diez. Esta podría ser su oportunidad.

—¿Cómo te va, Coni? —le pregunta ella.

Esto invierte de nuevo el proceso. Lucas pasa de sentirse genial a un simple «no estar mal». Se da cuenta de que no le ha sonreído a él, sino de que ha sonreído para sí. Nathan entra en la clase y se le acerca pavoneándose, como hacen los gilipollas. La expresión de su cara le dice a Lucas que su «no estar mal» sufrirá un nuevo golpe. Nathan sonríe con esa sonrisa tan desagradable que Lucas le ha visto tanto; por lo general, cuando este tipo está golpeando a alguien en el estómago o lo está empujando hacia el barro. Sin duda, ninguna de las dos cosas va a suceder aquí.

—Bueno, veo que Coni ha decidido aparecer —dice Nathan.

—¿Por qué me llamas Coni?

La sonrisa de Nathan se amplía.

—Por no llamarte Novia del Conserje. Es más corto. Te convirtió en su zorra, ¿verdad? He oído que te la metió tantas veces que es un milagro que puedas caminar.

Otros se ríen alrededor. Lucas busca con desesperación algo que decir, pero no dice nada. Se ha pasado toda la mañana pensando que su vuelta al instituto iba a ser algo bueno. Su historia es una historia genial, porque es un superviviente. Lo secuestraron, se defendió e hizo lo que otros no habrían podido hacer. ¿Por qué esta gente lo trata como si toda la experiencia hubiera sido una broma?

Respira hondo. Pulsa reiniciar. Pasa de sentirse bien a no sentir nada. No, no nada; en realidad, siente que ha terminado con Nathan y sus gilipolleces.

—Ya no te tengo miedo —le dice.

Se levanta de la silla. Ya está. Este es el momento de enfrentarse a ese matón y cerrar un capítulo para pasar a otro, uno en el que podrá caminar por los pasillos sin que lo empujen ni lo metan en una taquilla. La clase se ha quedado en silencio. Todo el mundo está mirando. Es ahora. Este es el momento en que su vida cambia. Puede que a otros no les importe que haya sobrevivido a un asesino en serie, pero esto sí que les importará.

—Ya no...

Nathan le da un fuerte empujón en el pecho. Lucas cae sobre su silla y, de espaldas, se desploma hasta el suelo. Nathan lo mira y se ríe, pero ahora son menos los que se unen a las risas. El botón de reiniciar no le ha servido de nada. El dolor de cabeza se dispara hasta un ocho, la habitación se inclina y todas las líneas nítidas se difuminan. El matón se agacha sobre él. Se ha convertido en una gran masa de bordes difusos, pero Lucas sabe que es él. Después de todo, ¿quién más podría ser? Nathan le acerca la cara y le pone la mano en la garganta. Lucas puede oler el humo del cigarrillo y el sudor.

—¿Recuerdas lo que te dije anoche? —pregunta con voz grave. Aprieta, no mucho, pero lo suficiente para que Lucas sepa que podría apretar mucho más si le diera la gana.

Lucas lo oye. Asiente con la cabeza.

Nathan le da una ligera bofetada en la cara. Y una más.

—Vale. Pero, para asegurarnos, retomaremos esto después de clase.

Se incorpora. Todos empiezan a hablar, se dan la vuelta. Victoria pone una mano en el hombro de Nathan y dice algo que Lucas no

alcanza a oír, pero, sea lo que sea, hace que todos se rían. Lucas vuelve a sentarse. En su mano, el palpitar está siendo sustituido por un picor. Aprieta el corte. La presión mitiga el picor, aunque no tanto como a él le gustaría. Mira al frente mientras escucha a los demás. Se concentra en el ruido blanco de las conversaciones. Intenta no prestar atención al dolor de cabeza, al picor, a la vergüenza de lo que acaba de ocurrir.

El señor Lee, su profesor, entra en clase. El señor Lee siempre parece recién levantado de la cama. Lleva el pelo revuelto y, sin importar la hora, barba de final del día. Deja su maletín sobre la mesa y se palpa la camisa y los pantalones, como si buscara algo, mientras pide a todos que se callen. Parece sorprendido de ver a Lucas, aunque no dice nada. A Lucas, el señor Lee siempre le ha caído bien. La clase se va quedando en silencio. Un minuto después, el señor Lee habla del libro que todos leyeron la semana pasada. Lucas sabe que lo leyó, pero no recuerda nada. El señor Lee pregunta por algunos de los temas, y, como de costumbre, nadie levanta la mano. Durante los siguientes cuarenta y cinco minutos, explica cuáles son esos temas, y así, hasta que suena la campana. Por encima de las voces y las sillas que se deslizan, del roce de los pies de los alumnos que empiezan a marcharse, el señor Lee dice:

—Lucas, si no te importa, quiero hablar contigo.

Todos en la sala dicen: «Oooh». El señor Lee les dice que ya basta.

Cuando están solos, dice:

—Mira, Lucas, quería decirte que siento mucho lo que te ocurrió ayer y que me alegro de que estés bien. Si alguna vez necesitas hablar con alguien, cuenta conmigo.

Lucas asiente. Esta es la conversación más larga que han tenido.

—Gracias.

—¿Estás seguro de que te apetece volver tan pronto?

Él creía que sí, pero ya se está arrepintiendo de no haberse quedado en casa.

—Estoy seguro.

—Vale, bien. Escucha, estaba pensando que podría ser bastante catártico escribir sobre lo que te pasó.

—¿Catártico?

—Es una curación. Podría ayudarte a entender mejor tus emociones y a aceptarlas.

Lucas no había pensado en eso. Ahora que lo piensa, no se ve a sí mismo haciéndolo. Pero quizá el señor Lee sepa de lo que habla.

—¿Quiere que, para sentirme mejor, escriba sobre mis sentimientos?

El señor Lee recoge su maletín. Es una cartera de cuero tan gastada que no tardará en transparentarse. Rebusca dentro y saca las llaves del coche.

—No tiene por qué ser una redacción. Puedes poner algo de ficción o escribir sobre el asunto como si los personajes fueran otras personas. Escribes muy bien, Lucas. Tu padre también, pero veo en ti el potencial para ser igual de bueno. Quizá algún día seas incluso mejor. Te vendría bien esta experiencia. Tal y como yo lo veo, aquí tienes dos opciones: puedes esconderte de todo esto o puedes enfrentarlo.

Lucas ha escrito muchos cuentos en clase, porque forma parte del plan de estudios. Siempre le ha gustado, aunque no sabía que se le daba bien.

Como no dice nada, el señor Lee se encoge de hombros y continúa:

—Es solo una sugerencia, pero hazme el favor de pensarla un poco, ¿vale?

—De acuerdo.

Salen al pasillo. Está vacío.

—Estaré encantado de ayudarte en todo lo que pueda —dice el señor Lee—. De hecho, yo también estoy trabajando en mi primera novela en este momento, y sé lo gratificante que puede ser el proceso.

Este no es el primer profesor que, a lo largo de los años, le dice algo así a Lucas, como insinuando la posibilidad de que su padre eche un vistazo al texto y le dé su opinión. Pero, en vez de pedirle algo así, el señor Lee dice:

—Te lo repito, Lucas, me alegro de que estés bien.

El señor Lee le tiende la mano. Lucas se la estrecha, y esta es la primera vez que estrecha la mano de un profesor. Lo observa caminar por el pasillo y desaparecer. Se pregunta si habrá algo de cierto en esa sugerencia. Podría fingir que Nathan ha sido el

secuestrado, pero, si las cosas hubieran sido de esa manera, no hay duda de que Nathan le habría dado al conserje una patada en el culo y lo habría atado. Se habría convertido en un héroe nacional. El instituto habría dado el día libre para celebrarlo. Y Nathan habría recibido la recompensa. La gente no lo llamaría Coni. Estaría en los periódicos y en la televisión. Le ofrecerían interpretar su propio papel en la película. Su historia se contaría en las hogueras hasta el fin del sol.

Nathan.

Lo odia con todo su ser. Y tal vez, solo tal vez, haya una manera de tratar con él.

Lucas vuelve al aula. El maletín de cuero del señor Lee sigue encima del escritorio. Va hasta él. Dentro hay carpetas, papeles, algunos bolígrafos y un ejemplar del libro que están leyendo en clase. También hay una cartera. Se pregunta si esto será catártico. Cree que sí, porque meter la cartera del señor Lee en su propia mochila lo hará sentir mejor, de eso no hay duda.

El señor Lee la recuperará.

Pero, primero, Lucas la aprovechará para mejorar su vida.

Capítulo 37

Los forenses han estado buscando rastros de Freddy Holt en la casa de Simon Grove. Yo supongo que Freddy nunca estuvo aquí, que fue directo al aserradero y, de ahí, al suelo que lo cobija. Si Grove no me dice dónde, espero que los perros buscadores de cadáveres lo localicen. Lo que tampoco está por ningún lado es el teléfono que se usó para acosar a Taylor Reed. En una búsqueda más exhaustiva del ordenador de Grove, no hemos encontrado ninguna prueba de que se pusiera en contacto con él por internet, ni siquiera de que supiera quién era. Por lo que sabemos de Grove, más bien parece el tipo de persona que arrojaría a alguien de un tejado, en lugar de intimidarlo para que lo hiciera.

Los cajones han sido revueltos y puestos patas arriba. Ya han arrancado la moqueta y han registrado el techo. En estos momentos, alguien se está abriendo paso hasta el sótano, donde serpenteará entre tuberías y cables. Los mismos perros buscadores de cadáveres que hoy se internarán en el bosque ya han recorrido la casa y el patio. No han encontrado nada. Aparte de los vídeos en su ordenador, aquí nada sugiere que Grove fuera otra cosa que un vecino tranquilo que se mantenía al margen mientras renovaba unos muebles que, para empezar, nunca fueron muy buenos. Las llamadas telefónicas al nuevo aserradero han confirmado que Grove recibió una llave y el permiso para llevarse del antiguo edificio todo lo que no estuviera atornillado. Una charla con el casero nos ha revelado que el inquilino era respetuoso, que pagaba puntual el alquiler y que nunca pedía nada. Dice que Grove es un manitas hábil y que ha hecho que la casa tenga mejor aspecto que nunca.

Hutch y yo nos dirigimos al viejo aserradero. Vamos los dos en el mismo coche. Hutch conduce. Mi dolor de cabeza ha desaparecido, pero el cansancio va en aumento. Hoy no he tomado Adderall, y esperaba no hacerlo, pero es cuestión de tiempo. En el camino hablamos de lo que sabemos y hacemos conjeturas sobre lo que no sabemos. La mayoría de las veces volvemos sobre lo que ya hemos

discutido. Investigar cosas cuyo resultado ya conozco es como reformar una casa antes de derribarla.

Llegamos al aserradero. Se ha convertido en una base de operaciones para la búsqueda de Grove y, por tanto, en un lugar de importancia. Los camiones de bomberos han escapado de esa base de operaciones y han desaparecido, han vuelto a la ciudad, pero los equipos armados de búsqueda y rescate siguen aquí. Hay drones surcando los aires y perros rastreando cadáveres por el bosque. El calor fluye de la tierra y el aire resplandece sobre el tejado. La puerta que arrancaron ayer del lateral del edificio sigue en el mismo lugar donde cayó, y es probable que allí se quede durante los próximos doscientos años. Sigo a Hutch al interior y miramos todo lo que miramos anoche, solo que ahora a la luz del día. Con el sol pegando en el edificio, la temperatura ha subido lo suficiente como para secar la mayor parte del agua. Cuando el aserradero estaba activo, todas las puertas enrollables se dejaban abiertas para que entrara la brisa. Ahora es una sauna. Las paredes cercanas al despacho están ennegrecidas y carbonizadas, la ceniza que cubre el suelo está entrecortada por las pisadas y la escalera contra la que se estrelló el coche yace en el suelo, hecha pedazos. Pero, en general, el edificio tiene buen aspecto. Las vigas de acero siguen sólidas y rectas, y el tejado está donde debe estar. Se han llevado el colchón para buscar pruebas, no solo de Lucas y Freddy, sino también de otros chicos a los que Grove pudiera haber grabado y amenazado y que estuvieran demasiado asustados para decir nada, o bien chicos a quienes pudo haber traído de fuera del estado. Los forenses han revisado el coche calcinado y no han encontrado memorias USB, ordenadores portátiles ni teléfonos móviles fundidos.

Antes de partir, intercambiamos información con los de aquí. Más tarde, de vuelta a la ciudad, tomamos el desvío hacia las rutas de senderismo. Hay dos agentes apostados aquí. Han venido a advertir a los excursionistas y a vigilar los coches aparcados, ya que serían objetivos atractivos para Grove. Sin embargo, no hay indicios de que haya intentado meterse en ninguno ni montones de cristales rotos que sugieran que haya tenido éxito. Vamos al nuevo aserradero. Las enormes sierras giran estruendosas. Entran y salen camiones

madereros. Unas máquinas arrancan en segundos las ramas de los árboles, incluso las más grandes. Hablamos con el capataz. Tiene, ni más ni menos, el aspecto que me imaginaba: es un tipo corpulento de barba poblada. Viste un chaleco reflectante sobre una camisa de franela. Está sudando por el calor, pero eso no parece molestarlo. Dice que no ha habido signos de que alguien haya forzado la entrada. No faltan vehículos. No hay nada fuera de lugar. Nos da unos cascos y nos dice que estará encantado de que echemos un vistazo. Nos acompaña en el recorrido para asegurarse de que no terminemos partidos por la mitad. Buscamos por todas partes, pero no encontramos nada que merezca la pena.

—¿Alguien ha ido hoy a revisar de nuevo la granja Kelly? —pregunta Hutch.

Estamos en Earl's Garage, la estación de servicio abandonada a pocos minutos del aserradero. Tenemos llaves del local y ya lo hemos revisado. Hemos comprobado el escaparate y el garaje lateral, pero no hemos encontrado más que ratones y ardillas. Ahora estamos apoyados en un lado del coche, cada uno con una botella de agua en la mano, mirando hacia la autopista. A lo lejos, bajo el sol que la calcina, la carretera parece tener agua ondulante en la superficie. Si lo de hoy es un presagio, ninguno de nosotros sobrevivirá al verano.

El que Hutch haya mencionado la granja Kelly me despierta la jaqueca.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me froto la cabeza.

—Estoy bien —le digo.

—Lo menos que deberíamos hacer es comprobarlo, creo.

Nos dirigimos allí. Aparcamos en el mismo sitio en el que aparqué anoche. Apoyados en el coche patrulla, miramos los escombros carbonizados de lo que hace un año era una granja. Puedo ver mi recorrido a través de las ruinas hasta el sótano, pero Hutch no, porque no sabría qué buscar. Se yergue y camina sobre los escombros a lo largo del borde delantero.

—Aquí no hay nada —le digo, sin haberme despegado del coche—. No hay donde esconderse.

—Voy a recorrer el perímetro.

Así que hacemos el recorrido. Ella va hacia la izquierda y yo, hacia la derecha. Volvemos a cruzarnos en la parte trasera de la casa, donde el muro sigue en pie y nos ofrece algo de sombra. Luego volvemos a encontrarnos en la parte delantera. Echamos un vistazo al granero abierto, junto a la casa. Hay un viejo tractor. Tiene los neumáticos deteriorados y en el asiento crece la maleza. Está aparcado junto a un coche que no tiene mejor aspecto.

—¿No había un sótano aquí?

—Lo hay.

Hutch saca del coche una linterna y volvemos a los escombros. Después de abrirse paso a patadas, va directa al agujero en el suelo. Enciende la linterna y saca la pistola. Yo también saco la mía. Bajamos juntos las escaleras.

—Este lugar apenas fue tocado por el fuego —dice.

—Qué locura.

—Voy a echar un vistazo al congelador —dice.

Lo abre y pasa medio segundo mirando dentro. Luego dedicamos otro minuto a mirar por el sótano hasta que Hutch se convence de que Grove nunca ha estado aquí. Subimos las escaleras y, durante unos segundos, la luz es cegadora.

Poco después, volvemos a apoyarnos en el coche.

—No sé qué más sugerir —dice ella. Nunca la he oído tan abatida. Se vuelve hacia mí—. Tengo miedo de que haya alguien tirado en una zanja porque Grove huyó.

—Hagamos una lista de todos los que no están en la ciudad. Averigüemos a quién puede haber asaltado. Comprobemos los registros de quienes han ido de excursión, por si fuera alguno de ellos. Ya hemos emitido una alerta nacional, así que igual aparece algo. También tenemos a los vecinos controlando a los vecinos.

—Y si así tampoco consiguiéramos nada —pregunta—, entonces, ¿qué?

Llevo todo el día esperando que me haga esa pregunta.

—Entonces, ofreceremos una recompensa.

Capítulo 38

Las matemáticas siempre han sido una de sus asignaturas favoritas. A Lucas siempre se le han dado bien los números. Puede distinguir pautas en las ecuaciones. A menudo sabe lo que vale *x* antes del trabajo duro que hay que hacer para llegar allí. Lo mismo ocurre con las películas y los libros: desde el principio sabe quién hace qué. Cuando ha leído los libros de su padre y este le ha preguntado qué le han parecido, él siempre ha dicho que nunca ha visto venir el giro, aunque sí lo ha visto. Sabe que su padre tiene el mismo don; o lo tenía, cuando la gente decía que era un gran escritor. Siempre se ha preguntado si esa capacidad es genética.

Quince minutos después de que comience la clase de matemáticas, se oye un anuncio por megafonía. Le han robado la cartera al señor Lee. A quien tenga alguna información le piden que acuda al despacho del director. La gente en clase se ríe. Nathan es quien ríe más fuerte. Lucas se pregunta si existirá una palabra para designar a alguien que disfruta con la desgracia ajena. ¿Psicópata? ¿Sociópata? ¿Imbécil? Está seguro de que, si el anuncio hubiera sido que el señor Lee y su familia acababan de morir en un accidente de tráfico, lo celebraría menos gente, pero que quienes lo celebraran reirían, quizá, con más ganas.

Se siente mal por haberle quitado la cartera al señor Lee. Igual de mal lo hace sentir haberle robado el móvil a Harriet White cuando salía de clase de matemáticas. Al empezar la última clase del día, la de física, por el instituto ha ido corriendo el rumor de que el director Chambers va a dimitir. En parte, sin duda, porque durante su mandato se contrató a un conserje que abusa de menores.

Lucas no ha podido participar en la clase de educación física, pero eso le ha facilitado la tarea de sustraer del vestuario el reloj de Stephen Chalk. Esconde la cartera, el teléfono y el reloj en el fondo de una papelera. Y qué bien, porque, al terminar las clases, Nathan y dos de sus amigos lo llevan a empellones al vestuario y le pasan papel higiénico mojado por el pelo. Qué mal, pero habría sido peor si Lucas

no hubiera escondido sus nuevas adquisiciones, puesto que le han abierto la mochila y han tirado sus pertenencias al suelo.

Envía un mensaje a su padre para decirle que va a llegar diez minutos tarde. No quiere arriesgarse a que Peter vuelva a entrar en pánico. Lo recoge todo y se quita con los dedos el papel higiénico. Luego, cuando se ha quedado solo, recupera los objetos robados. Camina hacia la salida del instituto. Supone que algún profesor le pondrá la mano en el hombro y le dirá que va a registrarlo, pero eso no ocurre. Al llegar al coche, descubre que su padre está completamente sobrio.

Mientras se alejan, él le pregunta:

—¿Cómo ha ido? —El coche de policía que los siguió antes al instituto los sigue de nuevo. Eso es algo útil cuando se está vigilando a asesinos en serie, pero no a matones de instituto.

—Ha estado bien.

—Apuesto a que has tenido que contar tu historia un millón de veces.

—Algo así.

—¿Y todas las chicas estaban impresionadas?

—El señor Lee cree que debería escribir sobre lo que me pasó.

—¿El profesor de inglés?

—Sí. Cree que debería convertir esto en una historia.

Peter no dice nada. Fija la mirada hacia delante, con la mandíbula tensa y los dientes apretados. Lucas se pregunta si su padre habrá pasado la tarde trabajando en lo mismo. Después de todo, a los escritores los ha oído decir que uno está destinado a escribir de lo que sabe.

—¿Lo harás? —pregunta su padre.

Lucas ya lo ha estado pensando. Podría ser… ¿cuál era la palabra?, ¿catártico? Podría ser catártico, como dijo el señor Lee y, quién sabe, quizá la escritura se le dé bien, como a su padre. Nunca ha tenido la menor idea de lo que le gustaría hacer cuando termine el instituto. Ni siquiera sabe si va a ir a la universidad ni, si así fuera, dónde estudiar. Podría ser escritor. Tal vez.

Se rasca la mano.

—Estaba pensando que quizá tú podrías hacerlo.

—¿Perdona?

Si su padre trabajara en algo que lo apasionase, bebería menos. La casa estaría más ordenada. Sería más fácil convivir con él.

—Quiero decir, ¿quizá es algo en lo que podrías basar un libro?

—Sería una buena historia —dice su padre con demasiada rapidez. A Lucas, eso lo hace pensar que su padre ha tenido la misma idea. Diablos, tal vez ya ha comenzado.

—Yo también lo creo. Además, escribir es cosa tuya, no mía.

—Podrías redactar algo para el señor Lee; un relato corto, si quieres, mientras yo trabajo en algo más grande.

—Estaría bien.

Están a medio camino de casa cuando recuerda que su bicicleta sigue en el instituto desde ayer. Le dice a su padre que la necesitará para mañana por la mañana, que está deseando ir en bici al instituto.

—¿Seguro? Estaré encantado de llevarte los próximos días.

—Solo quiero que las cosas vuelvan a la normalidad —dice, ahora de forma automática, a pesar de que ya no sabe qué es la normalidad. Se rasca el vendaje de la mano y se pregunta qué estará pasando ahí dentro—. Y estaré a salvo. Habrá un policía detrás de mí.

—No lo sé, Lucas. Con toda franqueza, ojalá te quedaras en casa. Mira, vamos a por tu bici y lo volvemos a discutir esta noche, ¿vale?

A Lucas eso le vale. Mientras vaya mañana al instituto, le da igual cómo. Pero su bicicleta… la va a necesitar esta noche.

La cartera. El reloj. El móvil. Tiene que aprovecharlos.

Capítulo 39

Paso la tarde en mi despacho revisando los vídeos del ordenador de Grove. Tengo que ir con frecuencia al baño para vomitar; o bien, a medida que avanza la tarde y mi estómago se ha vaciado, para intentar vomitar. Al cabo de unas horas, mis idas al baño son tan solo para echarme agua fría en la cara. Llego al punto de sacar la botella de *whisky* que el sheriff Haggerty, uno de mis predecesores, dejó en el cajón de abajo. Solía decir que habría días en los que quien se siente en esta silla la necesitaría. Me dijo que el truco consistía en trabajar duro para asegurarse de que esos días no llegaran a menudo.

Tomo un sorbo y lo dejo arder. Sigo viendo los vídeos. Echo un vistazo a la pantalla cada cinco o diez segundos, solo durante unos instantes. Por fortuna, puedo reproducirlos a mayor velocidad y con el sonido apagado. Lo único que quiero ver es si alguien más ha estado involucrado. Paso los vídeos hacia delante y hacia atrás. Termina este y empieza aquel. Es lo mismo, una y otra vez, aunque con sutiles diferencias, como si Stan Clayton estuviera explorando los mejores ángulos. En un momento dado, activo el altavoz para escuchar algo que ha dicho Clayton mientras mira por encima del hombro. «¿Qué te parece, cariño?». Y es Stan Clayton. Eso se confirma, pues Hutch ha recibido una foto del tipo y me la ha pasado por debajo de la puerta. No quiere entrar en mi despacho. No quiere contagiarse de lo que estoy viendo. No estoy seguro, pero creo que la persona con la que habla Stan podría ser su mujer.

No hay más chicos ni más maltratadores. Al terminar, me paso veinte minutos en el suelo del cuarto de baño, mirando las cañerías mientras bebo más *whisky*. No puedo culpar a Grove por haber matado a sus padres.

Hutch viene a ver cómo estoy. No parece molesta de encontrarme un poco bebido.

—¿Qué tal si te llevo a casa? —pregunta.

Me parece una buena idea.

—Hemos seguido el rastro de la cámara —dice en su coche a la

salida del aparcamiento. No sopla el viento. Las banderas que cuelgan de la fachada de la comisaría están del todo flácidas. Dan la impresión de que podrían incendiarse—. La compró hace dos semanas en Rudy's Cameras —dice.

Rudy's es una pequeña tienda de Main Street. Lleva ahí cincuenta años y su lema es: «Sabemos todo sobre cámaras, a menos que no merezca la pena». Yo podría ir allí y contarles algunas cosas que nunca han visto, como, por ejemplo, el modo en que a algunos hombres de este mundo les gusta usarlas.

Salimos a la carretera principal.

—Apenas se acuerdan de él —añade—. El vendedor puede hablar de la venta de la cámara, pero nada sobre Grove. No recuerda si estaba emocionado, nervioso o algo así. Grove pudo haber aguantado la respiración todo el tiempo en la tienda, incluso haberse puesto morado, sin que el vendedor se diera cuenta de nada. Pero esto nos dice que Grove no grabó a Freddy, o por lo menos no con esta cámara, y que la compró en previsión de su viaje de la próxima semana.

—Iba a ir de caza.

—No lo dudo. Pero nada de esto ayuda a averiguar dónde está ahora.

No, pero sí a mentalizarme de lo que tengo que hacer después.

—¿Cuánto dinero debemos ofrecer de recompensa? —pregunta.

—Ya son sesenta —respondo. Esto me basta para ganar algo de tiempo, pero aún voy a necesitar más—. ¿Qué sugieres?

—Cuando pones dinero sobre la mesa, la gente te toma en cuenta. Las recompensas que ya se están ofreciendo tienen años, pero nosotros aumentaremos la suma y, entonces, se hablará de ellas no solo aquí, sino también en todo el país. Y puede que esta vez sí venga alguien a reclamarlas. Diablos, en estos días, una parte decente de la población podría tratar esto como si fuera un *reality show*. Intentarían encontrar al tipo solo para hacerse un *selfie* con él. No tenemos presupuesto para llegar a cien, pero pensaba que, al menos, podríamos añadir otros veinte.

Voy a necesitar cada dólar al que le pueda echar mano.

—Hazlo.

Capítulo 40

Al llegar a casa, su padre enciende la televisión y se dirige a la cocina. Están dando las noticias. Las coge justo en medio de una entrevista con los Holt. El padre de Freddy dice que los policías metieron la pata, que no buscaron a su hijo lo suficiente, que dejaron que la gente pensara que Freddy había intimidado a Taylor Reed y que van a llevar a todo el Departamento de Policía a los tribunales. Lucas no sabe qué pensar.

Su padre vuelve con una cerveza. Parece dudar entre sentarse en el sofá o ir a su despacho.

—¿Sabes?, en realidad, tengo ganas de empezar con esas ideas de las que estábamos hablando. ¿No te importa que te deje solo?

—No, estoy bien.

Su padre vuelve a dejar la cerveza en la nevera y se dirige a su despacho. Eso hace que Lucas se sienta bien con su decisión de sugerirle que escribiera la historia. El día de ayer hizo de Lucas una nueva persona, y quizá también ha hecho lo mismo con su padre. Escribirá más y beberá menos. Si consiguiera mantener ese equilibrio, ya no se quedarían sin dinero.

Va a su habitación, cierra la puerta y se sienta en la cama. Saca la cartera del señor Lee. Los distintos billetes suman ciento veinte dólares. Hay dos tarjetas de crédito, un carné de biblioteca, una tarjeta de café a la que le falta un sello para un café con leche gratis y un carné de conducir con una foto muy mala. También hay una foto de familia: el señor Lee tiene el brazo alrededor de una mujer que lleva un bebé en brazos. Lucas se imagina a esa mujer buscando esta cartera debajo del sofá. Se imagina al señor Lee rebuscando en el coche. Por su mente pasan imágenes de la señora Lee preguntándole al señor Lee dónde la dejó por última vez y del señor Lee diciendo que, si lo supiera, no habría necesidad de buscarla. Se los imagina llegando a la conclusión de que se la han robado.

Lucas esconde la cartera bajo el colchón, junto con el teléfono y el reloj. Luego se queda mirando la cama y se pregunta si el pequeño

bulto es fruto de su imaginación o si los demás también pueden notarlo. Entonces se pone a hacer los deberes, pero se da cuenta de que no puede concentrarse. Enciende el ordenador y, al cabo de un momento, está empezando a leer artículos sobre Simon Grove y su relación con Freddy Holt y los otros dos chicos. Lee artículos que los convierten de estadísticas en personas. Harry Waltz, el chico a quien nunca encontraron, montaba en bicicleta de montaña todos los fines de semana, detestaba nadar y quería ser músico. Eric Delany, el chico que sí apareció, que era un estudiante sobresaliente, tenía asma y pasaba horas y horas practicando trucos de cartas. Harry y Eric, dos vidas que habrían chocado y se habrían cruzado con otras, líneas temporales alternativas que ya no pueden volver al escenario, niños que no llegarán porque Harry y Eric fueron eliminados de esta línea temporal, o niños que sí existirán porque las mujeres que pudieron haber conocido conocerán a otros hombres. Árboles genealógicos enteros que se borran y se crean. Le da dolor de cabeza pensar en ello.

Capítulo 41

Voy a mi cocina en ruinas y miro la ventana, por donde entra el sol. He dejado de beber el *whisky* directamente de la botella y ahora uso un vaso. Me hace sentir más civilizado, aunque esté siendo lo más incivilizado que he sido en mi vida. El sol me calienta por fuera y el *whisky*, por dentro, pero sigo sintiendo frío. Me queda una hora antes de que Barrett venga a dejar a mi padre. Le he enviado un mensaje. He aceptado su oferta de traer a mi padre a casa, ya que no estoy en condiciones de conducir. El *whisky* me ha facilitado la decisión de tomar más analgésicos y Adderall. Ahora mismo no sé cuál de los dos me sentaría mejor. Ojalá… Ojalá hubiera alguna forma de retroceder las últimas veinticuatro horas.

Termino mi bebida y cierro las puertas. Esta vez pongo sillas bajo los picaportes, por si a alguien se le ocurre venir. No me molesto en encender el equipo de música. Bajo al sótano y dejo la puerta abierta para oír si alguien llega. Abro el congelador. Grove está despierto. Puede que lleve así cinco minutos o cinco horas, no lo sé. Lo saco a rastras, lo dejo caer en la silla y lo ato, como para ir acostumbrándonos. Me recuerda a alguien que vi hace mucho tiempo: la señora Cargill, una mujer que iba mucho a misa y que en sus últimos años acabó pareciendo tan vieja como la propia religión. Enfermó de alzhéimer y no se lo dijo a nadie. Quizá no quería ser una carga, quizá no sabía cómo decirlo o, simplemente, no se acordó de decirlo. Murió de hambre en su casa, sola y con una despensa llena de comida. Suponemos que se olvidó de que la comida estaba allí o de cómo prepararla, o bien se olvidó de darle importancia. Cuando murió, tenía el mismo aspecto que Simon Grove ahora: las mejillas hundidas, las clavículas sobresalientes, como mangos de raqueta de tenis, y la piel suelta, brillante y gris.

Solo que a Grove se le ve peor. Tiene un sarpullido que le baja por un lado de la cara y sigue por el cuello, como si se hubiera quedado dormido sobre uvas que se estropeaban al sol. Su ojo está tan infectado que parece a punto de estallar. En cambio, la piel alrededor

del ojo bueno está tan suelta que parece que se le va a caer. La piel que rodea sus uñas se ha tensado hasta hacer que las uñas parezcan más largas. Las venas de sus antebrazos están abultadas y azules. Huele a sudor y orina. Las quemaduras de cigarrillo brillan. En menos de un día lo he convertido en un zombi.

Le dejo la cinta en la boca. Llevo conmigo la botella de *whisky* y la carpeta. El contenido de esta carpeta nos ha sido enviado al departamento hoy por correo electrónico. Aunque no he mirado lo que hay dentro, sé que marcará la diferencia de cara al futuro.

Me siento en el último escalón del sótano. Bebo más *whisky* y abro la carpeta. Ambas cosas hacen las veces de combustible. Grove gime contra la mordaza mientras reviso las fotografías. Las primeras son de la escena del crimen donde Eric Delany fue asesinado. Hay sangre dentro de la furgoneta. Eric aparece con los ojos abiertos, la piel gris, el cuello y las extremidades en posturas antinaturales. Hay fotos de él desde distintos ángulos, fotos de él en una camilla de la morgue. Las dejo caer al suelo, bocarriba, para que Grove pueda verlas. Tengo cuarenta minutos antes de que llegue papá. El padre Barrett prometió enviarme un mensaje cuando estuvieran de camino. Con cada imagen se me aprieta más el estómago y se me acelera el corazón. Debería haber traído un cubo. Me arde el cerebro. Este pobre chico, con tanta vida por delante, expulsado del mundo con semejante brutalidad. Recorro las fotografías y leo el informe de la autopsia. Tengo la mandíbula apretada, las manos temblorosas. Me imagino cómo se desarrolló todo. Eric Delany, unas manos apretando su garganta y él deseando que se detengan, echando de menos a su madre y a su padre mientras los bordes del mundo se oscurecen y van dejando, en el punto focal, nada más que a su asesino. Pienso en sus padres. Me los imagino desplomándose en la puerta de su casa, con un futuro que se vislumbra inviable; una madre y un padre incapaces de seguir adelante en un mundo que les han hecho imposible.

Grove me observa. No puede decir nada, porque tiene la boca tapada. Yo tampoco le digo nada. Continúo con la segunda serie de fotos. Estas son las de Harry Waltz. No hay tantas, porque a Harry nunca lo encontraron. Pero hay imágenes de su mochila escolar

ensangrentada. Hay fotos de Harry tomadas días antes de su desaparición. Fotos de los afligidos padres tomadas el día del funeral que al final celebraron por su hijo, como si aquellos policías los hubieran estado observando a través de la lente de la sospecha. Las tiro al suelo, lo mismo que las otras. Me quedan veinte minutos.

Recojo todo de nuevo. Coloco los papeles, doy al paquete unos golpecitos hasta nivelarlo y lo devuelvo a la carpeta. Alineo las fotos con el lomo y dejo todo a un lado. Me pongo de pie. Las paredes ya no palpitan. Necesito que este tipo sepa que hablo en serio. Mientras me pongo un guante de látex, me mira con cara de pánico. El pánico aumenta cuando pongo mi pulgar sobre su ojo herido y presiono. No mucho, pero es que no hace falta mucho. Grove se estremece y grita contra la cinta adhesiva.

—Calla, calla —le digo, sin quitar el pulgar. Quienes le hicieron daño en el pasado quizá dijeron lo mismo mientras descargaban en él sus deseos y necesidades.

No se calla. En lugar de eso, grita contra la cinta adhesiva. Su cuerpo se agita como si se estuviera electrocutando. Intenta sacudir la cabeza, pero mi pulgar se queda en su lugar. Me siento mal, claro que me siento mal, y me desprecio, claro que me desprecio, pero este es un hombre malo que se merece que le pasen cosas malas, y yo soy un hombre bueno que se merece no perderlo todo, ¿y no dice la gente que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos?

Le suelto el ojo.

—Voy a hacerte daño —le digo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para que salgan las palabras, porque, aunque ya sabía que esto iba a ir mal, la cosa es peor de lo que había sospechado—. Primero este ojo, luego el siguiente. Y voy a seguir hasta que me digas lo que necesito saber. Así que, ¿por qué no te ahorras algo de dolor?

Grove se retuerce y llora. Tiene muy abierto el ojo bueno. Le quito la cinta de la boca.

—Por favor, no lo hagas —dice. Llora por un lado de la cara y sangra por el otro. Siento que se me saltan las lágrimas.

Me quedan diez minutos.

—Dime dónde está Freddy Holt.

—Por favor, por favor, no.

Hago una bola con la cinta adhesiva y se la meto en la boca. Le vuelvo a poner el pulgar en el ojo, esta vez con más fuerza. Algo cruje. Grita y sigue gritando unos treinta segundos, durante los cuales tengo que repetirme una y otra vez que este tipo habría matado a Lucas ayer, y a mí también, si las cosas hubieran salido como él quería. Me recuerdo a mí mismo que los chicos a quienes mató también tuvieron que llorar. En eso me centro. No en el hecho de que estoy torturando a un hombre en mi sótano. No en el hecho de que mi pensamiento anterior sobre que soy un buen hombre es una completa gilipollez, porque un buen hombre nunca habría hecho lo que estoy haciendo. Pero seguro que tampoco soy malo. ¿O sí?

El grito al fin se agota.

Le quito la cinta adhesiva de dentro de la boca.

—Cuéntame lo que pasó.

Él olfatea. Asiente con movimientos lentos. Mira el suelo con el único ojo bueno.

—Fue un accidente, lo juro, eso es todo —dice.

—¿De quién hablas?

—De Harry Waltz. No quería matarlo. Te lo contaré todo. Pero no me hagas más daño.

—Habla.

Y lo hace.

Capítulo 42

Grove es diferente a los demás y eso es, tal cual, lo que le dice al sheriff entre las oleadas de dolor que brotan de su ojo. Ha sido diferente desde que se apagaron las luces en el fondo del lago hasta que, ya como huérfano, se volvieron a encender en la orilla pedregosa.

—Estar sin oxígeno, tener que ser reanimado… Eso cambió de algún modo mi química cerebral. Las cosas que la gente puede resolver en cinco segundos a mí me llevan diez. Al final, lo consigo la mayoría de las veces, siempre que me den suficiente tiempo.

También es verdad. Si no lo fuera, no habría salido del instituto el lunes con Lucas en el maletero de su coche y con un rastro de migas de pan señalando el camino a la policía. Él cree que, si fuera más capaz de pensar con detenimiento en las cosas, sería menos propenso a ceder a la biología; bueno, si no menos propenso a ceder, quizá podría aguantar más. De niño tenía dificultades en el colegio, le costaba comprender algunos de los conceptos básicos. Su único don era la habilidad para arreglar cosas. No cosas modernas, con todos los componentes contemporáneos, sino cosas viejas, y era igual de bueno reciclando muebles usados que convirtiéndolos en objetos nuevos. Pero seguro que hay días en los que piensa que, si no hubiera hecho ese viaje al fondo del lago, podría haber sido científico, piloto o abogado.

No le dice nada de eso al sheriff, porque sabe que el tipo pensaría que solo ha querido usarlo como excusa. Así que va directo al grano. Cuanto antes llegue, más pronto podrá recibir atención médica. Ha sido un día infernal. El ojo parece estar infectado y, sin duda, no le va a ser de mucha ayuda que alguien le siga metiendo el pulgar ahí.

—Yo tenía veinte años cuando mi mundo se cruzó con el de Harry Waltz. Fue después de haberme mudado de casa, aunque técnicamente me escapé. Anduve un poco a la deriva, aceptando curros esporádicos, hasta que acabé trabajando en barcos pesqueros, tres semanas sí y una no. Llegué a odiar ese trabajo con tanta fuerza

que en mis semanas libres bebía para olvidar lo mal que iban las cosas. ¿Puedo tomar un poco más de agua?

Cohen consulta su reloj, luego su teléfono y le ofrece agua. Grove bebe un sorbo y continúa.

—Un curro era un curro, y no había muchas opciones; es decir, ¿qué otra cosa podría haber para un tipo como yo?

Cohen fija la mirada en él. El tipo no espera ninguna respuesta, y no la hay.

—Vivía en un apartamento de mierda que tenía cuatro paredes, un techo y no mucho más. Sin televisión, sin equipo de música, sin ordenador, con un microondas que funcionaba una vez sí y otra no y grifos que vibraban cuando los abrías.

—¿Qué tiene que ver todo esto con Harry?

—Todo. O nada. No lo sé. Si la vida hubiera sido diferente para mí, quizá lo habría sido también para los que me rodean. De todos modos, una mañana volvía a casa en mi coche después de una noche de copas. Vi que un chico salía volando de la acera en una bicicleta de montaña, justo delante de mí, y el resto… Bueno, el resto fue física. Fue a dar debajo de mi coche y… no supe qué hacer.

Cohen vuelve a echar un vistazo a su teléfono, y quizá el tipo tenga algún sitio mejor en el que estar. El aire del sótano está cargado. Se le queda adherido. Puede olerse a sí mismo, puede oler el sudor del tipo, la sangre, su ojo.

—¿Y qué hiciste?

—Salté del coche. Creía que sobre su cuerpo iba a ver las marcas de rodadura de los neumáticos, como en los dibujos animados, y que tal vez también vería partes aplanadas. Si hubiera estado sobrio, quizá no habría pensado esas cosas, pero…, pero no estaba sobrio. En esa época tenía que beber mucho, porque mi mente se llenaba de pensamientos malos. Aún ocurre. No puedo evitarlo. Los médicos, después de que mi viejo intentara ahogarme, pensaron que mi cerebro ya no se llenaría, que se quedaría vacío, pero se equivocaron. Siempre está lleno, siempre está ocupado pensando en todo lo malo que me ha sucedido, siempre intentando averiguar qué he hecho para merecer algo de eso. ¿Has entrado en mi casa?

—Sí.

—¿Has encontrado mi ordenador?

—Sí.

—Así que ya sabes lo que me hicieron mis padres adoptivos.

—Sí, lo sé.

—Esas cosas siempre me acompañan, pero, cuando uno está en el mar, no tiene tiempo para pensamientos tan malos. Eso era lo único bueno de trabajar en los barcos y supongo que la razón por la que lo hacía. Allí, una distracción puede costarte la vida; sin embargo, en tierra firme, la única forma de acallar los pensamientos es beber. Sé que he dicho que bebía porque odiaba mi trabajo, y hay algo de verdad en ello, pero también hay una verdad mayor: bebía para atenuar el sufrimiento de mi infancia: un padre que intentó matarme, otro que me hizo daño y otro que me folló.

Al parecer, Cohen no sabe qué decir.

—¿Alguna vez has bebido demasiado cuando sabes que no debes? —pregunta Simon.

—La mayoría lo hemos hecho.

—La cosa es que uno empieza sabiendo que debe limitarse, pero, cuanto más bebe, menos le importa. Por eso, la gente bebe y conduce. Vas al bar con las mejores intenciones, pero esas intenciones se difuminan en cuanto te vuelves uno con la bebida. Tus decisiones normales se vuelven muy diferentes. Eso es lo que me ocurrió con ese chico. Sobrio..., yo habría llamado a una ambulancia. Solo que quien atropelló a ese chico por accidente no estaba sobrio. Era mi yo borracho, y mi yo borracho ve las cosas incluso más despacio de lo que yo suelo verlas. Así que me bajé del coche.

»El chico ya estaba muerto. No era mucho más joven que yo. Sus miembros estaban en ángulos extraños y su cabeza, torcida. Todo en lo que podía pensar era en que iba a terminar en la cárcel solo porque ese chico no había tenido la prudencia de mirar antes de atravesar la calle. Y yo no podía ir a la cárcel, porque la cárcel está llena de gente que me haría lo mismo que mi padre y mi madre solían hacerme. Y... Y lo que había pasado no había sido por mi culpa.

»Si yo hubiera estado sobrio, el accidente habría sucedido igual. No había nadie más alrededor. Nadie había visto nada. Así que lo recogí,

lo metí en el maletero y lo llevé a los muelles. Yo tenía que embarcar al día siguiente. A pocos minutos del muelle había un viejo bar que había cerrado seis meses antes. Escondí allí al chico y, al día siguiente, lo colé a bordo metido en una maleta. Un día más tarde, lo hundí en el fondo del océano.

Cohen asiente con la cabeza, luego mira la carpeta de la que está pendiente y vuelve a asentir. Grove no sabe si el sheriff se lo está creyendo.

—Eric Delany no se desangró —dice Cohen—. No murió por una conmoción. Fue violado y estrangulado. Por lo que sé, lo mismo puede decirse de Harry Waltz. Lo bajaste de la bicicleta y…

—Apareció delante de mí y le atropellé, lo juro. Y es la verdad. Bueno, al menos esa parte es la verdad.

—Esto es lo que creo —dice Cohen—. Creo que estaba vivo y que le hiciste las mismas cosas que luego le harías a Eric.

—Estaba muerto.

—Dime la verdad o te vuelvo a meter en el congelador y continuamos mañana.

—Te estoy diciendo la verdad —dice, pero no es así. La verdad podría hacer que Cohen le meta los pulgares en ambos ojos—, pero tú no quieres oírla, porque lo que sea que estés planeando hacerme será más fácil si piensas que lo maté a propósito.

Cohen no tiene ninguna respuesta que darle. Eso le dice a Simon todo lo que necesita saber. No habrá atención médica después de esto. No habrá ayuda. Lo espera un agujero en el suelo y nada más. Tal vez en el bosque.

Suena el teléfono de Cohen. El sheriff lee el mensaje y se levanta.

—Ya seguiremos —dice. Pone cinta adhesiva en la boca de Simon y sube las escaleras.

Capítulo 43

En la entrada me encuentro con Barrett y mi padre. Agradezco al padre Barrett su ayuda. Él me dice que papá no ha sido ninguna molestia, lo que me hace pensar que los curas no son tan de fiar como se supone que deberían ser. Aun así, si nos pusiéramos a hacer cuentas, supongo que él está siendo más recto sobre su día que yo sobre el mío.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Solo cansado, eso es todo.

—Puedo quedarme y ayudarte un poco, si quieres.

—Estoy bien, de verdad, pero le agradezco el ofrecimiento.

—Avísame si cambias de opinión —me dice, y se dirige a su coche.

—Bueno, papá —digo en cuanto nos quedamos solos en el salón—, ¿qué te apetece cenar?

—Vete a la mierda —dice, y, de inmediato—: ¿Quién coño eres tú para decir que no sé cocinar?

—Pediré algo para…

—No, quiero decir, ¿quién demonios eres?

—Soy yo, papá. James.

Él niega con la cabeza.

—Tú no eres James.

—Papá…

—No sé quién demonios eres, pero yo he pasado el día con mi chico.

—No era yo.

Antes de que pueda ofrecerle mi carné de conducir como prueba, me dice:

—Quiero una copa.

Quiere ir a la puerta principal, pero yo lo redirijo al sofá. Me imagino que un trago solo podría ayudar a mejorar la situación, así que le sirvo un poco de *whisky* y se lo mezclo con un par de somníferos. Me estoy volviendo bastante bueno en drogar a la gente. Va a su habitación, se sienta en la cama y bebe con la mirada fija en mí.

—¿James?
—Sí, papá.
—Lo siento.
—Lo sé.
—Algo de comida india estaría bien.
—Ahora la pido.
—Voy a descansar un poco.
—Buena idea.

Pido comida india y suspiro de alivio al ver que mi tarjeta de crédito funciona.

Para cuando la traen, papá duerme. Yo me como lo mío y guardo su parte en la nevera. Supongo que, entre los somníferos y el día largo, dormirá bien. Aun así, cuando vuelvo al sótano, meto una cuña de madera en el marco de la puerta para que él no la pueda abrir desde fuera. Bajo las escaleras. Si Grove ha intentado escapar de algún modo, no se nota. Está quieto, mirándome.

—Cómete esto —le digo. Le arranco la cinta de la boca y le meto una barrita de muesli. La mastica con avidez y se la traga. Le doy otra. Después le doy un poco de agua.

—Gracias —me dice cuando ha terminado—. Todo lo que te he dicho es tal como sucedió, solo que…, solo que tienes razón. Cuando salté del coche, estaba seguro de que iba a encontrarlo muerto…, pero no fue así. El chico necesitaba ayuda urgente, pero yo sabía que una ambulancia no llegaría a tiempo. Te juro que iba a llevarlo al hospital, y ya estaba a mitad de camino, pero…, bueno, primero tienes que entender algo… Yo tenía miedo de ir a la cárcel. Y de todas formas él iba a morir. Eso fue lo que pensé.

»Así que, antes de darme cuenta, ya lo estaba llevando a ese bar vacío. Tienes razón: cuando llegamos allí, todavía estaba vivo. Entonces supe que no iba a ser tan fácil. Lo que me pasa es que nunca nada me ha resultado fácil. La vida tiene que ser dura, no puede ser de otra manera. Mi último padre adoptivo solía decir eso. Tiene que ser dura y, si no es difícil, lo estás haciendo mal. Eso que pasó fue mala suerte, mala suerte para el chico, mala suerte para mí, pero yo no podía hacer otra cosa que esperar a que aquello terminara por ocurrir.

»Y, cuando la espera se hizo demasiado dolorosa para los dos, hice lo que tenía que hacer. —Me mira—. Estrangularlo no me provocó ningún placer, tienes que creerme. Yo quería convencerme de que le estaba haciendo un favor, porque veía al chico tan destrozado que, aunque hubiera sobrevivido, nunca habría vuelto a ser el mismo.

—Te llevaste su bicicleta.

—¿Qué?

No sé si es eso cierto o no, pero la bicicleta de Henry nunca apareció. Por lo que se supo, alguien se la llevó.

—Lo atropellas, y todo es un accidente, y piensas que tienes que llevarlo al hospital. ¿Para qué esforzarte en meter su bicicleta en el coche? —Fija la mirada en mí—. Cada segundo cuenta, ¿verdad? Y, sin embargo…

—No lo sé. Como te he dicho, había bebido y no estaba pensando con claridad. Pensé que también debía llevarme la bicicleta. Después de todo, era la bici del chico. Y también pensé que la policía podría necesitarla como prueba o algo así.

En lugar de analizar su respuesta, sigo:

—¿Qué le querías decir a Lucas con eso de que intentabas suavizar el dolor?

—¿Qué?

—Recuerda que te he dicho que hemos visto todo lo que grabó la cámara. Dijiste que ibas a compartir algo con Lucas, «algo», lo que sea, y que se suavizaría un poco, y que lo que te quedaba se iba a suavizar un poco más. Dijiste que tu padre te enseñó eso. —Vuelve a mirar hacia abajo—. Creo que ahora lo entiendo. Creo que tenías a Harry Waltz golpeado, hecho pedazos, y se te estaba pasando la borrachera. Entonces empezaste a recordar lo que significaba que te golpearan y te destruyeran, y pensaste que podías hacerle sentir lo mismo.

Asiente con movimientos lentos. No dice nada y yo espero a que hable.

Capítulo 44

—Es como una tarta —dice. Cohen ha pasado un minuto mirándolo en silencio. Es difícil de explicar, pero Grove lo intenta—. No lo sabía entonces, pero sí después. Es como una tarta que se trocea. Cada porción está cargada de lo que todos mis padres me hicieron, y toda mi vida he tenido que cargar con esos trozos yo solo. Entonces surgió la oportunidad de descargar una porción sobre aquel chico. Era una menos que cargar. De repente, herir a otra persona hacía que mi dolor doliera menos.

—¿Y los demás a partir de entonces? —pregunta Cohen—. Llegas a creer que, cuantas más porciones descargues, mejor te sentirás.

—Son solo pequeñas porciones —dice—. Solo lo que ellos pueden cargar, lo suficiente; e incluso así, yo les enseñaría cómo descargar las suyas. Cuanto más se comparten, más pequeñas se vuelven. Es muy sencillo —afirma—. De verdad que es muy simple.

—Excepto que no es tan sencillo, porque los que eliges no quieren nada de eso; y, de todos modos, los matas, así que venir a decirme que les habrías enseñado a descargar sus porciones es una gilipollez.

—No —dice. Pero claro, Cohen tiene razón. Bueno, tiene razón sobre los otros chicos, pero se equivoca sobre el de ayer—. Si Lucas me hubiera escuchado, todo habría sido diferente. Yo lo habría ayudado después, lo juro. ¿Ves?, uno siempre se siente mejor después de haber compartido el dolor.

—Es mejor para ti, pero no para ellos. ¿Cuántos más ha habido?

—¿Qué?

—¿Cuántos?

Han sido seis. Siete, contando a Lucas. A algo así se le coge el gusto. Pero no le dirá nada de esto a Cohen.

—Solo Lucas y esos dos de esa carpeta.

—No te creo.

—Es la verdad.

—¿Matar a tus padres fue como deshacerte de una porción de la tarta?

—Yo no los maté.

—Pero hiciste que alguien los matara.

Piensa en mentir, solo que, si mintiera sobre ese tema, Cohen ya no creerá nada más de lo que le diga. Y, aunque sabe dónde terminará esto —un agujero en el suelo—, aún tiene esperanzas de que no sea así.

—Necesitaba una coartada.

—¿A quién usaste?

—A un tipo que conocí en los barcos. No recuerdo su nombre —dice, y eso es verdad—. Lo hizo por quinientos dólares. Me pareció barato.

—¿Y la semana que viene?

—¿Qué?

—El viaje que tenías previsto para la próxima semana. ¿De qué se trataba?

Ese imbécil del director debe habérselo contado.

—Yo solo… quería alejarme un poco. Eso es todo.

—Estuviste viendo los vídeos de lo que te pasó cuando eras joven. Necesito que me digas por qué.

—No lo entenderías.

—Inténtalo.

Los ve porque intenta comprenderlos. Quiere recrearlos. Cree que, cuanto más cerca esté de hacerles a los demás lo que le hicieron a él, mejor se sentirá. Y funciona. De verdad que funciona. Pero no hay forma de explicarle algo así a Cohen, ni a otro cualquiera, y que lo entienda.

—¿A dónde vamos con esto? ¿Vas a ayudarme o a matarme?

—¿Dónde está Freddy Holt?

—No lo sé.

—Tú lo mataste.

—No, yo no fui.

—Lo confesaste.

—Estaba mintiendo. Solo quería asustar a Lucas para que hiciera lo que le iba a pedir.

—Y a Eric Delany, ¿también lo atropellaste sin querer?

El cambio de dirección lo desconcierta. Eric Delany. No, no lo atropelló. Después de haber visto a Harry Waltz hundirse bajo las

olas, le llevó un par de años comprender que su propio dolor podía repartirse y que, si conseguía compartirlo de la misma forma en que lo había recibido, podría desahogar parte de lo que sus padres adoptivos le habían hecho. Era demasiado peligroso intentar algo en Acacia, y la idea de la cámara no se le había ocurrido hasta hace poco, así que hizo un viaje en coche. Una mañana, a cientos de kilómetros de aquí, secuestró a Eric en una carretera. Conducía una furgoneta que había robado la noche anterior e iba en busca de algún chico rezagado de camino al instituto. Vio a Eric y se detuvo a cien metros de él. Cuando el chico pasó junto a él, abrió de golpe la puerta lateral y lo metió en la furgoneta junto con su monopatín. Condujo veinte minutos, aparcó bajo un puente elevado y dedicó dos minutos a explicarle a Eric cómo iban a funcionar las cosas. Después, pasó otros veinte dándole muestras de lo que le había querido decir.

Se lo cuenta todo a Cohen. Mientras habla, mira el suelo con el único ojo bueno. La cara le arde de vergüenza. ¿Qué demonios ha hecho para que su vida acabe así?

—No le hice más daño del necesario —añade—. Y eso es todo. Ahora ya lo sabes todo.

—No todo. Háblame de Taylor Reed.

—No sé nada de él.

—Lo acosaste en internet.

—Ni siquiera sé usar las redes sociales —dice, lo cual es cierto, y seguro que veía a Taylor Reed en el instituto, igual que veía a otros estudiantes, pero nunca habló con él, nunca lo acosó, nunca le hizo nada. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, hasta que la cabeza del chico golpeó el suelo como una sandía—. Uso el correo electrónico y entro en las subastas, eso es todo.

—También sabes ver los vídeos.

No contesta.

—¿Vas a decirme que tampoco sabes nada de Freddy Holt?

Sacude la cabeza.

—Nada. Lo juro. Me lo inventé. Ayer solo intentaba asustar al chico.

—¿Freddy Holt te dio la idea de la cámara? ¿Te diste cuenta de que no se quedaría callado sin que lo amenazaras de alguna manera, así que lo mataste?

Sacude la cabeza con lentitud.

—Ya te he hablado de los otros. Ahora no tengo motivos para mentir. No lo conocía, y no soy idiota. Sé a dónde va esto. Sé que no me dejarás salir vivo de aquí. Solo te pido que no me hagas más daño. Ya he padecido suficiente dolor para muchas vidas, sheriff. Sé que no tengo derecho a pedir esto teniendo en cuenta mis actos, pero yo no le hice nada a ese chico, Freddy, ni tampoco al que saltó. Sé que lo que yo haya hecho, igual que lo que no he hecho, no va a cambiar lo que tienes planeado para mí. Ya has ido demasiado lejos como para llevarme a la comisaría y meterme entre rejas. Lo sé desde el momento en que desperté en este sótano.

Se da cuenta de que esas palabras han sentado mal a Cohen. Bien. El hijo de puta necesita una buena dosis de realidad, y tal vez pueda darle un buen tirón para obligarlo a hacer lo correcto.

—Quizá creas que puedes matarme a sangre fría y dormir tan tranquilo, dado que he hecho lo que he hecho, pero esto terminará atormentándote. Ya te lo he contado todo. Y, ahora, ¿qué?

—No me lo has contado todo.

—No sé qué le pasó a Freddy.

—No te creo.

—¿Vas a matarme?

—No.

—Ahora soy yo quien no te cree —dice.

Cohen le vuelve a poner cinta adhesiva en la boca.

—La verdad es que aún no lo he decidido.

Capítulo 45

Cenan *pizza*, que es lo normal. Desde que están los dos solos, la cena ha consistido sobre todo en comida preparada, aunque a veces su padre sigue cocinando. Sin embargo, solo prepara perritos calientes, hamburguesas o sándwiches de queso a la plancha. Lucas no tiene ni idea de por qué los dos juntos no pesan una tonelada. En el caso de su padre, puede que el alcohol lo haga perder peso. En su caso, no es más que cuestión de tiempo: algún día le pasará factura.

También hay otra explicación para que no haya engordado: los gusanos. Piensa en ello y se rasca la mano. Si la enfermera no le hubiera metido el miedo a una infección, se arrancaría la venda y se rascaría el corte a fondo. Una infección es un caldo de cultivo para el tipo de parásitos que pueden sobrevivir a las bombas nucleares.

Ven las noticias mientras cenan, pero estas no les cuentan nada nuevo: Simon Grove está en algún lugar del bosque, o tal vez en la ciudad, o quizá en ninguno de los dos lugares. Todo se puede resumir diciendo que es posible que la policía lo atrape, aunque también es posible que no.

—No puedo creer que todavía no lo hayan atrapado —dice su padre mientras se termina la segunda cerveza desde que empezaron a cenar.

Lucas sí puede creerlo. El mundo es una locura.

—Voy a por agua —dice Lucas—. ¿Quieres que te traiga otra cerveza?

Él sopesa la oferta durante unos segundos, lo que no es habitual en los últimos tiempos, pero rectifica y dice:

—Estaría bien.

Mientras su padre se bebe la cerveza, Lucas vuelve a su habitación. Se sienta en la cama a mirar por la ventana. Veinte minutos después, oye a su padre ir a la nevera a por su cuarta cerveza. Se queda en la cama mirando cómo el sol se funde en el horizonte y, al cabo de un rato, siente que se apaga el tecleo en el despacho. Hace unos años, Peter puso allí un sofá. Esto fue antes de la bebida, cuando la pareja

aún jugaba a la familia feliz. El sofá era para que su padre se relajara con un libro mientras descansaba de la escritura, pero, con el tiempo, se ha convertido en un lugar para que se relaje con una copa mientras no escribe. Está casi seguro de que su padre está ahora en ese sofá durmiendo.

Tiene abierta la ventana del dormitorio y oye ladrar al perro de los señores Courtney, un cachorro que los vecinos han comprado para sustituir al que, según dicen, escapó. A veces, el cachorro asoma el hocico por la verja cuando Lucas pasa por ahí al volver del instituto. El chico le rasca la cabeza o le da una palmadita, a lo que el perro sonríe y actúa como si el mundo se compusiera de dos tipos diferentes de días: días geniales y días aún más geniales. La señora Courtney le da un grito y el cachorro se calla. Quizá acaban de meterlo en la casa a pasar la noche.

El sol desaparece y pronto ya no puede ver nada más allá de la ventana. Aun así, espera. Los segundos parecen minutos. Los minutos parecen horas. Llegan las diez y se van. Lucas se queda en la cama, pensando una y otra vez en cómo saldrá todo. Llegan las diez y media. Se van las diez y media. Ya no va a oscurecer más. Aun así, espera hasta las once. Entonces va al despacho de su padre. Como sospechaba, lo encuentra dormido en el sofá, con las botellas de cerveza vacías alineadas sobre el escritorio. Puede que su padre se despierte y se meta en la cama, o puede que pase toda la noche en el sofá; en cualquier caso, no se dará cuenta de que él se ha ido.

Lucas vuelve a su dormitorio y cierra la puerta. Coge una chaqueta y se mete en los bolsillos los objetos robados. Sale por la ventana. Su bicicleta está en el patio trasero, donde la dejó antes. No puede fugarse por delante, porque ahí está el coche patrulla, pero lo que sí puede hacer es levantar la bici y pasarla por encima de la valla trasera. No es fácil. Se sube a la viga central que atraviesa la valla, se agacha y levanta la bici. Le cuesta trabajo, pero consigue pasarla por encima, con los pedales arañando la valla. Luego se inclina y la baja todo lo posible antes de dejarla caer el último tramo. Él va detrás. Con un suave salto, se deja caer en el patio trasero de la casa del señor Collins, que siempre se mete en la cama a las ocho. El hombre está tan sordo que podría seguir dormido aunque a su casa le cayera

un rayo y llama a Lucas «Tim» porque cree que ese es su nombre. Remolca la bicicleta por el lateral de la casa hasta la calle, donde no hay coches patrulla.

Echa a andar en la oscuridad. La primera vez que ve un coche, se detiene en la acera y espera a que pase. Tiene el teléfono en la mano, listo para llamar a la policía, en caso de que el conserje pare y se baje. Solo que este coche no se detiene, ni el siguiente, ni ninguno de ellos, que no son muchos. A los diez minutos, está saliendo de su barrio para entrar en el siguiente. Ya resopla, pero aún pedalea cómodo al llegar a la calle del sheriff Cohen. La casa de la esquina tiene hileras de lavanda en el jardín delantero. Dentro, al igual que en la mayoría de las casas, las luces están apagadas. Lucas esconde la bicicleta al otro lado de la lavanda y retrocede hasta la acera. Camina media manzana y llega a la casa del sheriff. La observa escondido detrás de un roble, desde el otro lado de la calle. Un gato negro viene a frotarse la cabeza en sus tobillos. A diferencia de las otras casas, las luces de esta están encendidas.

Es una construcción de una sola planta, con tejado oscuro y tablones de madera casi igual de oscuros. El patio es un desastre. El jardín está lleno de maleza y arbustos crecidos. El césped le llega a uno a los tobillos. Nada que un incendio rápido no pueda arreglar. El garaje está a la derecha, en un edificio separado. Es lo bastante ancho para que quepa un coche y tan llano que la lluvia debe tener dificultades para saber por dónde desaguar.

Nathan está en algún lugar de esa casa, pero sus padres también.

Tendrá que ser cuidadoso.

Lucas cruza la calle.

Capítulo 46

Las cortinas están cerradas, las luces, encendidas y el equipo de música, apagado. Durante las últimas horas he estado tumbado en el sofá, recuperando la sobriedad. Intento aprovechar este momento tranquilo para pensar, solo que mi paz se ve rota por un zumbido. Empezó después de que interrogase a Grove. Un mosquito se me ha metido en el cerebro, en algún sitio a donde los analgésicos no llegan. Llevo cuatro y no me han hecho nada. Tampoco me han ayudado con los nervios. Estoy haciendo un esfuerzo por calmar unos nervios que no quieren calmarse.

Fijo la mirada en el techo. Cuento las polillas y las moscas muertas pegadas a la cúpula de vidrio bajo la bombilla. Son seis, siempre seis, no importa en qué orden las cuente. Parece un buen lugar para una araña, pero las arañas han preferido permanecer colgadas en las sombras, fuera de la vista. Trato de urdir un plan para avanzar sin verme metido en la cárcel ni enterrando a Grove en algún sitio. Esto es lo que ocurre cuando uno no tiene un plan, cuando todo surge de la espontaneidad, cuando se recorre un camino del que es imposible volver. Solo que sigo buscando, y esa búsqueda está haciendo que el zumbido aumente. Quizá porque no hay más solución que la que Grove ha sugerido.

Aunque ya es casi medianoche, mi teléfono recibe un mensaje. Es Hutch. He estado esperándolo. Me dice que varios medios de comunicación de todo el país se han hecho eco de la noticia de la recompensa. Dice que, con suerte, mañana a esta hora habremos recibido alguna llamada.

Hoy Grove vale más que anoche.

Me dirijo al sótano. He dejado al conserje atado a la silla. También lo he vuelto a sedar. No se despierta cuando lo sacudo. Lo libero de la silla, pero le dejo los brazos atados con bridas a la espalda. Una cosa era bajarlo al sótano cuando estaba inconsciente, pero otra cosa es volver a subirlo por estas escaleras. Pesa. Pesa demasiado para cargar con él. Anoche, mientras lo subía por las escaleras del sótano

de la granja Kelly, yo estaba lleno de energía. Podía llevar a dos como este. Pero hace tiempo que desapareció esa fuerza. Lo despierto con sales aromáticas. No se activa de un tirón, como antes. Este es un despertar con la batería descargada. Su ojo se abre apenas, sin enfocar. El hombre no puede decir nada, porque tiene cinta adhesiva en la boca.

—Venga —le digo. Lo rodeo con el brazo para ayudarlo a ponerse en pie y me estallan las costillas, pero mi ayuda no le sirve de nada. Todo el tiempo que Grove ha pasado en el congelador, sumado a los sedantes que ya tiene en el organismo, ha convertido a este tipo en uno que camina como si tuviera las piernas destrozadas—. Venga, ya casi hemos llegado.

Murmura algo. Sospecho que sería inaudible aun sin la cinta adhesiva en la boca. Lo sacudo un poco. Su ojo se abre de nuevo y me enfoca durante unos segundos antes de mirar más allá.

—Te llevaré a un hospital. Tenemos que irnos.

Supongo que no hay manera de que se lo crea, pero quiere hacerlo. Gime algo y hace un esfuerzo por ponerse en pie. Lo ayudo. Llegamos a la base de la escalera.

—Todo va a salir bien —le digo.

Con lentitud, paso a paso, nos acercamos a la puerta.

Capítulo 47

Lucas se abre paso por el estrecho sendero entre el garaje y la valla y se asoma al patio de atrás. Puede ver que la luz del salón es la única encendida, y quizá haya una también en el pasillo, pero el extremo desde donde observa la casa está a oscuras. No tiene forma de saber qué habitación es cuál, pero sí sabe que no puede correr el riesgo de abrir una ventana para averiguarlo. Observa el edificio durante un minuto. Lo que quiere es averiguar desde qué ángulo debe atacarlo, aunque, al final, decide que la casa no es el camino. Incluso si la puerta principal estuviera abierta, con todo el mundo durmiendo, no podría entrar por miedo a hacer crujir una tabla del suelo. Tampoco está seguro de que los Cohen no tengan perro.

Vuelve al garaje. No es lo ideal, pero está bastante bien. Recorre el camino lateral y prueba las ventanas. La pintura las ha bloqueado, así que continúa el recorrido alrededor, solo que en todas es lo mismo. Maldita sea. ¿Y si la puerta lateral estuviera abierta? No lo cree probable, pero, cuando prueba la manilla, esta gira sin obstáculos. Empuja la puerta y se abre hacia dentro. Entra y cierra.

Usa la luz de su móvil para mirar alrededor. Pega la mano ahuecada al teléfono para que la luz se mantenga baja. No cree que el sheriff Cohen sea del tipo «dispara primero y pregunta después», pero eso no lo hace sentirse menos nervioso de estar aquí. En el centro del garaje hay un todoterreno oscuro con los lados manchados de fango. Delante hay un banco de trabajo con herramientas que cuelgan de las paredes y estanterías llenas de cajas de plástico. De las vigas del techo cuelgan rollos de cuerda y mangueras de jardín. Por todo el garaje descubre un escondite tras otro. Hay mil recovecos. Coge un trapo del banco. Se mantiene encorvado. Con la linterna de su teléfono apunta a los huecos de las estanterías. No hay que ser muy minucioso.

Se saca de los bolsillos el reloj y la cartera, limpia los dos objetos a fondo y los deja caer, primero uno y luego el otro, en el estante inferior de una estantería, detrás de una fila de botes de pintura.

Enciende el móvil de Harriet White. La pantalla tarda unos segundos en iluminarse y en pedirle una contraseña. Lucas no se la sabe ni la necesita. Pone el teléfono en silencio, lo limpia y lo mete detrás de las mismas latas de pintura. Con suerte, Harriet tendrá un programa de rastreo en su teléfono. Mañana, cuando despierte, podrá localizarlo. Si eso no funcionara, lo normal sería que informase del robo a la policía y que esta rastreara su ubicación con ayuda de las torres de telefonía móvil. Al final, el sheriff Cohen o uno de sus policías vendrá aquí, buscará y lo encontrará todo. Entonces señalará a Nathan. Quizá no lo expulsen, aunque Lucas está seguro de que sí lo harán. Aun así, todos en el instituto pensarán que es un ladrón. Tal vez estén de acuerdo en que golpee a otros chicos, pero la idea de que pueda robarles sus cosas es un puente que no querrán que cruce.

Lucas se frota las manos, como cuando se celebra el trabajo bien hecho, y, de vuelta en la puerta del garaje, oye pasos que se acercan por el otro lado. Apaga la luz del móvil y echa un vistazo por la ventana. Hay dos personas ahí fuera. Caminan abrazadas hacia donde él está. En esa noche tan oscura, no puede distinguir quiénes son. Ha perdido la oportunidad de salir. Se gira y mira todos los recovecos. Eran perfectos para un móvil, una billetera y un reloj, pero inútiles para él. No tiene cómo esconderse.

Está atrapado.

Capítulo 48

Sigo esperando que Grove intente escapar de alguna manera, por débil que sea, mientras lo ayudo a cruzar el patio. Hay una parte de mí que incluso quiere que lo intente, como si eso pudiera servirme de excusa para acabar con él. Pero no lo hace. Quizá piensa que lo voy a llevar al hospital o tal vez ya veía venir este día tan esperado como merecido.

Consigo abrir la puerta lateral del garaje. Remolco a Grove por un lado del todoterreno y, cuento estamos a punto de llegar al portón trasero, parece darse cuenta de que, después de todo, no vamos a ir al hospital. Me da un codazo en el vientre y se aparta. El impacto no es ni de lejos tan duro como el que me propinó con la barra de refuerzo, pero me ha dado justo donde me duelen las costillas y me ha provocado el mismo dolor. Después de doblarme por la mitad, caigo de rodillas. En su huida hacia el fondo del garaje, Grove ya no camina como un hombre que tuviera las piernas rotas. Da seis pasos y, cuando está a punto de descolgar de la pared el objeto que le queda más a la mano —una pala, en este caso—, se queda con las manos vacías, porque se tambalea hacia un lado, rebota contra el coche y cae. Me pongo en pie y me acerco cauteloso. No había ninguna necesidad de ser precavido: se ha desmayado.

Consigo abrir la puerta trasera del coche. Luego me veo forcejeando con Grove para levantarlo del suelo y meterlo por ahí. En el proceso, estoy a punto de dejarlo caer un par de veces. Cuando por fin está dentro, saco del bolsillo una jeringuilla y le quito el tapón. Me da miedo que una dosis más sea demasiado, pero más miedo me da que se despierte durante el viaje. Sitúo la aguja en uno de los agujeros que ya tiene en el brazo y…

—¿Qué haces en mi garaje?

La voz de mi padre me hace dar tal respingo que suelto la jeringuilla. La recojo y, mientras camina hacia mí, voy a interceptarlo. No tengo ni idea de lo que ha visto.

—Papá, esto…

—He visto a alguien.

—Solo estoy yo.

Sacude la cabeza.

—No, había alguien más. Lo he visto escurriéndose por fuera. Tú también lo habrás visto. —Me mira por encima del hombro—. ¿Qué pasa ahí atrás?

—Nada, papá, y no he visto a nadie más. Aquí solo estoy yo.

—Deja de mentirme. Ha venido a robarme, y… —Hace una pausa y, antes de continuar, fija en mí la mirada—. ¿Tú también me estás robando?

—Aquí nadie ha venido a robar nada, papá. —Trato de parecer tranquilo, aunque me está estallando el corazón. ¿Podrá oírlo?—. Te lo juro.

—He visto a alguien.

—Me has visto a mí, y eso es todo.

Sacude la cabeza.

—Mi hijo es policía. Voy a llamarlo.

—Papá, soy yo. James. Soy tu hijo.

—Y una mierda. —Se vuelve hacia la puerta—. Vendrá aquí, te detendrá y…

Le inyecto la dosis que tenía lista para Grove y sus palabras se van perdiendo. Mientras lo llevo de vuelta por donde ha venido, a través del patio y hasta la casa, no necesito decirme que soy la peor persona del mundo, porque es evidente. Lo acuesto en la tumbona del cobertizo. Ahí tengo una caja con cojines y mantas. Dedico un poco de tiempo a poner cómodo a mi padre mientras me recuerdo a mí mismo que todo esto lo estoy haciendo tanto por él como por mí.

Capítulo 49

Ato con bridas los pies y las muñecas de Grove. Ligo unos y otras hasta dejarlo en posición fetal. No irá a ninguna parte. Busco una manta de pícnic y se la echo por encima. Cierro el todoterreno, me pongo al volante y pulso el mando a distancia de la puerta del garaje. Esta se abre con un estruendo y, por un momento, ahoga el zumbido de mi cabeza.

Salgo marcha atrás, me detengo en la entrada y vuelvo a pulsar el mando a distancia. Veo cómo se cierra la puerta y entonces regresa el zumbido. Retrocedo hasta las calles vacías. Es una noche tranquila, y la parte trasera del todoterreno se siente pesada. Atravesamos la ciudad. Los bares han cerrado y las únicas luces, aparte de las farolas, son las mías. En los últimos días, Acacia Pines se ha convertido en un fantasma de lo que era. El lunes por la noche había gente en los bares y restaurantes, porque los habitantes tenían tal sensación de incredulidad ante la posibilidad de que algo malo pudiera ocurrirles que se unieron en contra. Cuando llegó el martes, esa sensación ya había desaparecido. Las noticias les trajeron más detalles. Les dijeron que tuvieran miedo. Les recordaron el caso de Freddy Holt y los informaron sobre los chicos del pasado del conserje. Eso los advirtió de que Grove aún podía estar por aquí. Las tiendas seguían abiertas y la gente se ocupaba de sus asuntos, como de costumbre, aunque todos se aseguraban de saber quién caminaba al lado. Los niños jugaban en los parques bajo supervisión y la gente paseaba perros y empujaba cochecitos, pero en la ciudad había una sensación de cambio. Una enfermedad se había apoderado de la comunidad. La gente no solo buscaba a este Simon Grove, sino también al próximo Simon Grove. ¿Qué otros hombres tranquilos de estas tranquilas calles escondían fantasías tan oscuras y retorcidas? ¿Era Simon Grove la culminación de todas las maldades de Acacia Pines encarnadas en este hombre del saco? ¿O era un síntoma de algo aún más oscuro, de algo que hacía que la gente se corrompiera por dentro? Esta mañana he visto más tráfico en la calle que

cualquier otra mañana entre semana. Tráfico escolar. Los niños que normalmente iban en bici o andando eran llevados en coche por sus padres. Las madres lanzaban miradas suspicaces a hombres que conocían de toda la vida. Simon Grove y la idea de otro Simon Grove eran una enfermedad que se propagaba.

Llegamos al puente. El sonido del coche es otro cuando pasamos por encima. Hasta ahora, no ha habido ningún otro coche en la carretera, y eso no cambia entre el puente y la granja Kelly ni entre la granja Kelly y las rutas de senderismo. Pasamos por delante de Earl's Garage, con sus ventanas tapiadas y sus zarigüeyas de ojos relucientes en la explanada. La larga y vacía autopista serpentea a través de todo ello, entre asfalto, árboles y vida silvestre, hasta llegar al aserradero abandonado.

Capítulo 50

Otro ataúd de metal.

Más o menos.

En un garaje donde no había escondites y donde las ventanas no se abrían, trepar por encima de Grove y meterse en el todoterreno era la única opción. Y ahora Lucas está escondido detrás del asiento del conductor, en el espacio para los pies, debajo de una chaqueta de invierno que encontró en el suelo hecha un ovillo. No tiene ni idea de lo que está pasando, pero sabe que la solución de levantar la mano y confesar todo al sheriff Cohen no es viable. Grove, muerto o inconsciente, está en la parte trasera del todoterreno, no donde pones a alguien a quien estás deteniendo. Ahora ve claro que durante todo este tiempo el sheriff Cohen ha sabido dónde estaba Grove. Pase lo que pase aquí, si el sheriff Cohen llegara a atraparlo, ¿significará eso que su destino será el mismo que el del hombre atado detrás?

Ha apagado el teléfono. No puede arriesgarse a que una llamada o un mensaje de su padre lo hagan vibrar. Puede oír el ruido de la carretera debajo. Oyó el paso por el puente, a la salida de la ciudad, y desde allí hay una sola dirección, y es hacia el sur, hacia tierras de labranza, bosques y lugares en medio de la nada. Puede oír el motor. Alcanza a oír los gemidos de Simon Grove, que, en la parte trasera del coche, vuelve en sí poco a poco. De la parte delantera le llega el sonido de la radio. Puede oír los latidos de su propio corazón.

Solo puede haber una razón para salir así de la ciudad. Una razón para tener a Grove atado en la parte de atrás. En cada curva, para limitar sus movimientos, tiene que tensar los músculos. Ahora se le han fatigado y están a punto de sufrir calambres. Necesita moverse pronto, pero el movimiento significa que podrían escucharlo. El interior de la chaqueta se ha humedecido con su aliento. ¿Hacia dónde van? ¿Nueva Zelanda? Ya han conducido tanto que Lucas tardará horas en volver a pie.

Suponiendo que tenga la oportunidad.

El coche hace un giro, luego el asfalto se convierte en grava. Baja la

velocidad. Se detiene. Son los mismos sonidos del lunes. El motor se apaga y la puerta se abre. Los muelles se levantan cuando el sheriff Cohen sale. Lucas contiene la respiración y espera un traqueteo de cadenas, pero no llega. El pequeño sistema hidráulico silba al abrirse el portón trasero. Se oye un pequeño chasquido, y luego otro, y después gruñidos mientras el sheriff Cohen forcejea con el conserje. También dice palabrotas. Luego, se oyen pasos mientras se alejan, con la parte trasera del todoterreno abierta de par en par.

Lucas mueve la chaqueta. Se incorpora con lentitud. Mira entre los asientos y por el parabrisas. Los faros apuntan al aserradero abandonado y lo iluminan. También iluminan una sección de árboles, y hacia ellos se dirige el sheriff Cohen con el conserje.

Esconderse en la parte trasera del todoterreno ha sido un riesgo que no está dispuesto a correr de nuevo. Observa cómo los dos hombres caminan hacia el bosque. Luego, se escabulle por el asiento trasero y salta al aparcamiento.

Capítulo 51

El zumbido se hace más fuerte en cuanto nos adentramos en los árboles. Le he cortado las bridas de los pies a Grove, pero le he dejado las de las muñecas. Lo veo más estable que antes, aunque no preveo que intente nada. Empieza a levantarse un poco de brisa. Es cálida y constante, fresca, revitalizante. Llevo al hombro una cadena de un metro; en el bolsillo, un rollo de cinta aislante y en la frente, una linterna.

—Ya casi hemos llegado. No te detengas.

Gime algo, pero, como tiene la boca tapada con cinta adhesiva, no puedo distinguir qué. Un momento después, se desploma. Me lo echo al hombro, como los bomberos, y vuelve a sentirse ligero. Quizá ya se está descomponiendo. O me está ayudando el Adderall que me tomé en el coche. Me adentro más en el bosque con Grove. Es un trabajo duro. Subo mucho los pies para evitar las raíces gruesas y las ramas rotas. Hemos recorrido unos veinte metros y los árboles ya ocultan los faros que tenemos detrás. Llevo a Grove a cuestas otros diez, luego lo coloco contra un árbol y, con la cadena, lo sujeto al tronco. Aseguro la cadena con un candado y uso bridas para atarlo a la cadena. A menos que este tipo sea capaz de arrancar del suelo un pino de treinta metros, no irá a ninguna parte.

—Vale —le digo, y me agacho frente a él. Tiene los ojos abiertos, se fija en lo que lo rodea, pero no sé si comprende bien dónde está. El suelo no ha de ser cómodo para estar sentado; sobre todo, si no tienes ropa. Le quito la cinta adhesiva de la boca.

—Lo siento —dice Grove, y vuelve a llorar. Algo oscuro le escurre del ojo herido—. Lo siento mucho. Por favor, no me mates. Te lo ruego, por favor, no me mates.

—Dime la verdad sobre Freddy Holt.

—Ya te la he dicho.

—Es mentira.

Sacude la cabeza. Más fuerte ahora.

—Puedo demostrarlo.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Puedo decirte algo aún peor. Puedo contarte algo que no necesito decirte. Pero no me mates. Sé que quieres matarme, y creí que estaba en paz con la idea, pero no quiero morir. Prométeme que no me matarás y te diré qué ha sido lo peor. ¿Ves?, si yo hubiera matado a ese chico, te lo estaría contando, ¿verdad?

Me alejo y me apoyo en un árbol, de cara a él. Pego la frente en mis palmas. Sé que ha hecho cosas terribles, y no sé si podré escucharlo decir que ha hecho cosas peores.

Grove continúa sin que yo lo mire.

—Porque confesar lo de Freddy sería más fácil que lo que tengo que decir. Lo entiendes, ¿verdad? ¿Por qué confesar algo peor? Solo prométeme… Prométeme que no me vas a matar. Yo no… No quiero morir.

En todo caso, escuchar lo que tiene que decir hará que todo esto sea más fácil para mí. Miro para otro lado, aunque me quedo donde estoy. Grove puede verme con más claridad que yo a él, y eso está bien.

—Te prometo que no te haré daño —le digo, porque no le debo la verdad.

—He mentido sobre Lucas —dice—. Yo… ya sabía que iba a defenderse. Sabía que sería como los demás. Así que le mentí acerca de la cámara. Creí que, si lo convencía de que iba a dejarlo marchar, las cosas resultarían más fáciles. Iba a matarlo de todos modos, porque sé que es la única forma real de mantenerlos callados. Tengo que cargar con eso, ¿no lo ves? Compartir el dolor significa que tengo que matar a esos chicos, y no quiero hacerlo porque yo fui uno de ellos una vez, pero…, pero es la única forma de sentirme mejor.

»¿La lata de gasolina que tenía en la parte de atrás de mi coche? Era para él. En cuanto acabara con él, iba a prenderle fuego. Pensaba arrastrarlo al bosque, cavar un hoyo, quemarlo y enterrarlo. Iba a hacerle mucho daño: mucho, de verdad. Y así nadie sabría nunca lo que le había pasado. Nadie sabría que había sido yo.

No sé qué decir, así que no digo nada.

—Ha habido otros.

—¿Cuá…? —empiezo a preguntar, pero las palabras se me quedan

atascadas en la boca. Debería haber traído algo de agua. Hay un poco en el coche, pero, en lugar de ir a buscarla, trago saliva y sigo adelante—. ¿Cuántos?

—Cuatro. Seis en total. Y tenías razón sobre la semana que viene. La cámara no era para controlarlos, era para mí, para mirar una y otra vez, porque pensé que así podría dejar pasar más tiempo entre la urgencia de hacerle daño a alguien. La última vez que maté a un chico fue hace dos años. Se llamaba Ryan Ashcroft. Y el anterior, hace ocho años, y se llamaba Carl Nichols. Los otros eran Neil Webster y Aaron McGee. Lo siento —dice—. Lo siento mucho, pero ahora sabes que no maté a Freddy, ¿verdad? De haber sido yo, te lo diría. Te he dicho todo lo demás. Y tampoco le hice daño al otro chico, al que saltó.

Paso los dedos por la corteza del árbol contra el que me apoyo. Noto lo afilada que está.

—Has matado a seis chicos —afirmo.

—No es necesario que hagas esto —dice.

Hundo la uña del pulgar en la corteza, arranco un pequeño segmento y lo presiono con el dedo. Duele, pero me gusta.

—Por favor, no tienes que hacer esto. Puedo decir que he estado aquí todo el tiempo. Tú puedes decir que fue aquí donde me encontraste. Solo tenemos que decir lo mismo. Nadie sabrá lo que me has hecho. Y, aunque yo dijera algo, sería tu palabra contra la mía, y te creerían. Son tu gente. Diles que me encontraste aquí y yo les diré lo mismo. Por favor, por favor, eso funcionará.

Me saco la astilla de corteza de debajo de la uña. Con toda franqueza, no sé qué pensar. Todo lo que sé es que ya no puedo estar aquí. Le paso una tira de cinta aislante por la boca, rodeo su cabeza y se la vuelvo a pasar por la boca. Murmura algo, tal vez un «me prometiste». Luego, vuelvo por donde he venido. Bajo mis pies crujen varas y trozos de ramas. Chasquean igual que el ojo de Grove cuando enterré el pulgar en él. Cada crujido hace que las dudas y la culpa se arremolinen mientras el volumen del zumbido sube al máximo.

Capítulo 52

Desde dentro del aserradero, tras la puerta destrozada, Lucas observa al sheriff Cohen salir de entre los árboles, con la cabeza gacha y los hombros caídos. Da la impresión de haber perdido una pelea. Llega al todoterreno y cierra el portón trasero. Se queda un momento mirando el bosque y luego, con pasos lentos, se pone al volante. Sale al camino, y el polvo que brota de la grava, iluminado por las luces traseras, se convierte en una neblina roja. Cuando se ha ido, Lucas va al aparcamiento y consulta su teléfono. Si no tenía señal dentro del edificio, fuera no es diferente. Su batería también está en números rojos. La habría cargado antes, pero no creyó que fuera a necesitar el móvil: había batería de sobra para buscar en el garaje del sheriff Cohen, no para ir de excursión por el bosque.

La luna está en cuarto creciente y el cielo está despejado. Sus ojos tardan apenas unos instantes en adaptarse a la oscuridad. Atraviesa la puerta que ha sido arrancada y bajo la cual está enganchado un tramo de cinta de la escena del crimen. Se dirige hacia los árboles. Un vistazo atrás le muestra el aserradero. Es una cueva negra como el carbón, dispuesta a tragarse a cualquiera que cometa el error de acercarse.

Apunta con el teléfono hacia los árboles. La luz atraviesa la oscuridad lo suficiente como para que pueda ver ramas y varas rotas. Podrían ser señales de un camino, pero también podría tratarse de uno de los muchos senderos que han hecho quienes han venido en busca de Grove. Mira la luna. Está justo detrás. Entra en el bosque. ¿Hasta dónde debería llegar? El sheriff Cohen y el conserje caminaron en línea recta. Mientras tenga la luna detrás, debería estar bien, y luego, cuando se dé la vuelta, deberá tenerla delante. Mira las ramitas rotas junto a los árboles. Algunas ya están secas, pero hay otras frescas. Sigue las frescas.

Un minuto más tarde, encuentra al conserje. Lo ha sujetado a un árbol con una cadena. Este fija en Lucas la mirada de su único ojo bueno. El otro está hinchado y en carne viva. Tiene costras de sangre

y mucosidad, pero eso no hace sentir mal a Lucas, ni lo más mínimo. Grove murmura algo, solo que Lucas no puede oírlo por la cinta adhesiva que el asesino tiene en la boca. Parece una fotocopia de su yo original, con los colores desteñidos, aunque igual de delgado. Lucas se agacha junto a él y pellizca un borde de la cinta adhesiva. Mete bien los dedos en una de las esquinas hasta que ha cogido lo suficiente para tirar. Al desenrollar la cinta de la boca y alrededor de la cabeza del conserje, arranca pelos, pero no le importa.

El conserje suelta una sonora exhalación.

—Gracias a Dios. Gracias a Dios. Tienes que ayudarme. Por favor, tienes que ayudarme. El sheriff está loco.

Lucas no dice nada. Detesta la idea de estar de acuerdo con él, pero parece que el tipo tiene razón.

—Por favor, por favor, por favor, ayúdame.

Lucas dirige la luz hacia sí mismo.

—¿Sabes quién soy? —pregunta.

El conserje niega con la cabeza.

—Yo salía del trabajo, iba de camino a casa y el sheriff se abalanzó sobre mí. Me metió en su coche y me trajo aquí para matarme. Si vuelve, te matará a ti también. Tenemos que darnos prisa.

—Dime que me reconoces.

—Necesito ir a un hospital. Me duele mucho el ojo. Necesito que me ayudes. Haré lo que sea. Por favor, ayúdame.

Algo se mueve en el árbol, por encima de ellos. Al oír el sonido, ambos miran hacia arriba. La linterna capta los ojos de una zarigüeya, que los vigila desde su posición. Mira de Lucas al conserje y de nuevo a Lucas, contenta de seguir donde está, sin dejar de observarlos.

—Mírame —dice Lucas, y se acerca para que el conserje pueda verlo mejor. Este inclina la cabeza hacia un lado. Tiene cerrado el ojo sanguinolento mientras con el bueno escudriña a Lucas de arriba abajo.

—Yo… Yo no… —dice, pero Lucas observa cómo, después de haberlo reconocido, le ha cambiado la cara.

Capítulo 53

Es el chico. El maldito chico a quien quería matar va a ser su salvador.

—No iba a hacerte daño, lo juro, de verdad que no —dice Simon. Tiene que intentarlo, aunque no hay ninguna posibilidad de que Lucas le crea—. Solo estaba bromeando. Iba a asustarte un poco y luego te dejaría ir, eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sé que es una locura, y no puedo evitar que lo parezca, pero te juro que ibas a estar bien. Yo solo… Me gusta asustar a la gente.

—Intentaste matarme.

—No, nunca. O sea…, claro, después de que me pegaras esa puñalada, perdí un poco el control, pero ¿quién no? De verdad, me hiciste mucho daño. Pero te juro que iba a dejarte ir. Esa fue siempre la idea. Sabes que estoy diciendo verdad, por la cámara, e incluso entonces no iba a tocarte. Solo quería darte un buen susto.

—¿De la misma forma que asustaste a los otros?

Vale, a Lucas no hay quien lo convenza de nada diferente, pero eso tampoco importa. Lo que importa es recibir ayuda, y el chico no está dispuesto a reconocerlo, pero también necesita ayudarse a sí mismo.

—Tenemos que marcharnos. Si el sheriff vuelve, nos matará a los dos. No solo a mí, sino a ti también, porque estás aquí, y no deberías estar aquí, y esto no tiene nada de normal, ¿verdad? Lo sabes, ¿verdad? ¿O quieres acabar muerto?

Lucas niega con la cabeza. La zarigüeya que rebuscaba en el árbol hace unos momentos sigue vigilándolos. Una vez, cuando Simon estaba de pícnic con sus segundos padres, los buenos, una zarigüeya se cayó de un árbol y golpeó a su madre. Después se largó. Su madre juró no volver a ir de excursión. Eso fue unas semanas antes de que su padre sufriera el infarto que le bajó el interruptor. Se hace a un lado. Si aquello volviera a ocurrir en este momento, la zarigüeya fallaría. No quiere pensar en qué más habrá por ahí, en la oscuridad.

—En cuanto te desate, vas a intentar matarme —dice Lucas.

—No puedes desatarme, estoy esposado, pero en el aserradero podrías encontrar algo con lo que forzar las cerraduras. Es fácil —dice, aunque no lo sabe a ciencia cierta. Forzar las cerraduras de las esposas parece fácil en televisión—. Te juro que no voy a hacerte daño. Mírame. Para salir de aquí, necesito tu ayuda.

Lucas niega con la cabeza, parece dudar.

—O puedes pedir la ayuda de alguna persona.

Lucas mira su teléfono y sacude la cabeza.

—No hay cobertura.

—Entonces, camina hasta que encuentres a alguien. Si no me ayudas, moriré aquí —dice, y luego se le ocurre un nuevo argumento —. Al no ayudarme, me estarás matando. ¿Eso es lo que quieres? ¿Convertirte en un asesino?

—¿En uno como tú? ¿Con los otros chicos que has matado?

—Todo fue un malentendido —dice—. Nunca he matado a nadie.

—Ajá. Creo que debería dejarte aquí. Si el sheriff Cohen te quisiera muerto, ya te habría matado. Cualquiera que sea su plan, no es matarte, así que tal vez sea solo cuestión de esperar.

—Vamos, no eres idiota, sabes que va a matarme.

—Matarte sería una locura.

—¿Sí? Y, de todo esto, ¿qué no lo es? —Lucas asiente, y Simon ve que se ha apuntado un tanto. Continúa—: Me ha estado torturando. Quería saber del otro chico, pero yo no lo toqué, lo juro.

—Freddy Holt.

—Sí, él, pero yo no le hice nada, de verdad. Te mentí cuando te dije que lo había matado. Quise asustarte un poco. Supuse que, si pensabas que yo lo había matado, no lucharías. Entre eso y la cámara, me imaginé que harías lo que yo quisiera. Tienes que ayudarme.

—No lo sé. Ibas a matarme, y…

—Tienes que creerme sobre Freddy Holt. Juro que no tenía…

—Te creo —dice Lucas.

—¿En serio?

—Sobre Freddy, claro, pero no sobre el resto.

—¿Qué?

—Desde el principio supe que mentías acerca de Freddy.

—¿En serio?

—Sí. A ciencia cierta.

—¿Sí? ¿Cómo…, cómo…? —pregunta Simon, pero se interrumpe. No. Seguro que no. Claro que no.

—Ya casi lo tienes —dice Lucas.

Simon no deja de sacudir la cabeza mientras tropieza una y otra vez con la respuesta. No, no, no. No puede ser. Solo que… ¿Qué más podría ser?

—¿Tú? ¿Lo mataste tú?

Lucas se mete la mano en el bolsillo y saca un trozo de cinta de la escena del crimen. Quizá la ha traído del aparcamiento. La desenreda.

—Como Freddy, ya has llegado demasiado lejos para que te salven —dice Lucas.

—¿Qué coño significa…?

—Es el gusano. Tienes uno, igual que él. Se entierran en tu cerebro y tiran de las palancas en direcciones en las que nunca se habían movido. Eso también explica lo que ocurre aquí. Un día, el sheriff Cohen era el sheriff Cohen, pero ahora es algo diferente.

—Escucha, escucha, Lucas, tú…

No consigue terminar. Lucas le enrolla la cinta amarilla alrededor del cuello y aprieta. No hay a donde ir, nada con que luchar. Tiene miedo de morir, miedo de lo que pueda estar esperándolo. Se rebela, pero lo único que consigue es dar pisotones en el suelo mientras se va quedando sin aire…

Vuelve al coche de sus padres. Su hermano está a su lado y sus padres, delante, mientras el agua entra a raudales. Al principio, el coche se balancea y flota. Luego, el peso del motor lo inclina hacia delante y tira hacia abajo. Tiene miedo, tiene mucho miedo. Es como caer en el agujero más hondo del mundo.

Capítulo 54

Las cosas no empezaron con Freddy. Empezaron con Wolfy, el pastor alemán que su padre trajo a casa por Navidad cuando Lucas tenía trece años. Estaba enamorado de ese perro. Iba a todas partes con él. Caminaban kilómetros. Iban al parque y jugaban con una pelota de tenis, un disco volador o un palo. Wolfy parecía sonreír todo el tiempo. Sin importar lo que estuviera haciendo, fuera perseguir ese disco, comer, dormir o acurrucarse a los pies de Lucas, lucía esa sonrisa día tras día. La tenía incluso después de haber mordido a Lucas. Para entonces, Wolfy había cumplido seis meses. Una semana antes de la mordedura, en su caca habían aparecido gusanos que parecían espaguetis vivos. Eso trajo a la memoria de Lucas aquel documental que había visto años atrás, entre aquellos documentales que condujeron a las pesadillas, a la ansiedad y al diagnóstico del síndrome de Ekbom.

Cuando a Wolfy le detectaron los gusanos, el veterinario recetó medicamentos y prometió que los parásitos no tardarían mucho en desaparecer. Pero se equivocó, porque luego vinieron los mordiscos: en un momento, Wolfy estaba mordisqueando una pelota de tenis y, al siguiente, el brazo de Lucas. Mientras la madre llevaba al chico al hospital para que le curaran el brazo, el padre llevaba a Wolfy al veterinario.

El padre volvió del veterinario con Wolfy metido en una caja. Lo que el cachorro le había hecho a Lucas era muy grave, y no había otro remedio que sacrificarlo. Lucas sabía que los gusanos eran los culpables de todo. Wolfy había sido infectado por uno como los del documental. Un gusano monstruoso había llegado hasta su cerebro, y lo que fuera que había dentro de Wolfy y que hacía que Wolfy fuera Wolfy se había alterado para siempre. Lucas también sabía que, por más que el cachorro se hubiera quedado dormido para toda la eternidad, el gusano que lo había trastornado seguía vivo.

Su perro había sido castigado por algo que no era culpa suya.

Y, con respecto al gusano, ¿qué podría impedir que saliera de Wolfy

y se metiera en otra cosa? Los gusanos, por su propia naturaleza, vivían en la suciedad, y este haría lo mismo hasta encontrar otra víctima.

De pronto, Lucas tenía dos motivos para encontrar al gusano: uno, castigarlo y dos, evitar que perjudicara a otros. Su padre salió al patio y se encontró a su hijo con el brazo metido hasta el codo en el perro, un animal al que, hasta el día en que el veterinario le clavó una aguja, había querido. Incluso entonces, Wolfy seguía teniendo la misma sonrisa, aunque sus ojos estaban tan apagados que no podían respaldarla. Su padre había enterrado al perro a última hora de la tarde, solo que Lucas lo había desenterrado por la noche. Y así halló a su hijo, antes de que este tuviera la oportunidad de cazar al mismo gusano que el veterinario, de haber sabido buscarlo, habría encontrado. A la madre de Lucas nunca le contaron lo que el chico había hecho. El día de la excavación, ella estaba fuera. No había motivo para preocuparla con esos detalles. El gusano escapó. Un año después, sin embargo, Lucas supo a dónde. Volvió a aparecer dentro del electricista que sus padres contrataron para las reformas de la casa.

El electricista, al igual Wolfy, le habría hecho daño a más gente si no se le hubiera detenido. Lucas sabía que el electricista tenía un gusano dentro. Cuando hablaba con ellos, era simpático, pero era todo lo contrario cuando no lo hacía. Lo había oído hablar por teléfono y referirse a su madre como una auténtica zorra a la que habría querido arrastrar al sótano y poner en su sitio, tal como había hecho con aquella camarera de la ciudad, la del Big Bar, a quien él, junto con quienquiera que estuviera hablando, había seguido hasta su casa una noche. A Lucas no le gustaba que hablaran así de su madre. Tampoco le gustaba la idea de que ese hombre les hiciera daño a las camareras. En absoluto. Había que detener la cosa esa que controlaba al electricista. Así que, cuando el hombre cortó la luz de la casa, Lucas volvió a conectarla. Los electricistas eran gente acostumbrada a recibir descargas eléctricas. Sobreviviría. Pero esperaba que el gusano no.

Supuso que habría algún sonido cuando aquello ocurriera. Un zumbido tal vez, como en esas escenas de las innumerables películas

de Frankenstein en las que un montón de grandes generadores de energía dan vida al monstruo.

No se oyó nada.

No hubo mucho de nada.

Al menos, daba la impresión de no haber pasado nada.

Fue como si alguien hubiera puesto la pausa: el electricista dejó de moverse, agarrado a esos cables que no podía soltar, con la cara tensa, como si estuviera concentrado en un problema difícil. Tal vez, si aquello hubiera continuado, la casa se habría incendiado y el hombre habría ardido, pero un repartidor se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo y cortó la corriente. Resultó que el electricista tenía problemas de corazón y había sufrido una parada cardiaca. Llegó la ambulancia, y también el sheriff Cohen, aunque en esos tiempos no era el sheriff. El electricista sobrevivió. Había sufrido un accidente. Esa fue la conclusión. Había cometido un error, uno del cual aprendería.

Esa noche, el padre de Lucas entró en su habitación y le preguntó si él había vuelto a conectar la corriente eléctrica. Lucas no quería decirle una mentira a su padre, pero sabía que la verdad le gustaría aún menos, así que le dijo que no. El padre asintió, no dijo nada más y salió. Lucas se quedó preguntándose a qué había venido eso.

Terminaron las reformas y sus padres empezaron a trabajar en el jardín. Cuando su madre estaba plantando rosales, encontró un perro al que Lucas había matado ese mismo año. Era el que había mordido a Victoria Tennent, la chica de la que él estaba enamorado, aunque no había vuelto a hablar con ella desde que tenía diez años. Victoria había llegado al instituto con la pierna vendada. La había mordido el perro de su vecino. Oyó a otros revelar lo sorprendidos que estaban de que no se hubiera sacrificado al perro. Claro, él no podía estar seguro de que se tratara del mismo gusano. Pero sospechaba que sí: los gusanos crecían y se multiplicaban. Eran como virus. Así que podía tratarse de uno diferente, pero, aun así, ser parte del mismo árbol genealógico. En cualquier caso, había que ponerle fin. Atrajo al perro y lo abrió, solo que no encontró nada. Y eso que buscó a fondo. Se había equivocado, y ese error lo atormentaba sin parar.

A veces, un perro malo no es otra cosa más que un perro malo.

Ninguna disculpa ni justificación convencerían a su madre de que se quedara en casa después de haber encontrado al perro y, sobre todo, después de que su padre admitiera que sabía lo que Lucas le había hecho a Wolfy. Luego, su padre también reconoció que sabía lo del segundo perro, algo que Lucas se sorprendió de oír. Lucas no sabía si su madre estaba más enfadada con él o con su padre por encubrirlo. Ella hizo las maletas. Ninguno de los dos pudo convencerla de que se quedara.

Luego vino lo de Freddy.

Hace un año, Freddy pegó un estirón, y resultó que también tenía algo creciendo en su interior: una maldad de la que Lucas se convirtió en válvula de escape. Freddy empezó a meterse con él. Lo insultaba y chocaba con él por los pasillos. Pero, como en algunas noches del pasado se habían contado historias de fantasmas en el patio trasero, metidos en sacos de dormir, bajo un cielo grande y abierto, aquella maldad era toda una traición para Lucas. ¿El cambio de Freddy era físico? ¿Sería una especie de parásito?, ¿una solitaria consciente? ¿Sería eso lo que lo hacía actuar de esa manera? Lucas sabía que la respuesta a todas esas preguntas era un gran sí.

Entonces Taylor Reed se suicidó, y a Lucas le caía bien Taylor. No eran amigos, pero tenían una relación cordial. Muy rápido se supo que lo habían acosado sin piedad por internet. A Lucas no se le había ocurrido que Freddy pudiera estar detrás de eso, no hasta que notó la maldad del chico el día después de la muerte de Taylor, la maldad personificada en Freddy golpeando a su novia.

Aquella paliza había ocurrido en la madrugada del domingo. Antes de ver a Freddy y Alexandra, ya los había oído, así que se escondió en el patio de un vecino y esperó a que pasaran. Alexandra vivía a unas calles de distancia y Lucas estaba cerca de la casa de la chica. No tenía nada que ver con ella, pero sí todo que ver con el perro del señor y la señora Courtney, al que acababa de enterrar mientras los dueños creían que se había escapado. Era un perro que se estaba haciendo viejo y que había pasado de dejarse acariciar por Lucas cada mañana a gruñirles a los extraños e intentar morderles los dedos, y él sabía, por supuesto que lo sabía, que el perro ya no era

capaz de tomar sus propias decisiones. Tras el descubrimiento de su madre aquel día en el jardín, había aprendido dos cosas: la primera era que necesitaba hacer hoyos más profundos; la segunda, que no tenía por qué hacer los entierros en su propio patio, ya que había otro vacío a unas calles de distancia.

El vestido de Alexandra estaba roto. La chica iba cubierta de manchas de hierba, tenía el pelo revuelto y había llorado hasta convertir su maquillaje en largas estrías. Caminaba bajo las farolas como si llevara por dentro un cristal roto. Freddy la seguía a unos pasos de distancia. Cuando él le puso una mano en el hombro, ella se volvió y le dio una bofetada tan fuerte que Lucas pensó que despertaría a todo el vecindario. Freddy la empujó y le dio una patada en el vientre. Le dijo en voz baja algo que Lucas no alcanzó a oír. Luego le escupió, se dio la vuelta y se alejó.

Al cabo de un rato, Alexandra se puso en pie, lloró un poco, se alisó la ropa con las manos y siguió caminando. Lucas sentía curiosidad por saber si ella denunciaría los hechos o los ocultaría. Sabía que cualquiera de las dos cosas podría ocurrir. Llevaba en la mano su cuchillo «de ardilla». Así lo llamaba porque dos años antes lo había encontrado en un parque, donde alguien lo había utilizado para clavar una ardilla muerta en un árbol. También llevaba en la mano su pala militar, con la que, momentos antes, había terminado de aplanar la última capa de tierra que cubría al perro de los Courtney. Al fin, Alexandra se marchó, y entonces Lucas fue tras Freddy. Ahora llevaba la pala bien plegada y metida en su bolsa. Una pala de ese tamaño hacía lento el cavar, pero llevar una de tamaño normal habría suscitado sospechas.

Esa misma noche, Lucas consiguió que Freddy ya no pudiera hacerle daño a nadie más. Y, aunque también abrió a su viejo a migo para hurgar en su interior, no fue capaz de encontrar el gusano. Una vez más, era posible que se hubiera equivocado. Quizá un Freddy malo no era otra cosa más que un Freddy malo. Pero no, él no creía que las cosas fueran así. Era más probable que, en el tiempo transcurrido entre matar a Freddy y abrirlo en canal, el gusano hubiera encontrado una escapatoria. Por lo visto, era más rápido de lo que él creía.

Ahora, con el conserje, espera tener más suerte.

Lucas lo alumbra con su linterna. Simon tiene la cara flácida, morada e hinchada; los ojos, cerrados. No tiene utensilios con los que abrirlo en canal, pero cree que podría encontrar algo en el aserradero.

Se da la vuelta, pero solo consigue dar un paso antes de que la batería de su móvil se agote y lo sumerja en la oscuridad.

Capítulo 55

La banda elástica que el lunes me unía a Grove ha vuelto. Cuanto más conduzco, más se estira, más dolorosamente. Llego a Earl's Garage y me detengo en la explanada, donde solían estar los surtidores. Earl era todo un personaje, un tipo que aparentaba setenta años a los veinte y que habría aparentado los mismos setenta a los cien, si hubiera llegado tan lejos. Siempre gentil, le encantaba dar consejos de viejo sobre coches, la vida y el mundo. Desearía que estuviera aquí ahora mismo para confesarle mis pecados y que me diera su opinión de viejo sobre todo esto. Earl y los veteranos como Earl tienen una peculiar forma de ver el mundo. Tal vez me cortaría la oreja y me diría que soy un idiota.

Me trago un par de analgésicos y reproduzco mi conversación con Grove una y otra vez. Ha mentido sobre la mayoría de las cosas, pero su confesión sobre los otros cuatro chicos suena a verdad; y, si ese fuera el caso, ¿por qué no admitir lo que le hizo a Freddy Holt o a Taylor Reed?

Lo admitiría. Así de sencillo. Lo que significa que no mató a Freddy ni acosó a Taylor.

¿Dónde me deja esto?

¿Y dónde está Freddy ahora?

Cuando los padres de Freddy denunciaron la desaparición de su hijo, la primera persona con la que hablé fue Alexandra Brannon, la novia. Ella me confirmó que la noche anterior se habían escapado de sus casas para encontrarse y que Freddy había estado bebiendo mucho. Relató que él a menudo les robaba dinero a sus padres y que tenía un amigo a quien pagaba para que le comprara cerveza, con una comisión añadida. Encontramos a ese amigo y él nos confirmó que ese mismo día había comprado alcohol para Freddy, pero no teníamos motivos para sospechar que estuviera implicado ni que supiera algo sobre la desaparición del chico. Mi sensación al entrevistar a Alexandra fue que se estaba callando algo. Le pregunté si era posible que Freddy hubiera sido quien hacía *bullying* a Taylor

Reed. Ella no dijo nada durante unos instantes, luego asintió con movimientos lentos, después lloró un poco y terminó diciendo que sí, que lo creía más que probable. Dijo que había llegado a la conclusión de que Freddy no era la persona que ella creía, que algo dentro de él la asustaba, que habían terminado la relación justo la noche que él desapareció. Yo estaba seguro de que había más, solo que ella no quiso decirlo. Supuse que Freddy la había lastimado, y no solo emocionalmente, sino de una de las peores formas en que un hombre puede lastimar a una mujer. Pero no iba a presionarla para que me lo contara.

Alexandra pensaba que el chico había huido, y se alegraba de ello. Pero, de haber sido así, él se habría llevado cosas. Habría metido ropa en una bolsa. En el banco tenía un par de cientos de dólares que pudo haber sacado, pero no lo hizo. Hasta el momento, nadie ha utilizado su tarjeta de crédito. Ni su teléfono. Por ese motivo, nunca podremos adoptar del todo la teoría de la huida. Sin embargo, había una teoría similar. Freddy se había adentrado en el bosque tras ser abandonado por su novia, posiblemente después de agredirla y de acosar a Taylor Reed hasta provocar su suicidio, y había ido allí con la intención de beber hasta emborracharse. Y quizá bebió hasta provocarse la muerte, fuera a propósito o por accidente.

—¿Qué te parece, Earl? ¿Qué hago con Grove?

Si Earl anda por aquí, su espíritu permanece tranquilo.

La banda elástica sigue apretada y no tengo otra forma de aliviar la tensión más que retroceder. Doy la vuelta al coche. No sé qué voy a hacer, pero haré algo. Cualquier cosa: terminar de una vez con el sufrimiento de Grove o llevarlo a la comisaría.

Vuelvo al aserradero.

Capítulo 56

Así que ahora Lucas se enfrenta a dos problemas: en primer lugar, no tiene nada con lo que abrir al conserje y buscar la singularidad que lo convierte en Simon el Tonto. Sin duda, un gusano tan enfadado y lleno no podría esconderse aquí tan bien como en Freddy. El segundo problema es que, incluso si lograra abrirlo, no tendría luz para examinarlo. Solo se vería un lío de vísceras y fluidos sin poder entender qué es qué. Mira hacia arriba en busca de la luna, que se ha ocultado entre las copas de los árboles. En esta época del año es como estar bajo una manta. En invierno, todas las ramas serían esqueletos. Lucas se estaría muriendo de frío, desde luego, pero al menos podría ver el cielo. Esto le plantea un tercer problema, uno que supera a los otros dos. Está perdido.

Frustrado, se mete en el bolsillo la cinta de la escena del crimen, hecha bola, junto con su teléfono y la cinta adhesiva que arrancó de la boca del conserje. Se sitúa con el muerto detrás, lo que, a su modo de ver, pone el aparcamiento al frente, en línea recta. Será un recorrido de solo veinte metros en la oscuridad, tal vez treinta. No debería ser un problema. Así que pone un pie delante del otro y extiende las manos para ir tocando los árboles mientras camina. La oscuridad no es total, lo cual ayuda, y muy pronto siente que está cerca del aparcamiento, lo que confirma al ver unos faros que parpadean entre los árboles. ¿El sheriff Cohen habrá venido a terminar lo que empezó? O, peor aún, ¿se habrá dado cuenta de que Lucas ha estado escondido en su coche?

Se da la vuelta y echa a correr. Mientras avanza, los faros se apagan y desaparecen por completo. Engancha un pie en la raíz de un árbol y tropieza. En la caída, gira el cuerpo y acaba golpeándose la misma parte de la cabeza que recibió el golpe ayer. El bosque entero se ilumina: cada árbol, cada sombra, incluso el cielo, todo se ilumina de un blanco brillante como el interior de una explosión atómica. Al instante siguiente, todo se oscurece. Por un momento, las cosas han vuelto a ser como ayer, cuando estaba en la ambulancia, cuando el

tiempo cambiaba. Se desmaya. O cree que se ha desmayado, tal vez solo por un par de segundos. Un minuto, como mucho. Cuando vuelve en sí, los faros han desaparecido. Se queda donde está, atento al sonido de algún motor en marcha o al de pasos entre los árboles. No sabe lo lejos que ha corrido. Treinta metros, quizá. Podrían ser cuarenta, incluso. La picazón en la mano es una locura.

Se pone en pie y tantea el camino entre los árboles, de vuelta al aparcamiento. Camina despacio para no chocar con nada y, una vez recorridos treinta metros, sigue sin haber aparcamiento. Lo que significa que debe haber corrido cuarenta. Camina otros diez.

Los árboles siguen sin tener fin. Clava el pulgar en la venda y siente alivio, pero le dura poco. Cierra los ojos e imagina el bosque desde arriba. Imagina el aserradero, el aparcamiento, a Simon el Tonto y su propia posición entre todo ello; luego camina otros diez metros, pero sigue sin encontrar nada. Su mapa mental está muy desajustado. Puede que ni siquiera esté mirando en la dirección correcta.

La luna. Encontrarla sigue siendo su mejor posibilidad para salir de aquí. Trepa por el árbol que tiene a un lado, incómodo por la mano vendada. Ha sido una mala idea. Mientras trepa, no alcanza a ver nada. En cambio, para caer, solo tendría que tratar de coger una rama que no esté en su sitio, poner un pie donde no debe o dejar que se le resbale la mano mala. Podría romperse un brazo, una pierna o el cuello. Regla de oro si te pierdes en el bosque: quédate donde estés hasta que alguien venga a buscarte. Eso, por supuesto, en caso de que alguien sepa que te has adentrado en el bosque. Y eso también depende de que no hayas matado a nadie. Así que no puede quedarse esperando a que lo encuentren. Tampoco puede seguir vagando en la oscuridad.

¿O sí?

Vale la pena intentarlo. Elige una dirección y camina durante unos minutos para ver a dónde lo lleva. Norte, sur, este u oeste. Una lo llevará de vuelta al aparcamiento. Y eso le da la probabilidad de uno entre cuatro. A menos que tenga que considerar una dirección intermedia e ir al sureste; o al noroeste, al noreste o al suroeste. Eso le da una probabilidad de uno entre ocho. Es mejor que acurrucarse contra la base de un árbol y esperar.

Camina dos minutos en lo que pronto empieza a pensar que no es una línea recta. Aunque sus ojos siguen adaptándose a la oscuridad, sigue sin ver gran cosa. Solo largos cuerpos verticales con delgados brazos horizontales. Tiene una posibilidad de uno entre ocho de haber elegido la dirección correcta, pero siete entre ocho de perderse para siempre.

Y esto es lo que parece.

Lo mejor que puede hacer es esperar a que amanezca, trepar a un árbol y buscar el aserradero. Si no alcanza a verlo, al menos oirá los coches en la autopista. Buscar una salida en la oscuridad significa correr el riesgo de adentrarse más en el bosque, donde no lo ayudaría ni la luz diurna.

Esto no le gusta, pero es lo único que le queda.

Se sienta, se apoya contra un árbol, cruza una pierna sobre la otra y espera.

Capítulo 57

Durante unos minutos, me siento en el coche, con los faros iluminando los árboles, y luego, durante unos minutos más, con las luces apagadas. Sigo pensando que lo resolveré, sigo engañándome a mí mismo, sigo pensando que hay una forma de avanzar sin perder mi humanidad. Grove es un mal tipo que se merece que le ocurran cosas malas, pero no se merece lo que le estoy haciendo. O tal vez sí. Si yo estuviera leyendo esto en el periódico, es decir, si estuviera leyendo que alguien ha secuestrado a Grove y lo ha tratado de esta manera, me diría: «Se lo merece». Pero, dado que yo soy el otro, me cuesta mantener ese pensamiento.

Arranco el motor y salgo del aparcamiento. He optado por no hacer nada, si es que eso puede considerarse una decisión. Estoy tan cansado que apenas puedo pensar con claridad. Es posible que las cosas tengan otro aspecto mañana por la mañana. También es posible que Grove muera esta noche por el frío, el hambre o la infección, o que Bigfoot lo atrape. Cualquiera de esas cosas me quitaría la decisión de las manos.

La banda elástica se va tensando de nuevo mientras conduzco. Hace que el dolor de cabeza empeore hasta obligarme a parar y tomar un par de analgésicos. Pero ni así desaparece. Tengo que conducir un poco más despacio para no chocar con los puentes y los árboles. Al llegar a casa, empiezo a andar a trompicones; sin embargo, las cosas se equilibran cuando veo que la casa no se ha quemado y que mi padre sigue durmiendo en la terraza, aunque supongo que hay argumentos para decir que, en realidad, está inconsciente. Lo agarro del hombro y no se despierta. Tampoco es que me apetezca mucho levantarlo, así que ato un par de latas a sus pies para oírlas cuando se despierte y se levante. Luego voy a la cocina y enciendo el ordenador portátil.

Paso la siguiente hora leyendo sobre Ryan Ashcroft, Carl Nichols, Neil Webster y Aaron McGee. Sus historias son similares a las de Harry Waltz y Eric Delany. Cuatro adolescentes. A uno lo

encontraron desnudo y ensangrentado en una cuneta, a donde fue arrojado desde un vehículo. A otro lo encontraron en un contenedor, desnudo y ensangrentado, detrás de una pizzería que la semana anterior había cerrado por infracciones sanitarias. Otro apareció en un terraplén y el otro, detrás de un restaurante cerrado en un centro comercial abandonado. Leo sus historias, leo sobre quiénes eran, leo acerca de las familias que quedaron devastadas tras la estela de Simon Grove, de cuatro asesinatos sin resolver con cientos de kilómetros de distancia entre ellos. Las familias han recaudado dinero para recompensas, más de cien mil dólares en total. Estoy haciendo esto por el dinero de la recompensa, pero no quiero el de ellos. Es como si estuviera contaminado, como si fuera un suplemento producido por el dolor. Leer estas historias, leer acerca de todo este dolor y miseria, debería hacerme sentir mejor con respecto a Grove, pero no es así. Al final, voy al baño y vomito. Pase lo que pase, persiste lo que ahora estoy dispuesto a llamar «la paradoja de Freddy Holt». Si el lunes hubiera esposado a Grove y lo hubiera llevado a comisaría, podríamos haberlo interrogado. Él habría desmentido lo de Holt, y los demás habríamos tenido la oportunidad de debatirlo, pero, al final, todos le habríamos creído. Si yo matara a Grove, esto cerraría el caso de Freddy. No puedo asegurar que Grove sea inocente en ese crimen, lo que significa que, si Freddy no huyó ni se perdió, alguien más lo mató, y ese alguien obtendría un pase a la libertad.

Para seguir pensando en la solución necesito más analgésicos. Estoy a punto de tomarme un par cuando un golpeteo de latas me indica que mi padre acaba de despertar. Salgo y lo encuentro de pie en el borde de la terraza, meando en el jardín. Espero a que termine. Se deja la polla fuera del pijama y vuelve a la tumbona.

—Vamos a llevarte a la cama —le digo.

—Debo prepararme para ir al trabajo —alega—. Tengo un nuevo cliente a primera hora de la mañana.

—Todavía te queda tiempo para dormir unas horas.

—Esa es la ética de trabajo de un fracasado —me dice—. ¿Tu padre no te enseñó nada mejor?

—Sí, eso hizo.

—¿Y por qué coño tengo estas latas atadas?

Corto los cordeles.

—Tengo que ducharme.

Entra en la casa y se dirige a su dormitorio. Se mete en la cama y enseguida se queda dormido.

Cierro la puerta y apoyo una lata en el picaporte. Si papá intenta salir, la lata caerá y me despertará. Me imagino que la oiré mejor si duermo en el sofá. Cojo los analgésicos, me los tomo con un trago de *whisky* e intento dormir un poco.

TERCER DÍA

Capítulo 58

Llamo a Deborah a primera hora de la mañana. Me dice que estará encantada de venir a pasar el día con mi padre. Siento como si la resaca de ayer hubiera vuelto, y no me ayuda en nada cargarme de café y huevos. En los días, meses y años venideros, recordaré que la mañana en que me convertí en asesino empezó con unos huevos fritos por un solo lado. Acompaño mi desayuno con un zumo de naranja que sabe a ceniza. Me pregunto si así sabrá todo de hoy en adelante o si se me pasará. Cargo el lavavajillas y lo pongo en marcha. Cada día hace ruidos más extraños. Este aparato está en las últimas. Si llegara a casa y me encontrara con una inundación en la cocina, sería un día como otro cualquiera. Papá desayuna en el salón mirando la tele, aunque está apagada.

Poco después de la llegada de Deborah, Hutch viene a recogerme. Apenas son las siete de la mañana y pronto saldrá el sol. La previsión es que brillará con fuerza y hará mucho calor. Cada verano que pasa, el sol parece más a punto de incendiar el mundo. Conducimos por calles casi vacías mientras los barrios se despiertan poco a poco. Todavía me siento cansado. Mi sueño de anoche fue irregular. Creo que dormí dos horas, si acaso. Ha sido uno de esos sueños en los que nunca sabes con certeza si de verdad has dormido algo. El Adderall que acabo de tomar no me ha hecho efecto, pero los analgésicos sí.

—He encontrado dos casos sin resolver de fuera del estado que coinciden con el *modus operandi* de Grove y con sus periodos vacacionales —dice Hutch—. Uno es un chico de trece años llamado Glen Kerr; el otro, uno de catorce llamado Neil Webster. He enviado a esos departamentos todo lo que sabemos. Quizá algo termine por encajar.

Ocurrirá en uno de los dos casos, porque Neil Webster es uno de los nombres que me dio Grove.

—Vale. Sigue buscando —le pido, y yo también buscaré más tarde, porque, ante el público, esta será mi forma de vincular a Grove con

los otros chicos de los que me ha hablado. También es una forma de dar a esas familias un poco de consuelo.

Llegamos a la comisaría. El equipo nocturno no se ha ido. Se trata de un par de agentes que pasan la mayor parte del tiempo charlando. Están matando la última hora de su turno. Sharon también está aquí, en su escritorio, aporreando el teclado. Wade llegará pronto y detrás, el turno de día. En ese momento, el equipo de noche se marchará. Hago café, no porque me apetezca, sino porque es lo que hago siempre. Es importante que siga teniendo la actitud más normal posible, no la de un tipo que esconde un gran secreto.

Sharon me sigue a mi despacho. Se sienta enfrente. En estos días le he estado diciendo muchas mentiras. Me imagino que aún me queda alguna más por decir. Parece cansada. Hoy todos parecen cansados. Si las cosas salieran como creo que van a salir, esta noche, por fin, todos podrán tener un sueño decente.

—¿Han llamado muchos buscadores de recompensas? —le pregunto.

—Hemos tenido algunas llamadas —dice ella, y sé que dejará lo mejor para el final, porque a Sharon le gustan los dramas bien construidos y la emoción. Siempre he pensado que sería una buena abogada—. Anoche, ya tarde, llegaron muchas. Las hemos comprobado: la mayoría son de personas que viven cerca de casas vacías y sugieren esos lugares como posibilidad, pero, de momento, nadie ha visto nada.

Cojo mi café. Tomo un sorbo. No me gusta. Bebo otro sorbo.

—¿Qué hay de nuestra vidente de guardia?

—Llamó en cuanto la nueva recompensa se anunció en las noticias.

—Apuesto a que sí —digo.

La señora Rita Packard ha tenido visiones y recibido mensajes de los muertos desde que, durante la adolescencia, la derribó un caballo. Ahora, a los sesenta años, ofrece su experiencia en todo tipo de casos: pequeños robos y mascotas desaparecidas, pasando por ayudar a personas que han escondido algo en su casa y han olvidado dónde. Para ella, es un simple juego de estadísticas, del mismo modo que incluso un reloj estropeado acierta dos veces al día. Sin embargo, Rita no ha sido otra más que un reloj estropeado que acierta, como

mucho, una vez al mes. Hace los mejores bizcochos que cualquiera de nosotros haya probado y, cuando viene a la comisaría, siempre nos trae un poco. Así que estamos encantados de escuchar sus teorías, sobre todo a última hora de la tarde, cuando todos tenemos hambre.

—Siente que Simon Grove está en algún lugar del bosque.

Todo mi cuerpo se tensa. ¿Qué probabilidades hay de que hoy sea el día en que ese reloj descompuesto acierte?

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Ha dicho que su espíritu la visita.

—¿Cree que está muerto? ¿Él le ha dicho algo?

—Que se perdió en el bosque. No sabe bien dónde. Que murió anoche y que por eso acaba de visitarla en sueños. También ha dicho que estará encantada de recibir el dinero, sea en efectivo o cheque, una vez que encontremos al conserje allí.

—Dile que, si el espíritu de Grove volviera de visita esta noche con unas coordenadas GPS, yo mismo le llevaré el cheque mañana a primera hora.

—Ha habido una llamada más —dice Sharon—, y creo que esta te va a gustar.

Sí, eso creo. Al fin y al cabo, la hice yo mismo con un teléfono desechable y una aplicación que disfrazaba mi voz.

—La llamada ha llegado esta mañana temprano. Era un hombre. Dijo que no quería ser identificado, pero que sabía dónde estaba Simon Grove.

—¿Otro vidente?

—No lo creo. Pidió hablar contigo. Dijo que volvería a llamar esta mañana, pero que te comentara algunas cosas.

Me inclino hacia delante y la miro interesado.

—¿Qué cosas?

—Quiere el dinero de la recompensa en efectivo, sin preguntas.

—No creo que lleguemos a ponernos de acuerdo —digo, a sabiendas de que sí lo haremos.

—Hay más. Ha dicho que sabe que Grove sigue vivo, que él es capaz de localizarlo con una precisión de treinta centímetros y que, si no hay pena, no hay delito. Y ha añadido que, si estuviera equivocado,

solo te haría perder media hora, pero que, si tuviera razón, estaría poniendo al asesino en nuestras manos.

—¿Le crees?

—Parecía creíble, y tiene razón. No es que vayamos a pagarle la recompensa por adelantado.

—¿Dejó algún número?

—Oculto. Ya te he dicho que volverá a llamar. Pero no vamos a poder pagarle la recompensa de forma anónima, y eso no le va a gustar. Hay procedimientos para casos así.

Este siempre iba a ser el problema.

—Tienes razón, solo que la recompensa que se está ofreciendo proviene de las familias de los chicos, no de los departamentos de policía, lo que significa que ellos ponen las reglas. Investígalo —le digo, porque yo lo hice ayer—. Quizá encuentres algo que permita a las familias conformarse con un arreglo así.

—Pero no la recompensa que ofrecemos nosotros —dice—. Sabes que no podemos entregarla a una persona anónima. No podemos, así de simple. ¿Y en efectivo? Imposible.

—Más tarde lo debatiremos. Si Grove estuviera por ahí, en alguna parte, y este tipo supiera dónde, entonces quizá tendríamos que hacer de tripas corazón y pagar. Si alguien se quejase, yo asumiría toda la responsabilidad.

—Sigue sin gustarme.

—A mí tampoco. Como te he dicho, podemos discutirlo más tarde. Cuando vuelva a llamar, dale mi móvil.

—Claro que sí.

—¿Algo más?

—Hay un ladrón en el instituto.

—¿Un ladrón?

—Ayer le robaron la cartera a un profesor, el teléfono a una alumna y el reloj a otro. Alguien ha estado por ahí robando cosas.

Pienso primero en Nathan. Mi segundo pensamiento es avergonzarme de mi primer pensamiento. La cosa es que este tipo de conductas no son ajenas a mi hijo. Tal vez piensa que es emocionante hacerlo, o a lo mejor ni siquiera eso. Quizá piensa que es guay, sobre todo si su padre es el sheriff.

—Envía a Hutch. Haz que se lleve a Rick para que tome huellas de las escenas. Puede que no conduzca a nada, pero montaremos un pequeño espectáculo para que el ladrón se lo piense dos veces antes de volver a hacerlo.

Sharon se va a trabajar y yo me pongo al día con el correo electrónico. A los cinco minutos, ella vuelve a la oficina y me dice que ha habido un accidente de coche al otro lado del puente de entrada a la ciudad. Hutch se está preparando para ir al instituto, así que voy a la escena con Wade, cada uno en su propio coche patrulla. Ahora hay más tráfico en la carretera; muchos son padres que llevan a sus hijos al colegio, otros van de camino al trabajo. Llegamos al puente. Hay un minibús lleno de gente que ha venido a hacer senderismo por el bosque. Se le ha reventado un neumático, se ha salido de la carretera y ha ido a dar contra un árbol. Una ambulancia ya está atendiendo a uno de los turistas, que tiene un corte en la cabeza, pero, aparte de algunos golpes y magulladuras, todos los demás están bien. Nos han dicho que van en busca de Bigfoot. Hablan del accidente muy animados, como si todo formara parte de la aventura.

La parte delantera del minibús está destrozada y hay cristales alrededor de la base del árbol. Vuelvo a mi coche y cojo la cámara de la guantera. Cuando la enciendo, el objetivo brota hacia delante con un zumbido. Saco un montón de fotos. Mientras estoy tomando declaraciones, llega una grúa. Don Peterson se baja y nos damos la mano. Hace unos años, Don sustituyó a Dan, su padre, en el oficio de multiusos. A veces, es cerrajero; a veces, conductor de grúa, sepulturero o manitas. Tiene un campo de acción muy amplio. Lleva una nueva chaqueta de camuflaje y un sombrero, también de camuflaje, pero debería ir a reclamar la devolución de su dinero, porque aún puedo distinguirlo. Mientras separa el minibús del árbol y lo sube a la grúa, nos ponemos a charlar. Wade transporta al conductor y a los otros pasajeros de vuelta a la ciudad. La caza de Bigfoot tendrá que esperar unas horas. La escena se apaga. Pronto seré el único aquí. Y apenas son las ocho y media.

Uso el móvil desechable para llamar a la comisaría y, con ayuda de la aplicación, disfrazo de nuevo mi voz. Le pregunto a Sharon si puedo hablar con el sheriff Cohen. Me dice que estoy fuera de la

oficina y me da mi número. No lo escribo. Le doy las gracias de nuevo y cuelgo. En ese momento, la radio de mi coche cobra vida. Es Sharon. Contesto. Me dice que acaba de llamar el hombre que ha dicho tener información sobre Simon Grove y que le ha dado mi número. Le agradezco el buen trabajo. Luego, con el móvil desechable, marco el número de mi propio móvil para que quede constancia de la llamada. Antes de contestar, dejo que suene varias veces. No me molesto en mantener una conversación conmigo mismo, pero la reproduzco en mi cabeza.

—Sé dónde está Simon Grove.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En el aserradero abandonado. A unos veinte metros del camino de tierra.

—Estupendo. Si lo encontramos allí, todo ese dinero será suyo.

—Esto suena muy bien.

—Gracias por ser un estupendo ciudadano.

—Gracias por ser un policía fabuloso.

Cuento hasta sesenta y cuelgo los dos teléfonos.

Conduzco hasta el aserradero.

Capítulo 59

A Lucas le duele la espalda. También un costado. El suelo está lleno de hoyos y no cede, por lo que le ha sido imposible encontrar una postura cómoda. También tiene hambre. Lo último que comió fue *pizza*, y parece que fue hace una semana. La noche refrescó más de lo esperado. La combinación de escalofríos e incomodidad le estuvo provocando una serie de pesadillas extrañas en las que Wolfy arrancaba del aire pequeños trozos de Freddy Holt, trozos que Lucas le arrojaba después de haberlos seccionado con su cuchillo de ardilla. En cada ocasión, él le decía «buen chico», como solía hacer antes de que Wolfy dejara de portarse bien.

Se pone en pie y se sacude la ropa. Para rascarse la mano, se ha arrancado la venda. El rascado le estuvo funcionando bastante bien durante un rato, solo que el corte ha empezado a latirle. Sabe cuál es el problema. Lo ha sabido desde el momento en que la sangre infectada del conserje cayó a gotas en el corte abierto en su palma. La pastilla desparasitante no ha funcionado, y Lucas ha sido un idiota al pensar que lo haría. Al examinar la herida, vislumbra el minúsculo movimiento del gusano que se aleja de la superficie y se adentra aún más. Pellizca, pero es demasiado tarde. Sabe lo que le dirían los médicos: que todo está en su mente. Es fácil decirlo cuando no eres tú quien siente que eso se mueve dentro. Aprieta la muñeca con la esperanza de que el gusano dé la vuelta y se dirija de nuevo hacia la abertura. Sujeta la herida durante un minuto, y luego dos, y, después de admitir que el gusano se le ha escapado, la suelta. Necesita volver a casa. Necesita medicación. No quiere despertar mañana y ya no ser Lucas, sino una versión alterada, el tipo de Lucas al que hay que sacrificar. Se pregunta si su padre ha denunciado su desaparición o si solo cree que se ha ido al instituto. Se habrá dado cuenta de que su mochila sigue ahí. Recuerda el coche patrulla frente a la casa. El policía le dirá que no lo ha visto. Entonces, ¿qué?

No oye el tráfico. No sabe si es por la hora temprana o si se ha adentrado demasiado en el bosque. Lo que sí sabe es que está a un

kilómetro de profundidad. Los pájaros colman los árboles con sus cantos. Se sopla en las manos para calentarlas antes de vendarse otra vez la palma herida. Le duele la cabeza; solo espera que sea por el golpe de anoche, cuando tropezó, y no por el gusano. Y menos, que se trate de un segundo gusano. También se arañó una rodilla.

Empieza a trepar el árbol contra el que durmió. Es un trabajo duro, pero se hace más fácil cuanto más alto está, ya que el tronco y las ramas se vuelven más delgados y son más fáciles de agarrar. Sin embargo, todo se hace más difícil después, cuando se han vuelto demasiado finas. Exhala un gran suspiro de alivio al distinguir el tejado del aserradero, a unos cien metros, como máximo. Baja y se dirige al aparcamiento. Aún no sabe qué hacer para volver a casa, solo sabe que ahora mismo lo mejor es resolver los problemas de uno en uno. Está casi en el borde del aparcamiento cuando oye que se acerca un coche. Retrocede, se refugia detrás de un pino, con los dedos pringosos por la savia, y mira por un costado. Es el sheriff Cohen. Lo ve aparcar en el mismo lugar de anoche y quedarse dentro del coche patrulla, sentado, mirando los árboles. No tiene buen aspecto. Es como si no hubiera dormido en días. Tiene el pelo revuelto, no se ha afeitado y sus ojos parecen hundidos. Mientras medita algo, tampoco parece tener prisa por ir a ninguna parte. Lucas supone que todo esto tiene que ver con Simon el Tonto. Lo ve pensar en su próximo movimiento, porque el sheriff no sabe que ya se lo han arrebatado. ¿Qué hará, se pregunta Lucas, cuando encuentre muerto a Grove?

El sheriff Cohen llega al final de su proceso de reflexión y sale del coche. Se ajusta la funda del arma, echa atrás los hombros y se apoya en la portezuela. Eso sugiere que el proceso de reflexión no ha terminado en absoluto. O quizá sí, y lo que ocurre es que no ha quedado contento con el resultado.

Al final, se interna en el bosque.

Capítulo 60

Me repito la historia una y otra vez mientras camino entre los árboles. Aquí encontré a Grove. Abrió fuego y me vi obligado a devolvérselo. ¿Dónde ha estado escondido las últimas treinta y seis horas? Nunca lo sabremos. Así que me repito la historia, me recuerdo a mí mismo que nadie se ha merecido una bala más que Grove y sigo mi camino entre hojas, ramitas rotas y tierra revuelta. Oigo pájaros y, más lejos, coches en la autopista. La temperatura desciende conforme me adentro en los árboles y, cuando llego a donde dejé a Grove, estoy temblando.

El conserje se ve gris, desnudo, sanguinolento y destruido. Con la cabeza inclinada hacia abajo, duerme un profundo sueño. Recuerdo que nuestra vidente local ha dicho que estaba muerto. Lo empujo, y no se mueve. ¿Tenía razón la vidente?

Lo empujo y lo vuelvo a empujar.

—Oye —le digo, y le doy una bofetada—. Oye, despierta.

No despierta. Si está muerto, será difícil explicar cómo ha podido devolver los disparos. Esto significa que el relato ha cambiado: recibo una llamada anónima y lo encuentro, y todos piensan que quien hizo esa llamada es quien lo mató. Significa que no hay dinero.

—A la mierda.

Le inclino la cabeza hacia atrás. Hay una línea roja alrededor de su cuello.

—¿Qué demonios?

Desenfundo la pistola. Hago un rápido giro completo, luego uno más lento. Aquí no hay nadie más. Aun así, mantengo el arma en una mano mientras, con la otra, abro el ojo bueno de Grove. Tiene una hemorragia, un clásico indicio de estrangulamiento. Vuelvo a mirar hacia los árboles. Nada. Solo que esto no puede ser verdad. Tiene que haber alguien. Grove no se ha estrangulado solo.

Las preguntas no se hacen esperar. ¿Quién ha hecho esto? ¿Cuánto vio anoche? ¿Fue alguien que pasaba por aquí o alguien que me estuvo siguiendo? Compruebo si Grove tiene pulso y no se lo

encuentro, pero el tipo sigue caliente, y eso no tiene sentido. O tal vez me he precipitado. Así que respiro hondo y vuelvo a comprobar si hay pulso, y sí, ahí está, débil y errático. Esto vuelve a poner en juego la narrativa original: se volvió para dispararme. No obstante, hace que la marca de estrangulamiento alrededor de su cuello sea difícil de explicar. Pero también lo son todas las heridas que se ha hecho desde que lo metí en el maletero, hace dos días.

Quienquiera que haya hecho esto, ¿habrá dejado el trabajo sin terminar a propósito?

¿Y cómo justificar la liberación del dinero de la recompensa?

Entonces se me ocurre algo: puede que a Grove lo estuvieran estrangulando en el momento de mi aparición, lo que significa que no estoy solo. Hago otro giro completo. Luego cubro un perímetro de diez metros, quince. Salgo en espiral y vuelvo a entrar. A cada paso imagino una mira que apunta hacia mí, una figura oculta y lista para apretar el gatillo. Pero, si quien hizo esto tenía un arma, la habría usado contra el conserje, desde luego. Lo cual no significa que no saldrá de repente de detrás de un árbol con una rama o una roca. Busco durante unos minutos más y vuelvo a donde está Grove. No sé qué hacer. Mi plan original de pegarle un tiro aún podría funcionar, si estuviéramos aquí solos y si quien hizo esto no me vio aquí anoche. Pero ¿cómo saber si alguna de esas cosas es cierta?

Guardo el arma. Le quito las esposas y dejo la cadena donde estaba. Miro a mi alrededor en busca de la cinta adhesiva que falta en la boca de Grove, pero no la encuentro. Quienquiera que lo haya estrangulado se la llevó, supongo que por las huellas dactilares. Así que quizá tuvieron una conversación. ¿Habrá surgido mi nombre? Y la persona que lo mató, ¿sabrá lo que le pasó a Freddy Holt?

¿Habrá sido Freddy Holt quien hizo esto?

Recojo a Grove. Mis rodillas estallan, mis costillas chillan con el esfuerzo, los discos y las vértebras amenazan con salirse de su sitio. Con él colgando de mi hombro, me abro paso entre los árboles.

Capítulo 61

Y, al igual que cuando era niño, vuelve a salir del túnel. Al final había luz, junto con una sensación de paz. Al principio no sabe dónde está, ni siquiera sabe quién es. Es un hombre en la mar, atrapado por las olas, y recuerda entonces que trabaja en barcos, que es pescador y que se llama Simon. Todo vuelve a él en un gran golpe: su infancia, su apetito por hacer daño a los chicos, el verse atrapado por Cohen y, después, atado en su sótano... Y luego Lucas, estrangulándolo con la cinta de la escena del crimen. Le duele la cabeza, le duele la garganta y, si no está muerto, ¿qué está pasando? Su ojo herido está cerrado, quizá para siempre, y el mundo a través del ojo bueno está borroso. Algo se le clava en el vientre y siente que sus brazos se balancean. Puede ver el suelo del bosque que se mueve debajo como una cinta transportadora. Tal vez está muerto y este es el camino al infierno.

Un par de piernas que no son las suyas aparecen en su campo de visión y escucha el sonido de una respiración: lo llevan a cuestas a alguna parte. ¿Fuera del bosque o más adentro? Pero esa no es la cuestión importante, sino ¿quién lo lleva? Si es el sheriff Cohen, ¿sabrá que sigue vivo? A medida que las cosas se van enfocando, está cada vez más seguro de que quien lo lleva es Cohen. Luego, cuando alcanza a distinguir la pistolera con claridad, está cien por cien seguro de que es Cohen. Con cuidado, alarga la mano hacia la pistola. Hay un pequeño cierre a presión. ¿Cohen será capaz de oírlo por encima de los ruidos del bosque? En cualquier caso, tiene que intentarlo. Contiene la respiración y levanta el cierre, que apenas hace ruido. Tampoco hace ruido la pistola al sacarla de la funda. La está girando hacia el sheriff cuando llegan al borde del aparcamiento. En eso, Cohen cambia de posición y se lo quita del hombro.

Grove se desploma en el suelo. Se mete el arma por debajo y cae sobre ella para esconderla. Cierra el ojo y contiene la respiración. Entonces oye las pisadas del sheriff, que se aleja. Los pasos se apagan y suena la puerta de un coche.

—Sharon, soy Cohen —dice—. Estoy en el viejo aserradero. El que

llamó dijo que aquí es donde encontraríamos a Grove.

El conserje puede oír una respuesta, pero no alcanza a entenderla.

Entonces Cohen dice:

—No, no hacen falta refuerzos. Echaré un vistazo y te avisaré.

Ahora, Simon oye algo más que una respuesta, pero, de nuevo, no entiende. Ni que le hiciera falta. Se pone de costado y mira hacia el aparcamiento. Cohen está de pie, al lado de un coche patrulla que tiene la puerta abierta. Está hablando por la radio, a veinte metros de distancia, con la cabeza gacha.

Simon saca la pistola de debajo de su cuerpo y apunta.

Capítulo 62

—De verdad, no es buena idea que estés solo por ahí, sheriff, no lo creo —dice Sharon.

Me quedo mirando la radio durante unos segundos.

—Estaré bien, estoy seguro de que él no…

El parabrisas se convierte en una telaraña de grietas incluso antes de que yo alcance a oír el disparo. El relleno del reposacabezas del acompañante sale disparado. Me agacho y me aseguro de que el motor quede entre la próxima bala y yo. Quien haya estrangulado a Grove sigue por aquí. Busco mi pistola, pero no está en la funda.

—Idiota —digo, porque Grove debe haberla cogido mientras lo llevaba a cuestas. Mi relato inventado se está desarrollando en la vida real.

Otro disparo da en el coche, no podría decir dónde. Ha sonado como un trueno. Cojo el móvil, activo la cámara y lo asomo por encima del salpicadero. Puedo ver a Grove en la pantalla. Se ha puesto de pie. Avanza zigzagueando a izquierda y derecha, con los brazos extendidos y la pistola apuntando en mi dirección. Aquí soy un blanco fácil.

Dispara de nuevo. La bala impacta en el coche, aunque yo no podría decir dónde. Miro hacia el aserradero. Por la forma en que Grove se tambalea, sería un milagro que acertara el tiro si yo corriera hacia allí. Alargo la mano y cojo las llaves del coche para que no pueda usarlo. Es hora de volar, y estoy a punto de echar a correr cuando recuerdo que mi pistola, la original, la que he dicho que Grove me robó, sigue bajo el asiento, esperando a que la plante en su cuerpo. La agarro. Está descargada, pero hay munición en la guantera. Abro la caja y dejo caer las balas por el suelo. Con las manos temblorosas, voy recogiendo las balas de una en una para insertarlas en el cargador. Sharon da gritos por la radio. Me pregunta qué está pasando.

Cojo el micrófono.

—Disparos, disparos. Necesito refuerzos de inmediato —le digo.

Suelto la radio. Oigo que Sharon está enviando un mensaje a todas las radios, dice que me están disparando en el viejo aserradero.

Uso el teléfono para comprobar dónde está Grove. Se ha tumbado. Tiene la pistola cogida con ambas manos y apunta al coche. Dispara otra vez y le da a una de las ruedas delanteras. Intenta darme en los pies.

Asomado por el lateral de la puerta, centro al tipo en la mira. Me esfuerzo por mantener firmes las manos y aprieto el gatillo. La bala le da en el hombro y se cuela hacia su pecho. Sin dudarlo, hago un segundo disparo. El impacto le sacude la cabeza hacia un lado. Grove se queda sin fuerzas y el arma se le cae de las manos.

Aun así, antes de acercarme, me quedo donde estoy unos instantes más, apuntándole con el arma. Cuando llego a su lado, pateo su pistola —mi otra pistola— hasta dejarla fuera de su alcance. Grove rueda sobre la espalda. Mi segunda bala le ha hinchado el lado derecho del cráneo. Me mira. Tiene cerrado el ojo herido y el de la hemorragia, abierto. Por la línea que rodea su cuello, más oscura ahora, corre sangre de las dos heridas de bala. Está al borde de la muerte.

—¿Quién te estranguló?

Me mira. Luego más allá de mí, hacia el firmamento, hacia el sol, como buscando el cohete que lo llevará al cielo. Pero está mirando en la dirección equivocada.

—Hola —le digo—. Simon, ¿quién estuvo aquí anoche?

Su ojo se pone en blanco, su cara se relaja. Está a punto de irse. Total, este tío sí que lo ha tenido fácil. Mucho más fácil que sus seis víctimas. Mucho más fácil que lo que Lucas Connor lo habría tenido. Este tipo ha podido caer luchando.

Claro que yo también lo tengo fácil. Ante su cadáver, aún no sé si yo habría podido hacer lo que tenía que hacer, y ahora nunca llegaré a saberlo.

—Te merecías algo peor —le digo, aunque ya no me oye. Su ojo abierto se ha apagado, tiene la cara distendida.

Debo darme prisa.

Vuelvo al coche. Cojo la radio.

—Sharon, la situación está bajo control. He abatido a Simon Grove.

Repito: he abatido a Grove.

—¿Simon Grove está muerto?

—Afirmativo.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿A qué distancia están los refuerzos?

—A diez minutos por lo menos, sheriff.

—Diles que no hay necesidad de darse prisa. No queremos que nadie se estrelle por culpa de Simon Grove.

—Se lo diré.

Vuelvo a donde está Grove. Intercambio las armas. Lo dejo con la que todos creen que me robó. Se la pongo en las manos y la marco con sus huellas. Después se la quito de una patada. La pistola gira y se desliza por el aparcamiento. Ahora es como si hubiera abierto fuego contra mí con mi arma original y yo le hubiera respondido con la de reemplazo. Balística sugeriría una historia diferente, pero nadie les pedirá su opinión. No hará falta.

Tomo la misma ruta entre los árboles hasta donde encadené a Grove. Han quedado surcos en la tierra, donde sus pies pateaban de un lado a otro mientras se asfixiaba. Borro los surcos a patadas y los cubro con ramitas y piñas. Recojo la cadena y vuelvo. La echo debajo del asiento del pasajero de mi coche.

Me siento al sol en el capó, echo un vistazo a Grove y espero a que lleguen los demás.

Mientras tanto, miro hacia el bosque y me pregunto si quien estranguló a Grove me estará observando. Me pregunto qué estará pensando de todo lo que acabo de hacer.

Capítulo 63

La sorpresa del sheriff Cohen cuando Grove abrió fuego debió haber sido tan grande como la del propio Lucas cuando vio que Grove seguía vivo. Toda su atención estaba puesta en el sheriff. Ni siquiera había visto al conserje dando tumbos y escabulléndose por el aparcamiento hasta que sonó el primer disparo. Anoche cometió un error. Tenía que haberse asegurado de que conserje estuviera muerto de verdad…

No se lo dirá a nadie, porque, a fin de cuentas, el sheriff Cohen le ha metido dos tiros.

Ahora, Cohen está sentado en el capó del coche patrulla. A veces, mira al conserje; a veces, hacia el bosque, quizá en busca de quien estranguló a Grove. Las sirenas suenan cada vez más cerca. El coche patrulla está lleno de disparos. Antes salía vapor de debajo del capó, pero ya no. Cuando las sirenas se acercan, Lucas se adentra aún más en la espesura. No puede imaginar ningún motivo para que la policía llegue hasta allí.

Trepa a uno de los árboles más altos y, a dos tercios del camino, encuentra un ángulo con vistas al aparcamiento y se detiene. Según sus cálculos, está a cincuenta metros. Puede ver luces intermitentes, aunque las sirenas han callado. Ve a un par de agentes entrar en el aparcamiento. Se detienen junto al sheriff Cohen, a un lado de su coche patrulla, y se quedan los tres con los pulgares en las pistoleras, todos mirando al muerto. El sheriff Cohen habla agitando las manos, haciendo gestos; señala hacia los árboles. Manotea para indicar distancias. Señala su coche, el parabrisas roto. Y, aunque Lucas no oye nada, sabe lo que está diciendo. Está en pleno discurso de «era él o yo». Todo el mundo parece satisfecho con el resultado.

Llega una furgoneta, se abre la puerta y sale una mujer. Se recoge el pelo gris en un moño, se mete la camisa en los vaqueros y se pone un traje blanco de nailon. Antes de acercarse al cadáver, se cambia de zapatos. Pasa cinco minutos mirando cosas y vuelve con el sheriff Cohen y los demás, que siguen de pie junto al coche agujereado.

Luego hay más gestos que dibujan formas en el aire, y también señales, mientras se enfrascan en una conversación. Lucas cree que la mujer también está recibiendo el discurso de «era él o yo» y, a menos que tenga algo contra el sheriff Cohen, ella también habrá quedado satisfecha con los resultados. La mujer del traje de nailon niega con la cabeza, luego asiente y vuelve a negar con la cabeza. Todos se giran hacia el cuerpo. Entonces la mujer del traje de nailon asiente una vez más. Empieza a tomar fotos de la escena un fotógrafo tan pálido que Lucas cree que es la primera vez que lo exponen a la luz del sol. Cubre todos los ángulos. Cada vez que apunta la cámara hacia los árboles, Lucas echa la cabeza atrás, aunque, a cincuenta metros de distancia, será tan solo un píxel en una pantalla. Hay otra persona midiendo las distancias. Llega más gente. Algunos se internan entre los árboles y Lucas no encuentra ángulos para verlos.

Se pregunta qué estará pasando en casa. Es probable que el coche patrulla que estaba fuera ya se haya ido. Para Lucas, el peligro ha dejado de existir. ¿Se habrá dado cuenta su padre de que ha salido sin la mochila?

Aparece una grúa. También una furgoneta de las noticias. Los agentes del sheriff les dicen algo a los del equipo de noticias. Estos retroceden veinte metros y siguen grabando. Sin duda, también recibirán su discurso de «era él o yo», y Lucas piensa que para ellos no es importante quién es el muerto siempre que haya uno. Es bueno para los índices de audiencia. Al menos, eso es lo que siempre dice su padre. Deben ser alrededor de las once. El sol ha subido y sus rayos se filtran entre los árboles. El chico tiene los brazos y las piernas entumecidos y siente hambre. Aparece un coche patrulla con alguien que lleva bocadillos y bebidas. Se siente tentado de bajar y confesar todo con tal de comer. Tiene que haber bayas por aquí, ¿no? Es un bosque. Pero no puede ver ninguna, no desde aquí arriba, e, incluso si las encontrara, no podría recordar qué colores son los buenos y cuáles los malos. Tampoco ve ninguna fuente de agua. Le tiemblan las piernas. Tiene la boca tan seca que le duele. Recuerda un truco. Lo hacía un personaje de uno de los libros de su padre cuando se moría de sed. Se ponía una moneda bajo la lengua para salivar. Lucas rebusca en sus bolsillos y encuentra una moneda de veinticinco

centavos. Se la pone bajo la lengua y, en efecto, empieza a salivar, pero solo un poco. Sí, le quita la sequedad, pero no lo ayuda con la sed. Vuelve a meterse la moneda en el bolsillo.

La gente sale de los árboles y pasa por el aserradero. Algunos hacen un alto en el camino para comer o beber algo. Deben imaginarse que Grove estuvo escondido por aquí, sobreviviendo de alguna manera. Lucas se baja del árbol y estira las piernas. Eso lo ayuda con los calambres, aunque no con el hambre. Se quita la venda de la mano y examina el corte. Tres de los puntos se han desgarrado, y puede que haya una infección, pero nada de eso importa mientras haya un gusano dentro de él corriendo enloquecido. Es una cuenta atrás. Tiene que ocuparse de él antes de que el gusano se encargue de él.

Se sienta. Escucha el bosque, pero no puede oír nada de lo que ocurre en el aparcamiento, donde se desarrolla toda la acción. Cierra los ojos y deja pasar treinta minutos. Siente movimientos en el estómago. Ahora no sabe si es el hambre o el gusano, que está dando vueltas en espiral. Se está alimentando, y por eso Lucas se muere de hambre. Vuelve a subir al árbol. Las cosas no han cambiado mucho, salvo que la grúa ha dado la vuelta. El conductor está enganchando el coche del sheriff Cohen. Lucas esperaba que las cosas se hubieran calmado, pero no es así. Vuelve a bajar. Se sienta contra el árbol, mete las rodillas bajo la barbilla y se balancea hacia delante y hacia atrás, muy lento, mientras hace un esfuerzo por ignorar a su estómago; sin embargo, no consigue otra cosa que concentrarse aún más en él. Podría apostar que, si fuera Nathan quien estuviera aquí, cazaría un conejo o un oso, lo cocinaría, se lo comería y guardaría la piel de recuerdo. La gente escribiría canciones sobre el suceso. La gente…

Maldita sea.

Se levanta. Camina a paso veloz. Lo asalta un nuevo pensamiento. ¿Y si el conserje habló con el sheriff Cohen cuando este lo encontró? ¿Y si estaba consciente y le contó al sheriff todo lo que había pasado? Según sus observaciones, el sheriff sacó a Grove de allí para llevárselo al hospital y ayudarlo. No puede estar seguro de nada y no lo cree probable, pero, ahora mismo, el sheriff Cohen podría saber ya

quién ha sido el culpable del estrangulamiento de anoche. En este momento, los policías podrían estar buscando a Lucas en el instituto.

No. Lo primero podría ser cierto, pero no lo segundo. Si el conserje le dijo algo al sheriff Cohen, este no va a decírselo a nadie. No puede. Por supuesto que no.

Pero ¿qué haría?

Sigue caminando. Mientras tanto, delibera sobre la pregunta y las posibles respuestas, que van desde compartir el mismo destino que Simon el Tonto hasta que el sheriff Cohen venga a charlar con él y le diga que cada uno guardará su propio secreto. Deja pasar otros treinta minutos y vuelve a trepar al árbol. El coche del sheriff Cohen está enganchado y el conductor de la grúa hace las últimas comprobaciones. El conserje está en el mismo sitio, solo que ahora se ha convertido en el relleno de una bolsa para cadáveres. Un agente ayuda a la mujer del traje de nailon a arrastrar una camilla hasta el cuerpo. Bajan la camilla al suelo y, juntos, levantan la bolsa para colocarla encima. Meten el cuerpo en la parte trasera de la furgoneta. La mujer del traje de nailon se queda allí durante unos minutos, quizá asegurándose de que la carga no se desplace. Al fin sale, se quita el traje, hace una bola con él y lo deja caer en el asiento del copiloto. Antes de marcharse, habla un momento con los demás. La grúa la sigue. El muñeco de nieve que ha estado tomando las fotografías también termina y se marcha. Otros dejan de medir distancias y ángulos y empiezan a consultar el reloj. Miran el cielo. Según Lucas, debe ser alrededor de la una.

Durante las dos horas siguientes, observa cómo se apaga la escena. Si no fuera por el hambre, podría quedarse dormido. Las sombras que antes apuntaban en una dirección ahora apuntan hacia la otra. Al final, solo han quedado dos personas: el sheriff Cohen y la ayudante Hutchison. Están apoyados en el coche patrulla de Hutch, mirando los árboles, como hacía el sheriff cuando empezó el día. Los observa charlar un rato, solo que esta vez no hay grandes gestos de «o él o yo». Debe haber preguntas sobre qué hacía el conserje aquí, sobre los moratones que tenía en el cuello, aunque ninguna respuesta. Al menos, ninguna respuesta para otro que no sea el sheriff Cohen.

Por fin, suben al coche y se alejan.

Lucas baja, estira la espalda y los brazos y se abre paso entre los árboles hasta el aserradero.

Capítulo 64

Ya de vuelta en la comisaría, nos dan las cuatro. Me apetece una cerveza, y a otros también. La adrenalina está en niveles altos. Con el tiempo, la historia de hoy se adornará. Los relatos dirán que me tiré al suelo, que rodé, me arrodillé y abrí fuego. Dirán que me quedé con una sola bala, avanzando entre tiros y sin miedo, mientras los disparos de Simon Grove me pasaban por un lado y el otro.

—Todavía no puedo creer que fueras allí tú solo —dice Hutch.

Estoy tan ensimismado que casi no la escucho. Estuve toda la tarde esperando que alguien saliera de entre los árboles y contara a todo el mundo lo que yo había hecho. Este examen de una escena criminal ha sido rápido. Hutch llegó primero, luego Wade, luego la médica forense. Aparecieron otro par de forenses, algunos medios de comunicación y más policías. Ninguno cuestionó mi historia. ¿Por qué habrían de hacerlo? Grove estaba allí. No había indicios de que hubiera estado allí todo el tiempo ni nada que señalara dónde se había escondido, solo que estaba allí hoy. Era un hecho. Pero nadie sabía qué le había sucedido antes de que yo llegara. Sabían que alguien lo había mantenido desnudo y lo había estrangulado, y que tenía marcas de bridas en las muñecas y los tobillos. La teoría es que se liberó de sus captores más o menos a la misma hora en que yo llegaba y que la persona que lo ató es la misma que llamó para pedir la recompensa. Esa teoría no explica por qué aún tenía mi arma.

No puedo asegurar que nadie vaya a pasar mucho tiempo pensando en quién torturó al conserje e hizo la llamada. Grove era un tipo malo que abrió fuego contra la policía local y salió perdiendo. Mató chicos y arruinó vidas. Les dije a todos que, en sus últimas palabras, Grove había confesado el asesinato de otros cuatro, de los cuales no me había dado ningún nombre, y que él no sabía nada de Freddy Holt. Les planteé lo mismo que el conserje me había planteado a mí: ¿por qué confesar todos los demás crímenes y no el de Holt? Ninguno se lo creyó. Y no los culpo. Es el tipo de cosas que uno tiene que vivir en

persona: ver a alguien negar mientras está atado a un árbol y con un ojo a punto de reventar.

En los últimos días, hemos estado buscando casos de fuera del estado que puedan estar relacionados con Grove. Esta mañana, antes de salir al aserradero, Hutch recibió el expediente de Ryan Ashcroft. El chico tenía trece años. Desapareció cuando volvía a casa de un entrenamiento de béisbol. Lo encontraron a la mañana siguiente en un contenedor, desnudo y estrangulado. Es uno de los cuatro que Grove mencionó. Encontraremos a los demás.

—¿Sheriff?

—¿Sí?

—Era peligroso —dice Hutch.

Estamos sentados los dos solos en mi despacho. Bebo a sorbos una cerveza que no sabe a ceniza. Haber matado a Grove en defensa propia, en lugar de haberlo asesinado a sangre fría, hace que la comida y las bebidas sepan mejor, pero todavía no tan bien como deberían. Me tiemblan las piernas bajo el escritorio. Siento que necesito salir a correr o a gritar al vacío. Intento hacer encajar lo que pudo haber ocurrido anoche, pero es imposible, porque no tengo ninguna de las piezas.

Hutch continúa:

—Ahora mismo, tú podrías estar en la mesa de autopsias.

Hutch está decepcionada conmigo. Una más que se une al club.

—Ya te lo he dicho: no esperaba que él estuviera allí. Ese tipo del teléfono… Creí que estaba alardeando. Si fui, fue solo para demostrar lo que ya sabía: que Grove no tenía ningún motivo para volver.

—Entonces, ¿dónde ha estado todo este tiempo?

Quiero creer que, si alguien me hubiera seguido anoche, yo me habría dado cuenta, pero ¿de verdad me habría dado cuenta? Alguien pudo haber conducido hasta allí con los faros apagados y yo no habría visto nada. Cuando me desvié hacia el aserradero, pudo haber seguido de largo y aparcado cincuenta metros más adelante. Esa persona pudo haberme seguido a pie y verme salir de entre los árboles, para luego entrar.

—¿Sheriff?

Pero, para empezar, ¿por qué seguirme? ¿Quién pudo haber sabido

que yo ocultaba a Grove en mi sótano?

—¿Sheriff?

—¿Eh?

—Te preguntaba si tienes alguna idea de dónde ha estado todo este tiempo.

—Ninguna —le digo, y es una pregunta que ella ya se ha hecho y que todos nos hemos hecho una y otra vez.

—No creo que debamos pagarle al tipo que te llamó —opina.

—¿Qué?

—No creo que debamos pagarle.

Mis piernas dejan de temblar.

Ella sigue hablando.

—Creo que nuestro buen samaritano ha tenido a Grove todo el tiempo. Lo hemos enfocado todo de manera equivocada. Pensamos que Grove llegó hasta la carretera el lunes, que le hizo señas a alguien para que se detuviera y que luego le robó el coche. Pero creo que fue al revés: le hizo señas a alguien, ese alguien supo de quién se trataba y le dio la vuelta a la tortilla; luego se quedó esperando a que ofreciéramos una recompensa.

—Pero ya había una recompensa.

—Imaginó que añadiríamos más dinero, y tenía razón. Pensó que valía la pena dejar pasar unos días para ver qué sucedía. Y, ahora, en vez de sesenta mil, estaría recibiendo ochenta. Mucha gente haría más por mucho menos.

—Entonces, ¿por qué mantenerlo vivo?

—Estaría preocupado de que les apestara el lugar. Lo habría apestado, ¿o no? Un muerto en tu sótano tiene que oler mal. Además, habría sido un peso muerto. Es más fácil hacerlo caminar por el bosque que cargar con él.

»Ofrecemos la recompensa. Entonces, a la mañana siguiente, se lo lleva y hace la llamada. Quizá pensó que lo había matado; incluso pudo haber hecho el intento, pero no tuvo lo que había que tener. Yo creo que ha sido lo primero. Si no, no le veo ningún sentido a que haya conservado tu pistola.

—¿Cómo?

—Quienquiera que hizo esto sabía que la pistola era tuya. La dejó

para que la encontraras tú o la encontráramos nosotros. No sabía que Grove seguía vivo, así que tampoco sabía que sería un problema. Puede que no sea eso palabra por palabra, pero siento que se acerca, como si hubiéramos llegado a algo. En cualquier caso, no creo que debamos pagarle al tipo que llamó.

—Tenemos que hacerlo.

—No podemos.

—Si no lo hacemos, perderemos la confianza de esta comunidad. Cuando volvamos a ofrecer otra recompensa, nadie creerá que es de verdad. Se mire como se mire, he sido yo quien lo ha matado, no la persona que llamó para decir dónde estaba. No sabemos con certeza cómo se hirió Grove.

—Esto no me gusta.

—A nadie, y lo siguiente te va a gustar aún menos. El tipo ha pedido permanecer en el anonimato, lo que significa que quiere que le paguemos en efectivo. Le he dicho que, si encontrábamos a Grove gracias a su pista, cumpliríamos. Le aseguré que pagaríamos los ochenta mil completos, a sabiendas de que recuperaríamos sesenta mil.

—Tienes razón —dice ella—. En serio, esto no me gusta.

—Como te he dicho, no creí que de verdad lo fuera a encontrar.

—¿Cuál es el plan? ¿Ponemos el dinero en una bolsa de papel, como en las peticiones de rescate que se ven en las películas? ¿Tiramos la bolsa en el cubo de basura de algún parque y nos largamos?

—Si eso es lo que pide, sí.

Es hora de cambiar de tema, así que paso a hablar de la rueda de prensa que tenemos prevista para hoy, más tarde. Todavía no he hablado con Peter ni con Lucas Connor. No hay duda de que ya saben lo que ha pasado. En el aserradero había suficientes medios de comunicación como para que lo sepa todo el mundo en Acacia Pines. Por otra parte, Lucas habrá estado en el instituto todo el día, mientras que Peter habrá estado trabajando, bebiendo o durmiendo. Las familias de las demás víctimas serán informadas por otros departamentos de policía. Pido a Hutch que se ponga en contacto con ellos para poner todo en marcha. Pero antes sacamos de la casa de Lucas al agente que estaba de guardia.

—¿Quieres que me ponga en contacto con los padres de Freddy Holt?

—Todavía no sabemos con certeza si fue Grove —digo, y las palabras son difíciles de decir, porque sé cómo suenan.

—¿Le creíste?

—No tenía motivos para mentir.

—Es probable que el tipo no haya dicho una sola verdad en toda su vida.

—Sea como sea, parece extraño: confesar otros crímenes, pero no el de Freddy Holt.

—Lo confesó ante una cámara cuando se preparaba para violar y matar a Lucas Connor.

—Lo sé. Mira, diles que no estamos seguros, que aún lo estamos investigando.

—Te convenció de verdad, ¿eh?

—Démosle más tiempo, es todo lo que digo.

—Eso haré.

Hutch se marcha y yo me quedo solo en mi escritorio, preguntándome quién tendría motivos tan poderosos como para estrangular a alguien encadenado a un árbol. Lucas Connor, tal vez, o, lo que es más probable, su padre; pero, de nuevo, habrían tenido que saber que yo iba a llevar a Grove allí. No podían saberlo, ya que anoche su casa estaba siendo vigilada. Antes pensé en Freddy Holt, pero, si estuviera viviendo en algún lugar del bosque, los perros lo habrían encontrado. Además, el chico no tenía motivos para estrangular a Grove, porque el conserje nunca le puso un dedo encima. Allan Holt, el padre de Freddy, tendría motivos. No puedo imaginarme ninguna situación en la que me hubiera seguido, pero podría haber estado en el bosque buscando la tumba de su hijo. Es posible, aunque improbable hasta el extremo, que se topase con él durante su búsqueda.

Sharon entra en mi despacho y cierra la puerta, algo que nunca la he visto hacer, con lo que corta el hilo de mis cavilaciones. Lo que tenga que decirme es importante. Mi mente se aferra a la idea de que sus pensamientos la han llevado a averiguar lo que yo he hecho. No se

sienta. Me está poniendo nervioso. Madre de Dios, la persona que estranguló a Grove no acaba de llamar, ¿verdad?

—Sé que este no es un buen momento —dice—, pero la madre de Harriet White me acaba de llamar por teléfono.

El nombre me desconcierta.

—¿Harriet White?

—Es la chica del instituto a la que le robaron el móvil.

Ahora me acuerdo. Con todo lo que ha estado pasando, me había olvidado de que había un ladrón en el instituto. Hutch iba allí esta mañana, pero no llegó muy lejos antes de que la enviaran al aserradero.

—Harriet llegó del instituto hace unos minutos. Tiene una aplicación de rastreo en su teléfono y la activó a distancia después del robo. El móvil está configurado para que, en cuanto alguien lo encienda, envíe su ubicación. Pues bien, llegó a casa, comprobó el correo electrónico y vio que le había llegado la ubicación. Alguien encendió su teléfono y ya sabemos dónde.

—Envía a Wade. Que él se ocupe. Haz que traiga a la comisaría a quien se lo haya robado y…

—Hay más. No hay forma fácil de decírtelo, sheriff, pero tengo que hacerlo. —Sharon hace una pausa, de esas que tanto le gustan para conseguir efectos dramáticos, solo que no creo que esta vez haya sido por eso. Parece disgustada y no sabe cómo continuar—. La dirección… es la tuya. El móvil robado está en tu casa.

Capítulo 65

Lucas revisa las oficinas del aserradero, la cocina, la sala de descanso, los baños, las taquillas y todos los armarios y cajones con la esperanza de que alguien se hubiera dejado una barrita de proteínas o un caramelo, pero no tiene suerte. Tal vez haya algo de verdad en esos rumores de Bigfoot. Quizá ha venido antes a limpiarlo todo. Prueba los grifos, pero el agua sale con óxido, algo en lo que no se fijó cuando el conserje se la echó por encima. Se mueve deprisa. Necesita llegar a casa y tomarse sus pastillas antes de que el gusano vuelva a hacerse con el control. No quería reconocerlo, pero cree que el gusano tomó las riendas anoche, cuando Lucas intentó matar a Simon el Tonto.

La bicicleta de montaña que vio la primera vez que estuvo en el aserradero sigue aquí. Ya era una chatarra entonces. Ahora podría ser su salvación. Los neumáticos están desinflados; sin embargo, hay una bomba sujeta al cuadro. Manipularla se hace difícil por el vendaje en la mano, pero consigue hinchar los neumáticos. Están lisos y, mientras no los haga pasar por encima de nada que tenga un poco de filo, deberían aguantar. La llanta delantera está doblada. Lucas suelta el cierre rápido, la desmonta, la pone de lado y salta sobre ella hasta devolverle su forma original. Cuando vuelve a montar la rueda, le da vueltas y nota que los frenos rozan un poco. No sabe cómo ajustarlos. En la cocina había una botella de aceite vegetal medio vacía. Vierte el líquido sobre la cadena para lubricarla. Por fin, monta la bicicleta. Todo se mueve torcido y lento, pero, sin duda, es mejor que ir andando. La bicicleta pasa su primera prueba cuando Lucas pone rumbo a la autopista y los neumáticos no se revientan ni la cadena se convierte en piezas de Lego. Llega a la carretera. El roce de la rueda delantera con los frenos hace que la bici vibre cuanto más rápido va y le dificulta el pedaleo. Suena como un helicóptero lento.

El chico se ciñe al borde derecho de la autopista. Los coches pasan a su lado a velocidades enervantes. Al cabo de veinte minutos, llega a

una gasolinera abandonada. Enfrente hay un viejo teléfono público. Nunca ha usado un teléfono público, pero no debe ser difícil. El problema es que no se sabe el número. Siempre lo ha tenido grabado en el móvil, así que nunca ha tenido que memorizarlo. Menos mal que junto a su rodilla, colgada de un cable, hay una guía telefónica. Tampoco ha utilizado una guía telefónica en su vida, pero capta el funcionamiento. Y no sabe lo viejo que es el libro, porque la cubierta y el lomo están blanqueados por el sol. Encuentra su apellido y, en efecto, el número aparece allí. Por suerte, cuando cambiaron de casa, conservaron el mismo número.

Descuelga el teléfono y suena el tono de llamada. Deja caer en la ranura la moneda que en algún momento se metió bajo la lengua. Un par de los botones que va pulsando se quedan atascados, así que tiene que hurgar en las ranuras con la uña para que vuelvan a salir. Con todo, consigue marcar el número. Su padre no tarda en contestar.

—Te he echado de menos esta mañana —dice.

—Me fui temprano.

—¿Sin tu mochila?

—Era un día con pocas clases. Quería que supieras que me he entretenido haciendo algunas cosas para el instituto. Mi teléfono se ha quedado sin batería, por eso te llamo desde aquí. Aún tardaré un poco, pero estoy bien. No vayas a llamar a la policía ni nada.

—Los habría llamado a las cinco, ya lo sabes.

Lo sabe. Esa regla la pusieron para que su padre supiera que Lucas no andaba por ahí haciendo sangrar a nadie.

—¿Has oído que la policía lo atrapó?

—La noticia ha corrido por todo el instituto —dice Lucas.

—Ya era hora. Debes sentirte aliviado.

—Así me siento.

—A las seis en punto —dice su padre—. Un minuto más tarde y llamo al sheriff Cohen. Lo digo en serio, Lucas.

—Lo sé.

Cuelgan. Vuelve a subirse a la bici. Aún le queda mucho terreno por recorrer.

Capítulo 66

Camino tranquilo hacia uno de los coches patrulla, conduzco tranquilo a la salida del aparcamiento y salgo tranquilo a la calle mientras llamo a Deborah. Muy tranquilo, le pregunto si puede sacar a mi padre de casa para dar un paseo. Ella me dice que hará lo posible. Me detengo tranquilo en los cruces y acelero tranquilo cuando los semáforos se ponen en verde. Atravieso un poco menos tranquilo el siguiente cruce. Al llegar a mi barrio, tengo los nudillos blancos en el volante y voy conduciendo más deprisa de lo que debería. Y ya estoy muy lejos de la tranquilidad en el instante en que entro en la calzada, y aún menos cuando me bajo, doy un portazo y recorro a toda velocidad el camino que me lleva a casa. Estoy tan enfadado que, en dos intentos, ni siquiera consigo meter la llave en la cerradura. Por suerte, Deborah y papá no están aquí.

Irrumpo en la habitación de mi hijo. No sé si estoy más enfadado o decepcionado, y no sé si es con Nathan o conmigo mismo por pensar que mi hijo podía cambiar, o si estoy usando esto para liberar toda la tensión. Levanto el colchón. Nada. Abro los cajones. No hay ningún teléfono. Saco el mío y marco el número del robado, pero no oigo que suene. Hace un rato me reenviaron el correo electrónico con los datos telefónicos de Harriet White. Uso una *tablet* con un programa de rastreo para confirmar que el móvil sigue aquí. Así es. El programa muestra mi casa y un punto azul en el centro, pero es mucha casa para un teléfono pequeño. Abro el armario. Reviso el estante superior. Reviso el suelo. Puede estar bajo una tabla o en el techo. Diablos, podría estar incluso fuera del dormitorio de Nathan. Podría estar en cualquier lugar de la casa. Reviso los bolsillos de su chaqueta. Nada. Nada. Nada. Na… Hay algo. En el bolsillo de la chaqueta, en lo más hondo. Meto la mano. Es el móvil. La batería se ha agotado.

Además de estar enfadado y decepcionado, también tengo miedo. No tenía ni idea de que Nathan había vuelto a casa ayer mientras yo

estaba en el trabajo. Eso significa que hay muchas posibilidades de que bajase al sótano.

¿Me siguió anoche y estranguló a Grove? ¿Será un caso de «de tal palo, tal astilla»? Parece poco probable. Después de todo, ¿cómo habría llegado hasta allí?

Voy a la cocina. Lleno el fregadero, aparto el grifo y sumerjo la cabeza. Grito en el agua. Es algo que el sheriff Haggerty solía hacer. Cuando la injusticia del mundo lo superaba, sumergía la cabeza en el lavabo del aseo de la comisaría. Termino de gritar, me seco y vuelvo a la habitación de Nathan. Ahora me siento un poco mejor, lo suficiente para intentar pensar como un ser racional. Cojo el teléfono de Harriet, desbloqueo mi *tablet* y me doy cuenta de que el punto azul sigue apareciendo. Actualizo la pantalla y no desaparece. No tiene sentido, porque si el teléfono no tiene batería, entonces…

Este móvil no puede ser el de Harriet.

«Por favor, no», me digo, porque me invade un mal pensamiento y no quiero que sea cierto. Llevo el aparato a la cocina. Usa el mismo cable de carga que el mío, así que lo enchufo. Se enciende una luz roja y, veinte segundos después, la pantalla se ilumina. Pide un pin. Acerco el teléfono a la ventana y lo inclino para que la pantalla capte la luz. Alcanzo a ver la marca en zigzag del dedo que se alinea con los números. Reproduzco el patrón y acierto al segundo intento.

La pantalla está plagada de iconos, incluidos tres para distintos tipos de redes sociales. Hago clic en ellos.

—Dios mío —digo, y me dirijo a una silla, solo que no llego. Golpeo con la cadera la mesa de la cocina, me tambaleo, caigo y me quedo sentado en el suelo. El dolor de cabeza vuelve y, con él, el zumbido. Apoyo la espalda en los armarios de la cocina. Me quedo sin fuerzas mientras reviso el teléfono y leo los mensajes que mi hijo envió a Taylor Reed durante los meses previos a su muerte. Vi estos mismos mensajes hace dos meses, cuando revisé las redes sociales de Taylor Reed, solo que esta es su otra cara. Los mensajes que eran grises en el teléfono de Taylor son azules en este.

—No puede ser verdad —digo, pero sí que lo es. Compruebo el registro de llamadas y veo que marcó un número el lunes por la noche. Me parece conocido. Reviso mi cuaderno y confirmo que es el

de Lucas Connor. No me extraña que Lucas me haya estado mintiendo, que me haya dicho que no recordaba quién lo metió en esa taquilla.

Hay un icono para fotos y vídeos. Hago clic en él. Encuentro un solo vídeo. Lo reproduzco. Es Taylor Reed inmovilizado. Está desnudo. Con la mano enguantada, otra persona le unta en el pelo algo que parece mierda de perro. Después se la unta en la cara. Se me revuelve el estómago y tengo que apartar la mirada. Me recuerda la amenaza de Simon Grove a Lucas: que si no mantenía la boca cerrada, mostraría al mundo el vídeo que estaba a punto de grabar. Nathan ha hecho lo mismo aquí, porque Taylor Reed nunca habló de sus abusos. Son tres las personas que están haciendo esto: una sujeta a Taylor, otra le unta la mierda de perro, mientras que la tercera lo graba. Sueltan a Taylor, que se revuelve en la esquina e intenta cubrirse con las manos. Está llorando mucho. Lo que distingo de su cara es de un rojo intenso. Compruebo la fecha del vídeo. Fue grabado un día antes de que Taylor se tirase desde el tejado.

No recuerdo la última vez que lloré, pero estoy llorando. Por Taylor, por mí, por Cassandra. Con toda franqueza, no sé qué hacer con este teléfono. Ojalá nunca lo hubiera encontrado. Para Nathan, ¿habrá sido una simple broma?, ¿una cuyas consecuencias nunca llegó a imaginarse? ¿O habrá conseguido el resultado que quería? Y, a Lucas, ¿le habrá hecho algo parecido?

¿Mató mi hijo a Freddy Holt?

Me pongo en pie. Dejo el teléfono sobre la mesa y camino por la habitación. El suelo es de gelatina y las paredes son las de un barco que se balancea con la marea. El teléfono se ha vuelto radiactivo. Tendría que recogerlo con unas pinzas de cocina y enterrarlo en el jardín. Los dos últimos días han sido una pesadilla, pero todo palidece comparado con esto. Mi hijo es un monstruo. Pensé que el orientador podría ayudarlo, pero esto ha ido más allá. No sé cómo ha llegado a este punto. No hay nada a lo que yo pueda atribuirlo. Desde que se hizo adolescente, ha sido difícil lidiar con él. Antes de eso, era el niño más alegre y simpático; al menos, eso creía yo. En los últimos dos años, apenas lo hemos visto, ya que su obsesión por los juegos y las redes sociales se ha apoderado de él. Vive su vida en internet.

Pero eso hacen también otros mil millones de chicos, y, claro, dicen estupideces en internet y acosan a la gente, pero no hasta este punto. No provocan que otros salten de los tejados. ¿Era ese el objetivo de Nathan? ¿De verdad pensó que Taylor se suicidaría? ¿Quería que lo hiciera? ¿O todo fue una broma? Cuando mi padre vino a vivir con nosotros, recuerdo lo que dijo Nathan, que ojalá papá hubiera muerto en el incendio. En ese momento pensé que eran tonterías de adolescentes, pero ahora ya no lo creo. Creo que lo decía en serio.

¿De qué será capaz mi hijo?

La pregunta la hace un hombre que ha torturado a un tipo en el sótano de su casa y lo ha llevado al bosque para, tal vez, matarlo. Encuentro la botella de *whisky* que traje ayer a casa. Todavía le queda un cuarto. Podría volver a beber y liberarme de todo esto, al menos durante unas horas. Estoy a punto de empezar cuando suena mi móvil. Es mi abogado. Supongo que llama para decirme que necesita más dinero.

—Has pasado por un infierno —me dice tras un breve saludo.

—No tienes ni idea.

—Escucha, las cosas podrían estar a punto de arreglarse.

—¿Sí? ¿Cómo es posible?

—Sabes que has estado en todas las noticias los últimos dos días, ¿verdad?

—Lo sé.

—Y hoy estás otra vez, con lo que ha ocurrido esta mañana.

—Vale —le digo. No he visto las noticias, pero no me sorprende.

—Me lo ha contado el abogado de los Sutton —dice. Los Sutton son la familia de la mujer que murió en el incendio que provocó mi padre —. Yo no lo sabía, pero antes de mudarse a Acacia Pines, hace quince años, perdieron una hija. Tenían una niña de ocho años. La secuestraron y asesinaron.

Joder. Miro la botella de *whisky*. No va a ser suficiente. Necesito cincuenta más. Así podré llenar la bañera y ahogarme. ¿Quién coño quiere permanecer en un mundo como este?

—¿Sigues ahí?

—Sí.

—Vale. En resumen, te han estado viendo en las noticias. Saben que

salvaste a Lucas Connor. Ahora también saben que has acabado con el hombre que ha estado matando adolescentes. No es el hombre que mató a su hija. Aquel tipo fue detenido días después del suceso, pero están agradecidos de que en el mundo haya gente como tú. Hace una hora llamaron a su abogado y le dijeron que dejara el proceso. Dicen que no quieren que un tipo como tú se distraiga con algo así, cuando deberías estar por ahí salvando a otros chicos.

Empiezo a llorar de nuevo. No puedo evitarlo.

—Por Dios, James, ¿te encuentras bien?

—Sí —digo, pero no lo estoy. Nunca podré estarlo.

—Escucha, todavía hay algunos temas legales que resolver. Te costará unos cuantos miles por mi parte, y también tendrás que cubrir los honorarios de los Sutton, que serán otros diez o veinte, pero solo tendrás que ocuparte de eso, y se acabó. Podrás cerrar este capítulo y dejarlo atrás.

Ya no digo nada. No puedo.

—Es una gran noticia, James.

—No para esa niña de ocho años.

—Claro que no, y no es lo que quería decir.

—Escucha…

—Solo quería que lo supieras. Estaré en contacto cuando sepa más. Adiós —dice, y cuelga sin esperar respuesta. No lo culpo.

Capítulo 67

Al llegar al puente, Lucas siente tales retortijones en el estómago que necesita bajarse de la bici. Ha habido momentos en los que ha considerado la posibilidad de meterse en una de las granjas y darle un mordisco a cualquier cosa que crezca en la tierra o vague por ella. La sed no es menos. Se desliza hasta el río por la orilla cubierta de hierba. El agua es oscura, discurre despacio y está fría. Hunde en ella la palma buena ahuecada y se lleva a la boca la mano una y otra vez.

Cuando termina, se sienta en la orilla a ver pasar el río. En verano, la gente viene aquí a bañarse, los niños se desafían a saltar desde el puente, pero ninguno acepta el reto, porque el agua apenas llega al pecho. A veces, ve a gente pescando en las orillas; ancianos, por lo general. Despliegan sillas de *camping* y pierden el tiempo mientras las cañas cuelgan sobre el agua. Esperan que caigan truchas, pero casi nunca las pescan. Todo esto sería más tranquilo si no fuera por el tráfico que llega a la ciudad a través del puente: los trabajadores que vuelven a casa desde el nuevo aserradero o las canteras, algunos que quizá vengan de las granjas, el ruido cuando un coche pasa del asfalto a la grava y, de nuevo, cuando vuelve al asfalto. Se dirige a la orilla, coge la bicicleta y sigue adelante. Con las fuerzas recién renovadas, podrá llegar a su propia bici. Ya quiere deshacerse de esta basura.

Pedalea y, para no pensar en el gusano que se mueve dentro de él, piensa en la última *pizza* que comió. El pollo, el salami, el jamón, todo goteando sabor; y, por encima, la salsa barbacoa en espiral; ah, y el queso fundido que mantenía unidas las porciones. Puede verla. Puede sentir el calor que escapa de la caja en el instante en que abres la tapa. Cuando pasa en bici por delante de Andy's Diner, percibe el aroma de las hamburguesas y, a partir de ahí, no puede pensar en otra cosa. Hamburguesas, patatas fritas y el burbujeante frescor de una Coca-Cola en la garganta con el primer trago. Piensa en los dónuts de Bear Claw County, una tienda de la ciudad que vende panes de diferentes tipos y bocadillos, bollos de crema y pastelitos.

Se imagina entrando allí, abriendo una vitrina y llenándose la boca de tarta.

Piensa en el gusano que se alimenta de todo eso y crece.

Por fin, llega a la casa de los arbustos de lavanda, donde anoche dejó la bici, a un lado de la del sheriff Cohen. La bicicleta ha desaparecido.

Incluso con la inyección de fuerza que le ha dado el beber agua, no tiene suficiente energía para enfadarse. Sí, pudo haber escondido la bici en el parque, a dos manzanas de aquí, pero anoche no tenía motivos para hacerlo. Solo tenía que entrar a la casa del sheriff Cohen y salir. Cinco minutos. Se queda mirando el lugar donde la dejó. ¿Alguien habrá pasado y se la habrá robado? ¿Estará dentro de la casa a la que pertenece el jardín? «Quien tiene el usufructo tiene la propiedad». ¿Será verdad o solo algo que se dice en la televisión?

Capítulo 68

Me limpio después de haber vomitado en el retrete. Tomo más analgésicos y más Adderall y, a estas alturas, no me importa cuántas de estas cosas me he tomado en estos días, pero, por ahora, me salto el *whisky*. Recupero la *tablet* que estaba usando para rastrear el teléfono de Harriet White y miro el mapa con el punto, ese punto azul que he visto situado sobre mi casa. Pero no está sobre mi casa, no en el lugar exacto, sino más bien a un lado. El móvil podría estar en el patio. Vuelvo a marcar el número y salgo. Doy vueltas, pero no lo oigo sonar. Me salta el buzón de voz, cuelgo y vuelvo a llamar. Me dirijo al garaje. Justo antes de que mi llamada salte al buzón de voz, oigo vibrar algo en algún lugar de aquí. Vuelvo a marcar. Las vibraciones vienen de detrás de un par de botes de pintura. Me pongo unos guantes de látex y aparto las latas. El teléfono está detrás. También hay una cartera y un reloj.

Esto no tiene sentido.

¿Por qué Nathan llegaría a casa, encendería el móvil de Harriet y lo escondería en el garaje? Reviso el correo electrónico que nos reenvió la madre de Harriet. El teléfono se activó anoche, a última hora, a las once y veinticinco. Mierda. Esa es más o menos la hora a la que me fui de aquí.

Meto los objetos robados en una bolsa de pruebas, los llevo a la casa y los dejo sobre la mesa de la cocina. Compruebo a qué hora me envió Hutch el mensaje sobre el dinero de la recompensa: once y veinte. Así que yo tenía razón. Me imagino a alguien entrando en mi garaje y dejando los objetos. La persona se escabulle cuando me oye entrar con Grove. Se esconde en algún lugar y observa. Asomado por la ventana del garaje, me ve metiendo a Grove en la parte trasera del coche. Sale tranquilo a la calle, donde tiene aparcado su coche, me espera y me sigue con las luces apagadas hasta el aserradero. Aparca pasado el desvío, rodea el edificio y me ve salir de entre los árboles.

Pero ¿para qué matar a Grove?

¿Por qué no llamar a la policía y reclamar la recompensa?

¿Qué habrá visto? ¿Algo? ¿Todo? ¿Estaba allí esta mañana?

Son preguntas que no puedo responder. No con certeza.

¿Quién robaría estos objetos para venir a dejarlos aquí e incriminar a mi hijo?

Bueno, la respuesta es obvia.

Capítulo 69

La bicicleta se balancea de un lado a otro. Para cuando llega a casa, a Lucas le pesan tanto las extremidades que apenas puede pedalear. Recupera las fuerzas en cuanto ve un coche de policía aparcado enfrente. Se queda en la esquina, sentado en la bicicleta, con los brazos colgando, la boca apenas abierta, lleno de cansancio e incredulidad. Supone que quien está dentro es el sheriff Cohen, que sabe lo que ha hecho y que ahora está aquí para… ¿Para qué? Esa es la cuestión. ¿Para pedirse el uno al otro guardarse el secreto? Podría darse la vuelta y empezar a pedalear, pero ¿a dónde iría? De todos modos, no puede correr. Necesita entrar y tomar su medicación. Aún está a tiempo de detener al gusano. Sabe que sí, porque aún es capaz de pensar con claridad. Pero tiene que actuar pronto. Deja la bici en un lado de la casa, donde su padre no pueda verla, y entra. Su padre y el sheriff Cohen están sentados en el salón. Peter tiene una cerveza en la mano; el sheriff Cohen tiene las manos vacías. El sheriff Cohen se levanta. Le ofrece la mano a Lucas y fija su mirada en él mientras este le devuelve el saludo.

—Lucas —dice el sheriff Cohen—, me alegro de verte. —¿El sheriff Cohen lo mira diferente? Sí. También parece tenso, como quien tiene la impresión de que su mundo se desmorona. Y puede que eso ocurra pronto, dependiendo del rumbo que tome esta conversación—. Hemos atrapado al hombre que te hizo daño —dice el sheriff Cohen.

—Me he enterado. La noticia ha corrido por todo el instituto. ¿Cómo lo atrapaste?

—Esta mañana llegó una denuncia anónima con su localización —dice el sheriff Cohen, aún con la mirada fija. Casi no parpadea—. Fui a echar un vistazo y estaba en el bosque. Abrió fuego. Yo también. Grove murió ahí mismo.

Lucas no dice nada.

El sheriff Cohen no dice nada.

Su padre dice:

—Espero que haya sufrido.

—Preferiría haberlo cogido vivo —dice el sheriff Cohen, respondiendo a su padre, pero sin dejar de mirar a Lucas.

—Claro, no podrías decir otra cosa, pero yo, por mi parte, me alegro de que esté muerto —dice su padre—. Se lo merecía —añade.

Era de esperar que su padre dijera algo así, por supuesto. Tenía que hacerlo. Al fin y al cabo, sus libros se basan en que la gente recibe lo que se merece.

—¿Y qué pasa ahora? —pregunta Lucas.

—Bueno, ahora todo vuelve a la normalidad. Todos podemos respirar aliviados, pues sabemos que Simon Grove no volverá a hacerle daño a nadie. Quería decírtelo en persona, aunque supuse que ya lo sabías. —Hace una pausa y sigue mirando a Lucas. Pasan unos segundos y entonces añade—: En fin, tengo que marcharme. Debo asistir a una rueda de prensa.

Lo acompañan a la puerta. Salen y el sheriff Cohen les estrecha la mano. Vuelve a fijar la mirada en Lucas y Lucas sonríe, pero el sheriff Cohen no le devuelve la sonrisa y dice:

—Acompáñame al coche, ¿quieres, Lucas?

Caminan hacia el coche. Su padre ha vuelto a entrar para terminarse la cerveza o empezar una nueva, y Lucas sabe que aquí es donde se decidirán su futuro y el del sheriff Cohen.

—¿Te has enterado de los robos que hubo ayer en el colegio?

Esto no es lo que esperaba.

—¿Robos?

—Se llevaron un teléfono, una cartera y un reloj.

—Lo he oído —dice Lucas.

—Ya han aparecido los objetos —dice el sheriff Cohen—. Lo más gracioso es que estaban en mi casa.

Lucas sacude la cabeza y pone su mirada de «no entiendo de qué va esto».

—Estaban escondidos en mi garaje. Supongo que alguien los robó con la intención de incriminar a mi hijo. Lo que esa persona no sabía es que Nathan no se está quedando conmigo esta semana.

Lucas no dice nada.

El sheriff Cohen continúa:

—En este momento, si no fuera por eso, yo mismo estaría pensando

que Nathan robó esas cosas.

Están en el coche. El sheriff Cohen se cruza de brazos y vuelve a fijar la mirada en Lucas.

—Sé que mi hijo molesta a muchos en el instituto. Con toda franqueza, te digo que yo no culparía al chico que hizo esto. Es posible que le tenga miedo a Nathan y que haya pensado que esta sería una buena manera de meterlo en problemas; incluso de hacer que lo expulsen. La pregunta es, ¿esa persona has sido tú?

—No.

—He preguntado por ahí —dice el sheriff Cohen—. Algunos estudiantes me han dicho que quien te metió en la taquilla el lunes fue Nathan. Y sé que Nathan te llamó el lunes por la noche para amenazarte. Entiendo tus motivos para no decírmelo.

—No te lo dije porque eso solo habría empeorado las cosas. Pero yo no robé lo que dices.

—Voy a hablar con él y todo esto va a parar, te lo prometo. —Abre los brazos y pone una mano en el hombro de Lucas. Pesa. Lucas cree que el sheriff Cohen podría estar ejerciendo un poco de presión—. ¿Estás seguro de que no robaste esas cosas, Lucas? Si fuiste tú, quedará entre nosotros. Te lo prometo.

Lucas niega con la cabeza.

—Si me lo dices ahora, podré ayudarte. Puedo hacer que esto quede en el olvido. Pero tienes que ser sincero conmigo, y tiene que ser ahora.

—Yo no cogí esas cosas —dice Lucas.

—Lo digo en serio, Lucas. Arreglaré esto por ti. Nadie tiene que saberlo. Te doy mi palabra.

Lucas niega con la cabeza.

—No he sido yo. Lo juro.

El sheriff Cohen no dice nada durante lo que parece una eternidad, pero no han podido ser más de diez, quizá quince segundos. Mantiene la mano en el hombro de Lucas, sigue sin apartar la mirada de él, como si fuera un detector de mentiras humano.

—¿Qué pasará con Nathan? —pregunta Lucas.

—Yo me ocuparé de él. Cuídate, Lucas —dice el sheriff Cohen, y lo

deja marchar. El chico abre la puerta del coche. Parece estar a punto de ir a casa, pero se detiene y mira hacia atrás.

—Por cierto, hoy no has estado en clase, lo he comprobado con tus profesores.

—Iba de camino al instituto, pero no podía afrontarlo. Y tampoco quería quedarme en casa.

—¿A dónde fuiste?

—Solo anduve en bicicleta.

—¿Todo el día?

—Fui al puente y me quedé allí un rato, mirando el río.

—Le dijiste a tu padre que te habías retrasado en el instituto.

—No quería preocuparlo, pero necesitaba un tiempo para mí.

—Así que pasaste por delante del coche patrulla frente a tu casa.

—Salté la valla trasera. No quería ser una molestia.

—¿No estabas en el bosque, cerca del viejo aserradero?

—Es el último sitio al que iría después de lo que pasó allí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Con toda franqueza, a partir de hoy, no quiero volver a pensar en el aserradero ni en Simon Grove.

El sheriff Cohen se lo queda mirando unos instantes más y luego asiente.

—Vale, Lucas. Te avisaré si tengo más preguntas.

Y, con eso, el sheriff Cohen se sube a su coche y Lucas lo ve alejarse.

Capítulo 70

No puedo culpar a Lucas por tratar de incriminar a mi hijo. Se sentía acorralado. Tampoco podría culparlo de haber estrangulado a Grove, si es que ha sido él. Me lo imagino haciéndolo, pero no me explico cómo pudo haber llegado ahí. No creo que pedalease a setenta kilómetros por hora para seguirme el ritmo. Eso basta para descartarlo.

Llego a la comisaría. El aparcamiento está tan lleno de medios de comunicación que tengo que dejar el coche a una manzana de distancia. Todavía quedan mucho sol y calor. Corre una ligera brisa. La rueda de prensa estaba prevista para las seis, y ya son las siete. En una ciudad de treinta mil habitantes, a las ruedas de prensa suelen venir pocas personas. Pero hoy es diferente. Hay periódicos y cadenas de televisión que compiten entre sí y han llegado de otras ciudades. ¿Por qué no? Joven escapa de asesino en serie, homicida en serie somete a policía y se da a la fuga, policía dispara y mata a dicho asesino un par de días después. A estas alturas, las conexiones que nosotros hemos ido estableciendo con el pasado de Grove también las han encontrado los medios de comunicación. El maltrato infantil que sufrió, el incendio que acabó con la vida de sus padres de acogida, los posibles vínculos con otros casos. Imagino que en un mes se hará un documental sobre él y en un año, una película.

Le cuento a Hutch lo del móvil, la cartera y el reloj, cómo los colocaron, pero no le hablo del móvil que encontré en la habitación de Nathan. Necesito tiempo para pensar qué hacer con eso. Decírselo a Hutch significaría detener a mi hijo. Nathan podría acabar en la cárcel. No niego que se lo merece, pero sigue siendo mi hijo, y la cárcel solo podría empeorarlo. Aún puede salvarse, me lo digo una y otra vez, y trato de creerlo. Los padres de Taylor merecen justicia, pero, ahora mismo, lo que me preocupa es mi propia familia.

—Podríamos buscar huellas —dice.

—Le daré esto a Rick, pero apuesto a que las habrán borrado.

—Sheriff.

—Sé lo que estás pensando, pero la idea de que Nathan se colase en la casa a las once y media de la noche para esconder los objetos en el garaje, y en especial esto de haber encendido el teléfono, no tiene sentido.

—¿Por qué alguien haría algo así?

—No estoy seguro.

—¿Crees posible que haya sido él quien metió a Lucas en la taquilla y que Lucas, de esta manera, esté tratando de hacer que lo expulsen?

—Eso es lo que pienso, y si fue así, deberíamos dejar en paz a Lucas.

—No solo eso. También tendríamos que hacer algo con Nathan.

Llamo a Deborah. Me dice que ha vuelto de su paseo con mi padre y que él está bien, pero se pregunta cuándo volveré para hacerme cargo. Le pido que me dé otra hora. Le explico que hay comida india de anoche en la nevera y le pido que se la caliente en el microondas.

Comienza la rueda de prensa. Nos colocamos delante para que la ventana del departamento y su logotipo queden enmarcados de fondo. Estoy flanqueado por Hutch y Wade. Calle abajo, los restaurantes y bares están llenos de gente. La vida ha vuelto a la normalidad después de que el hombre que la trastocó haya muerto. Mañana, los niños irán al colegio en bicicleta o a pie, si bien los padres seguirán mirando a los desconocidos, preguntándose si este es quien se llevará a su hijo.

Leo una declaración. Es breve. Cubre el simple orden de los acontecimientos. Llegó un chivatazo, lo seguimos, acudí al lugar, Simon Grove abrió fuego y se lo devolví. Es una historia corta. Y sencilla. Sobre todo, cuando uno pasa por alto las marcas de estrangulamiento, tal como hemos hecho, así como las señales de que Grove fue torturado. Eso vendrá después.

Las preguntas surgen todas al mismo tiempo. Señalo a la gente. Elijo a una mujer que representa a uno de los periódicos locales. Fui al instituto con ella y era amigo de su hermano.

—¿Alguna idea de dónde estuvo escondido Grove desde el lunes?

—Todavía no —le contesto—. No nos parece posible que haya estado todo el tiempo en el bosque, porque los perros lo habrían encontrado, pero vamos a examinar el edificio para ver si tuvo acceso a algún sótano. A los perros no se les permitió entrar en el edificio

esa noche. Es posible que el incendio les impidiera captar su olor al día siguiente. También es posible que volviera. Lo estamos investigando.

Elijo a otra persona. Alguien de fuera de la ciudad. Un tipo con una camiseta que tiene círculos de sudor bajo las axilas.

—¿Y la persona que dio el chivatazo? ¿Qué sabemos de ella?

—La llamada fue anónima. Eso significa que no sabemos nada de esa persona —respondo, y se oye un murmullo de risas, aunque no he hecho ningún intento de hacerme el gracioso. Estoy demasiado cansado para eso. Demasiado al límite.

—¿Tienen planes de averiguarlo antes de entregar el dinero de la recompensa?

Sacudo la cabeza. El zumbido ha vuelto.

—Cumpliremos el trato, y ese trato implica que esta persona va a permanecer en el anonimato.

—¿Pagarán en efectivo? ¿Transferirán el dinero a una cuenta? —pregunta otra persona.

—No voy a entrar en esos detalles.

—¿Así que están en contacto con el informante?

—De nuevo, no voy a entrar en esos detalles.

No puedo seguir así. No me encuentro bien. En absoluto. Le pido a Hutch que se haga cargo y me dirijo al interior. Voy al baño y me echo agua en la cara. No sé cuánto tiempo más podré mantener los nervios bajo control. ¿Cómo afrontan los malos la tensión que provoca ser malvado?

Vuelvo a mi despacho. En mi ordenador, me conecto a una página web de noticias para ver el resto de la rueda de prensa. A Hutch le siguen preguntando un montón de cosas. ¿De qué vivía Grove? ¿Era necesario dispararle? La persona que sabía dónde estaba, ¿cómo lo sabía? ¿Es de aquí o de fuera? Abro el último cajón antes de recordar que la botella de *whisky* está en casa. Lo cierro de golpe. Rick entra. Me dice que no hay huellas en ninguno de los objetos robados del instituto.

Llamo a Cass. Tengo algunas llamadas perdidas de ella hoy.

—Acabo de verte en las noticias —me dice—. Estoy preocupada por ti.

—¿Tan mal se me veía?

—Como si no hubieras dormido. ¿Quieres contármelo?

—Sí, pero no ahora. Tengo noticias —le digo, y le cuento lo de mi llamada con el abogado.

—Gracias a Dios que casi ha terminado —dice.

—¿Vendrás a casa?

—Aún necesitas conseguir que cuiden a tu padre. ¿Te lo vas a poder permitir?

—Estoy en ello.

—Mira, con todo lo que está ocurriendo, dejemos pasar unos cuantos días, entonces podremos hablar del tema.

—Ya veo que no quieres volver.

—Eso no es lo que estoy diciendo.

—¿Qué estás diciendo, entonces?

Lo piensa un momento y dice:

—Hablaremos pronto, te lo prometo.

No la presiono. De todas formas, tendremos cosas mucho más importantes que discutir.

—Hablamos mañana —me dice, nos despedimos y cuelga.

La rueda de prensa termina. Wade y Hutch entran en mi despacho con cafés, incluido uno para mí. Les hablo de las huellas.

—Mañana volveremos al instituto —dice Hutch— e indagaremos. Veremos si alguien le guarda rencor a Nathan. Aparte de Lucas, claro.

—Vale, de acuerdo. Mirad, ha sido un día largo y no me siento muy bien.

Me pongo de pie. Hutch y Wade también se levantan. Me siguen fuera de la oficina. Sharon aplaude, luego Hutch, luego Wade y luego todos los demás. Es vergonzoso. E inmerecido. Me aplauden por haber matado en defensa propia a un hombre al que, quizá, iba a matar de todos modos.

Les doy las gracias y me escabullo por la puerta.

Capítulo 71

Su padre dice que deberían celebrarlo, solo que Lucas ya lo está celebrando. Ha abierto una bolsa de patatas fritas de la despensa y se las ha comido casi todas. Tiene los dedos pringosos de restos de patatas y la sal le pica en los labios. Echa un ojo a un paquete de galletas y se pregunta por qué lado abrirlo. Ya se ha bebido una lata de refresco y está abriendo otra. Siente que las pastillas desparasitantes están haciendo su trabajo: solo necesitaba tomar una, pero se ha tomado tres para estar seguro. Su padre no para de hablar. Va por todas partes gesticulando y alzando la voz más de la cuenta. Camina y va dejando en la alfombra un rastro con forma de herradura. Solo se detiene para beber un trago. A Lucas, todo esto lo hace pensar que su padre desearía haber sido él quien matara al conserje. Sería darle la vuelta al principio de «escribe sobre lo que conoces».

—Pidamos *pizza* —dice su padre, y eso suena poco a celebración y mucho a otra noche cualquiera de la semana.

—Claro —dice Lucas, porque, si su padre no encontrara pronto algo que hacer, el surco de herradura en la alfombra se desgastaría hasta el sótano. Le parece extraño celebrar algo así. El lunes estuvo a punto de morir. Hoy ha muerto el hombre que intentó matarlo.

Mientras su padre pide la cena, Lucas se ducha para borrarse la suciedad de la noche en el bosque y el sudor de la vuelta a casa en bicicleta. Se quita la venda de la mano e inspecciona el corte. La piel está pálida y arrugada. La sangre se ha secado. Ya no le queda duda de que se ha quitado algunos puntos al rascarse. La herida también se ha abierto un poco. No parece infectada, pero eso podría cambiar con toda la suciedad que, sin duda, le ha entrado. Se pone yodo. La herida le escuece, pero, entre eso y las pastillas desparasitantes, ha podido ocuparse no solo del gusano, sino de cualquier huevo microscópico que pudiera haber quedado. Para estar seguro, tomará más pastillas en los próximos días. Debería ir al hospital a que le

cosan la herida. En lugar de eso, se la venda bien apretada. Ya irá mañana.

Se sienta en su habitación y conecta el teléfono al ordenador. Anoche lo usó para grabar al sheriff Cohen mientras este ayudaba a Grove en el bosque. Es una de las razones por las que se quedó sin batería. No ha tenido la oportunidad de ver la grabación. Lo hace ahora, preocupado de que se vea a una figura borrosa empujando a otra figura borrosa; más o menos como los vídeos de Bigfoot que la gente ha estado publicando. Pero no es nada de eso, en absoluto, porque ambos hombres quedaron atrapados entre las luces del coche, bien iluminados e identificables. A modo de seguro, guarda una copia en una memoria USB y la esconde en su armario. Será su carta para salir de la cárcel en caso de que el sheriff Cohen sospeche que Lucas estuvo allí anoche. Saca la cinta con la que estranguló al conserje, la de la escena del crimen, y la quema en la barbacoa junto con la cinta aislante que arrancó de la boca de Grove. Apesta y sale humo negro, de modo que Lucas retrocede para no inhalar. El plástico se condensa hasta formar una masa.

De vuelta al salón, ve que su padre ha dejado de pasear y está viendo la rueda de prensa. Llega la *pizza*. Empiezan a cenar. En la televisión, el sheriff Cohen está delante de la comisaría hablando con un grupo de periodistas. En una esquina superior de la pantalla, un rótulo dice que las imágenes fueron grabadas hace media hora. El sheriff Cohen no parece estar pasándolo bien. Lucas se pregunta si llevar al conserje al aserradero ha sido la primera cosa mala que ha hecho. Y, si abriera al sheriff Cohen en canal, ¿encontraría dentro el gusano que lo ha estado obligando a hacer esas cosas?

No desea hacer nunca algo así, por supuesto. El sheriff Cohen es un buen hombre, aunque es posible que haya caído bajo la influencia de algún tipo de parásito. Lucas espera que no, porque, si fuera así, eso significaría que el sheriff Cohen no tendría salvación, al igual que Wolfy, el electricista, Freddy y el conserje.

Habría que sacrificarlo.

Capítulo 72

Cuando llego a casa, Deborah me da un abrazo y me dice lo aliviada que está de verme bien.

—Todo lo que has hecho en los últimos días… El mundo te lo debe —dice.

No le cuento las noticias que me dio el abogado. Estoy demasiado cansado para eso.

—¿Cómo está papá?

—Esta tarde volvió a preguntarme si me podía ver los pechos.

—Ay, joder.

—Me recordó la cita de la otra noche. Pero, James, sabes que esto no puede seguir así, ¿verdad? Estoy encantada de ayudar, pero esto está más allá de mis capacidades.

—Lo sé.

—Debería estar en una residencia.

—También lo sé. ¿Ha cenado?

—Casi todo. El resto acabó en la pared del salón. Y no te preocupes, lo he limpiado.

—Gracias, Deborah. No sé cómo sobreviviríamos sin ti.

Deborah se va y yo me siento con mi padre en el salón. Vemos la tele juntos y no hablamos de nada. No sé si sabe que estoy aquí. Aprovecho el momento para llamar a mi móvil principal desde el desechable. Dejo los dos conectados durante un minuto y cuelgo. He creado un registro telefónico de una llamada en la que el señor Anónimo acaba de darme instrucciones para el pago. Las noticias de mi abogado no me están sacando de ningún apuro financiero. Quedan más facturas, aún le debo dinero al banco y tengo que hacer algo con papá. Luego está Nathan, pero no tengo ni idea de qué demonios vamos a hacer con él. En este punto está mi vida ahora: a la espera de que mi hijo no se convierta en un asesino en serie.

Mi padre se levanta y va a un rincón de la habitación, donde se prepara para mear. Lo guío hasta el baño justo a tiempo. Luego se va a la cama. Vuelvo a echar mano del truco de la lata en el pomo de su

puerta y me dirijo al salón. Aún me siento tentado de conducir hasta casa de Cassandra, apartar a Nathan de su ordenador y zarandearlo una y otra vez. Para combatir la tentación, cojo la botella de *whisky* y me siento en el porche trasero a contemplar el gran cielo azul y el sol que desciende hacia el horizonte. Por cuestiones de elegancia, bebo en vaso, pero me siento de todo menos elegante. Ya me ocuparé de Nathan mañana. La luz se desvanece y los bichos comienzan a cantar en coro desde los arbustos. El canto se hace más fuerte a medida que el día se llena de quietud. El *whisky* desaparece poco a poco.

Mañana hará mal tiempo, o eso dicen las noticias: lo seco será barrido por una tormenta. Ahora mismo, la luna es tan grande que baña mi patio trasero con una luz de color azul pálido. Mi mente va muy rápido, pero todo está en caída libre. Son pensamientos de pánico, nada útil. Estoy enfadado y asustado, y no tengo cómo liberar estas emociones. Podría llenar el lavabo y gritar dentro del agua, podría ir a detener a mi hijo o podría confesar mis crímenes, pero, en lugar de eso, me acabo el *whisky*. Luego cojo una cerveza de la nevera. Esta noche es tan tranquila, tan cálida, tan desgarradoramente hermosa… Todos los insectos que estaban en modo silencioso cuando salí aquí se ponen a hacer esos ruidos que a los insectos les gusta hacer. Tomo un sorbo de mi cerveza con la esperanza de poder dormirme por fin después de un rato.

Unas cervezas más tarde, lo consigo.

CUARTO DÍA

Capítulo 73

Nathan está esperando a Lucas fuera del instituto. Tiene los brazos cruzados y está apoyado contra el muro bajo. Fija en él la mirada, como si esta mañana toda su existencia hubiera consistido en buscarlo. Y Lucas cree que así ha sido. Sigue usando la bicicleta que encontró en el aserradero. Le duelen las piernas de tanto pedalear y está cansado, pues anoche no durmió bien y pasó gran parte del tiempo tumbado intentando reconocer si había algo moviéndose bajo su piel.

Nathan se aparta de la pared y pone las manos en el manillar, con lo que obliga a Lucas a detenerse. Tiene la mandíbula apretada, el rostro tenso y la frente crispada. Lucas no dice una sola palabra. Siempre ha pensado que es más fácil así. Pasan otros estudiantes, ninguno de los cuales les presta atención. ¿Para qué? Esto no es nada nuevo.

—Apuesto a que hoy estás triste —dice Nathan—, dado que mi padre mató a tu novio. Pensaba que estarías en casa, llorando en la almohada las injusticias del mundo, y que luego te meterías en internet a buscar a otro conserje que quisiera abusar de ti.

—¿Por qué eres así? —pregunta Lucas.

—¿Qué?

—¿No puedes dejarme en paz?

—No —dice Nathan, y en ese momento entra en acción el darwinismo social. Nathan hace lo que mejor sabe hacer, que es empujar a Lucas, y Lucas hace lo que mejor sabe hacer, que es caerse. Es lo que pasa con los Nathan del mundo que se comportan como este: siempre serán más grandes que la persona a la que empujan.

Lucas está tumbado en el suelo, con la bicicleta sobre la pierna. La rueda delantera gira despacio y roza con suavidad los frenos. Él se sostiene la mano. Está bien vendada, pero el golpe que se ha dado al caerse puede haber abierto la herida. Ya está bastante mal, no le sorprendería que estuviera sangrando. Pensaba ir al hospital después

de clase para que le echasen un vistazo, pero no cree que pueda esperar tanto.

Nathan se inclina sobre él. Tiene la cara roja. Huele a sudor. Resopla y, con gestos lentos, va dejando colgar un escupitajo. Lucas se aparta, sin embargo, el escupitajo le cae en un lado de la cara. Es pegajoso y caliente como una ostra hervida.

Nathan se ríe. No hay más, se acabó. El matón se aleja mientras Lucas se limpia la cara. Luego se limpia lo que se le pegó del suelo. Se pone en pie, se alisa la ropa y coge su bicicleta.

No debería haber venido hoy.

No debería haber venido en toda la semana.

El centro de su vendaje ha pasado de blanco a rojo.

Se monta en la bicicleta y se dirige al hospital.

Capítulo 74

Acabo durmiendo la noche entera por primera vez en meses, pero también dormía cuando cayó la lata de la puerta de papá, porque me despiertan sus ruidos mientras intenta cocinar huevos en la placa. Menos mal que dejé la corriente desconectada después del incendio, porque estaría despertando con el ruido del resto de la casa envuelto en llamas.

—Déjame ayudarte, papá.

—Por todo lo que has pasado en los últimos días, Timothy, esto es lo menos que puedo hacer.

No sé quién es Timothy, pero el que no me insulte me lo tomo como una victoria.

Esa victoria desaparece cuando, un momento después, me dice:

—¿Por qué cojones no funciona la placa?

—Ve a sentarte en el salón, papá, y yo me ocuparé del desayuno.

—¿Tú? Eres un maldito imbécil. No podrías hacer ni tostadas.

Le demuestro que se equivoca, porque eso es lo que acabo haciendo para él. Escalfo unos huevos en el microondas, sirvo tazones de cereales y nos sentamos a desayunar en la terraza. Para ser un día que promete lluvia, no hay ni rastro de ella. Desayuno y bebo café mientras reflexiono sobre las grandes preguntas de ayer. La mala noticia es que tengo una ligera resaca; la buena es que hoy las cosas no parecen saber tan mal.

Suena mi teléfono. Parece el doble de ruidoso de lo que debería ser. Es Cassandra.

—Hola —digo arrastrando un poco la voz.

—Hola. Oye, me siento mal por cómo dejamos las cosas ayer. Con todo lo que estaba pasando, no me sentía yo misma.

—Me ocurre lo mismo.

—Quiero que las cosas funcionen entre nosotros, por supuesto, y sin esta demanda pendiendo sobre nuestras cabezas, estoy segura de que podremos resolver el resto. ¿Qué tal si este fin de semana nos vemos para charlar?

—Me encantaría.

—Pero, por hoy, ¿está bien si Nathan vuelve a tu casa esta noche? Tengo que ponerme al día con el trabajo y…

—Por supuesto —le digo.

Nathan será una parte importante de la conversación del fin de semana. El próximo gran tema que rondará nuestras cabezas.

Cuando Deborah aparece para cuidar a papá, me aseo y me voy al trabajo. Todo el mundo en la comisaría parece descansado. Ellos también han dormido bien. Hutch me dice que nos han enviado más casos sin resolver que podrían estar relacionados con el conserje. Me enseña una lista de siete nombres. Aaron McGee y Carl Nichols están ahí. En las próximas semanas se confirmarán las víctimas de Grove. Con respecto a los otros de la lista…, me pregunto si también fueron sus víctimas.

Me siento en mi despacho con la puerta cerrada a leer todo lo que tenemos acerca de la desaparición de Freddy Holt. Sigo sin creer que Grove tuviera algo que ver, pero anoche, mientras estaba sentado en la terraza bebiendo, se apoderó de mí un pensamiento inquietante del que no fui capaz de deshacerme. ¿Tuvo Nathan algo que ver con la desaparición de Freddy? Sé que eran amigos, pero eso no significa que no hubiera alguna pelea que se saliera de control y, luego, algún tipo de encubrimiento. Lo añado a la lista de cosas que tendré que hablar con él.

En el repaso de todo lo que tenemos sobre Freddy, llega la hora del almuerzo. Voy a la oficina abierta. Hutch y Wade están en sus escritorios, ocupados en el papeleo. Los acontecimientos de ayer han generado mucho. Sharon está escribiendo en su ordenador. Le pido que vaya al banco y saque cuarenta mil de los ochenta mil dólares que hemos reservado para la recompensa. Lo ideal sería conseguir los ochenta. Es lo que en un principio yo había dicho que íbamos a hacer, pero me preocupa que la mitad de la policía se manifieste en señal de protesta. Tal como están las cosas, lo único que ha hecho que la gente acepte mis ideas es la promesa de que vigilaremos el punto de entrega. Sharon coge su bolso, se pone las gafas de sol y sale por la puerta. Me recuerda la escena de *Psicosis* en la que la

secretaria huye con el dinero en lugar de ir al banco. Lo único que puedo hacer es esperar que las cosas me salgan mejor a mí.

Vuelvo a mi despacho, me siento al escritorio, me doy un masaje en la cabeza para mitigar el dolor y espero a que Sharon vuelva.

Un minuto después, recibo una llamada de la forense.

Me dice que necesita verme.

Capítulo 75

Lucas está meando en el baño durante el descanso para comer. Nathan entra y lo empuja por la espalda. El chico rebota contra el urinario y se moja la parte delantera de los pantalones. Antes de que pueda recuperar el equilibrio, y mientras intenta subirse la cremallera, Nathan lo coge por el cuello, tira de él hacia atrás y lo derriba. Que te empujen y te acosen es una cosa, pero que eso ocurra mientras tienes la polla fuera es otra muy distinta.

Lo arrastran al centro de los servicios, desde donde puede ver un techo de cartón piedra al que se han arrojado bolas de papel higiénico húmedo. Desde esta mañana, tiene puntos nuevos en la mano. Aún la siente entumecida por la inyección. La herida sí que estaba infectada, así que le dieron antibióticos. Y se llevó un severo sermón de la enfermera por haberse arrancado los puntos. Él le prometió que esta vez lo haría mejor. Cree que esa promesa, ahora mismo, no se está cumpliendo.

De pie, junto a él, hay tres personas: Nathan, un chico llamado Carson y otro llamado Jeff. Son los mismos que lo metieron en la taquilla, algo que parece haber ocurrido hace un año. Los tres son del mismo tamaño: grandes, como es la costumbre entre matones, pues alcanzan el tamaño adulto años antes de lo que deberían. Carson, el más grande de los tres, tiene una fina sombra sobre el labio. Se la produce un bigote que el chico ha intentado dejarse crecer, aunque sin éxito. La barbilla, que le rebasa la nariz, da a su rostro una forma de medialuna. Jeff tiene la cara de un planeta lejano: piel roja, llena de pequeñas marcas y con cráteres de pequeños volcanes en blanco y negro y a punto de entrar en erupción.

—Sé lo que has hecho —dice Nathan. Su cara es tenebrosa, tiene los músculos tensos y, cuando habla, escupe saliva. Lucas nunca lo había visto tan enfadado.

El cuarto de baño disminuye de tamaño a medida que las paredes se van acercando. Nathan está de pie junto a él, señalándolo. Carson está a un lado, mientras que Jeff está ocupado en meter una cuña de

goma bajo la puerta del baño para que nadie lo pueda abrir desde fuera.

—Resulta que Harriet recuperó su teléfono y que lo encontraron en casa de mi padre. Alguien lo puso ahí con las otras mierdas robadas para meterme en problemas. Sé que fuiste tú.

—No fui yo —dice Lucas. ¿Cómo no lo vio venir? Por supuesto que Nathan se iba a dar cuenta de que había sido él.

Nathan mira a sus amigos, a uno y al otro.

—Hacedlo —dice.

Carson se sienta a horcajadas sobre Lucas y le presiona el pecho con las manos. Jeff le quita los zapatos, luego coge sus pantalones cortos por el bies y se los quita también. Con ellos se lleva la ropa interior. Eso hace que Lucas recuerde el aserradero, solo que el conserje utilizaba tijeras. Al mismo tiempo, Nathan se agacha y tira de la camiseta de Lucas. Carson lo obliga a levantar los brazos para que su amigo pueda quitársela. Todo ocurre deprisa y sin dificultades, como si esta no fuera la primera vez que estos tres hacen algo así. Un momento después, Lucas está desnudo, excepto por un par de calcetines. Jeff le mete los calzoncillos en la boca. Luego tira de la mano vendada y la tuerce hacia un lado para montarse sobre ella. Le pone encima todo el peso de su cuerpo. Sonríe, se saca un móvil del bolsillo y apunta al chico. Mientras esto ocurre, Nathan pisa la otra mano de Lucas y Carson lo agarra bien por los pies. Tres chicos que son más hombres que niños. Son más grandes, más pesados, y Lucas no podrá ir a ninguna parte, por mucho que se esfuerce. No obstante, lucha. Grita en su ropa interior y sacude el cuerpo de un lado a otro, pero es inútil.

—Sigue sujetándolo —dice Nathan, mientras se esfuerza por desabrochar la parte delantera de sus pantalones.

¿Estará Nathan retomándolo donde lo dejó el conserje? Lucas cierra los ojos y forcejea con más fuerza. Un momento después, algo lo salpica en la cara, y no necesita abrir los ojos para saber que Nathan le está meando encima. El hedor y la repulsión son instantáneos, pero nada de eso se compara con la humillación cuando la orina le corre por el pelo y por el cuello y se le acumula en la nariz y los ojos. Quema. La ropa interior que tiene en la boca se hincha al empaparse

de orina. El líquido que no la empapa corre por su lengua hasta el fondo de la garganta y le provoca ahogos. ¿Así es como se siente el ahogamiento simulado? Cuando se da la vuelta e intenta aclararse la garganta, le entra más orina por la oreja y le cae en un costado de la cara. Nathan redirige el chorro para cubrir todo el pecho y el cuello de Lucas. Mientras, los tres ríen pasándoselo en grande, se ríen hasta formar una lista de personas a las que Lucas tendrá que examinar para ver si tienen tenias parasitarias. Y Nathan será el primero. No sabe qué detesta más, si las risas o la orina de Nathan, que salpica en él y en el suelo. No disfrutó abriendo a Wolfy aquel día, cuando necesitaba examinarlo, ni a Freddy, pero disfrutará abriendo a estos tres.

—La gente ha pensado que soy un ladrón —dice Nathan, que redirige el chorro otra vez a la cara de Lucas. Por Dios, ¿cuánta hay? ¿Ha guardado Nathan toda la orina del día para este momento?—. Solo que ahora van a saber que has sido tú —dice.

El flujo se ralentiza y, por fin, se detiene. Las últimas gotas caen en la nariz de Lucas. Alcanza a oír que Nathan se sube la cremallera y, un momento después, lo sueltan. Se quita los calzoncillos de la boca y retrocede hacia la pared. Se limpia los ojos con la mano vendada. Los abre. Le escuecen. Parpadea para sacudir la orina y el dolor, hasta que todo empieza a volver a la normalidad. Nathan y Jeff están viendo las imágenes en el teléfono mientras Carson, que ha sido alcanzado por fuego amigo, se limpia en el lavabo. Con el vídeo, Nathan y Jeff ríen a carcajadas, se estremecen y, en varias ocasiones, exclaman «oh», como si no pudieran creer lo que están viendo.

A unos metros a la derecha de Lucas está su ropa. Alarga la mano y la coge, la aprieta contra su cuerpo como un escudo, pero ahora nadie le presta atención. Carson termina de limpiarse y se acerca a ver el vídeo. Lucas se pone los calzoncillos, aunque están mojados.

Sus tres verdugos terminan de ver la grabación y se dirigen a la salida. Carson quita la cuña de goma y abre la puerta.

—Dadme un momento —dice Nathan, y sus amigos parecen sorprendidos, pero no dicen nada. Desaparecen en el pasillo. Entonces Nathan vuelve a acercarse a Lucas, que no puede creer la

vergüenza que siente. De verdad pensaba que las cosas serían diferentes después de lo que pasó con Grove. Estaba equivocado.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Nathan—. ¿Quieres que todo el mundo te vea desnudo y empapado de orina? ¿O vas a mantener la boca cerrada?

—Mantendré la boca cerrada.

—Necesito que me respondas a otra cosa —dice Nathan—. Esto de dejar que el conserje abuse de ti, que te dejes mear encima... En serio, ¿cómo lo haces? ¿Cómo vives contigo mismo?

Lucas no dice una sola palabra. Supone que Nathan no espera que diga nada.

—En serio, cualquiera con un poco de vergüenza ya se habría suicidado. Eres una vergüenza. —Levanta el teléfono—. Y ni se te ocurra ir a ver a mi padre por esto. Hazlo y subiré este vídeo a internet para que todo el mundo vea tu pequeña polla y tu cuerpo cubierto de pis. ¿Eso es lo que quieres?

Lucas niega con la cabeza. No. No lo quiere. Es el conserje, otra vez. ¿Esto es lo que hace la gente hoy en día? ¿Grabar la humillación y luego amenazar con sacarla a la luz? Y, si así fuera, ¿por qué todo el mundo piensa que él es el blanco perfecto?

—¿Me has entendido?

Sí, lo ha entendido. También entiende otra cosa.

—¿Esto es lo que le hiciste a Taylor Reed?

Nathan le da entonces una fuerte patada en los huevos, tan fuerte que Lucas vomita al instante. El pecho y el estómago le quedan cubiertos de vómito. Se tumba de lado, con las manos en la ingle, mientras la habitación se mueve, se balancea y se oscurece.

—Taylor Reed era un fracasado, igual que tú —dice Nathan.

Y, aunque Lucas puede oírlo, no encuentra sentido a las palabras. Sus músculos arden y sus huesos se han convertido en cristal. No podrá ir a cazar el gusano de Nathan, porque nunca más podrá moverse. Pronto, alguien lo encontrará aquí. Quizá el nuevo conserje, si es que ya hay uno. Entonces lo recogerán y lo meterán en la parte trasera de una ambulancia o en el maletero de un coche.

—Nos hizo un favor a todos, y ¿sabes qué?

Lucas no lo sabe, y ahora mismo no le importa. Está paralizado y le

duele todo; Dios, cómo le duele. Intenta mirar a Nathan y, cuando lo consigue, se siente aliviado. Agita los dedos y ve cómo se mueven.

—Deberías hacernos el mismo favor —dice Nathan—. Todos en el instituto quieren que te mates. Todos estaríamos mejor, y tú también.

No está seguro de poder hablar y se sorprende cuando le pregunta con toda claridad:

—¿Qué te he hecho?

—Intentaste que me expulsaran.

—Me refiero a desde el principio. ¿Qué te he hecho para que vayas a por mí?

Nathan se encoge de hombros.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque puedo.

Capítulo 76

La oficina de la forense está en el sótano del hospital. Solo una planta separa a la gente afortunada de la desafortunada. Salgo del ascensor y entro en un pasillo de bloques de hormigón. Las paredes tienen una capa de pintura crema tan gruesa que las hace brillar y parecer lisas. Al final, unas puertas dobles se abren para que entren muertos que susciten preguntas y salgan muertos que ya las hayan respondido.

Entro y giro a la derecha, hacia un despacho que podría pertenecer a un contable: hay un escritorio, un ordenador, archivadores, papeleo e impresoras, nada que sugiera que aquí es donde se cataloga la muerte. Marie, la forense, está al escritorio. Me ve por la ventana y me pide un momento. Echo un vistazo alrededor de la morgue, donde hay todas las cosas que no encontrarías en el despacho de un contable, a menos que tu contable sea un asesino en serie. Las luces fluorescentes se reflejan en herramientas diseñadas para cortar, partir y afeitar. Hay desagües por donde se extrae la sangre, básculas para pesar los órganos e hileras de lo que parecen pequeñas puertas cuadradas de frigorífico con viviendas provisionales al otro lado.

Marie se acerca a mí. Lleva el pelo gris recogido en un moño. Las gafas le cuelgan del cuello en una cadena. Sonríe al verme. Me da un breve abrazo y un beso en una mejilla. Luego se aparta, deja las manos en mis brazos y me dice:

—Me alegro mucho de que estés bien. Hay muchas razones por las que podrías ser tú el que yace en mi mesa.

—Yo también me alegro de estar bien.

Me lleva hacia el cadáver. Grove está cubierto con una sábana. Ahora, Marie tira de ella. Parece el proyecto de arte de algún niño; un proyecto muy mal hecho, por cierto. Tiene el tórax abierto, las costillas a la vista y las mejillas tan hundidas que todo lo de dentro lo debe tener pegado a la lengua. El ojo bueno se ha hundido en su cuenca, con lo que la frente de Grove parece enorme. El ojo herido, en cambio, es como algo sacado de un restaurante de mariscos

después de que haber estado expuesto demasiado tiempo al sol. En cuanto a su pelo, es como si alguien lo hubiera recogido del suelo de una barbería, lo hubiera encolado y arrojado más o menos en su dirección. Tiene marcas de estrangulamiento en el cuello y hematomas en las muñecas y los pies.

—¿Estás bien? —pregunta Marie—. Estás pálido.

—Me duele la cabeza.

Y es verdad. Ver a Grove me ha provocado dolor en un instante.

Repasa los detalles. La causa de la muerte de Simon Grove ha sido un disparo en un lado de la cabeza. Me muestra el punto del impacto. El cráneo está perforado y las grietas se han extendido como una telaraña. Me explica que Grove padecía deshidratación y desnutrición graves, a pesar de que al parecer le habían dado un par de barritas de muesli y agua. Dice que tuvo que sufrir mucho. Añade que el informe toxicológico tardará unos días, pero que unos puntos de inyecciones recientes en el brazo la hacen pensar que estaba sedado. Señala la herida en el hombro. La bala provocó daños nerviosos y óseos. Incluso con una rehabilitación intensa, nunca habría vuelto a estar bien. Luego indica un anillo rojo en el cuello. Es una estrecha franja de unos seis o siete milímetros de grosor. Se ha ido oscureciendo desde el momento de la muerte.

—Esto no se hizo con las manos ni con una cuerda. Y no hay fibras. Ha sido algún tipo de cordón.

—Faltaba un tramo de cinta de la escena del crimen.

Ella no dice nada durante unos instantes y luego asiente.

—Puede ser.

—¿Hay algo aquí que me indique qué hacer ahora?

Ella no contesta durante unos instantes y luego pregunta:

—¿Desde cuándo nos conocemos, James?

La pregunta me hace reflexionar. ¿Lo sabrá ella?

—No lo sé. ¿Casi veinte años?

—Veinte años —dice—. Es mucho tiempo. De un tipo como Simon Grove es fácil decir que se lo merecía, pero esto, lo que le han hecho, no es algo por lo que ningún hombre debería pasar, ni siquiera alguien tan perverso como él.

No digo nada. Marie no deja de mirar el cuerpo. Sé que hay algo

más.

—No te culpo por haberlo matado.

—No tuve elección.

—Ajá. Hay algo más. Algo que no he puesto en el informe.

—¿Qué?

—Dijiste que, después de dispararle, te detuviste junto a él y lo viste morir.

—Así es.

—Dijiste que te dijo que había habido otros cuatro y que no lastimó a Freddy Holt.

—Así es.

—¿Estás seguro?

No digo nada.

—Mira, la bala entró en su lóbulo frontal e hizo un túnel profundo. El efecto habría sido inmediato. Aunque, por alguna clase de prodigio, hubiera podido hablar, no habría tenido ni idea de lo que decía.

No digo nada.

—Una rareza como esta, bueno, no hace más que estropear las cosas, y a mí no me gustan las anomalías. Pensé que era mejor no incluirla en el informe. Si la incluyera, algún lector podría pensar que le sacaste esos nombres antes de dispararle, y eso no tendría buena pinta. Daría la impresión de que, después de que Grove abriera fuego, le disparaste en el hombro. Ya tenías el control de la situación, así que conseguiste que confesara algunas cosas y luego acabaste con él. Entonces el tiroteo no parecería tan limpio.

Ahora tengo una opción. Lo que me está sugiriendo es mucho mejor que la verdad, y no quiero que ella sospeche que yo he tenido algo que ver con la forma en que Grove llegó al estado en que se encontraba, así que asiento poco a poco.

—Escucha…

—No digamos nada —dice—. Como he dicho, no está en el informe, porque no me gustan las anomalías. En cuanto al resto… —sacude la cabeza—, Simon Grove era un tío malvado, sin duda, pero quien le hizo esto es igual de malo. Esto es tortura. El ojo se lo perforaron el lunes —dice, y lo señala—, cuando Lucas Connor se defendió, pero

quien ató a Grove redobló el suplicio. Lo apretó. Lo mató de hambre y lo torturó. Si esta persona pensaba que estaba haciendo lo correcto, estamos ante alguien que padece graves problemas psicológicos. No puedo decirte quién ha sido; lo que sí te puedo decir es que es alguien a quien deberías encontrar, sheriff. La gente de por aquí podría pensar que quien hizo esto merece una medalla, pero la verdad es que es un monstruo a quien habría que encerrar para siempre.

Capítulo 77

Lucas se sienta en uno de los compartimentos. Apesta a meados y vómito. Solo tiene puestos los calzoncillos y los calcetines mientras espera a que termine el descanso de la comida. No quiere estar en uno de los lavabos, casi desnudo, limpiándose, cuando entren otras personas. Y eso es lo que sucede: algunos entran y usan el baño, mientras que otros solo vienen a fumar. Él se queda esperando. Aún siente calor en la ingle, pero el dolor se ha reducido a una punzada sorda. Cuando suena la campana, espera unos minutos más antes de salir.

Se lava el pelo y la cara con agua del grifo. Luego empieza con el cuerpo. Sigue oliendo a vómito y orina, pero nada de eso, ni el dolor ni el hedor ni el sabor, duele tanto como la humillación. De algún modo, se siente aún peor que tumbado en el colchón del aserradero, tal vez porque de ahí salió casi ileso, salvo por el gusano.

Se quita la venda y la enjuaga bajo el grifo. Ahora sabe por qué Taylor Reed saltó, y no puede negar que, en parte, parece una buena salida. Nunca debió intentar que expulsaran a Nathan. Debería haber seguido con la rutina de ser acosado día tras día y resistir.

Hace espuma con jabón y se la pasa por el pelo y el cuerpo, pero eso no lo ayuda con el olor. Tiene orina en la ropa. También se la enjuaga. Escurre todo lo que puede. Luego se viste, se mira en el espejo y se pregunta cómo ha llegado su vida a esto. El primero que se volvió contra él fue Wolfy; luego, Freddy; ahora son los conserjes asesinos en serie y... y lo que demonios sea Nathan. No hay respuestas. A sabiendas de que no puede ir a clase con este aspecto y este tufo, se dirige hacia la salida por el pasillo. Se agacha para pasar bajo las ventanillas que las aulas tienen en las puertas. Antes de que piensen que ha vuelto a desaparecer, tiene que avisar a alguien de que no irá a las siguientes clases. Llega al aparcamiento de bicicletas, coge el móvil, llama a la oficina del instituto y dice que no se encuentra bien y que se va a casa. La mujer con la que habla no lo cuestiona. ¿Por qué iba a hacerlo después de lo que ha pasado?

Vuelve a casa en esa bicicleta de mierda. El pelo se le ha ido secando por el camino. Al llegar, tiene la camiseta aún húmeda y el vendaje, empapado. Su padre está en el despacho trabajando. Lo saluda, pero no abre la puerta: no quiere que el hedor invada el lugar. En la ducha se lava el pelo una y otra vez hasta que el olor desaparece. Con mucho cuidado, se limpia la herida de la mano. Ya no siente el gusano, pero sabe que las pastillas de ayer no han funcionado. No lo mataron, porque, si no, no estaría teniendo estos pensamientos acerca de qué hacer con Nathan. Abre la caja de pastillas, duda y la cierra. Le gustan estos pensamientos y la valentía que conllevan. Por primera vez, el gusano es su amigo. Puede que mañana cambie de opinión, pero, por ahora, necesita la fuerza y el ánimo que su amigo le proporcionará.

Busca en el cajón la maquinilla con la que su madre solía cortarle el pelo. Ya no le llega el tufo de la orina, pero puede sentirla dentro. Selecciona el peine de seis milímetros. El aparato hace su trabajo rápido y sin problemas, y, después de que ya se ha cortado dos tiras, Lucas se da cuenta del error. Mañana, cuando la gente haga preguntas sobre la desaparición de Nathan Cohen, un cambio como afeitarse la cabeza llamará la atención. Al fin y al cabo, eso es lo que dicen en las noticias, ¿no? Que la persona que mató a alguien se comporta de manera diferente después. Pero ya no puede parar. Corta más tiras y su pelo va cayendo en el lavabo. Termina y se pasa los dedos por el nuevo corte. Debajo del pelo se revela su pálido cuero cabelludo. No le gusta cómo se ve, pero sí lo limpio que se siente. Recoge el pelo y lo tira en el pequeño cubo de basura que hay bajo el lavabo. Con mucho cuidado, se cura la herida de la mano. Piensa en lo que dijo ayer el sheriff Cohen sobre que Nathan se estaba quedando en casa de su madre. Eso significa que los padres de Nathan se han separado. Si es así, Lucas tendrá que averiguar dónde vive la madre. Lo más fácil será volver al instituto y seguirlo desde allí.

Se viste y baja al sótano. Cuando su padre reformó la casa, gastó mucho dinero en el sótano. Lo convirtió en una sala de juegos para hombres. Tenía planes de poner una televisión de pantalla grande, sillas cómodas y una nevera para la cerveza, pero nada de eso llegó

allí. En su lugar, el sótano se ha convertido en un almacén de muebles viejos y cosas del pasado a las que su padre se aferra. Hay un banco de trabajo que él nunca utiliza, así como herramientas eléctricas que jamás se han enchufado. Bajo las tablas del suelo está el cuchillo de ardilla que Lucas usó con Freddy Holt.

Freddy también está ahí debajo, envuelto en plástico grueso y rodeado de arena para gatos, para evitar que huela.

Lucas levanta la tabla del suelo y coge el cuchillo.

Capítulo 78

Apilados en una columna de apenas cinco centímetros de altura, cuarenta mil dólares no parecen tan impresionantes. Es una de esas ocasiones en las que la realidad y la imaginación no van a la par: esto cabe en un sobre sin ninguna dificultad, pero da la sensación de que debería llenar un maletín. Repaso cada pila como quien baraja unos naipes. Los billetes agitan el aire con rapidez y una suave corriente me da en la cara. Es una de esas cantidades de dinero que te cambian la vida, y habrá más en el futuro.

Es la una y media. La entrega está prevista para las dos. Sharon nos desea buena suerte. Hutch se sube a la parte trasera del coche patrulla y se tumba en el asiento. No creo que sea cómodo, pero no es como si yo pudiera decirle que no tiene sentido. Wade sale del aparcamiento unos minutos más tarde. Su parte del plan consiste en ir en un sedán sin matrícula hasta el garaje de Earl, aparcar y tomar nota de todos los coches que pasen, con la esperanza de que uno llegue por la izquierda y, diez minutos después, se aleje por la derecha.

Pasamos por delante de la granja Kelly, cuyos propietarios hace años tomaron grandes cantidades de somníferos para morir en su cama cogidos de la mano. Pasamos por los senderos donde algunos se han perdido, algunos han aparecido y otros no. Pasamos por delante de Earl's Garage. El año pasado, al propietario le pegaron un tiro. Antes de caer al suelo, ya estaba muerto. Llegamos al aserradero donde Grove intentó matar a Lucas Connor y donde, pocos días después, murió de un disparo. Este tramo de carretera cuenta todo lo malo de Acacia Pines.

Me detengo cincuenta metros antes de llegar al desvío del viejo aserradero. Hutch salta, corre hacia los árboles y desaparece. Tomo el desvío y sigo la curva. El edificio queda a la vista. Detengo el coche cerca de donde aparqué ayer. La plaza es fácil de identificar gracias a los fluidos que mi coche patrulla dejó a causa de los disparos.

Cojo el sobre, me dirijo al edificio y atravieso la puerta arrancada.

Giro a la izquierda, para que Hutch no pueda verme. Me meto el sobre de dinero en los pantalones. Antes le he dicho a Hutch que la persona que llamó quería el dinero en el maletero del coche incendiado, así que me dirijo hacia allí, me quedo unos segundos, como si lo estuviera colocando, y luego vuelvo a mi coche.

Al salir, no veo a Hutch. De vuelta a la ciudad, me cruzo con Wade. Ha aparcado junto al garaje de Earl, desde donde tiene una buena vista del tráfico sin que lo vean.

Llamo a Hutch por radio. Le pregunto si hay algo y me dice que aún no, que desde su escondite entre los árboles puede ver la puerta. Alcanza a distinguir el coche calcinado, pero se resiste a acercarse más. Rebajo sus expectativas. Le digo que es posible que nuestro hombre haya recogido el dinero incluso antes de que yo volviera a mi coche.

—Por lo que sabemos, pudo haber salido por una de las otras puertas y estar ya lejos. Es probable que se haya adentrado en el bosque y esté aparcado a kilómetros de la carretera.

—Ese siempre fue el defecto del plan.

—Teníamos que pagar, Hutch.

—¿De verdad?

No le contesto.

—Le daré unas cuantas horas —dice ella— y luego iré a comprobarlo. Si para entonces el dinero no está, que Wade venga a buscarme. ¿Cómo va el dolor de cabeza?

—Está bien.

—Deberías ir al médico.

—Debería —digo, pero creo que se me pasará pronto.

—Han sido unos días de mucha tensión —dice—. Más para ti que para nosotros. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre?

Es una buena idea.

—Tienes razón. No hay nada que pueda hacer hoy en el trabajo, excepto estresarme un poco más con la pregunta de quién intentó matar a Simon Grove, y toda esa tensión la podré afrontar desde casa.

Capítulo 79

De camino a casa, veo pasar a Lucas Connor. He estado a punto de no reconocerlo, porque ahora lleva el pelo corto. Va en bici al instituto. Quizá intenta llegar a la última clase del día. Está tan concentrado en la carretera que no creo que me haya visto. No lo culpo por mentirme. No lo culpo por tratar de incriminar a Nathan. Ojalá pudiera estar seguro de que no me vio arrastrando a Grove hasta mi coche.

Llego a casa. Papá y Deborah están fuera. Me siento a la mesa, muy tranquilo, y me quedo mirando el dinero. Dado que me he guardado para mí lo cerca que he estado de perder la casa, nadie me preguntará cómo me las he arreglado para conservarla. El único que sabe lo mal que están las cosas es el director del banco. Será muy fácil convencerlo de que en algún sitio he conseguido un préstamo en efectivo, o bien, de que he vendido a un periódico o una revista los derechos de la historia de mis últimos días.

Alguien mete una llave en la puerta principal. Recojo el dinero y me lo meto en el bolsillo. Un momento después, entran Deborah y mi padre. Deborah me sonríe, pero mi padre me mira como si fuera un extraño.

—¿Cómo ha estado? —le pregunto.

—Ha estado bien —dice Deborah, pero su sonrisa es tensa, y sé, por conversaciones anteriores, que su definición de *bien* ha cambiado varias veces desde que cuida de él—. Iba a hacer té. ¿Quieres?

—Claro, pero lo haré yo.

Preparo tres tazas y, para mi sorpresa, papá se bebe la suya. Nos sentamos a la mesa y charlamos un poco, y aunque mi padre no participa, empiezo a pensar en cómo era antes, cuando trabajaba en su restaurante cortando verduras a cien por hora y cocinando filetes perfectos. Fue una buena vida, y fue un buen padre. A veces es fácil que la demencia no solo borre su memoria del pasado, sino también los recuerdos de quienes lo conocimos como era.

Cuando nos hemos terminado el té, Deborah se marcha a su casa.

Me quedo sentado con papá, haciéndole compañía. Nathan llega a casa. Apenas reconoce nuestra existencia. Solo ha venido a buscar comida en la despensa.

—¿Qué tal el instituto?

—Una mierda, como siempre —dice. Antes de que pueda decirle que su día está a punto de empeorar, me dice—: Supongo que debo darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por no haberme acusado de robar esas cosas.

—Te has enterado, ¿no?

—Como todo el mundo. Harriet les ha dicho a todos que su móvil se activó en nuestra casa. Si yo hubiera estado aquí, ¿habrías pensado que era yo?

—Por supuesto que no.

Sonríe. No recuerdo la última vez que lo vi sonreír. El problema es que no hay calidez en esa sonrisa.

—Estás mintiendo.

—Tal vez lo hubiera pensado, pero lo habríamos hablado tú y yo y te habría creído.

—Claro, apuesto a que la charla habría sido justo así. ¿Sabes quién los puso ahí?

—No —le digo—. ¿Y tú?

—No —dice.

No digo nada.

No dice nada.

Mi padre tampoco dice nada y se queda mirando al vacío.

Entonces le digo:

—¿Hay algo más que quieras contarme?

—No.

—¿Nada?

—Si vas a acusarme de algo, adelante, venga.

Este es el momento en que debería hablarle acerca de lo de Taylor Reed y decirle que sé que él fue quien metió a Lucas en esa taquilla. Y, sin embargo, cuando estoy a punto de abrir la boca, me callo. Esta conversación la debo tener primero con Cass.

—Bien —dice. Desaparece en su dormitorio y se lleva consigo la

oportunidad. Sin embargo, esa oportunidad vuelve un minuto después. Nathan regresa y me pregunta—: ¿Has estado en mi habitación?

—¿Cuándo?

—Mientras yo no estaba.

De nuevo, no digo lo que hay que decir, porque no sería justo para Cass.

—No, ¿por qué?

No tiene respuesta. Está buscando su teléfono secreto, pero ese móvil está en mi bolsillo. No puede preguntarme si sé dónde está.

—¿Seguro? —pregunta.

—No tengo ningún motivo para entrar ahí.

Se vuelve hacia papá.

—¿Y tú, abuelo, has estado ahí?

Papá tarda un momento en darse cuenta de que le están hablando y dice:

—¿Qué?

—¿Has estado en mi habitación? —pregunta Nathan; agresivo, ahora.

—No —le digo.

—Vale, ¿has entrado?

—Nathan, él no ha estado en tu habitación.

—Eso no puedes saberlo —dice—. Va a donde quiere y no tiene ni idea. Va cogiendo lo que quiere y poniendo las cosas donde no deben estar. No me extraña que mamá se haya mudado. ¿Cuándo vas a meterlo en otra residencia?

—Vamos a intentarlo.

—Odio esto, joder —añade, y vuelve a su dormitorio. Me quedo a la mesa, escuchándolo dar vueltas por su habitación en busca del teléfono, sin saber qué debo hacer ahora.

Capítulo 80

En lugar de seguir a Nathan a casa de su madre, Lucas acaba siguiéndolo a casa de su padre, lo que supone que significa que esta noche se quedará allí. No había ideado cómo abordar a Nathan esta noche en casa de su madre; ahora tampoco tiene planes para hacerlo en casa de su padre, pero lo está pensando.

De vuelta a su casa, oye ruidos de teclado que vienen del despacho. Además, la puerta está cerrada. Es la forma que su padre tiene de decirle que lo deje en paz, a lo que Lucas accede encantado. Se deja caer en el sofá, enciende la televisión y empieza a cambiar los canales. Deja de hacerlo cuando se encuentra con un programa de noticias. Hasta esta semana, las noticias eran puro ruido blanco para él: gente haciendo cosas malas, nada más. Una y otra vez. Podías grabar las noticias de una noche y, a la siguiente semana, ponérselas a una sala llena de gente; nadie notaría la diferencia. Pero esta semana ha estado viéndolas para mantenerse al día sobre el conserje. Ahora mismo, un reportero se cocina al sol fuera de la comisaría. Dice que la policía no ha confirmado ninguna conexión entre Simon Grove y Freddy Holt, pero que en todo el país hay casos con vínculos potenciales. Luego dice que la policía ha confirmado el pago de la primera mitad de la recompensa a la fuente anónima, quien telefoneó para revelar la localización de Simon Grove: cuarenta mil dólares.

Lucas se había olvidado de ese dinero.

Pone la tele en silencio. ¿De eso se ha tratado todo el tiempo? Quizá el sheriff Cohen encontró a Simon el Tonto el lunes, a los pocos minutos de haber aparecido en el aserradero. ¿Lo secuestró a sabiendas de que se ofrecería una recompensa? Entra en internet e investiga qué pasa con el dinero de las recompensas. A veces, puede ir a dar a todo el departamento de policía, pero es raro. Lo que es definitivo es que el dinero nunca se entrega a ningún agente de policía, de lo contrario, sería como si estuvieran trabajando a cambio de propinas. Los departamentos de policía, cuando tienen un motivo

justo, pueden abstenerse de pagar recompensas, solo que un acto así puede dañar la confianza de los ciudadanos.

No hubo ninguna llamada anónima.

No ha habido otro más que el sheriff Cohen.

Para averiguar lo que tiene que hacer, no necesita el resto de la tarde.

Baja al sótano, levanta las tablas del suelo y saca el teléfono de Freddy.

Capítulo 81

Preparo hamburguesas en la barbacoa mientras Nathan abre el apetito rebuscando en su habitación. Si bien las hamburguesas son su comida favorita, no veo que lo pongan de mejor humor. Aun así, las hago porque no puedo imaginar que vayamos a comer juntos muchas veces después de esto. En cuanto lo confrontemos, es posible que no quiera volver a estar en la misma habitación que nosotros. Al cabo de un rato, deja de buscar. Entonces vuelve a sus juegos y oigo gritos y disparos. Qué diferente es ser adolescente hoy en día comparado con cuando yo era joven. No tengo ni idea de cómo Nathan es capaz de disfrutar con esas cosas. Tampoco tengo ni idea de cómo los creadores de los videojuegos se dieron cuenta de que la muerte y la violencia son así de estimulantes para los chicos; o quizá lo han descubierto del mismo modo que Hollywood, los escritores y los artistas. Apuesto a que los primeros dibujos encontrados en las paredes de las cavernas mostraban a gente mordida por zombis.

Cuando todo está listo, llamo a Nathan. Le pido que se siente fuera para que podamos comer los tres juntos, aunque eso no lo hace dar saltos de alegría. Les damos un buen mordisco a nuestras hamburguesas. No mi padre, que tira la suya al suelo y se queda observando cómo suben las burbujas de su refresco. Son las siete y media y, entre la hierba larga, los insectos hacen mucho ruido. Un vecino pone en marcha el cortacésped, algo que siempre ocurre en el momento en que te sientas fuera para relajarte. En el horizonte, las nubes forman una larga cadena. La lluvia prometida espera a la distancia.

—¿Quieres una cerveza? —le pregunto a Nathan—. Voy a por una para mí.

Levanta la mirada lo bastante rápido como para torcerse el cuello. Se lo frota y sonríe, y recuerdo esas miradas suyas de cuando era más pequeño; cómo se reía cuando yo le hacía cosquillas, cómo se perdía en su propio mundo con sus juguetes en la bañera, cómo se tumbaba con los ojos muy abiertos mientras le leía un cuento. Por aquel

entonces, yo era su héroe. Este chico no es aquel chico. Hace mucho que no lo es.

—Sí, claro.

Es la primera vez que le ofrezco una cerveza, aunque no dudo de que ha bebido muchas en el pasado. Entro a por un par y vuelvo a salir. Él abre la suya, yo abro la mía y chocamos las latas. Terminamos nuestras hamburguesas. Nathan se termina su cerveza y me pregunta si puede tomarse otra. Si le dijera que no, volvería a su mal humor, y me gustaría que siguiera contento conmigo, aunque solo fuera por unos minutos más. Mi padre mete la cabeza entre los brazos y se queda dormido.

—Una más y ya. Y no se lo digas a tu madre —añado, y le guiño un ojo.

Va a la cocina, coge una cerveza y vuelve a salir. No me pregunta si quiero otra. Ni siquiera se le debe haber ocurrido. No le pido que me ayude a recoger, porque ha habido guerras que han empezado por menos. Si vamos a luchar, que sea por algo que valga la pena. Y eso ocurrirá el fin de semana, cuando Cass esté aquí. Los actos de nuestro hijo la destruirán. Destruirán nuestra familia.

—Escucha, Nathan, tengo que hablar contigo de algo —le digo. Las palabras salen de mi boca incluso antes de que me dé cuenta de que iba a decirlas.

—Por favor, no me digas que mamá y tú vais a volver.

Sus palabras duelen. Las nubes se acercan. Está cada vez más oscuro. Los árboles del patio trasero empiezan a agitarse. Podría avecinarse algo más que lluvia. Mi teléfono emite un pitido. No le hago caso.

—Esto no tiene nada que ver con tu madre ni conmigo. ¿Estás seguro de que no hay nada que quieras decirme? Puedes contarme lo que quieras. Puedo ayudarte con cualquier cosa.

Fija la mirada en mí. Su nueva cerveza está abierta y ya le faltan algunos sorbos. Espero que eso lo afloje un poco.

—No hay nada.

—Ayer, cuando vine a buscar el móvil de Harriet, empecé a registrar la casa.

—Entraste en mi habitación.

—Sí.
—Dijiste que no habías entrado.
—Lo sé.
—Mentiste.
—Sí.
—Entraste porque pensabas que lo había robado. Dios mío, papá, ¿por qué siempre tienes la peor opinión de...?
—Encontré esto. —Saco del bolsillo su móvil secreto y lo pongo encima de la mesa.
Fija la mirada en el aparato y no dice nada, y yo no digo nada, y la tormenta se acerca.
Luego:
—No tenías derecho a entrar en mi habitación.
—Tengo todo el derecho, y no se trata de eso. Es sobre lo que le hiciste a Taylor Reed. Pude desbloquear el teléfono. He visto el vídeo y los mensajes que le enviabas.
Se levanta de su asiento.
—Esto es una mierda.
Se aleja. Voy tras él y lo alcanzo en la cocina. Lo cojo por el brazo con firmeza.
—No irás a ninguna parte. Todavía no.
—Vete a la mierda —dice.
Intenta soltarse, pero yo le agarro el brazo con más fuerza. Mañana tendrá moratones.
—¿Sabías que iba a suicidarse? ¿Eso querías? ¿Creías que era una broma?
—Suéltame.
—Ese chico está muerto, maldita sea. Contéstame.
—No me extraña que mamá te haya dejado.
—Atormentaste a ese chico una y otra vez hasta que se suicidó, Nathan, y luego nos hiciste pensar que el responsable era otro, y creo que lo mismo le estás haciendo a Lucas Connor.
—Suéltame.
—¿Estuviste aquí la otra noche?
—¿Qué?
—¿Estuviste aquí? Hace dos noches, ¿estabas aquí?

—No, yo no estaba aquí.
—¿Sabes lo que le pasó a Freddy Holt?
—¿Qué te pasa?
—¿Lo mataste?
—Estás loco.
—¿Por qué lo hiciste, hijo? ¿Taylor Reed te molestaba? ¿Sentías curiosidad por saber si podías conseguir que se matara? Madre mía, Nathan, podrías ir a la cárcel por esto. Podrían encerrarte durante años. ¿Y preguntas qué me pasa? Lo que me pasa es que tengo un hijo que no siente remordimientos por…

Me da un golpe en el pecho. Su puño hace contacto con mis costillas magulladas. Le suelto el brazo. Me empuja, me golpeo con el borde de la mesa y caigo al suelo. No puedo detenerme hasta que choco con la nevera. Se yergue junto a mí.

—Taylor era un fracasado, igual que tú. Esta familia estaría mejor si te hubieran matado ayer.

Coge el teléfono de la mesa y sale corriendo de la cocina. Me quedo en el suelo, atónito ante lo que acaba de ocurrir. Al pensar que la conversación podría ir de otra manera, solo me estaba engañando a mí mismo. En este momento no veo otra salida que ir mañana a la comisaría y contarles lo que ha hecho mi hijo. Pensé que podía ayudarlo. Creí que, al reunir a nuestra familia, podríamos salvarlo. Me equivoqué. Una vez más, el dinero que iba a utilizar para salvar mi casa tendré que emplearlo en abogados.

Antes de todo, voy a tener que decírselo a Cassandra. Me va a despreciar por haberme enfrentado a él sin ella, y tiene todo el derecho.

Me levanto y salgo. Papá se ha despertado, ha recuperado su hamburguesa del suelo y se la está comiendo. Lo dejo en paz. Compruebo el mensaje que me llegó hace un rato. No reconozco el número.

Es un vídeo. Intento sentarme a la mesa y casi fallo. Me tiemblan las piernas. Los brazos me pesan tanto que tengo que apoyar el teléfono en la mesa para que no se me caiga. Antes de pulsar el botón de reproducir, ya sé lo que va a ser esto. En la habitación de Nathan, los

disparos y los gritos empiezan a sonar más fuerte que nunca. Mi hijo está descargando su ira en el ordenador.

Pulso el botón.

En el vídeo aparezco yo empujando a Grove hacia los árboles, todo iluminado por los faros de mi coche. El conserje tiene las manos esposadas a la espalda. Como quien va al cadalso. Luego hay un corte y, enseguida, más imágenes mías desde un ángulo diferente. Salgo del bosque solo.

Papá vuelve a la terraza.

—¿Dónde está el maldito camarero? —pregunta.

Si alguien me hubiera seguido, no le habría dado tiempo de aparcar en la carretera e ir a grabarme. Eso significa que esa persona tendría que haber llegado en coche, en cuyo caso yo lo habría oído. Por lo tanto, no me siguió. Quienquiera que hiciera esto ya estaba en el lugar. ¿Por qué? Y no solo en el lugar, sino listo para grabarme.

—¿Eh? ¿Dónde está el jodido camarero?

Podría ser alguien que trabaja para mí o uno de búsqueda y rescate. Podría ser alguien que se sintió tan alentado por la recompensa que salió a echar un vistazo. Tal vez fue un buscador de emociones a quien le gusta ir a sitios donde se han cometido crímenes. ¿Un excursionista perdido? ¿Bigfoot, quizá, o uno de sus buscadores? Entonces, ¿por qué no reclamar la recompensa?

—¿Usted es el camarero?

—No hay camarero, papá.

—¿Puedes decirle que la hamburguesa estaba excelente?

Mi cerveza sigue aquí fuera. Me la tomo de un trago. Me tiemblan las manos. Las nubes están más cerca y son cada vez más oscuras. Ahora, el viento sopla con más fuerza.

La tormenta ya está aquí, eso es seguro.

—Bien, se lo diré yo mismo —dice papá, y entra en la casa.

El teléfono vuelve a pitar. Otra vez, es un mensaje dividido en trozos:

Sé lo que has hecho. Sé que todo el tiempo retuviste a Simon Grove, esperando que la recompensa subiera de valor. Sé que hoy tienes cuarenta mil dólares de

esa recompensa y que el resto está en camino. Si no me los das, voy

a enviar estas imágenes a los medios de comunicación. Terminarás en la cárcel. Esta noche, a las diez, deja los cuarenta mil dólares en el mismo árbol donde

ataste a Simon Grove. De lo contrario, el mundo sabrá que lo torturaste y asesinaste.

Los mensajes dejan de llegar. Le respondo:

¿Quién eres?

Nada. Lanzo al patio la lata de cerveza vacía. No tengo más remedio que sacar el dinero, pero eso solo me llevará a más chantajes. Me desangrarán y luego entregarán las imágenes a los medios. Empiezo a marcar el número de la comisaría, pero cuelgo a la mitad. No puedo pedirle a nadie que busque el número desde el que me están enviando esto. No puedo involucrar a nadie. No puedo hacer nada, salvo lo que me han pedido. De no haber estado con Nathan cuando llegó el primer mensaje, habría pensado que había sido de él. Pero no era de él.

La persona que me grabó, la que estranguló a Grove, es mi dueña.

Entro en la habitación de Nathan sin llamar.

—¿Qué coño…?

—Cállate, Nathan, y si…

—No…

—Te digo que cierres la puta boca.

Y lo hace. Parece sorprendido.

—Necesitas ayuda, Nathan. No sé si de verdad querías que Taylor se suicidara y, lo que es peor, ni siquiera creo que te importe.

—Yo…

—En este momento tengo que salir, pero tú y yo vamos a terminar esta conversación cuando vuelva a casa. Ahora mismo te quiero aquí, cuidando de tu abuelo. Si haces cualquier otra cosa, te juro por Dios que te meteré en la cárcel cuando llegue a casa. ¿Has oído?

Asiente con la cabeza.

—¿Me estás escuchando?

—Te escucho.

Señalo con la cabeza su ordenador.

—Y apaga esa mierda. Haz algo útil y recoge los platos de la cena.

Lo dejo en su habitación, cojo el dinero y me dirijo a la puerta.

Capítulo 82

Casi atropello a la señora Larson, la vecina cuyo nombre de pila nunca recuerdo, la vecina que siempre encuentra un motivo para quejarse. Va empujando por la acera una bicicleta de montaña. Lo único que me consolaba de perder mi casa era saber que me alejaría de ella. Me señala con el dedo, agita la cabeza, grita algo y me lanza una mirada que sugiere que soy el peor sheriff del mundo. Algo difícil de rebatir. El pelo se le despeina por el viento y la ropa se agita contra su cuerpo. Me la imagino delante de su casa, ante un equipo de noticias, explicando a la cámara: «Siempre supe que había algo raro en ese sheriff». Hago un gesto de disculpa y salgo a la calle. Me llevo el todoterreno en lugar del coche patrulla que he estado usando.

Llamo a Hutch. Sigue apostada entre los árboles, vigilando el aserradero. Me dice que las cosas se están poniendo difíciles ahí fuera, que los árboles se esfuerzan por mantenerse anclados al suelo. Le digo que ya ha esperado bastante, que es hora de ver si el dinero ya no está en el coche. Escucho que se acerca al edificio, que inspecciona el coche, que revisa el maletero.

—Aquí no hay nada —me dice, y parece molesta—. ¿Dónde lo dejaste, exactamente?

—Justo en el centro del maletero. Es imposible no verlo.

—Entonces, se lo han llevado. Nuestro hombre debe haber cogido el dinero antes de que yo llegara a mi puesto. Quizá estaba escondido en la fábrica cuando llegaste. Lo atraparemos en el próximo pago. Llamaré a Wade para que venga a buscarme.

La gente camina con la cabeza gacha y los hombros encorvados para evitar que la tierra y el polvo se les metan en los ojos. Por el aire flotan bolsas de plástico, papel y restos de basura. El viento frena el coche. Entro en la comisaría y respondo entre dientes a todo el que me saluda. Cierro la puerta de mi despacho, me pongo al escritorio y tecleo en el ordenador el número telefónico de los mensajes. No espero que salga nada. Ha de ser un móvil prepago, pero igual tengo que comprobarlo.

Aparece un nombre.

Me hundo en el asiento. El aire cambia, como si un relámpago estuviera a punto de estallar dentro de la comisaría. Se trata del teléfono de Freddy Holt.

¿Sigue vivo?, ¿entra y sale del bosque de vez en cuando?, ¿tal vez desde una granja cercana? ¿O está muerto y la persona que lo mató se llevó su teléfono y me está chantajeando ahora? Si fuera Freddy, podría quedarse con los cuarenta mil, e incluso lo llevaría fuera de Acacia Pines si me lo pidiera. Que estrangulara a Grove… Bueno, ¿cómo puedo juzgarlo por eso si yo he hecho cosas peores?

Llamo al número.

Nadie contesta.

Tengo que esperar a que vuelvan Hutch y Wade. No puedo dejar que me vean conduciendo hacia el aserradero. Tamborileo con los dedos en el escritorio. Llevo el ritmo con los pies. Miro el aparcamiento por la ventana y me pregunto dónde demonios están. Oscurece muy rápido. A los pocos minutos, el aparcamiento ha desaparecido, sustituido por mi reflejo. Tamborileo sobre el escritorio con los dedos de ambas manos. Doy pisotones con ambos pies. Unos faros rompen la oscuridad. Son Wade y Hutch. No entran. Tan solo se suben a sus coches y se marchan.

Salgo. El viento es frío. Y fuerte. Sacude el coche a mi salida del aparcamiento. Lo sacude aún más cuando paso a toda velocidad por el puente para salir de la ciudad. Desde el sur, un muro de lluvia se dirige a mí. Piso el acelerador y conduzco hacia él.

Capítulo 83

Desde debajo del puente, Lucas ve al sheriff Cohen alejarse de la ciudad. Son poco más de las nueve, lo que significa que el sheriff ha salido temprano hacia el aserradero, tal como Lucas supuso que haría. También se imagina que el sheriff se quedará por ahí más tarde; primero, escondiendo su coche y, luego, escondiéndose entre los árboles para ver quién ha venido a por el dinero.

Remolca su bicicleta por la orilla hasta la carretera. El viento sigue aumentando. Las nubes se ciernen sobre la ciudad como una manta sucia. Antes, para enviar los mensajes al sheriff Cohen, cambió la tarjeta SIM del móvil de Freddy por la suya, por si acaso el teléfono de Freddy estuviera configurado igual que el de Harriet White, es decir, para enviar un correo electrónico con su ubicación en cuanto alguien lo volviera a encender.

Con la lluvia cada vez más cerca, atraviesa la ciudad en bicicleta. La gente entra y sale apresurada de las tiendas de comida para llevar, lo que provoca una mezcla de aromas de comida china, india o *pizza* de los restaurantes. Pronto se impone el olor del aguacero que se avecina y, momentos después, la lluvia llega, fuerte y rápida, como si alguien estuviera reventando globos de agua del tamaño de coches sobre todas las cabezas. A Lucas siempre le han gustado las tormentas. Lo hechiza el sonido del trueno que rompe el cielo, el del relámpago que lo destripa; le encanta la forma en que el aire crepita con energía. Es bonito y peligroso, como si el mundo se resquebrajara para desvelar todos sus secretos.

La ropa se le pega al cuerpo. Tiene que limpiarse el agua de los ojos una y otra vez. Si sigue gastando vendas a este ritmo, tendrá que empezar a comprarlas al por mayor, porque esta ya está estropeada. Después de lo que ha pasado hoy en el instituto, piensa en la lluvia como algo purificador. El pelo corto hace que sienta frío en el cuero cabelludo. El viento que se levanta desde el sur lo ayuda, en lugar de entorpecerlo. Aun así, en este pedazo de mierda oxidada le lleva el doble de tiempo pedalear a cualquier sitio. Las calles se van vaciando

a medida que se inundan las alcantarillas. Las hojas y la basura flotan y corren más rápido que su bicicleta, se amontonan alrededor de los desagües pluviales y terminan obstruyéndolos. Tarda veinte minutos en llegar al parque donde hace dos noches tendría que haber dejado la bicicleta. Las ruedas se hunden en el césped unos centímetros y, cuando Lucas sale del parque, sus zapatos chapotean y se llenan de agua.

Mira su reloj. Son las nueve y veinticinco.

Calcula que tiene media hora o más. Cerca de una hora, más bien.

Se dirige a la casa del sheriff Cohen.

Capítulo 84

El viento, que aúlla entre los árboles desde todos los ángulos, arrastra la lluvia hacia un lado y hacia el otro y mece el coche. La lluvia hace tanto ruido que no oigo el motor. Mis limpiaparabrisas luchan por mantener el ritmo. El cristal parece que tuviera adheridas capas de envoltorios de comida. Las zanjas entre la autopista y el bosque van camino de convertirse en arroyos. Esto parece el fin del mundo. Las interminables semanas de días calurosos se ven a menudo interrumpidas por una tormenta así, que va y viene. A veces, no dura más de veinte minutos; otras veces, llueve toda la noche. Los árboles se doblan, tiran de sus raíces. Los gruesos troncos están a punto de romperse. Las agujas de pino se transforman en dardos de cerbatana. Las piñas se convierten en pelotas de béisbol. Mañana vendrán cuadrillas con motosierras a retirar los árboles caídos a lo largo de toda la autopista. Despejarán las carreteras, quitarán las ramas rotas y arreglarán las señales de tráfico torcidas. Luego descansarán hasta que el calor del verano vuelva a hacer estragos.

Cuando cojo el desvío hacia el aserradero, una ráfaga de viento intenta levantar mi todoterreno. Una piña rebota en el centro del parabrisas y me hace dar un respingo. Los elementos conspiran contra mí, me advierten de que esta es una mala idea. Aparco en mi sitio habitual. Aquí no hay otra luz que la de mis faros. Saco de la guantera una linterna y una cámara para accidentes de tráfico que he traído de la comisaría. La cámara está cargada y tiene memoria suficiente para almacenar dos horas de grabación. Me la echo en el bolsillo junto con un par de bridas para cables.

Abro de un empellón la puerta del coche y el viento la empuja contra mí. Vuelvo a intentarlo, esta vez con más fuerza, y logro salir. El viento cierra la puerta antes de que la lluvia convierta el todoterreno en una piscina. Camino hacia los árboles mientras me protejo los ojos del agua y del viento que me azota. Freddy podría estar escondido a pocos metros del límite del bosque y yo no tendría ni idea.

Mi ropa se sacude de un lado a otro, pero pronto se empapa tanto que se me queda pegada al cuerpo. El viento me empuja y hace crujir la bolsa de plástico en la que llevo el dinero. Me meto en un charco que me llega hasta los tobillos y los dedos de los pies se me entumecen. El aserradero parece un matadero abandonado al que vinieran a jugar los personajes de las pesadillas. De pronto, el cielo se tiñe de blanco. Es la extensa cadena de un relámpago cuyas retorcidas costillas se ramifican a uno y otro lado. De inmediato llega el trueno. El destello brilla tanto que me quema los ojos y el sonido es tan potente que me parte el cráneo. Salto con tal ímpetu que los hombros me llegan a las orejas, el corazón se me acelera, las manos me hormiguean y, alrededor, el aire se llena de electricidad. Suelto la bolsa. Va a parar al suelo. Antes de que pueda cogerla, el viento la atrapa y la lanza al aire, la abre y la convierte en un paracaídas. La bolsa se aleja de mí, atrapada por una ráfaga cruzada, y entonces salen por la abertura los billetes de cien dólares, como escupidos por un cajero automático defectuoso.

Cuarenta mil dólares se dispersan en la tormenta.

Capítulo 85

El primer intento de Lucas de llamar a la puerta queda ahogado por el trueno. Para lo que ha planeado, no podría haber pedido mejor tiempo. Está oscuro, no hay nadie y la lluvia cae con tal fuerza que podría gritar sin que lo oyeran. Dentro hay luces encendidas. Espera que eso signifique que Nathan está en casa.

Vuelve a llamar a la puerta, toca el timbre y alterna entre golpear la puerta y tocar el timbre hasta que ve una silueta a través de los pequeños cristales esmerilados: Nathan se acerca, abre la puerta y queda enmarcado en el umbral, aferrado al tirador con una mano mientras con la otra sujeta una cerveza. El viento lo azota.

—¿Qué coño...?

Antes de que Nathan pueda terminar, Lucas le arroja un puñado de barro que ha recogido del jardín. Le da de lleno en la cara. No se queda a ver qué pasa. Se da la vuelta y corre. Nathan lo seguirá, claro que sí. Llega a la acera incluso antes de que Nathan haya podido bajar del porche. No necesita ganar mucha ventaja. Disminuye la velocidad. Deja que Nathan iguale su ritmo, pero mantiene diez metros de distancia entre los dos. Sus pies golpean el suelo y lanzan agua por detrás. El viento le da de frente, así que tiene que inclinarse hacia delante. Nathan grita algo que Lucas no alcanza a oír. De un salto, se baja del bordillo al final de la manzana, cruza la calle y salta por encima del bordillo hasta el bloque siguiente. Sus pies chapotean en el agua de las cunetas.

Sigue manteniendo los diez metros de distancia.

Todavía no hay nadie alrededor.

Gira hacia el parque. Sus pies se hunden en el césped y van dejando huellas. Más adelante hay un área infantil. Los columpios rebotan con el viento, las cadenas se tensan, el carrusel se sacude. De debajo de todo salen despedidos trozos de corteza. Corre más allá del tobogán. Pasa un banco. Sigue hacia los árboles, a donde no llega la luz de las farolas; luego se cae y, cuando intenta volver a levantarse, se resbala.

Tal y como lo había practicado.

Nathan lo alcanza.

Lucas se encoge. Nathan está acostumbrado a ver a la gente acobardarse así. Se detiene junto a Lucas y la lluvia le lava el barro de la cara.

—Gilipollas —grita.

Lucas cambia de posición y se hace un ovillo. Nathan le da patadas en los brazos y en la espalda, y Lucas gimotea como se supone que debe hacer, dispuesto a recibir los golpes. Cuando terminan las patadas, levanta la vista y ve que Nathan sigue de pie junto a él.

—Voy a publicar el vídeo en el que te meo encima. Todo el mundo lo va a ver.

Lucas murmura en voz baja:

—No es tu culpa.

—¿Qué has dicho?

Vuelve a murmurar lo mismo. Más suave esta vez, atrayendo a Nathan.

El chico se agacha para escuchar.

—Repíteme lo que has dicho.

Lucas le clava el cuchillo de ardilla en el costado.

Por su parte, Nathan empieza a mostrar las emociones equivocadas. Comienza con la confusión. Se da cuenta de que ha pasado algo, pero no sabe qué. Se levanta y retrocede un paso. Lucas, que no ha soltado el cuchillo, se lo saca. Entonces Nathan sonríe. Y se ríe. Es como si la idea de que algo malo pudiera ocurrirle fuera tan descabellada que resultase divertida. Mueve la cabeza de un lado a otro. Baja la mirada y se pone la mano en la herida. Luego se mira la mano, la sangre; ve cómo la lluvia la diluye y la lava de sus dedos. Da otro paso atrás. Mira a Lucas, el cuchillo y, de nuevo, la herida. Sigue sonriendo, pero también frunce el ceño, divertido y confuso. Es alguien a quien los ojos le están diciendo una cosa y el cerebro, otra. Retrocede dos pasos más. Luego mira abajo, donde la sangre le empapa la camisa y los calzoncillos y corre por su pierna. Se pone la mano en la herida, en un intento de cerrarla y detener la hemorragia.

—¿Qué…? —pregunta. Luego sacude la cabeza y añade—: ¿Qué has hecho?

Lucas ya está de pie. Se acerca a él. Nathan da un paso atrás. Su energía se está agotando junto con toda esa sangre. Lucas se pregunta dónde estará el parásito, si saldrá por ese agujero y escapará hacia la hierba. Nathan se arrodilla. Mira a Lucas y levanta la mano, acobardado, igual que Lucas se ha acobardado tantas veces ante él. Qué fácil sería enterrarle el cuchillo de ardilla en el cuello, el pecho, los brazos y las piernas.

—Por favor —dice Nathan. Está llorando—. No, por favor.

Si los papeles estuvieran invertidos, Nathan seguiría apuñalando a Lucas. Eso es a lo que estaba destinado Nathan, ¿no? Una vida de hacer daño o de hacer que la gente quiera hacerse daño a sí misma.

Nathan intenta ponerse en pie, pero acaba cayendo. Rueda sobre el pecho y se arrastra. Con una mano agarra el suelo; con la otra, la herida. Cuando grita, sus gritos se pierden en la tormenta.

Lucas lo hace rodar sobre su espalda. Qué pálido está. Ya es un fantasma. La lluvia le da en la cara. Lucas se agacha sobre él.

—Lo que he dicho es que no es culpa tuya —dice. Y no lo es. Es el gusano de su interior, tan grande ahora, tan malo, que el daño que ha hecho es irreparable.

Nathan está temblando. Tiene la piel de gallina en los brazos. Sus labios se han vuelto azules. Sus ojos parpadean a izquierda y derecha. Son movimientos tan pequeños que parecen vibraciones. En lo alto se bifurca un relámpago e ilumina a Nathan. Un microsegundo de su sufrimiento se queda grabado en la mente de Lucas como una fotografía feliz.

Encontrará ese gusano, pero no aquí. Necesita tiempo. Y privacidad. Tampoco quiere que el bicho escape por la herida, así que saca el rollo de cinta aislante del bolsillo y tapona el agujero de Nathan. Eso tiene la ventaja añadida de ralentizar la hemorragia.

Tiene que concentrarse en llevárselo de aquí.

Tal como le ha enseñado su padre, sin cadáver no hay pruebas.

Va a hacer lo mismo que hizo con Freddy Holt.

Llama a su padre.

Capítulo 86

El viento arrastra la bolsa de plástico de vuelta al charco y el agua la detiene lo suficiente para que yo la coja. Todavía hay algo de dinero, aunque no mucho. Hay más billetes en el mismo charco. Para poder cogerlos con las dos manos, me meto la linterna en la cintura del pantalón y me ayudo de la luz que sale del coche. La mayoría de los billetes están volando hacia los árboles; no se han ido flotando, porque el flotar insinúa tranquilidad. Estos billetes de cien dólares han sido lanzados de un lado a otro en una montaña rusa de viento. Algunos han pasado por encima de las copas de los árboles hasta adentrarse en el bosque, hasta desaparecer más allá del alcance de los faros. Otros han quedado atrapados en la linde de la arboleda. Los recojo y los meto en la bolsa. Alcanzo los que están enganchados en las ramas más bajas y me desentiendo de los que están en las más altas, como si este fuera un caso de rendimientos decrecientes; a sabiendas, sobre todo, de que muchos billetes volverán a volar justo cuando esté a punto de alcanzarlos.

Hago todo lo que puedo. Voy recogiendo los billetes mojados y sucios y los meto en la bolsa. Llega un segundo relámpago y, mientras suenan los truenos, me agarro con fuerza a la bolsa. El aire zumba. Es una locura. Estoy corriendo en plena tormenta como si estuviera pidiendo que me alcanzase un rayo, y, con la suerte que tengo, ¿por qué no debería suceder?

No veo más billetes fáciles de coger, así que vuelvo al coche. Estoy empapado. Abro la bolsa y cuento lo que ha quedado: siete mil seiscientos dólares. Con esta cantidad no podré comprar el vídeo.

Salgo del coche y llevo la bolsa conmigo. La sujeto con fuerza. Al llegar a los árboles, me echo unas cuantas piedras en los bolsillos. Luego, linterna en ristre, camino hacia el árbol donde encadené a Grove y recojo otros seiscientos dólares por el camino. El viento y la lluvia amainan conforme me voy adentrando. Uso las piedras para lastrar la bolsa en la base del árbol. Saco la cámara de mi bolsillo, la ensucio para camuflarla y, a un par de árboles de distancia, atada a

una rama con un cable, la dejo apuntando hacia el dinero. Enciendo la cámara y pulso el botón de grabación. Quien recoja el dinero tendrá que venir con una linterna. Espero que haya suficiente luz para ver quién es.

Vuelvo al coche.

Si quien me envió el mensaje ya está aquí, entonces habrá visto lo que ha pasado con el dinero. Si todavía está en camino, se llevará una decepción. Supongo que estará aparcado en algún lugar intermedio, a la espera de verme pasar.

Ni siquiera puedo enviar un mensaje de texto al teléfono de Freddy. Aquí no hay cobertura.

Doy la vuelta al coche y sigo los relámpagos y los truenos hasta la ciudad.

Capítulo 87

Hace dos meses, Lucas alcanzó a Freddy unas calles más allá de donde el chico había empujado a Alexandra. En esa calle había una casa en venta. Era de un vendedor de coches usados que, un año antes, había ido de cacería al bosque con unos amigos. Algunos dicen que se emborracharon y se alejaron del sendero. Otros dicen que Bigfoot los atrapó. El césped de la casa, ahora vacía, estaba alto, y el jardín estaba cubierto de maleza. En la fachada, el cartel de «Se vende» se había descolorido con el paso de los meses. Lucas calculó su llegada para que ocurriera en el momento en que Freddy estaba a punto de pasar de largo. El chico lo oyó llegar y se volvió.

—¿Qué quieres?

—He encontrado algo —le dijo Lucas.

—¿Qué?

—Algo que querrás ver.

No esperó la respuesta. Pasó por delante del cartel de «Se vende», clavado en el suelo, y caminó por un lado de la casa. Mientras lo hacía, abrió la cremallera de su mochila. Freddy se quedó unos segundos en la acera antes de que lo venciera la curiosidad.

Al doblar la esquina, Lucas sacó la pala de la mochila y, en lo que dura un latido —algo que Freddy dejó de tener pocos segundos después—, se le echó encima. Ya con la sangre acumulándose en la tierra, tenía que tomar una decisión. No podía cortar a Freddy y dejarlo allí mismo, porque alguien terminaría descubriéndolo. Podía enterrar a Freddy en el jardín, solo que iba a necesitar un agujero mucho más grande que el de costumbre. Aun así, había grandes posibilidades de que los próximos dueños lo encontraran.

Llamó a su padre.

Peter tenía su propio parásito creciendo dentro. Lucas había visto a ese gusano en acción el día en que lo ayudó a enterrar a su madre bajo las mismas tablas del sótano donde ahora está enterrado Freddy, a donde Nathan irá cuando todo esto haya terminado. La muerte de su madre fue un accidente. El día que tenía previsto

marcharse, el padre de Lucas intentó convencerla de que se quedara. Quiso explicarle lo de los animales muertos, quiso convencerla de que lo único que Lucas necesitaba era ayuda. Se esforzó tanto que acabó empujándola por las escaleras del sótano, cuando lo único que quería era razonar con ella. El problema es que la gente seguía yendo a la cárcel por accidentes y, después de todo, el padre de Lucas la había empujado. En el sótano enterraron también las maletas. Luego le contaron a todo el mundo que la mujer había conocido a un hombre en internet y que había creído que él podría darle una vida mejor. Su padre, como escritor de novelas policíacas, puso en práctica todo lo que había aprendido. Si hubiera sido dentista o contable, lo habrían detenido por asesinato.

Luego apareció para ayudar con Freddy, tal como Lucas sabía que ocurriría. ¿Qué opción le quedaba? Ahora, los dos tenían secretos que los ponían en el camino de una garantizada destrucción mutua. Papá estaba enfadado y gritaba a Lucas mientras ambos envolvían a Freddy en polietileno transparente. La sangre manchaba el plástico por dentro y hacía que el cuerpo pareciera estar envuelto en niebla roja, pero ¿qué podía hacer, aparte de ayudar?

Metieron el cadáver en el maletero del coche. Lucas removió la tierra donde había caído la sangre, para ocultarla, y luego emprendieron juntos el camino de vuelta a casa. Bajaron a Freddy al sótano. Después, mientras Lucas exploraba el cuerpo en busca de un gusano que nunca encontraría, su padre exploraba el armario de los licores en busca de algo que sí encontraría.

A la mañana siguiente, hablaron del tema. Eran las diez de la mañana y su padre seguía borracho. Llevaba bebiendo mucho desde la muerte de la madre de Lucas. Después de lo de Freddy, empezó a beber aún más. Fue entonces cuando su padre impuso el toque de queda: adiós a las salidas nocturnas a hurtadillas; a partir de ahora, Lucas tenía que estar en casa a las cinco. Y que Dios lo ayudara si se retrasaba un minuto más: llamaría a la policía y, maldita sea, la destrucción mutua estaría asegurada. El padre no podía volver a pasar por esto.

Lucas le había creído.

Y había que reconocer que su padre no iba de farol. El lunes pasado,

cuando Lucas no llegó a tiempo a casa, llamó a la policía, aunque antes había ido a buscarlo.

Es consciente de la ironía de que matar a Freddy había salvado su propia vida. Si no hubiera acabado con su examigo, no habría habido toque de queda. Su padre no habría ido a buscarlo ni habría llamado a la policía. El sheriff Cohen no habría aparecido para salvarlo. Poner a Freddy bajo tierra ha mantenido a Lucas sobre ella.

Y, ahora, su padre viene de nuevo. Hace un rato, estaba durmiendo mientras su hijo se escabullía de casa. Lucas le dejó una nota en la que le decía que había salido a recoger la cena, con lo que esperaba eludir el toque de queda. Sin embargo, era evidente que, al recibir la llamada, su padre seguía durmiendo. Peter se detiene en la entrada del parque y una de las ruedas da con el bordillo. Apaga el motor y las luces, y camina hacia donde Lucas lo espera. La lluvia ha lavado toda la sangre, excepto la que ya manchaba la ropa de Nathan. En las prendas de Lucas no hay nada. Él mismo ya lo ha comprobado. Su padre lleva un nuevo trozo de polietileno transparente. Lo tiene por ahí guardado desde que se hicieron las reformas. Cree que cualquier ecologista se alegraría de saber que le han encontrado un uso en lugar de haberlo tirado a un vertedero.

Cuanto más se aproxima Lucas a su padre, más nota su balanceo, y cuando lo tiene cerca, puede oler la cerveza. El viento le agita la ropa; tiene el pelo pegado a la frente. Lleva zapatillas. Mira a Nathan. Lucas pensó que vería al hijo del sheriff desangrarse, pero este chico ha aguantado lo suficiente como para que lo vean desangrarse los dos.

—Por Dios, ¿es el chico del sheriff? —El habla de su padre es lenta y forzada, como si tuviera que concentrarse en cada palabra para decirla bien.

—Este es el chico que intimidó a Taylor Reed para que saltara del tejado —dice Lucas.

—¿Por eso estamos aquí? ¿Por lo que hizo?

Las explicaciones no pueden cambiar lo que está por venir.

—Vamos a meterlo en el coche.

—Todavía está vivo.

—Enrollémoslo.

Su padre intenta extender el polietileno, pero el viento pilla la lámina de plástico y la retuerce. Se necesitan dos para aplanarla. Ambos clavan las manos y las rodillas en las esquinas. El agua cae más fuerte sobre el polietileno que sobre la hierba. Hacen rodar a Nathan hasta colocarlo sobre la lámina. El chico gime. Lo enrollan como un burrito gigante. Doblan el extremo de los pies y el padre le pone un cierre con cinta adhesiva, aunque deja el otro extremo abierto para que Nathan pueda respirar. Lucas quiere oír a Nathan decirle que lo siente; antes de matarlo, quiere oírlo rogar que no lo haga. Lo desea más de lo que debería. Eso lo hace caer en la cuenta de que es un pensamiento oscuro, ajeno. Significa que el parásito que vive en su interior está empezando a tomar las decisiones. Necesita acabar con esto y acudir al hospital para que lo ayuden a encontrar al gusano.

Lucas espera a que su padre acerque el coche. Va a dejar grandes marcas por el parque, pero eso es mejor que arrastrar a Nathan y exponerlo a la luz. Su padre detiene el coche y abre el maletero. Los dos agarran a Nathan, uno de un extremo y el otro del otro, pero Lucas, como tiene la mano vendada, debe esforzarse hasta encontrar un agarre decente. El plástico está empapado y se le resbala. Se quita la venda, se la mete en el bolsillo y vuelve a intentarlo. Esta vez logran meter a Nathan en el maletero. Lo ponen en ángulo para que la sangre se quede en el fondo del polietileno, en lugar de salir. Está demasiado oscuro y Lucas no alcanza a ver bien su propia mano.

—Que sea la última vez —dice su padre—. Prométemelo. Prométeme que esta ha sido la última vez.

—Lo prometo —dice Lucas, a pesar de que todavía tiene que lidiar con los amigos de Nathan. Y tal vez haya otros también si llegaran a tratarlo como lo ha hecho Nathan.

Recupera la bicicleta de montaña. No cabe en el maletero con Nathan; sin embargo, después de aprovechar el cierre rápido para quitar la rueda delantera y de pelearse un poco con los ángulos, Lucas logra meterla en el asiento trasero. Es como insertar un objeto cuadrado en un agujero redondo. Si su padre se ha dado cuenta de que es una bici diferente, no ha dicho nada.

—¿Qué demonios te has hecho en el pelo? —le pregunta.

—Me lo he afeitado.

—¿Por qué?

—Porque quería.

Su padre se encoge de hombros, suben al coche y salen del parque. Peter da una vuelta a la izquierda, pero no gira lo suficiente. Siente que la parte delantera del coche ha topado con el bordillo opuesto. Mete la marcha atrás y se topa con el bordillo por el que acaban de pasar. Es entonces cuando Lucas repara en la cerveza en el portavasos. Maldita sea, su padre está completamente borracho.

Peter endereza el coche; sin embargo, antes de que puedan ir a ninguna parte, unos faros los iluminan. Lucas mira por la ventanilla y ve al sheriff Cohen, que le devuelve la mirada.

Capítulo 88

El giro de tres puntos de Peter Connor es tan amplio que la calle y la acera no le bastan. Yo me detengo, pero él no. Sigue pegado al bordillo, luchando con el volante. Peter debe pensar que, para ganar esta lucha, necesita más combustible personal, porque se está tomando una cerveza. Mis faros lo iluminan. Su hijo también está en el coche, y me siento fatal por él. ¿Acaso no ha pasado ya suficiente?

Estoy en mi todoterreno. No estoy de servicio y, ahora mismo, lo último que me apetece es lidiar con Peter; pero, si sigue conduciendo así, va a matar a alguien, ya sea a sí mismo, a Lucas o a cualquiera con quien se cruce. Me imagino que si no ha chocado con nadie es porque no hay nadie cerca. Enciendo los faros. Peter se fija en mí por primera vez. Su rostro palidece ante la luz. Se lleva la mano cerca de los ojos para atenuar el resplandor. ¿Qué demonios hacen estos dos aquí, con este tiempo? ¿Una carrera de cervezas?

Por fin Peter logra girar el coche y detenerse a un metro del bordillo. Salgo de mi todoterreno. Ya estoy empapado, así que no tengo reparos en mojarme más. Baja la ventanilla. No necesito mi linterna porque la luz de las farolas es suficiente.

—¿Quieres decirme qué estás haciendo?

—Solo —dice Peter, e hipa y se tapa la boca— estoy tratando de llegar a casa.

—Todos queremos llegar a casa, pero, por la forma en que estás conduciendo, no vas a poder. ¿Cuánto has bebido?

—Nada —dice Peter, todavía con la cerveza en la mano.

—Te voy a pedir que salgas del coche —le digo. Me siento molesto, porque, de todas las noches, ha elegido esta para venir a hacer sus mierdas.

—¿De verdad es necesario?

¿Lo es? Puedo oler el alcohol que emana de él. Puedo verlo bebiendo. Arrastra las palabras. Sin embargo, mi vida se está desmoronando. He enviado un mensaje de texto a mi misterioso remitente para hablarle de la desaparición del dinero y no he

recibido respuesta. Tengo que pensar cuál será mi próximo movimiento, si es que tengo que hacer alguno. En última instancia, sigo siendo un sheriff que tiene un trabajo que cumplir.

—Sí, es necesario.

No necesita desabrocharse el cinturón, porque no lo lleva puesto. Abre la puerta y me entrega su cerveza. La dejo en el techo. Él se pone de pie.

—De verdad necesitas lavarte, Peter.

—Solo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

—¿No queremos eso todos? ¿Qué tal si das unos pasos en línea recta?

Peter sigue la línea que sigo yo cada vez que juego al golf: grandes combas a izquierda y derecha. Al principio, para mantener el equilibrio, tiene que agarrarse a la parte delantera del coche, avanza diez metros por la calle, camina sobre la cuneta, tropieza y aterriza de culo en la hierba.

—¿Sheriff Cohen?

Es Lucas, que se asoma desde el coche para hablar conmigo. En el asiento trasero hay una bicicleta. Es un revoltijo de ángulos y curvas.

—¿Qué pasa, Lucas?

—Queremos ir a casa, eso es todo. Sé que mi padre no debería beber, pero todo lo que ha pasado desde el lunes le está pasando factura. No suele ser tan malo. Podré conseguir que haga algunos cambios, te lo prometo.

—No puede salir así, Lucas.

—Por favor, no lo encierres. Tenemos que volver a casa, eso es todo. No me gusta estar aquí fuera con esta tormenta.

—A mí tampoco me gusta, pero tendré que llevar a tu padre a la comisaría.

—¿Y qué pasará conmigo?

La misma pregunta me ha impedido detener a Peter en otras ocasiones. Le he confiscado el coche unas cuantas veces, lo he multado otras tantas, pero aún no lo he detenido. A pesar de todo, siempre ha habido una línea muy fina. Saber que Lucas quedaría bajo la custodia de los servicios sociales siempre ha sido una preocupación para mí.

Peter vuelve a ponerse de pie.

—Vale, pero te obligaré a cumplir tu promesa —le digo, y esto no es justo por mi parte: Lucas no es responsable de los actos de su padre —. No obstante, él no podrá llevarte a casa. Tendréis que dejar el coche aquí e ir caminando.

Peter se nos acerca. Intenta coger su cerveza. Yo la cojo primero, la vacío en la calle y arrojo la lata dentro del coche a través de la ventanilla. Él se me queda mirando, aunque no me pregunta por qué lo he hecho. Ha oído la última parte de la conversación. Entonces dice:

—¿Quieres que vayamos andando a casa con este tiempo?

—No vas a conducir.

—¿No podrías llevarnos, al menos?

Quiero agarrarlo por los hombros y sacudirlo, gritarle que no soy su maldito servicio de taxis, pero, en realidad, esa solo sería una forma de descargar mis frustraciones por todo lo demás. Aparte, con este tiempo, Peter podría tropezar y ahogarse en una cuneta.

—Bien —digo, aunque no por él, sino por Lucas—. Os llevaré a casa.

—Podemos caminar —dice Lucas.

—No, nos va a llevar —dice Peter. Intenta abrir la puerta trasera de su coche, como si cupiera allí, con la bicicleta en medio.

—No en tu coche —le digo—. No seré yo quien camine de vuelta hasta aquí. Tú podrás venir mañana. Te llevaré a casa en el mío.

—En serio, no pasa nada, iremos andando —vuelve a decir Lucas.

—No con este tiempo. Vamos, entra mientras dejo vuestro coche bien aparcado.

El chico está avergonzado y nervioso. Suben a la parte trasera de mi todoterreno y yo me pongo al volante de su coche. Durante todo este tiempo, Lucas me observa nervioso. ¿Creerá que, después de todo, detendré a su padre? Alineo el coche con el bordillo y lo cierro. Subo a mi todoterreno.

—¿Qué hacíais? —pregunto.

—Ciclismo —dice Lucas.

Nos apartamos del bordillo.

—¿Por qué demonios has salido en bici con este tiempo?

—No llovía así cuando salí de casa —dice—. Pensé que, después de

lo que ocurrió el lunes, sería bueno ponerme en mejor forma, ¿sabes? Por si necesitara huir de alguien otra vez. Si hubiera sido más rápido el lunes, ese tipo no me habría alcanzado. Si empiezo a montar en bici y a correr, estaré más en forma y seré más rápido, de esta manera..., si alguna vez volviera a ocurrir algo así, seré capaz de escapar.

Me pregunto si estará hablando de Nathan o si, en efecto, cree que se va a encontrar con otro asesino en serie.

Continúa:

—Iba en la bici y el tiempo empeoró enseguida, así que llamé a papá y él vino a buscarme.

—Yo no debería haber conducido hasta el parque —dice Peter.

—No deberías haber conducido —le digo—. Mira, Lucas, creo que lo que estás haciendo es estupendo, pero, si hubiera una próxima vez, no llames a tu padre, ¿vale?, llámame a mí.

—De acuerdo.

Llegamos a su casa. Las luces de dentro están encendidas. Me acerco al bordillo sin tocarlo. Aún tengo las llaves de Peter. Las saco, quito la del coche y le doy el resto a Lucas. Quizá sea una medida inútil, puesto que Peter debe tener una llave de repuesto.

—Hablaremos mañana —le digo a Peter mientras se baja del coche.

—No volverá a ocurrir, James. De verdad que no.

Mientras los veo entrar en casa, compruebo si tengo algún mensaje nuevo en el móvil. Es posible que la persona que me ha estado chantajeando no haya querido salir por la tormenta, o bien, que en este momento esté allí y no tenga cobertura. Espero que la cámara me dé algunas respuestas. Pero, incluso si me las diera, ¿qué pasará? ¿Qué hago con la persona que me está chantajeando?

Doy media vuelta y me dirijo primero a casa. Me molesta la ropa mojada y quiero cambiarme. Ya de paso, podré coger un chubasquero. Paso junto al coche de Peter. El tipo se está saliendo con la suya sin ninguna dificultad. Esta no era una buena noche para detenerlo con el único fin de demostrar cosas. Me imagino cómo habría sido todo: lo detengo; veinte minutos después, se hace público el vídeo en el que llevo a Grove al bosque; unos minutos más tarde, soy el compañero de celda de Peter Connor.

Capítulo 89

—¿Quieres que nos pillen? —pregunta Lucas.

Están de pie en el salón. Las huellas húmedas llegan hasta ellos desde la puerta principal. Una rama de la acacia cercana golpea un cristal y todas las tejas de la casa traquetean. Su padre se vuelve hacia él. Le chorrea agua del pelo y de la cara.

—Por supuesto que no.

Lucas no está tan seguro. Piensa que a su padre nada le gustaría más que acabar con todo esto: confesar y ser condenado. Que vengan a excavar bajo el sótano y pasar el resto de la vida en la cárcel. Lo haría, piensa Lucas, si en la cárcel hubiera barra libre.

—Entonces, ¿por qué le sugeriste al sheriff Cohen que nos trajera? Ahora tendremos que volver andando, cuando podíamos haber caminado una manzana y esperado a que se fuera.

—¿Y cómo crees que estaríamos si no lo hubiera hecho, eh? Se habría preguntado por qué; aún se estaría preguntando por qué.

Es un buen argumento. Lucas sigue mirando a través de la ventana hacia el lugar por donde ha visto alejarse al sheriff Cohen. No va a volver. Si Nathan hubiera golpeado el maletero cuando el sheriff Cohen estaba aparcando el coche, ¿lo habría oído por encima de la tormenta? Y, a Lucas, ¿su propio gusano lo habría obligado a apuñalar al sheriff Cohen y a meterlo también en el maletero? Por suerte, ninguna de las dos preguntas necesita una respuesta. Pero hay algo que no puede entender: ¿por qué el sheriff Cohen no estaba en el aserradero esperando? Si Lucas interpretó mal esa situación, ¿qué más ha interpretado mal?

—Tenemos que ir a buscar el coche —dice.

—¿Lo que me dijiste hace un rato era verdad?, ¿que el hijo del sheriff fue quien intimidó a ese chico para que se suicidara?

—Sí.

—Necesito un trago.

—Y podrás tomártelo cuando yo regrese.

—No podemos salir. Si Cohen llegara a atraparnos, esto se acabaría.

Debemos esperar. Va a estar lloviendo toda la noche, y, si ese chico se despierta, nadie lo oirá. Además, no creo que despierte. Es posible que ya esté muerto. Tenemos tiempo. Y, de todos modos, no estoy en condiciones de conducir.

Lucas no quiere esperar.

—Entonces, iré yo.

—Y una mierda.

—¿Por qué no? Sé conducir —dice, y es cierto; al menos, en teoría. Además, el coche de su padre es automático.

—Es demasiado arriesgado.

—Eso no lo vamos a discutir —dice Lucas, y extiende la mano. Si, por algún milagro, el sheriff Cohen lo detuviera, pondría todas las cartas sobre la mesa. Le diría lo que sabe y que lo puede probar.

—Vamos, papá, no puedo llamar a un taxi.

Su padre se toma un momento para pensarlo. Suspira y va a buscar la llave de repuesto.

—De todos modos —añade Lucas—, no tardaré. Prepara las cosas, ¿quieres?

—¿Qué demonios significa eso?

—Sabes muy bien lo que eso significa.

No espera a que su padre conteste. Abre la puerta y vuelve a salir a la tormenta. El viento y la lluvia no han amainado, pero ya no ha habido más relámpagos desde que estaban en el parque. Corre. Se imagina a Nathan en el coche. Se imagina al gusano tratando de escapar a través de la cinta adhesiva que cubre la herida y topándose con el polietileno, sin saber a dónde ir. Corre más rápido. No hay atajos, tiene que ir manzana por manzana, calle por calle. No hay coches, no hay nadie en las aceras, solo casas iluminadas entre la negrura mientras la gente espera a que pase la tormenta. Chapotea en los charcos y esquiva los baches de la carretera. Sigue la misma ruta que recorrió en su bicicleta hace dos noches. Le arden los pulmones y los músculos, pero sigue esforzándose. Cuando todo esto termine, empezará a hacer deporte, como le dijo al sheriff Cohen.

Ha corrido veinte minutos. Siente alivio al encontrar el coche en las mismas condiciones en que lo dejaron. Se pone al volante y activa los

ajustes del asiento. Arranca el motor. Tal y como esperaba, el coche prácticamente se conduce solo.

Más fácil, imposible.

Capítulo 90

Me cruzo con mi padre en la calle. Camina por la acera en albornoz, descalzo y empapado. Paro y me bajo.

—Papá, ¿a dónde vas?

—Tú y Cassidy habéis hecho mucho por mí —dice. No es la primera vez que se equivoca con el nombre de Cass, y no será la última—, y he pensado que podía hacer algo por vosotros. Así que voy al pueblo a comprar provisiones y mañana por la mañana os prepararé el desayuno.

—Gracias, papá, me parece estupendo —le digo—, pero ¿qué tal si te llevo en coche? No queremos que te arrastre la tormenta.

Levanta la mirada, extiende la mano y se la mira. Observa las gotas que caen en la palma de su mano y, aunque no dice nada, estoy seguro de que acaba de darse cuenta de que está lloviendo. He sido un idiota al pensar que Nathan podía vigilarlo.

—Venga, deja que te lleve.

—Me parece una gran idea —dice, y sigue caminando. Lo agarro del brazo y lo giro hacia el coche. No se queja.

Lo llevo de vuelta a casa y le doy una toalla, solo que no parece saber qué hacer con ella. Cuando trato de ayudarlo, se encoge de hombros y se dirige a su dormitorio. Va desvistiéndose por el camino. Doy unos pasos hacia la habitación de Nathan, pero luego me lo pienso mejor. Estoy de tan mal humor que puede que esta noche acabe arrastrándolo a la comisaría y metiéndolo en una celda. Y debería hacerlo. A la mierda. No sé qué hacer, pero no saber qué hacer cuando tu ropa está mojada es peor que no saber qué hacer cuando tu ropa está seca, así que me cambio. Mi humor mejora un poco. Quizá sea una señal de que las cosas van a mejorar. Entro a ver a papá. Se ha puesto el pijama y está tumbado en la cama resolviendo un crucigrama; o, al menos, mirando uno.

Voy a la cocina. La luz del porche trasero sigue encendida. Voy a apagarla, pero entonces, a través del cristal de la puerta, veo que la bicicleta de Nathan está en la terraza. Supongo que la habrá sacado

pensando en ir en bici a cualquier sitio con tal de no estar aquí, pero que la tormenta lo habrá disuadido. Abro la puerta. Tengo que luchar con ella para evitar que el viento la estrelle contra el lateral de la casa. Meto la bici antes de que una ráfaga la arroje contra la ventana.

Esta no es la bicicleta de Nathan. Debe estar con un amigo aquí, en casa. Quizá están en la habitación bebiéndose toda la cerveza. Apoyo la bici contra la mesa, voy a su habitación, llamo a la puerta y, como no contesta, entro.

Está vacía.

Vuelvo al pasillo.

—¿Nathan?

No hay respuesta. Llamo a la puerta del baño.

—¿Nathan?

Nada. Abro el baño. Recorro el resto de la casa. Reviso la cocina en busca de alguna nota. Nada. Su cartera está en el escritorio, junto al ordenador, y también su móvil y la llave de la casa. A lo mejor ha salido a deshacerse del teléfono desechable. Vuelvo a la cocina y me quedo mirando la bici. Me resulta familiar. Tardo un momento en darme cuenta de que es la bicicleta que mi vecina venía empujando por la acera. No puedo entender qué hace aquí.

Voy a ver a papá. Duerme, así que salgo de la casa con la bici. Al llegar a la acera, ya estoy empapado. Me dirijo a casa de mi vecina. En el interior, las luces están encendidas. Llamo a la puerta, toco el timbre y aparece la señora Larson. La señora Larson tiene unos setenta años y es funcionaria de Hacienda jubilada. Lleva rulos en el pelo y sus orejas asoman en ángulo recto. Viste una bata extragrande con bolsillos extragrandes y botones extragrandes. La visualizo montando en bici con ese atuendo. Me la imagino enredándose en la cadena y volcando sobre el manillar.

—Ha estado a punto de atropellarme, sheriff —me reclama—. Me siento tentada de presentar una queja oficial.

—¿Esta bicicleta es suya?

—¿No va a disculparse?

—Tiene razón. Lamento haber estado a punto de atropellarla —le digo, aunque creo que, si me estoy disculpando, es solo por «haber estado a punto».

—Lo tendré en cuenta mañana, cuando tome mi decisión. Le agradezco que haya venido a disculparse, pero, la próxima vez, no tarde tanto. Mejor aún: la próxima vez, no intente atropellarme.

Estoy sujetando bien la bici para que no se caiga.

—Esta bici —le pregunto—, ¿la ha traído usted a mi casa?

—Así es. Se la di a su hijo, que, por cierto, estaba bebiendo. ¿Qué clase de ejemplo le está dando?

Vuelvo a imaginarme a esta mujer volando sobre el manillar.

—¿Por qué la ha llevado a mi casa?

—Porque no quería llevarla a la comisaría. No es mía, sheriff.

—Entonces, ¿de quién es?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Dónde la encontró?

—En mi jardín. —Señala por encima de mi hombro—. Alguien la dejó tirada detrás de la lavanda que tengo ahí. Estas cosas no me gustan —me reclama con tal tono que parece que fui yo quien la dejó ahí tirada—. Algunas de mis plantas se han estropeado. Me imagino que, si usted llega a averiguar quién es el dueño de la bici, podría decirle unas palabrillas al respecto. Detenerlo, tal vez.

—¿Cuándo encontró esta bicicleta? —le pregunto, aunque ya sé que me responderá que ayer por la mañana.

Contesta justo eso y añade:

—La descubrí cuando salí a ver el buzón. Iba a llevársela ayer, pero vi cómo entraba en nuestra calle a toda velocidad, como si lo viniera persiguiendo el mismísimo diablo. Y pensé: «Bueno, el sheriff Cohen no se va a preocupar mucho por mi lavanda hoy». Así que esperé.

Ayer por la mañana... Al día siguiente de que yo llevara a Simon Grove al bosque.

—Incluso ahora no parece importarle. ¿Ha escuchado algo de lo que he dicho, sheriff?

—Todo —le digo, aunque no dejo de mirar la bici. Es azul y está un poco desgastada, pero bien cuidada. La conozco de otro sitio.

—¿Sheriff?

—Yo me encargo —le digo.

—Para eso le pagamos —dice la señora Larson.

—Gracias por su ayuda.

—Solo soy una buena ciudadana.

Cierra la puerta. Me agacho junto a la bici y la observo. ¿Dónde la he visto? La dejaron tirada hace dos noches, cuando ocultaron en mi garaje el móvil, la cartera y el reloj. ¿Habrá sido Lucas Connor? No, porque acabo de ver su bicicleta de montaña en la parte trasera de su coche. Es posible que tenga dos, pero ¿por qué habría de…?

—Madre mía.

Esta es la que vi el lunes, la que estaba encadenada al bastidor del instituto.

Y así es como, de pronto, lo sé todo.

Capítulo 91

Se tarda cinco minutos en llegar a casa, minutos en los que Lucas no se cruza con ningún otro coche. Estar al volante le encanta; le da una sensación de libertad y control. Quiere sacarse el carné de conducir. Quiere comprarse un coche. Conducir le abriría las puertas del país. Imagina los lugares a los que podría ir y todo lo que podría hacer.

Activa el mando del garaje y aparca dentro. El silencio en el interior es un alivio tras la lluvia que ha tamborileado sin parar sobre el techo del coche. Su padre lo está esperando bebiendo una cerveza. En cuanto se cierra la puerta del garaje, Lucas abre el maletero y su padre deja la cerveza en el suelo. Juntos sacan a Nathan, con cuidado de no inclinarlo tanto que derrame sangre por el suelo.

Nathan ha perdido todo el color. Su cara se siente húmeda al tacto, pero el chico sigue vivo. Lo llevan al sótano. Su padre está a punto de soltar el polietileno varias veces. No hablan, pero su padre niega con la cabeza una y otra vez, y parece estar a punto de llorar.

Suben a Nathan al banco de trabajo, donde ya lo espera un nuevo trozo de polietileno. También hay plástico alrededor, en el suelo. El padre va a por su cerveza, vuelve y se sienta en el último escalón. Lucas se pone unos guantes de látex y, con unas tijeras, corta el plástico por un lado. La sangre se derrama y cae en el polietileno, alrededor de sus pies. La respiración de Nathan es superficial y Lucas puede ver su pulso en el cuello.

—Esto está mal —dice su padre. Es lo primero que ha dicho desde que Lucas ha regresado—. A ver, Lucas, no puedes seguir haciendo esto. Nosotros… No podemos seguir haciendo esto. Tenemos que encontrar a alguien que te ayude. Podemos lograr que seas como cualquier otro chico.

—¿Como este? —pregunta Lucas, y señala a Nathan con el pulgar—. No solo mató a Taylor Reed. Él fue quien me metió en la taquilla. Y esta mañana sus amigos me sujetaron mientras él meaba encima de mí. Me dijo que debería suicidarme. ¿Quieres que yo sea así?

Su padre tarda unos instantes en asimilarlo. Al final, niega con

movimientos lentos de la cabeza.

—Por supuesto que no. Pero ¿quieres acabar igual que Simon Grove? ¿Como alguien que secuestra chicos?

—No se trata de eso —dice Lucas.

—Entonces, ¿qué es?

—Dentro de Nathan hay algo y tengo que detenerlo. Si no, dañará a otras personas. Terminará matándolas.

—Joder, ¿todo esto es por los gusanos? ¿Sigues creyendo eso?, ¿que controlan a la gente?

—Sabía que no lo ibas a entender.

—¡Porque no hay nada que entender! Estás enfermo, Lucas. Llevas enfermo mucho tiempo. Esto… Esto que estás haciendo, lo que le hiciste a Wolfy, lo de los otros animales, lo de Freddy…, no es algo que uno deje de ser. Es algo en lo que te conviertes, y ahora eres una evolución de algo que es malo.

—No soy malo —dice, y sabe que esa es una verdad fundamental.

Si lo fuera, andaría por ahí haciendo daño todos los días. Estaría volando gente por los aires o apuñalando ancianas. Lo que está es enfadado. Enojado con Wolfy por haberlo mordido. Enfadado con su madre por haber querido irse. Enfadado con Freddy, su único amigo, porque él ya no quería ser su amigo. Enfadado por lo que le hizo a Alexandra.

Y, por supuesto, está enfadado con Nathan y con los demás chicos que, como Nathan, terminan convertidos en asesinos como el conserje.

—Sí eres malo, hijo. En esto te has convertido, y no es culpa tuya. La culpa es mía. Mía y de tu madre. No te criamos bien, por más que lo intentamos. Joder, vaya que lo intentamos. A veces… Bah, supongo que, a veces, por mucho que lo intentes, no puedes cambiar algo que está destinado a ser de cierta manera, y me parece que te has convertido en lo que estabas destinado a ser, ni más ni menos, y yo ya no puedo… Yo ya no puedo seguir con este juego. No puedo.

—¿De verdad crees eso?

—Cuando me viste hacerle a tu madre lo que le hice… Aquello te hizo pensar que así debían ser las cosas. Lo siento mucho.

Odia que, a veces, la bebida haga reflexionar a su padre. Así no se

puede hablar con él.

—¿Por qué no te vas a tomar otro trago?

Su padre asiente con un suave movimiento de cabeza. Tira de sí mismo hasta ponerse de pie.

—Cuando termines, quiero que parezca que no ha pasado nada en esta habitación, ¿vale?

—Vale —dice Lucas.

Al parecer, su padre tenía algo más que decir, pero, sea lo que sea, se lo ha guardado. Los peldaños crujen bajo sus pies. Segundos más tarde, se ha ido.

Capítulo 92

Veo mi casa como un lugar del que han sacado a Nathan, no como uno que él hubiera abandonado por su propia voluntad. Hace dos noches, Lucas Connor vino en bicicleta. Pensó que incriminar a Nathan sería la única manera de deshacerse de él. Dejó la bici en la casa de la vecina, bajó a echar un vistazo y se coló en mi garaje. Estoy seguro. El resto es una suposición, pero creo que todavía estaba en el garaje cuando llegué con Grove. Supongo que se escondió allí, y pensó que ya había acabado cuando apareció mi padre. ¿Qué dijo mi padre? Que había visto a alguien. A quien vio entrar en el garaje fue a Lucas Connor, creo. Entonces drogué a papá y lo trasladé al cobertizo, y Lucas, que no tenía opción, se escondió detrás del asiento de mi coche. Eso explicaría cómo pudo empezar a grabarme tan rápido. Eso lo explica todo. Él fue quien estranguló a Simon Grove. Lo único que no sé es si lo dejó vivir a propósito.

No hay manera de saberlo.

Voy a ver a papá. Duerme. No siente nada cuando lo esposo a la cama. Es horrible, pero no me queda más remedio. Salgo corriendo hacia el todoterreno, con la mente muy acelerada y las piezas encajando. Lucas debió tardar horas en volver a casa caminando desde el aserradero… No, no volvió caminando. Entre los trastos abandonados en el edificio había una vieja bicicleta de montaña, estoy seguro. De cualquier forma, para cuando él volvió a mi casa, la señora Larson ya había encontrado su bicicleta y la había guardado. ¿Lucas seguía en el bosque cuando volví al día siguiente y me enfrenté a Grove? Tal vez grabó eso también. En cualquier caso, no creo que le importe el dinero. Lo que quería era que saliera de casa para llegar hasta Nathan.

Piso a fondo el acelerador, cojo las curvas con brusquedad y apenas reduzco la velocidad en los cruces. No hay tráfico. Llego al parque. El coche no está. Nathan… Por Dios, ¿estaba en el maletero mientras yo aparcaba el coche?

No pido refuerzos. De todos modos, nadie está más cerca que yo de

la casa de los Connor. Por otra parte, no puedo arriesgarme a que alguno cometa un error. Se trata de mi hijo. No puedo dejar que alguien venga y lo eche todo a perder.

Mi hijo, que se lo ha buscado.

Mi hijo, que mató a Taylor Reed y le haría lo mismo a Lucas si pudiera.

Pero es mi hijo, a pesar de todo.

Cuando estoy a una manzana, apago los faros para entrar en la calle donde viven los Connor. Me detengo a veinte metros de la casa. Si no los encuentro aquí, tendré que pedir ayuda. Pero creo que están aquí. Creo que, con este tiempo, no tiene muchos sitios a donde ir. Freddy Holt… Grove no mintió. Si Lucas ha sido capaz de estrangular a Simon Grove y secuestrar a mi hijo, entonces también fue capaz de matar a Freddy.

Recorro a pie los últimos veinte metros. La lluvia y el viento me empujan atrás, como en el aserradero. Podría ser otra advertencia. Dentro de la casa, todas las luces están encendidas. Bajo por un lado del garaje y apunto con una pequeña linterna hacia la ventana. El coche de Peter Connor está aquí, goteando agua por los costados. Trato de abrir la puerta del garaje. Está bloqueada.

Voy a la parte trasera de la casa. También está cerrada con llave. Todas las ventanas están bien cerradas. En una esquina del patio hay un cobertizo de jardín. Del tirador cuelga un candado, pero está abierto. Deslizo la puerta. Hay huellas húmedas en el interior.

El cobertizo es una caja de dos metros cuadrados. En el centro hay un cortacésped; a un lado, estanterías y al otro, un estante, del que cuelgan herramientas de jardinería. Veo un rastrillo, una azada y una horca. No hay pala, pero sí un gancho del que tendría que colgar la pala. En un estante hay una caja de herramientas y, dentro, una palanca del largo de mi antebrazo.

Vuelvo a la casa, meto la punta de la palanca por debajo de una ventana y hago presión. Se encaja, luego resbala y arranca un trozo de madera. Ahora hay un hueco mayor para mi segundo intento. Lo aprovecho. Esta vez, la cerradura se desprende del marco. Alguien pudo haber oído ruidos por encima de la tormenta; o quizá no. Sea como sea, me cuelo en la casa. Estoy en un dormitorio. Saco mi

pistola, enfilo el pasillo y voy mirando a izquierda y derecha. Nada. Me dirijo al salón. Peter Connor está dormido en el sofá. Tiene una botella de licor apoyada en el pecho. Por lo que veo, ha estado bebiendo directamente de la botella. Quizá se emborracha para enmascarar el dolor de tener un hijo asesino. ¿Quién iba a decir que tendríamos tanto en común?

Reviso la cocina. Vuelvo al pasillo. Compruebo las habitaciones. Hay otra puerta al fondo, la del sótano. Apoyada a un lado, en la pared, veo la pala que falta en el cobertizo. Lucas debe estar ahí abajo, porque en los sótanos suelen ocurrir cosas malas. Lo sé mejor que nadie.

Cojo el pomo. Está suave y frío, como el hielo.

Respiro hondo.

Abro la puerta.

Doy unos pasos con mucha lentitud y entonces lo veo todo.

Lucas está ahí abajo, preparándose para abrir a mi hijo.

Capítulo 93

Mi pistola tiene quince balas. Podría meterle diez a Lucas, cuatro a Peter y aún quedaría una para mí. Mi hijo está muerto. Está muerto por todo lo que yo he puesto en marcha. Está muerto porque salvé a Lucas de Simon Grove cuando no debía. Tendría que haber colgado cuando Peter Connor me llamó el lunes.

El banco está cubierto de plástico grueso, al igual que el suelo que lo rodea. Han echado a un lado las cajas y los muebles viejos hasta dejarlos pegados a la pared. También han levantado algunas tablas del suelo, con lo que han quedado al descubierto las vigas, espaciadas medio metro entre ellas. Entre las vigas hay tierra removida. Si me pusiera a cavar ahí, encontraría a Freddy Holt. Estoy seguro.

Lucas no me ha visto. Está estudiando el cuerpo de Nathan para saber por dónde cortarlo. Traza líneas con el dedo, como si fuera un cirujano plástico y estuviera averiguando qué se necesita para dar belleza. En lugar de disparar, doy otro paso. Mis piernas se tambalean tanto que pierdo el equilibrio, y si no ruedo escalera abajo es gracias a que me agarro muy rápido de la barandilla. Esto me deja en una mejor posición para ver la cara de Nathan, pero también le hace saber a Lucas que estoy aquí. Se da la vuelta. No lo miro, porque sigo concentrado en mi hijo, que tiene los ojos abiertos y me está mirando. ¡Todavía está vivo! O, al menos, eso creo. Su piel está pálida y brillante. En un lado tiene una herida, de la que cuelga cinta adhesiva. Hay sangre sobre su vientre y en sus caderas. No distingo ninguna expresión en su rostro. No hay conmoción ni miedo ni nada. Entonces sus ojos se vuelven hacia mí.

Miro a Lucas.

—¡Baja el cuchillo!

—Esto lo hago por él —dice, y su expresión está tan vacía como la de Nathan.

—Baja el…

—Creo que ya sabes que él es una manzana podrida, pero lo que no sabes es que no es culpa suya. Dentro de él hay algo que lo obliga a

comportarse mal. Algo físico. Sé cómo suena, pero es verdad, y puedo demostrártelo, solo que Nathan ya no tiene remedio.

—Baja el cuchillo.

Le apunto con el arma y busco mi móvil. Necesito una ambulancia. Necesito refuerzos. Necesito que Nathan aguante y siga respirando.

—Me pega todo el tiempo. Él fue quien me metió en la taquilla. Hoy, sus amigos me estuvieron sujetando mientras él me meaba encima. Y lo grabó. Iba a subirlo a internet. También puedo demostrarte todo eso. Estoy seguro de que le hizo lo mismo a Taylor.

Nathan se está desangrando. Cada segundo cuenta.

—Te lo advierto por última vez, Lucas. Baja el cuchillo o disparo.

—Este no es tu hijo. Lo fue, pero ya no lo es. Si no me dejas hacer esto, infectará a otros, ¿acaso no lo ves?

Saco el móvil del bolsillo.

—¿Ese algo es lo mismo que te hizo matar a Freddy? —pregunto.

Lucas se toma un momento y asiente poco a poco.

—Es posible. De lo que no tengo duda es de que se trata del mismo algo que hizo que Freddy pegara a su novia. Y también habría lastimado a otros si yo no lo hubiera detenido. A otros, como Eric Delany y Harry Waltz.

Tengo el número de la comisaría listo en el teléfono y pulso el botón de llamar.

—Lo mismo ocurre dentro de ti —añade Lucas.

—¿Qué?

—Torturaste al conserje, ¿y para qué? Por el dinero de la recompensa. ¿No ves lo contagioso que es? Tendrás que bajar el arma y el teléfono; de lo contrario, le diré a todo el mundo lo que has hecho. Se lo enseñaré.

—No me importa —le digo.

—Debería importarte —dice Lucas—. Irás a la cárcel.

—Iremos los dos.

La llamada se conecta.

Oigo un crujido en los peldaños más altos. Me giro, solo que demasiado tarde. Peter Connor está allí. Mis costillas deben tener una enorme diana, porque es donde me da la pala. Bajo el resto de

las escaleras rodando. La pistola y el teléfono ya han volado de mis manos incluso antes de que me estrelle contra el suelo del sótano.

Capítulo 94

Lucas ve la pistola rebotar en lo que será la tumba de Nathan y, por lo visto, también la del sheriff Cohen. Le cae bien el sheriff Cohen; le cae muy bien, de verdad. Pero este tipo primero torturó al conserje y luego lo mató. En realidad, Acacia Pines no necesita un policía así. Odia tener que admitirlo, pero el sheriff Cohen ya está demasiado lejos de la salvación. ¿Qué le queda? ¿Dejar que haga daño a otros? Su padre coge el móvil y lo apaga. Es poco probable que la policía rastree la llamada; no hay ningún motivo. Pensarán que se ha cortado por la tormenta.

Cuando esto termine, publicarán los vídeos del sheriff Cohen. La gente pensará que cogió el dinero de la recompensa, huyó y se llevó a Nathan con él. Eso significa que Lucas y su padre tendrán que hacer algo con el todoterreno. Sin duda, lo ha dejado enfrente de la casa, pero limpiar la escena después del crimen es cosa de su padre.

El sheriff Cohen intenta ponerse de pie; sin embargo, cuando ve que lo encañonan con su propia arma, deja de moverse. Poco a poco, su padre retrocede hacia las escaleras y sube un par de peldaños. No deja de apuntar al sheriff Cohen.

—No —dice su padre—. No te muevas.

—¿Formas parte de esto, Peter?

—Solo intento proteger a mi hijo.

—¿A costa de los hijos de los demás?

—No te muevas —repite.

—Mátalo —dice Lucas.

—¿Qué?

—No —dice el sheriff Cohen.

—Ya es demasiado tarde para él —dice Lucas, y desearía que no fuera cierto, pero lo es—. Nadie oirá nada con esta tormenta.

—No tienes por qué hacer esto, Peter —dice el sheriff Cohen.

Su padre niega con la cabeza.

—Lo siento, James. Yo… Tengo que protegerlo. Pero esta será la

última vez, te lo prometo. Después de esto… Después de esto, será un buen chico. Las cosas cambiarán.

Lucas puede oír que Nathan se está moviendo. Se vuelve para mirar. La piel de Nathan se ha puesto amarilla. Parece húmeda. Sus dedos intentan agarrarse al polietileno, rechinan al deslizarse por el plástico. Lucas quiere abrir a Nathan, poner ese gusano bajo control y acabar con esto de una vez por todas.

—Sé por lo que estás pasando —dice el sheriff Cohen, que ya no lo mira a él, sino que tiene puesta toda su atención en su padre—. Mi hijo es igual. Yo lo dejé salirse con la suya, y eso provocó el suicidio de Taylor Reed. Peter, tú y yo estamos en el mismo barco. En este momento podemos hacer algo, podemos ayudarnos el uno al otro, pero el tiempo corre. Si dejas morir a Nathan, ya no podré hacer nada por ti, pero, si me ayudas, podremos apoyarnos el uno al otro. Solo nosotros podemos asegurarnos de que nuestros hijos reciban la atención que necesitan.

Lucas no puede esperar más. Se acerca al sheriff Cohen con el cuchillo de ardilla, solo que, antes de que pueda lanzar la puñalada, su padre dispara. El sheriff Cohen se estremece y los hombros se le suben hasta las orejas a tal velocidad que casi lo hacen despegar los pies del suelo.

Lucas no ve la huella de la bala en el sheriff. ¿No debería haber sangre?

Algo va mal.

Ahora tiene el vientre muy caliente. La habitación se balancea y ya no le quedan fuerzas para sostener el cuchillo. Este cae al suelo y rebota por el lado del asa. Lucas da un paso atrás y se mira el vientre, donde una mancha roja se duplica y vuelve a duplicarse. La toca, se mira los dedos. Mira a su padre, y su padre, con la pistola en la mano y apuntándole, le devuelve la mirada.

Muy pronto, las piernas de Lucas pierden fuerza. El chico se sienta en el suelo, apoya la espalda en el banco de trabajo y se levanta la camiseta. Tiene un agujero en el estómago. Lo aprieta, y la sangre oscura que brota de él sale más rápido. Siente que su respiración se ralentiza.

—Lo siento, hijo, lo siento mucho. No es culpa tuya —dice su padre,

y Lucas lo sabe. Es culpa del gusano. Su padre está llorando. Lucas no lo ha visto llorar desde el día en que su madre fue a dar bajo las tablas del suelo—. Es que… eres así, y eso es todo.

En el vientre de Lucas, el calor de la herida se ha enfriado. Puede sentir cómo el gusano se retuerce en su interior, listo para escapar. Este gusano que le ha arruinado la vida tantas veces. El cuchillo está en el suelo, junto a ellos.

Tiene que acabar con ese gusano de una vez por todas.

Coge el cuchillo.

Con suerte, no dolerá demasiado.

Capítulo 95

No puedo apartar la mirada mientras Lucas se apuñala a sí mismo. Alarga la herida, la hace más profunda y la ensancha hasta que la sangre brota tan oscura que parece aceite. Lleva guantes de látex, pero ahora se los quita y los tira a un lado. Abre la herida con una mano y desliza dentro las puntas de los dedos de la otra. Gira la muñeca poco a poco para hundir los dedos en su interior. En su cara no hay nada que sugiera dolor. Detiene la muñeca y saca los dedos. La sangre escurre de ellos en largos regueros, como yema de huevo que goteara de un tenedor. Los levanta y los observa. Primero, a cierta distancia y, luego, mucho más de cerca. Entrecierra los ojos para estudiarlos. Sonríe, pero ¿a qué?, no lo sé. Si estaba buscando la bala, no la ha encontrado. Mueve un poco la cabeza, vuelve a hundir la mano y hace girar la muñeca. Con la otra mano, abre aún más la herida, y cuando esta ya no cede, usa el cuchillo.

Quiero detenerlo, pero no puedo. No puedo moverme. Peter tampoco. Nos hemos quedado de piedra mirando a Lucas, sin saber lo que estamos contemplando; pero, sea lo que sea, nos tiene paralizados… y asqueados y absortos. La concentración de Lucas es aterradora. Está poseído. Consigue abrir la herida e introducir los dedos más hondo que la última vez. Cuando los saca, no tiene más que los mismos hilos de sangre. Los estudia, más de cerca ahora. Los frota entre las yemas.

Cierra la mano y da puñetazos en el suelo: una, dos, tres veces, como tratando de romper algo. Y sonríe. Es una gran sonrisa tonta. Me produce escalofríos. Entonces los ojos se le ponen en blanco. Con los dedos aún metidos en su vientre, su otro brazo cae al suelo.

No sé qué decir. No sé lo que acabo de presenciar.

Me giro hacia Peter, consciente de que él aún tiene la pistola, preocupado de que se le haya metido en la cabeza que lo mejor sería que todos nos reuniéramos con su hijo. Tengo razón a medias. Ha puesto la pistola bajo su barbilla y apunta hacia arriba.

—No lo hagas —le digo.

—Siempre ha pensado que dentro de él vivía un gusano —dice Peter.

—¿Qué?

—Ojalá no te hubiera llamado el lunes. Debería haber dejado que lo matara el conserje. Estas son sus favoritas, ¿sabes? —Señala con la cabeza el suelo abierto—. Hay otras cosas enterradas por ahí, pero estas son las dos únicas tumbas que le importan.

—¿Dos?

—Ya lo entenderás —dice. Cierra los ojos y respira hondo.

—No, Peter.

—¿Y qué quieres que haga?

No tengo nada que decirle y, aunque lo tuviera, él no se quedará a oírlo.

Capítulo 96

Con el disparo aún resonando en mis oídos, cojo el teléfono. Marco el número de la comisaría y me pongo el móvil en la oreja. Al mismo tiempo, me arranco la camiseta, hago una bola con ella y presiono con ella la herida de Nathan. Ha sido apuñalado. La herida está en carne viva y sigue sangrando.

—Soy Cohen —digo en cuanto alguien contesta la llamada—. Necesito una ambulancia. —Doy la dirección y los detalles. Me prometen que llegará una en breve, pero, con esta tormenta, podrían tardar treinta minutos o más.

Nathan fija los ojos en mí.

—Todo va a salir bien —le digo, pero no estoy demasiado seguro. Ha perdido mucha sangre.

—Yo... Lo siento mucho —dice.

—Lo sé —digo—. Tienes que resistir.

No contesta. Me coge la mano. Sus ojos se abren y se cierran con lentitud. Empieza a llorar. Un padre y un hijo que comparten un sótano con un padre y un hijo muertos. Eso somos. Le suelto la mano. Sin dejar de apretar la herida con mi camisa, rebusco en los bolsillos de Lucas hasta encontrar su móvil. Pulso el botón y en la pantalla de inicio aparece un perro, solo que el teléfono está bloqueado. Me agacho y lo desbloqueo con la huella dactilar de Lucas. En efecto, aquí están los mensajes de esta noche. Para enviarlos, debe haber puesto en este móvil la tarjeta SIM de Freddy. Apago el aparato y me lo guardo en el bolsillo. Sopeso la posibilidad de sacar a Nathan de aquí y llevarlo al hospital: hay muchos pros y contras, pero, sobre todo, contras. Suena mi teléfono. Es Hutch. Me dice que viene de camino y que la ambulancia está a solo un minuto. Dos minutos más tarde, los oigo entrar. Doy un grito. Dos sanitarios bajan las escaleras. Para llegar, tienen que pasar por encima del cuerpo de Peter Connor. Uno de los sanitarios se toma un momento para revisarlo, pero eso es todo, un momento, porque es obvio que ha

muerto. Su compañero revisa a Lucas y llega a la misma conclusión. Luego, ambos van a examinar a mi hijo.

—Nos encargamos nosotros —dice el primero, y me aparto.

Arrastro a Peter fuera de las escaleras para hacer sitio mientras ellos trabajan con Nathan. Oigo pasos arriba. Están llegando más personas, Hutch incluida. Un tercer sanitario baja una camilla. Ponen a Nathan encima y lo llevan arriba. Los sigo. Apenas saludo a Hutch, aunque debe tener cientos de preguntas. Mantengo las puertas de la ambulancia abiertas para que los sanitarios puedan subir a Nathan. Cuando terminan, yo también me subo. Se dirigen al hospital, conmigo viajando en la parte de atrás, y el viento nos balancea de lado a lado y trata de inclinarnos, y los elementos ya no solo actúan en mi contra, sino también en contra de Nathan. Al llegar al hospital, intento seguirlos hasta el quirófano, pero las enfermeras me cierran el paso. Me dicen que espere. Me dicen que Nathan está en buenas manos.

Deambulo por el vestíbulo y entonces caigo en la cuenta de que Cassandra no sabe nada. La llamo. No hay una forma fácil de contarle esto, así que se lo suelto sin más.

—¿Lo superará? —pregunta.

—Puede ocurrir cualquier cosa.

Diez minutos después, nos estamos abrazando en el hospital.

—¿Por qué? —pregunta ella—. ¿Por qué habrá hecho esto Lucas Connor?

No es el momento de contarle todas las aventuras de Nathan, pero tampoco puedo callármelas. Así que nos sentamos y le cuento todo. Ella empieza negando con la cabeza, pero pronto la abandona la incredulidad. Al final, entierra el rostro entre las manos y se echa a llorar. Cuando levanta la vista, leo en sus ojos algo que yo también he estado sintiendo: que quizá estaríamos mejor sin Nathan. Pero es solo un parpadeo, y se va, y cada vez que vemos a una enfermera pasar le pedimos que nos ponga al día, pero nadie sabe nada. Cada minuto que Nathan pase en quirófano es buena señal, creo. Será algo bueno, porque estaba muy mal. Si un médico hubiera salido a los pocos minutos, no habría sido para darnos buenas noticias.

La tormenta azota las paredes del hospital. De vez en cuando, las

luces parpadean. Pasa una hora. En las manos tengo sangre de Nathan. Debería lavármelas, pero no lo hago. Si abandono esta sala de espera, Nathan morirá. Lo sé. Debo quedarme aquí. Y puedo asegurar que Cassandra siente lo mismo. Vuelvo a pasearme por la habitación. Cassandra sigue sentada.

—¿Y tu padre? —pregunta.

—Lo esposé a la cama.

Está a punto de decir algo, pero se encoge de hombros.

—Buena idea —dice.

Sigo esperando que me diga que todo esto ha sido culpa mía, y no sé si es verdad. Si hubiera detenido a Grove el lunes en lugar de secuestrarlo, todo habría sido diferente. ¿O nos habría llevado a esto de todos modos?

Pasa una segunda hora.

Luego una tercera.

La tormenta está amainando.

Seis horas y media después de que comience la operación, sale la cirujana. Asiente. El corazón se me congela en el pecho. Cassandra me aprieta la mano mientras nos dan la noticia.

Capítulo 97

A la mañana siguiente, las calles están llenas de ramas, arbustos caídos y flores arrancadas. Llevará días limpiarlas. Luego será como si nada hubiera ocurrido. Después de haber visto a Nathan anoche, cuando lo sacaron del quirófano, y después de que me dijeran que se iba a poner bien, fui a casa y dormí unas horas en el sofá. Ya no tenía que preocuparme por papá. Se había ido. En su lugar, había una nota que decía: «Lo estamos cuidando». La firma era de Hutch. Eso significa que ella pasó por casa, como parte de su investigación sobre lo ocurrido a Nathan.

Ahora es como si todo hubiera sido una pesadilla. Los forenses siguen explorando la casa de los Connor. En el sótano ya han encontraron los cadáveres de Freddy Holt y Vivian Connor, la mujer de Peter. También han encontrado en el patio dos perros enterrados, abiertos en canal, como si alguien hubiera buscado en su interior un juego de llaves perdido.

Conduzco hasta el aserradero. Por el camino, me cruzo con varias cuadrillas aparcadas a un lado de la carretera. Se están ocupando de los árboles caídos. Es casi la hora de comer y, en el aparcamiento, el calor ha evaporado los charcos más pequeños. Los grandes ya no son tan grandes. El viento levantó la puerta arrancada del edificio y la arrojó al borde del aparcamiento. Camino hacia los árboles. La bolsa de dinero sigue en el mismo lugar. Por el camino, encuentro otros cuatro mil doscientos dólares. Descuelgo la cámara y sigo buscando. Soy como Hansel y Gretel tras un rastro de billetes. Para encontrar el camino de vuelta, llevo una brújula en la mano. Si veo dinero en ramas lo bastante bajas, las sacudo para hacerlo caer. También me subo a un par de árboles no demasiado altos. El sendero se seca pronto. De los cuarenta mil que traje, he recuperado algo menos de la mitad. Cubrirá las facturas legales pendientes y podré salvar la casa por un tiempo, pero el tictac del reloj seguirá marcándome plazos.

Regreso al aparcamiento y recojo otros trescientos dólares por el

camino. Mi coche ya no está solo. Hutch ha aparcado el suyo al lado. Está apoyada en el capó, cruzada de brazos, mirándome a través de unas gafas de aviador. Sigo caminando. Solo puedo imaginar lo que parece todo esto.

—Sheriff —me dice.

—Agente.

—¿Cómo está Nathan?

—Bien —le digo—. Gracias por preguntar.

—Vaya situación, ¿eh? A Lucas, hace años, le diagnosticaron el síndrome de Ekbom. ¿Has oído hablar de eso?

—No.

—La gente cree que tiene gusanos viviendo dentro: tenias u otros parásitos por el estilo.

Me acuerdo de lo que dijo Peter anoche, de cómo Lucas pensaba que tenía un gusano vivo en el interior. Sospecho que eso era lo que estaba buscando, y no la bala.

—¿Y?

—Durante la autopsia, esta mañana le encontraron uno. Marie calcula que mide unos doce metros.

—Madre mía, ¿es posible?

—Eso es menos de la mitad de lo que pueden crecer. Aun así, dijo que era algo importante. Me contó que pueden vivir hasta treinta años y que es posible que Lucas llevase con el suyo diez años o más. Espeluznante, ¿no?

—Vaya.

—También dijo que pueden transformar a la gente, igual que los tumores cerebrales. Es una de esas cosas que yo habría preferido no saber. ¿Siempre esposas a tu padre antes de salir?

—Sé lo que parece, pero era la solución más segura.

Fija su mirada en mí, y sé lo que se avecina.

—¿Ibas a decírnoslo?

—¿El qué?

—Registramos la habitación de Nathan. ¿Sabes lo de su móvil?

—Sí, pero lo encontré ayer. Pensé que podía encargarme de eso yo mismo.

—Pues ya no hace falta. Tu hijo no es una buena persona, sheriff.

Ayer, sus amigos sujetaron a Lucas mientras Nathan meaba sobre él y lo agredía. Está todo grabado. Eso lo encontramos en su otro móvil. Vamos a acusarlo por lo que le hizo a Taylor Reed.

—Lo sé.

Ella asiente. Vuelve a fijar la mirada en mí. Luego se lleva la mano al bolsillo y saca una memoria USB.

—Encontré esto en el armario de Lucas. No sé si hizo otras copias, pero, por tu bien, espero que no.

No digo nada.

—¿No vas a preguntarme qué contiene?

—No —le digo, porque ya lo sé. Los vídeos de Grove y yo.

—No encontramos el teléfono de Lucas.

No digo nada, pero el teléfono de Lucas ya hace mucho que desapareció.

Ella mira la bolsa que llevo en la mano.

—¿Es el dinero de la recompensa?

—Estaba perdiendo la casa, Lisa. Desde que papá quemó esa residencia…, las facturas no dejan de llegar. Solo estaba intentando sobrevivir.

—Lucas te chantajeó, ¿verdad?

—Quería que trajera el dinero anoche, pero era una distracción para hacerme venir aquí y poder acercarse a Nathan.

—¿Mereció la pena? —pregunta.

Sacudo lentamente la cabeza.

—No sabía que las cosas iban a terminar así.

—El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones y todo eso. ¿Es esa tu excusa?

—No.

—Hace un momento te dije que Lucas no había hecho ninguna copia, pero yo sí. Está en un lugar seguro, te doy mi palabra. Puedes quedarte con ese dinero. Incluso diría que te lo has ganado. Pero el resto va para el departamento.

No digo nada. Siento que me estoy poniendo rojo de vergüenza.

—Pensaba que eras un buen hombre.

—Lo siento —le digo.

—Lo sé. Creo que… Creo que aún te consideras un buen hombre, y

quizá sea verdad. Grove era perverso, pero lo que le hiciste... —Se queda sin palabras y, mientras las busca, espero—. Es posible que sigas siendo bueno; en parte, al menos, pero, sea como sea, eres un sheriff de mierda. A partir de hoy, ni siquiera eso, porque vas a dimitir.

No discuto.

Entra en su coche y se aleja sin mirar atrás. Mucho después de que se haya marchado, yo sigo en mi sitio. Luego, vuelvo al bosque en busca de más dinero.

Lo voy a necesitar.



Cosecha letal

Cleave, Paul
9788742812952
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Joshua está convencido de que hay una maldición familiar. Le ha arrebatado a sus seres queridos, le ha robado la vista y es la razón por la que su padre es asesinado mientras investigaba el homicidio de una joven.
Joshua recibe una oportunidad que no puede rechazar: una operación que le permitirá ver el mundo a través de los ojos de su padre. A medida que Joshua descubre el mundo, empieza a ver lo que estos ojos podrían haber presenciado en su vida anterior. ¿Qué estaba haciendo exactamente su padre en su papel de detective de policía?
Pero los actos que llevó a cabo su padre en una parte oculta de su vida acarrean consecuencias, y una de ellas es la ira de un hombre empeñado en matar, un hombre que se acerca cada vez más a Joshua.
Joshua pronto descubre un mundo más oscuro que aquel del que ha salido…
El autor nominado al premio Edgar, Paul Cleave, regresa con otra fascinante historia de secretos ocultos y horrores indescriptibles que te mantendrá en suspense hasta la última página.
«Paul Cleave es una lectura obligada para mí».
- Lee Child
«Comenzando con una ambientación macabra, Cleave sigue subiendo las apuestas hasta que

cualquier pizca de verosimilitud queda muy atrás y solo queda una serie cada vez más efectiva de emociones espeluznantes».
- Kirkus Reviews
«Cleave, finalista del Edgar, hace un trabajo de premisa inverosímil, pero muy espeluznante, en esta novela poderosa y que invita a la reflexión… Impresionante thriller criminal».
- Publishers Weekly (reseña destacada)
«Cleave, un maestro de los thrillers oscuros y convincentes, le da un giro moral a esta historia retorcida y escalofriante con su inquietante final».
- Booklist
«[Cleave] usa palabras como armas letales».
- New York Times
«… absolutamente apasionante hasta la última página. Este tipo puede crear tramas que sean originales y destacarlas con una escritura que simplemente gire y gire todo el camino».
- Reseña de Amazon

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El compromiso

Hayes, Samantha
9788742813706
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Creía que había escapado de él. Hasta que le pidió matrimonio a su hija.

—Hay alguien a quien quiero que conozcáis —dice Belle. Un hombre se acerca a ella. Es alto, con el pelo oscuro y una barba igualmente oscura. No está sonriendo como tal, pero la comisura de su boca se curva hacia arriba mientras desliza su mano alrededor de la cintura de mi hija.

Agarro el brazo de mi marido para estabilizarme mientras la habitación gira a mi alrededor.

Sus ojos, negros como el azabache, me atrapan. Todo y nada se oculta tras ellos.

El terror eriza mi piel al recordar lo que hizo.

Cómo apenas logré escapar.

Todas las mentiras que he tenido que contar desde entonces.

—Este es Jack —dice Belle, y apoya la cabeza en su hombro—. Estamos comprometidos. ¿No es emocionante?

El miedo martillea en mi pecho. Tengo que hacer algo.

La vida de mi hija está en peligro, y todo es por mi culpa…

«Narrada a través de dos líneas temporales y múltiples puntos de vista, **es una historia absolutamente increíble** sobre una familia destrozada por un intruso**. La caracterización fue brillante, con personajes que inspiraron una variedad de emociones en mí.** La novela tenía el factor sorpresa que esperaba, pero **con una profundidad añadida que realmente me atrapó. ¡Muy recomendable!**».
My Chestnut Reading Tree ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Es un thriller trepidante que mantendrá al lector al borde de su asiento**… La historia está **muy bien escrita**, con **muchos giros** en la trama, algunos tan inesperados que no los ves venir… **Disfruté leyendo este libro y quedé impactada hasta el final**».
Red Pillows ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Me encantó este libro! ¡Inolvidable!**… **Un final impactante** que no vi venir en ningún momento y que **me dejó boquiabierta**».
Blue Moon Blogger ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Fue increíble**… **De infarto**… Me mantuvo despierta hasta muy tarde**. Me absorbió por completo** y no podía soltarlo**.** No encuentro ni un solo defecto… **Cada giro de la trama me sorprendió**… Un viaje de locos»**.**
@mariaareadss ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡La trama dio un giro absolutamente inesperado!** Literalmente estaba al borde de mi asiento, mordiéndome las uñas**.** Pasaba las páginas sin parar**. Un libro que definitivamente hay que leer**»**.**
@geneva.bookdiary ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Es **una novela intensa y cargada de suspense**, con una trama que aterrorizará a cualquier padre»**.**
loopyloulaura ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El ahorcado

Kernick, Simon
9788742813522
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Siete víctimas, tres asesinos y el secreto que los une.

Tres meses después de encontrar los restos de sietes mujeres en una granja remota en lo que los medios han bautizado como el Campo de Huesos, las víctimas siguen sin ser identificadas.

Un testigo que puede ser clave ha desaparecido. El agente Ray Mason y la detective privada Tina Boyd deben encontrarlo antes de que lo hagan los asesinos.

En una carrera a contrarreloj repleta de cadáveres y traiciones a cada paso, Ray está dispuesto a arriesgarlo todo para dar caza a los culpables.

Pero a veces el precio a pagar es demasiado alto…

«**Brutal, contundente y brillante**».
The Sun ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Kernick tiene una habilidad envidiable para crear thrillers** policiales de fácil lectura, con **grandes escenas de acción, personajes cautivadores y un argumento sólido**, y "El

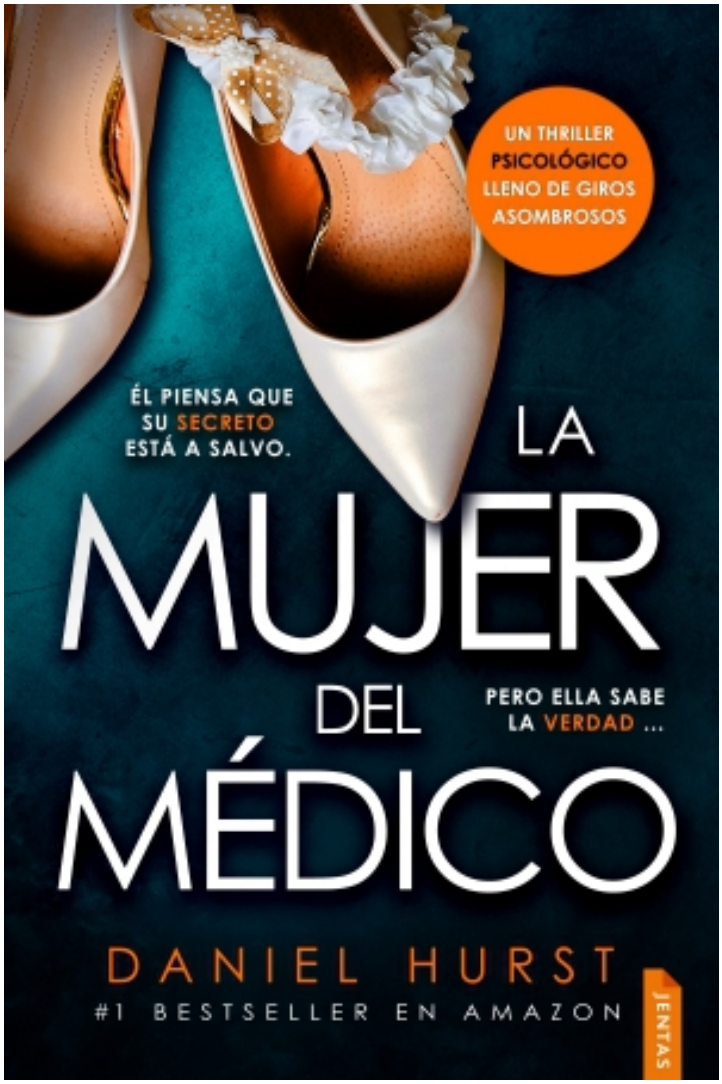
ahorcado" no es una excepción».
Crime Review ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Cada vez que leo uno de sus libros, me sumerjo en un viaje sin respiro y sin pausa, repleto de pura acción cargada de adrenalina**…, ¡y me encanta!».
The Crime Warp ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Tiene suficiente **acción** y **suspense** para ser un libro de lo más adictivo».
Sunday Mirror ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Aumenta el ritmo y la tensión hasta que no puedes más**… **Un thriller policíaco espectacular** que deja margen para seguir la serie».
Sunday Sport ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La mujer del médico

Hurst, Daniel
9788742812716
282

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cicatrices ocultas

Marsons, Angela
9788742813621
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El cambio transformará su vida…
O supondrá su muerte.

Cuando Jamie Mills, un chico de diecinueve años, aparece colgado de un árbol en un parque local, se determina que su muerte ha sido un suicidio.

Tras un caso desgarrador que dejó su cuerpo y mente destrozados, la inspectora Kim Stone debería reincorporarse al trabajo de manera gradual, pero siente que algo en este caso no encaja, y cuando descubre que los padres de Jamie lo enviaron a una clínica para «curar» su homosexualidad, rápidamente toma las riendas de su equipo.

Las claves para destapar este perturbador caso están detrás de los muros victorianos de la Clínica del Cambio, dirigida por la familia Gardner. Ellos afirman que los pacientes acuden por voluntad propia y son libres de marcharse en cualquier momento. Pero ¿por qué los que han estado allí tienen tanto miedo de hablar sobre lo que sucede tras sus puertas?

Entonces Kim hace un inquietante hallazgo: la directora de la clínica, Celia Gardner, fue enviada allí para someterse a terapia de conversión cuando tenía dieciséis años, y eso la lleva a pensar que no es lo único que ocultan. Pero, todavía recuperándose de

las secuelas del caso anterior, ¿tendrá la suficiente fuerza como para desenterrar los oscuros secretos de la familia Gardner y detener a un asesino que parece no haber terminado aún?

«**Sin exagerar, este es el mejor libro que he leído**».
Nigel Adams Bookworm ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Madre mía! **Con cada libro** que publica Marsons de **Kim Stone**, pienso que no puede **superar al anterior**, ¡pero **cada vez es MEJOR! Estoy completamente obsesionada**».
firepitandbooks ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Amo a Kim Stone!** Debo admitir que solté un pequeño gritito de emoción cuando lo leí... **Fascinante, emocionante**... ¡Me enganchó desde la primera página! **¡La Reina del Crimen lo ha vuelto a hacer!** ¡Fabuloso, fabuloso, fabuloso!».
Stardust Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¿Por qué me lo hago a mí misma cada vez? ¿Por qué no puedo ser una lectora sensata y **saborear cada frase**? ¿Por qué tengo que **detener el universo, sentarme** en una habitación tranquila,

silenciar a los niños y al marido **y devorarlo de una sentada**?».
Bookreviewercakemaker ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Kim Stone ha vuelto y, madre mía, qué libro. Una historia con muchos fondos y un caso muy complejo y emotivo**».
Jen Med's Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)